

A close-up of a woman's face, focusing on her eyes and mouth. A large, rustic metal cross is positioned over her mouth, with barbed wire wrapped around its horizontal bars. The cross has a weathered, aged appearance.

42 LOBOS



Israel Gutiérrez Collado

42LOBOS

Israel Gutiérrez Collado



Al gran e inigualable «Boba Fett», el último de los perros, porque tras él ya no podía haber más. Contigo viví la «Séptima», hermano. Te queremos.

Datos de interés:

En el canal de YouTube Noctámbulos Despiertos tenéis a vuestra disposición todos los vídeos donde analizo a fondo el Caso Alcàsser.

El recorrido de este libro, *42 Lobos*, ha sido tortuoso; no podía ser de otra manera tratando el tema que trata. Si me preguntáis qué esconde esta obra, os diré la verdad: el libro es el Caso Alcàsser pasado por el tamiz de mi propia visión. No es un impulso repentino, es el resultado de haber indagado sin descanso en el trabajo de otros, de haber diseccionado cada fuente oficial y oficiosa, y de haber leído y visualizado en un bucle infinito la historia completa de este caso en concreto; un suceso que, por cierto, viví intensamente cuando apenas tenía 12 años.

En aquella época, yo era un asiduo de *Esta noche cruzamos el Mississippi*, aunque mis razones eran otras: me moría de risa con Carlos Iglesias interpretando a «Pepelu». Recuerdo cómo siempre se metía con la cabeza de Pepe Navarro y me hacía gracia; eran cosas de la edad y de la época. Sin embargo, todo aquel programa que nació mayoritariamente para el entretenimiento se fue oscureciendo y volviendo denso con la presencia de un padre derrumbado y un periodista tenaz que, semana tras semana, nos arrastraban a las profundidades de lo que ocurrió en Alcàsser.

42 Lobos es, en realidad, todo ese "vómito" ordenado del caso. Es el punto donde convergen todos los ríos de sangre y misterio del crimen en uno solo; es el mapa completo y, si logras unir los puntos y verlo, el resultado es una resolución clara.

Ahora bien, hay límites que no se pueden cruzar: no se puede señalar directamente con nombres y apellidos, ni ubicarse en el epicentro exacto de todo. ¿Por qué? La respuesta es sencilla: soy vigilante de seguridad, soy escritor y soy feliz. Creo que nos entendemos. Hay verdades que se escriben entre líneas para que el lector las encuentre.

Israel

42 es un número abundante, 42 es el número atómico del molibdeno, 42 es el puesto que ocupa el molibdeno en la lista de elementos más comunes del universo, 42 grados es el índice de refracción de la luz sobre el agua en el punto en que se crea un arcoíris, 42 son los preceptos de Ma'at, la diosa egipcia de la ley, el orden y la verdad, 42 son los meses que reinará la Bestia sobre la Tierra en el libro de las Revelaciones, 42 kilómetros/ hora es la velocidad que alcanzó el Titanic cuando chocó contra el iceberg, 42 es el número por antonomasia de los programadores, 42 son los signos de la Ventana de la Aparición de la Real Basílica de Santuario de Vera Cruz de Caravaca, 42 es la respuesta, el sentido de la vida.

Notas del Padre Alameda

PROLOGO DE JUAN LANKAMP RIAZA

El Camino de la Verdad Oculta

Soy Juan Lankamp Riaza y llegué al caso Alcàsser en el año 2014. Desde entonces, y hasta el día de hoy, no he dejado de hacerme preguntas. Lo que para muchos era un caso cerrado, para otros significaba descender a los infiernos de una verdad incómoda, oscura y, posiblemente, manipulada desde el principio. España entera conoció la versión oficial: dos delincuentes comunes, dos «robaperas» convertidos en monstruos perfectos sobre los que descargar toda la culpa. Sin embargo, cuando uno profundiza en los informes forenses y en las contradicciones del sumario, descubre demasiadas grietas en la historia. Los análisis de Frontela y Ángel Carracedo dejaron interrogantes que nunca fueron respondidos de manera convincente; no apareció ADN concluyente que vinculara directamente a los culpables oficiales con los hechos tal y como se narraron.

Fue entonces cuando pensé: «Aquí hay algo que huele a mano negra de aquí a San Quintín».

No era normal la rapidez con la que se pretendía cerrar todo. Desde 1992 hasta el juicio de 1997, hubo una carrera constante por construir una versión definitiva, incluso antes de resolver todas las incógnitas. Testimonios contradictorios, pruebas desaparecidas, silencios extraños y una sensación permanente de que alguien movía los hilos desde las sombras.

En ese camino de búsqueda conocí a muchas personas, pero hubo un encuentro que jamás olvidaré: el de Juan Ignacio Blanco. Fue el sábado 10 de junio de 2017, en el Cuarto Real de Santo Domingo, en Granada. Recuerdo perfectamente aquel día: el ambiente, el silencio de los pasillos y la sensación de estar frente a alguien marcado por años de presión y desgaste.

Vi a un hombre delicado de salud, cansado físicamente, pero todavía firme en sus convicciones. Nos abrazamos, estrechamos la mano y pude hacerme dos fotografías con él. Para muchos era «la leyenda de Alcàsser»; para otros, un periodista incómodo que cruzó líneas que jamás debían tocarse.

Juan Ignacio Blanco se jugó su carrera, su reputación y, probablemente, mucho más. Podrá discutirse si acertó o no en sus teorías, pero no es justo reducir su trabajo a una caricatura o a simples errores. Muy pocos estarían dispuestos a soportar la presión que él asimiló durante años.

La verdadera pregunta sigue siendo la misma: ¿quién estaría dispuesto hoy a repetir aquella hazaña? ¿Quién se atrevería a señalar nombres, a enfrentarse al poder y a arriesgarlo todo por una investigación que muchos querían enterrar?

Porque detrás del caso Alcàsser no solo había crimen y dolor; también había miedo. Un miedo silencioso que se percibía en ciertos gestos, en llamadas y en determinadas advertencias que nunca trascendieron oficialmente.

Como el propio Blanco llegó a insinuar en varias ocasiones, posiblemente fue utilizado por diferentes intereses. Algunos hablaban incluso de conexiones con los servicios de inteligencia. Él tenía el código «JIB»; así se le conocía dentro de determinados círculos: JIB-CESID.

Muchos consideran descabellado pensar en la existencia de grabaciones ocultas, cintas desaparecidas o información retenida durante décadas. Pero cuando una persona recibe presiones, amenazas o advertencias para abandonar una investigación, uno empieza a comprender que el problema era mucho más grande de lo que parecía.

Si a tu mujer la retienen durante cuatro horas en un coche para decirle que deje de investigar a determinadas personas, entiendes que nadie señala cuatro nombres por capricho. Nadie se expone de esa manera únicamente por llamar la atención; siempre existe una fase previa, una estructura oculta y un tablero de ajedrez donde cada pieza cumple una función.

Algunos dirán que todo esto son fantasías o teorías imposibles. Otros preferirán la burla antes que la investigación. Pero la historia demuestra que los Estados, los servicios secretos y determinados grupos de poder han utilizado durante décadas métodos de manipulación, chantaje y control para proteger intereses que la sociedad nunca llega a conocer.

Quizá el caso Alcàsser fue mucho más que un crimen. Quizá fue el reflejo de una España que todavía arrastraba sombras demasiado profundas. Una España donde ciertas preguntas jamás debían formularse y donde buscar la verdad podía convertirse en objetivo.

Este libro no pretende imponer una verdad absoluta. Pretende abrir una puerta: una puerta hacia las dudas, hacia las contradicciones y hacia todo aquello que muchos prefirieron ignorar.

Porque hay historias que nunca terminan realmente. Y porque la verdad, por más que intenten enterrarla, siempre encuentra el camino para volver a salir a la luz.

ACLARACIÓN DEL AUTOR:

Como se puede apreciar en mi trayectoria —y de forma muy latente en mi última obra—, mi proceso creativo nace de la experiencia directa. Soy un autor que necesita viajar, pisar el terreno y "respirar" los escenarios para luego plasmarlos y lograr que el lector los habite conmigo. Mis redes sociales son el testimonio visual de ese compromiso con el realismo.

En esta ocasión, la esencia es la misma, aunque la ejecución técnica difiere debido a la complejidad de la trama y, fundamentalmente, por prudencia legal. He optado por situar la historia en un marco geográfico de inspiración fronteriza cuya ubicación exacta es deliberadamente inalcanzable. Esta decisión responde a una necesidad narrativa: los escenarios de este libro son 100 % reales y pertenecen a la península ibérica, pero han sido rebautizados para evitar conflictos judiciales.

Dado que estas localizaciones poseen una atmósfera única y una identidad física muy específica, no era posible trasladarlas a otra geografía conocida sin que perdieran su alma. Por ello, el lector encontrará nombres ficticios que, en algún caso, podrían coincidir involuntariamente con topónimos existentes (como sucede con "Mula", que en esta obra nada tiene que ver con la localidad murciana, sino que representa un espacio real ubicado en otra zona de nuestra geografía).

En cuanto al elenco, el criterio ha sido idéntico. A excepción de Ruth, Bernardino, Erika Foit y Marta, la mayoría de los personajes tienen un anclaje directo en la realidad. Algunos conservan gran parte de su identidad original; otros, por estrictos motivos de seguridad, han sido desdibujados deliberadamente para proteger su anonimato sin sacrificar la veracidad de sus actos.

“EL CASO ALCÀSSER ES SOLO LA PUNTA DEL ICEBERG DE UNA REALIDAD
MUCHO MÁS PROFUNDA Y TERRIBLE”

JUAN IGNACIO BLANCO DURÁN

En España, desde el 1 de enero de 2010 al 11 de enero de 2013, se produjeron 29.706 denuncias de las que un 92 % quedaron resueltas. Del otro 8 %, 2.427 personas, no se sabe nada. 67 personas desaparecidas cada mes, 2 personas al día. Existen padres que se pasan toda la vida buscando a sus hijos. En 1992 la Guardia Civil tuvieron conocimiento de la desaparición de 7.166 personas. La mitad eran menores de edad; más de 3.500 menores de 18 años desaparecieron de su domicilio durante el año pasado. 33 desaparecidos en un año en la misma zona.

Dicen que volver es renacer un poco.

Mula es un pueblo norteño verdaderamente silencioso, separado del mar por un viejo muelle fantasmal; sin avenidas ni paseos comerciales, repleto de casas bajas, con una sola plaza, la del ayuntamiento y una sola fuente de la que nunca se oye caer el agua.

Viernes 27 de noviembre de 1988, Diario del Sur

CAPÍTULO 1

Rut no era una mujer que llamara mucho la atención. En 1992 tenía veintinueve años y un poco de vientre. Llevaba siempre el cabello recogido bajo el gorro. Se le notaba una abultada cola rubia sobre la nuca. Poseía unos rasgos muy característicos, como sus grandes ojos negros y un pronunciado lunar sobre el mentón. La punta de su nariz asomaba por encima del cuello de su anorak azul forrado de cuero por dentro; una nariz angosta, con la punta enrojecida.

El frío allí arriba golpeaba duro. No había mulense que no durmiera con lo puesto durante el invierno. Es más, Rut le había llegado a contar al padre Alameda que, sobre todo en el mes de enero, ella se metía en la cama con el chaquetón del uniforme. Su marido, Bernardino, no podía soportar el tacto con el chaleco. Terminaba durmiendo en el sofá.

Rut Rand salió de su casa a las once de aquella fatídica noche. Vivía en la zona del noroeste, cerca de la estación de bus. El frío allí era seco, cortaba la cara.

Se encaminó apresuradamente con las manos en los bolsillos hacia el Nissan Patrol de la Policía Local. Todavía pisaba nieve cuando llegó a su vehículo. Lo alcanzó uniformada. Era policía local. Llevaba puesto el gorro, los guantes y el chaquetón de invierno. El revólver treinta y ocho de cuatro pulgadas dormía cómodamente en la funda.

En aquel paraje blanco pegado a la carretera se instauraba un escrupuloso silencio.

Rut hizo sonar el juego de llaves. A continuación, sacó la mano del bolsillo despacio. Separó la llave de contacto del llavero de la Virgen de la Encarnación. Le costó introducir la llave por culpa de la helada. Abrió la puerta. Se subió al Nissan. Metió la llave. Puso luces. Arrancó. Giró todo el volante hacia la derecha. Llevó el vehículo hasta el asfalto. Tomó la curva incorporándose a la carretera.

Descendió directamente al corazón del pueblo. Bajó medio kilómetro. A ambos lados solo se veían promontorios con árboles incrustados. La carretera estaba helada. La misma inercia del descenso la introdujo en la calle Carbayal; una calle estrecha, deshabitada, con farolas a ambos lados. Enfiló la recta hacia la plaza del ayuntamiento. Pasó por delante del colegio Felipe II, el único que había en todo el pueblo. Poco después llegó a la plaza. Allí se oía ladrar. Había algunas luces encendidas.

Mula era un pueblo prácticamente deshabitado; un islote a ochenta kilómetros de la capital; un lugar cercano; sin inmigración, inmerso en la producción agrícola. La población era cada vez más vieja, los jóvenes marchaban pronto a la Metropolitana, la capital. Antes, era un pueblo vivo; ahora, en 1992, la población había disminuido hasta más de la mitad. Cualquiera que estuviera solo, caminando por las calles de Mula, atraía la alerta de los vecinos al puesto de la Policía Local.

De noche, todavía más.

Rut miraba a un lado y otro. Horas antes, habían llamado varios vecinos alarmados informando de que un extraño individuo batía los caminos devorándolos. Aquellas luces alrededor de la plaza del ayuntamiento serían las primeras de una blanca y larga noche.

El Nissan Patrol de la Policía Local se adentró en una calle oscura, empedrada, de prolongada ascensión. Había casas a ambos lados con las luces apagadas. Rut continuó por esta calle. A los pocos segundos distinguió una sombra muerta, la cual caminaba como si tuviera las piernas amazacotadas.

Las luces de las casas comenzaron a encenderse y apagarse simultáneamente. El Nissan Patrol puso los faros sobre aquel hombre. La sombra se desvaneció, abandonó al transeúnte. El hombre se volvió despacio. Observó detenidamente como el vehículo de la policía le rebasaba y posteriormente estacionaba a su lado.

Se trataba de alguien que desprendía un olor a tierra húmeda. Miraba con ojos cansados envueltos en párpado seco. El hombre, de sesenta y dos años, agachó la cabeza. Le faltaba el aire. Estaba fatigado.

—Simón —lo llamó Rut.

Rut conocía a Simón. En realidad, todos allí le conocían bien. Simón era el enterrador del pueblo. Tenía la apariencia del padre de toda la vida; expresión bondadosa; el rostro ojeroso, mirando siempre desde la penumbra; cabello gris ralo, enmarañado, peinado hacia atrás; la frente despejada, con mucha entrada; las manos gruesas labradas en el campo; el vientre ancho; el vello sobresaliendo encrespado de brazos y piernas. Llevaba puesta la ropa del trabajo: un abrigo color amarillo pálido sobre un jersey de lana, pantalones negros y botas militares color verde pantano.

Rut bajó la ventanilla. Examinó antes a Simón. Se fijó en la expresión de su rostro. Estaba como en permanente dolor.

—¿Qué hay, Simón? ¿Qué estás haciendo aquí?

Simón bajó los ojos hasta Rut.

—¿Por qué no me cuentas lo que ha pasado? —volvió a preguntar Rut, endulzando la voz, como si se tratara de un niño.

Simón volvió a poner los ojos en el camino. Tenía la mirada triste y los labios encogidos.

—Estoy buscando a mi hija —respondió finalmente, con todo el peso de la angustia.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Esta mañana se fue al colegio y ya no regresó. —Suspiró.

—¿Cuándo te diste cuenta?

—Hace nada. Apenas una hora. Vine de trabajar y no estaba.

—¿Has comprobado si la tienes en casa de alguna amiga?

—No tengo teléfono. Ahora iba a casa del afilador a ver si está ahí.

—Sube. Te llevo.

Rut estiró el brazo. Levantó el seguro de la puerta con dos dedos. Simón se subió al Nissan. El vehículo se puso en marcha y siguió cuesta arriba.

—¿Lo ha hecho antes? —preguntó Rut.

—No. A las siete tiene que estar en casa. Lo sabe.

—Un segundo.

Rut cogió el mando de la emisora. Llamó por radio:

—Quebec a November.

—Adelante, Quebec —respondió Adán desde el puesto.

—Tengo aquí sentado conmigo a Simón. Dice que su hija no ha vuelto a casa. ¿Sabes algo? Cambio.

—Negativo. Cambio.

—De acuerdo. Si te llama alguien más dile que nos hemos encargado nosotros. —Miró a Simón—. Vamos a intentar mantener el silencio hasta que sepamos qué ocurre.

Simón asintió conforme a la decisión de Rut.

—¿Y si llama el alcalde? Cambio.

—Misma historia. Vamos a dar una vuelta a ver si la vemos. Corto.

—Recibido.

Llegaron a la antigua plaza del pueblo, que era donde se solían reunir todas las familias mulenses antes de la guerra civil. Por entonces las luces ya habían amanecido en casi todas las ventanas del pueblo. Se oía el sonido del Nissan Patrol rugiendo por las calles. En cada bajada se encontraban un grupo. Las ancianas se reunían en corrillo comentando lo que estaba pasando. No tardó en correrse la voz: Simón estaba buscando a su hija.

La policía local de Mula se acercó a las 11:45 horas a la casa de Thomas y Emily Parker, padres de Abigail. La vivienda se encontraba en la calle Camino Real. Estaba pegada con otras casas. Resultaba imposible acercarse sin toparse con gente. Los vecinos, todos con edades de entre sesenta y setenta años, ocupaban la calle con los brazos cruzados.

—Espera aquí —dijo Rut.

Rut no quería que se generara ningún tipo de ambiente enrarecido por la tensión. Simón obedeció sin rechistar.

Se bajó del coche. Fue directa hacia la vivienda de Thomas. Veía delante a todo ese grupo de vecinos esperándola de brazos cruzados. Algunos zarandeaban los cuerpos de manera inquieta.

Ella se adelantó:

—Buenas noches —dijo de pasada sin levantar los ojos del suelo.

—No busques dentro, que no está, que ya hemos preguntado —le asaltó Charlotte; una mujer anciana con unos grandes ojos azules.

—Déjala, que algo sabrá la Abigail, que siempre va con ella —le replicó otra mujer del pueblo, Clara, llamada la *Larga*, por su altura.

Rut pudo escuchar esta conversación a poco de alcanzar la puerta.

La policía local se personó en casa de los Parker a las 11:50 horas de la noche del viernes.

Thomas estaba despierto. Sabía que estaban buscando a la hija de Simón. Se lo habían dicho las ancianas del pueblo. Era un tipo escuálido, muy seco, alto, de ojos grandes y profundos, con la quijada acabada en punta. Tenía la misma edad de Simón, sesenta y dos años. Habían ido a la escuela juntos.

—Thomas —dijo Rut con un gesto, a modo de saludo.

—Rut —respondió Thomas, correspondiéndole en el gesto.

—Necesito hablar con Abigail.

—No se encuentra bien —repuso Thomas, jugueteando con los botones de su camisa.

—Sé que es tarde —dijo Rut—. No te lo pediría si no fuera urgente. Me conoces.

Thomas le hizo un gesto con la cabeza para que entrara.

En el momento en que Rut accedía a la casa, las ancianas fueron corriendo a preguntar a Simón, el cual seguía dentro del vehículo en silencio, vislumbrando un panorama cada vez más negro.

Ya en el interior de la vivienda, Rut siguió a Thomas a través de un estrecho pasillo. A la vista quedaban las tres habitaciones; dos de ellas situadas a la izquierda, una sola a la derecha, y finalmente el comedor.

—La niña no se encuentra bien. Llegó con fiebre a casa —dijo Thomas.

—Serán solo unas preguntas.

—Ya, pero yo te aviso —repuso Thomas, suave.

Entraron en el comedor. La señora Parker esperaba de pie. Se había puesto la bata de estar por casa sobre la ropa de vestir. Era una mujer regordeta, con un llamativo peinado ondulado que empezaba a teñirse de blanco.

Saludó a Rut con un glacial movimiento y después se sentó en el sofá, junto a la chimenea sin fuego.

—Emily —la saludó.

Rut alzó los ojos. Vio a Thomas dirigirse hacia otro pasillo adjunto a la derecha. Miró en derredor. Se vio en un espacio estrecho, bajo, con una sola mesa, un sofá, un televisor apagado y una ventana con vistas al embalse. La única luz que recibían era la de una bombilla que colgaba del techo.

Se quedó esperando. Dirigió sus ojos tímidamente hacia la ventana. Al otro lado de esa ventana podía apreciarse bajo la luna el luminoso núcleo urbano de Mula rodeado de sombras oscuras que se extendía hacia la iglesia del Mar. Así llamaban los mulenses a aquel solitario torreón que sobresalía del embalse, y que estaba situado paralelamente junto al viejo muelle.

La joven Abigail hizo su entrada temblando. Estaba pálida, griposa, parecía un fantasma. Thomas la sentó de frente a la policía local.

—Abigail. Ya sabes lo que ha pasado. Rut quiere preguntarte. Debes contarle la verdad —habló Thomas, con tono monótono, rudo y casi lúgubre.

Abigail, de quince años, con el cabello negro ensortijado, mejillas infladas y ojos negros, acababa de abandonar la cama. Vestía un pijama blanco con algunos agujeros.

El viento ululaba, golpeaba contra las ventanas.

—Anna no ha vuelto a casa. ¿Tú sabes algo? —le preguntó Rut.

Abigail negó con la cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Por la tarde, en el parque de la iglesia —dijo, pálida.

—¿A qué hora?

—Creo que eran las siete. —Pausa—. Nos separamos en el cruce. Ella se quedó allí y yo me fui para casa porque me encontraba enferma.

—¿No viste nada más?

—No.

—¿Te dio la impresión de que Anna adoptaba algún tipo de actitud como si esperara a alguien?

—No.

—Sé que sois buenas amigas y que tú no querías traicionarla. Pero es importante que sepamos cosas íntimas para saber si Anna está en peligro. ¿Te contó si tenía la intención de verse con alguien? ¿Un chico nuevo, quizá? ¿Un pariente?

—No.

—¿Crees que podría tener intenciones de abandonar su casa? ¿Te contó algo al respecto? ¿Una fuerte discusión con Simón?

—Ella se lleva bien con su padre.

—¿Cuánto tiempo estuviste con ella en el parque?

—Como hora, hora y media.

—¿La viste alterada? ¿Cuál era su estado de ánimo?

—No sé. Supongo que normal, como siempre.

—Abigail. Tengo que preguntarte esto delante de tu padre. —Pausa—. ¿Habéis estado yendo a escondidas a algún lugar en especial?

—No. Nosotras no salimos del pueblo —le dijo en voz baja.

La ventisca se esforzaba en seguir manteniendo la amenaza.

—Eso es todo —concluyó Rut, y después se puso en pie—. Si os viene algo a la cabeza, si recordáis algo, lo que sea, por muy estúpido que parezca, os ruego por favor que llaméis a jefatura.

—De acuerdo —respondió Thomas.

Rut asintió con la cabeza. Abandonó la casa. Fuera esperaba Simón.

El padre de la muchacha desaparecida no se había movido del vehículo. Permanecía rígido.

Las ancianas lo estaban acosando. Se había formado un corrillo a su alrededor.

Cuchicheaban escarbando. Las oía hablar de una manera horrible:

«Se dice que fueron las dos a la carretera del cementerio, pero que solo volvió una. Y no se sabe nada de la otra», era lo que más se repetía.

Rut salió de casa de los Parker a las 00:30 horas del viernes 13. Al tiempo que se acercaba al vehículo hizo un gesto con la cabeza de negación a Simón. Su hija no se encontraba en casa del afilador.

Mientras, las ancianas murmuraban.

—Me da que la vi ayer, por la tarde, en la plaza —murmuró Olivia.

—Yo la vi ayer por la mañana en la puerta del colegio. Estaba muy alegre —dijo Zoé, que era prima del alcalde.

—Me parece haberla visto a las seis en la fuente, yendo para la carretera —se apresuró a decir Sofía.

—¡Qué val, si a esa hora iban para el cementerio. Que me lo dijo el Mathias. Las vio pasar cuando venía de trabajar. A ella y a la Abigail —dijo Clara, la Larga.

Eran algunas de las voces. Pero lo cierto era que nadie sabía nada. Abigail se había separado de Anna el día 13 de noviembre de 1992 a las 19:00 horas aproximadamente, a cincuenta metros del cruce de la carretera del cementerio. Por qué Anna no había vuelto con Abigail seguía siendo un misterio.

CAPÍTULO 2

Rut accedió al interior del vehículo. Estuvo unos segundos en profundo silencio.

—A lo mejor está con Foid, en el pazo —dijo Simón. Había miedo en sus ojos.

Rut se lo quedó mirando. «El pazo», susurró. Entró un aire frío. Puso en marcha el motor. Miró por el retrovisor. Metió marcha atrás. Llevó la vista nuevamente al frente. La fue elevando poco a poco. La forma de la luna caía reflejada sobre el cristal delantero.

El Nissan tomó una cuesta mal asfaltada. Descendió hasta un solar, próximo al barranco de Tuy. A esas horas podía verse luz en muchas de las casas que habían advertido la presencia del Nissan Patrol.

A las 00:40 horas el Nissan Patrol de la Policía Local de Mula se detuvo en un solar situado en el ala sur del pueblo.

Rut apagó el vehículo. Sacó las llaves del contacto. El cristal delantero se humedeció al instante. Enfrente, a unos quince metros, se hallaba una tímida farola encendida que señalaba el descenso hacia el pazo.

—No tardaré —dijo Rut, saliendo del vehículo.

Él la miró aterrado.

Rut salió del auto. Enfiló el camino hacia la única farola que había allí. Simón la vio perderse cuesta abajo.

Esa parte de Mula era ciertamente aterradora. Los mulenses no se atrevían a aventurarse. Estaba ubicada en el suroeste, sobre un zigzagueante terreno.

Rut bajaba por un camino abierto, agreste, dirigido por dos muros paralelos mohosos.

Hace cincuenta años la zona resultaba casi impenetrable. El bosque llegaba hasta el torreón y la nieve cubría todo hasta el pazo.

Rut se frotó las manos. Muchos eran los recuerdos que se agolpaban en su mente a medida que avanzaba. Miró una sola vez hacia abajo. Sus botas se estaban hundiendo en el lodo. Pensó en Erika. A los niños les aterraba.

Se detuvo delante del pazo. Contempló su fachada. Miró ansiosamente el pequeño castillo. Seguía teniendo apariencia de cuento, incluso con toda la vegetación asfixiándolo.

Se acercó despacio. Su respiración era cada vez más fuerte. Empezó a sentir el miedo de la infancia. Golpeó por dos veces aquella tabla torcida que hacía la vez de puerta. Esperó un poco. Pensó en Erika.

Unas manos fuertes retiraron la tabla. Rut se encontró frente a una mujer de avanzada edad, de poca estatura y facciones rígidas. Llevaba el cabello suelto, desgredado y sucio. Tenía en la mano izquierda una lámpara de queroseno.

El resplandor descubrió a Rut en la triste penumbra.

—Niña, ¿qué haces aquí? —preguntó Martha, la hermana de Erika.

Martha era la pequeña de los Floden. A los niños de la época no les daba ningún miedo. Aún se decía en el pueblo que había sido una hermosa joven llena de vitalidad. Hasta que un día tuvo que cuidar a su hermana. Entonces cambió. Se la comieron el terror y la angustia. Aquella hermosa ninfa de cabellos dorados se fue arrugando invierno tras invierno.

—Martha. —Respiró—. Ha desaparecido una chica.

—¿Qué te hace pensar que pueda estar aquí? —replicó Martha, sintiéndose profundamente atacada.

—Nada —dijo Rut abriendo los brazos—. Solo estoy buscándola.

—¿Quién es?

—Anna, la hija del enterrador.

—Sé quién es —dijo Martha, con aire arrogante—. Aquí no está, puedes irte.

—Debo hablar con Foid —repuso Rut.

—Está descansando y no quiere que lo molesten.

—La chica ha desaparecido en el cruce. Sé que Foid va por allí. Lo hemos visto algunas veces, especialmente de noche.

—No me ha dicho nada.

—Puede ser un testigo en cualquier momento. Si sucediera, sería mejor que le preguntara yo primero, ¿no crees?

Martha se metió dentro. Por el día trabajaba sin descanso. Tenía su jornal de ocho horas en una fábrica química, en el pueblo de al lado, en Mazarros. Allí limpiaba para una empresa de limpieza por las tardes.

Rut siguió su misma dirección. Cuando entró en el salón, un salón en ruinas con una solitaria escalera en el centro, no pudo evitar sentir el escalofrío. Había estado allí de pequeña jugando con Martha, antes de que esta hiciera el cambio.

Recordó inmediatamente la presencia de Erika bajando por la escalera, arrastrando las piernas como un animal herido.

—No te detengas —avisó Martha.

Martha caminó hacia la oscuridad y Rut la siguió.

Se adentraron en un estrecho pasillo enladrillado mal acabado. Tenían que caminar casi de lado, con los brazos rectos hacia abajo y las manos sumergidas en los bolsillos para ocultarlas del frío glacial que hacía allí.

Al salir, el paso se aceleró. Las fuertes pisadas hicieron huella en la arenilla que se desprendía del ladrillo.

Rut se vio de pronto en una oscuridad que olía a orina. Al avanzar un poco tuvo que detenerse, ya que sus botas rozaban el umbral de la escalera.

De pronto, se hizo la luz en la mazmorra.

Martha estaba bajando las escaleras. La vio dirigirse hacia la más próxima. Dejó caer la lámpara. En el instante, el rostro desfigurado de Foid se iluminó.

Foid corrió hacia la luz y se lanzó de lleno contra los barrotes.

—¡Foid! —le gritó Martha.

La figura de trol se congeló. Notó que había alguien con Martha. Movié la cabeza bruscamente hacia la escalera. El tórax le destripó la camisa de leñador. Sus músculos se deformaron. Tenía la piel sucia, áspera, como la de un jabalí; la edad de un hombre maduro, el cerebro de un niño.

Estuvo unos segundos parado, contemplando a Rut. Su gruesa nariz de cerdo respiraba el aceite que desprendía la lámpara.

—Acércate —dijo Martha.

Rut se dejó llevar por la nostalgia. Se asomó a una gruta iluminada que fue utilizada durante la guerra como refugio antiaéreo. Había celdas a los lados.

Bajó la escalera. Se quedó detrás de Martha.

—Adelante, háblale.

Rut pasó delante. Se sentía nuevamente con Foid en la oscuridad. No le tenía miedo. Tenía miedo de pensar en Erika. Había visto como las ratas huían de ella.

—Hola, Foid —dijo Rut, emocionada.

Foid encogió los labios. Seguidamente, inclinó la cabeza hacia abajo. Tenía los párpados alzados para así poder contemplar a Rut.

—Los niños están a salvo —dijo Foid con voz profunda. Hablaba lento, en tono de súplica.

—Eso es —suspiró Rut—. Lo conseguiste.

Rut fue consciente de que Foid se sentía cerca de ella. Recordó la luz de la mañana inundando el cuarto de Martha. Foid estaba de pie junto a la cama con el rostro pálido y el cabello blanco como la ceniza. Martha dormía. Tenía trece años y parecía un ángel.

Al acercarse, él retrocedió. Entonces oyó aquel inconfundible siseo de respiración. El aire estaba encogido en la enfermedad. Un miedo atroz le heló la sangre. Ahí sobre el suelo, en la más terrible forma, se encontraba Erika ávida de cólera.

La espalda arqueada le había destripado el camisón.

—Foid. Necesito tu ayuda para encontrar a una niña.

—Los niños.

—El tiempo corre en nuestra contra. Necesitamos encontrarla.

—Sí.

—¿Has estado hoy en la iglesia?

—A Foid le gusta la iglesia. Hay pájaros.

—Eso es que sí —dijo Martha.

—¿A qué hora te fuiste de allí?

—Tiene que regresar antes de las siete. Si no, lo dejo sin cenar. Él lo sabe.

—¿Ha cenado hoy?

—Foid, dile a Rut qué has cenado.

—*Chips* —Bolsa de patatas.

—¿Había alguien contigo en el parque o estabas solo?

—Anna.

—¿Conoces a Anna, Foid? ¿De qué la conoces? —preguntó Rut, sorprendida.

—Anna es buena con Foid. No es como los otros.

—¿Qué otros, Foid? ¿Quiénes?

—Se han estado metiendo con Foid —intervino nuevamente Martha.

—No le insulta, no le escupe, no le pega —iba diciendo Foid entre intervalos escasamente cortos.

—Hace un mes vino cubierto de sangre. Le habían tirado un cubo de sangre sobre la cabeza.

—¿Quién ha sido?

—Los chicos del pueblo. Sobre todo el que lleva un Land Rover verde.

—Daniel Mathinson.

—Ese. No se matará, no. No tendremos esa suerte.

—¿Os está acosando?

—No. —Pausa—. Dejo que Foid vaya a la iglesia por las noches. Eso le relaja y no me da problemas. Se ponía muy nervioso y no me dejaba dormir. Antes lo dejaba salir también los

sábados. Ya no. La hora en que dejaba salir a Foid coincidía con la salida de esos demonios de la discoteca. Iban detrás de mi hermano y le daban caza para reírse de él.

—¿Quieres que haga algo?

—No puedes hacer nada. —Martha fue tajante.

—Foid. ¿Habló Anna contigo?

—No.

—Dices que Anna ha sido buena contigo. ¿Es porque hablas mucho con ella?

Foid afirmó con la cabeza hundida entre los brazos.

—Pero no habló contigo. ¿Es porque había alguien con ella? ¿Otra niña como ella?

—Sí.

—Abigail Parker. ¿Las viste juntas?

—Sí.

—¿Ellas te vieron a ti?

—No.

—¿Qué pasó después?

—Un coche paró.

—¿Uno de color verde?

—Sí.

—¿Pudiste oír qué decían?

—Querían ir a la discoteca.

—¿La viste subirse en el coche verde, Foid?

—A las siete tengo que volver. A las siete tengo que estar en casa. ¡Foid! ¡Foid! —gritó, golpeándose la cabeza.

—Foid es importante.

Pero Foid no estaba para nada más. El dolor de cabeza comenzaba a reventarle las sienas.

Entonces Rut se echó para atrás. «Nosotras no salimos del pueblo», había dicho Abigail Parker. ¿Se subió Anna al mencionado coche verde? Abigail se encontraba mal. De eso no había duda. Daniel Mathinson era mayor de edad. ¿Se entendía con la hija del enterrador, que era menor? Podrían estar besándose en cualquier parte, pensó Rut. Quizá en la misma parte de atrás de la discoteca. Tenía que ir a averiguarlo.

—Debo irme.

Salieron de la mazmorra. Regresaron al salón.

—Le ha gustado verte. A veces sus gritos son horribles. Tengo que aumentar la dosis.

—¿Qué le estás dando?

—Clorpromazina lo que más.

—¿Quién te la suministra?

—El doctor Hellmann's. Es el médico de Foid.

Rut se detuvo en la escalera. Ascendió la mirada por los escalones.

—¿Por qué no se lo contaste? —Martha estaba hablando de Robert.

—Era solo una niña. Estaba muerta de miedo.

—Murió sufriendo. ¿Te reconforta?

—¿Cuándo murió?

—Hace diez años. No cuentes nada. Su presencia los sigue alejando de aquí.

—Descuida.

El tiempo le pareció detenerse mientras observaba la escalera. Había algo ahí arriba. Parecía ser una sombra de su pasado. Echó una mirada desde abajo. Allí, en lo alto, estaba Erika, con el cuello quebrado hacia un lado y los ojos grandes, abiertos, moviéndose de un lado a otro de manera dolosa.

Un escalofrío de espanto atizó su espina dorsal.

Rut abandonó el pazo. Enfiló la cuesta con la luz de la farola iluminando la prolongada ascensión.

CAPÍTULO 3

Simón la vio aparecer. Bajó la ventanilla del vehículo. Pegó la boca al cristal. Nervioso, le preguntó:

—¿Nada?

Rut se subió al vehículo. Colocó las dos manos en el arco del volante. Tomó aire. Le entraron ganas de volver a fumar.

—¿Es que no la tienen ellos? —volvió a insistir Simón, muy sorprendido.

—Foid vio como un vehículo verde se paraba a hablar con ellas.

—¿Has mirado dentro de la casa?

—Puede que sea Daniel Mathinson. Es el único que tiene un vehículo verde aquí.

—¿Qué cojones hace ese monstruo suelto? ¿Cómo puedes permitir que ese imbécil subnormal espíe a nuestras hijas? Debes volver ahí dentro y arrestarlo. ¡Rut! No me estás escuchando.

—Anna no está en el pazo.

—No te dejes engañar como lo hizo tu padre.

—Abigail Parker me ha mentido. Las niñas preguntaron por la discoteca. Voy a ver si Anna está allí con el chico del coche verde.

—Estás cometiendo un grave error.

—Puedes venir conmigo o quedarte aquí y averiguar por ti mismo si está en el pazo.

Simón echó la cabeza hacia atrás. No dijo nada. El terror que sentía por Erika lo asaltó en el instante en que se imaginó entrando por esa casa.

Rut tragó saliva. No quería expresarlo en voz alta, pero estaba preocupada. Sentía que algo no iba bien. Tenía la sensación de que tampoco hallarían a Anna en la discoteca.

Descolgó el micro:

—Quebec a November.

—Adelante, Quebec —dijo la voz de Adán.

—No se encuentra en casa de los Parker. Tampoco en el pazo.

Silencio. Fue escuchar «el pazo» y callar.

Todos los mulenses, a excepción de los Rand, desconfiaban de los Floden por culpa de la hermana mayor, Erika, a quien el pueblo de Mula temía sobremanera.

—Me han dicho que a Anna y Abigail Parker se les cruzó un vehículo de color verde. Intuyo que querían ir a la discoteca. ¿Podías confirmarme si Daniel Mathinson está en su casa? Es el único que tiene uno de ese color.

—De acuerdo —A Adán se le notaba frío.

—Salimos para la discoteca La Cueva, a ver si la encontramos allí. Corto.

Silencio.

—Simón, tengo que preguntártelo: ¿has discutido con tu hija?

—¡¿Qué?! ¡No!

—¿Te mencionó alguna vez que quería irse de casa?

—¡No! ¡Tira! ¡Estamos perdiendo el tiempo!

—¿Tiene contacto con algún familiar? ¿Sabes si le ha llamado recientemente?

—¡Demonios!

—Contéstame.

—¡A mí solo me queda un hermano vivo y la familia de mi mujer no quiere saber nada de mí! —Hizo una breve pausa llevándose la mano a la frente—. Y no. No habla con nadie de la familia ni siquiera por su cumpleaños. ¿Podemos irnos ya?

Minutos más tarde, sobre las 01:00 horas del viernes 13 de noviembre, el Nissan Patrol alcanzó el cruce de caminos, a la salida del pueblo. Delante, corría la carretera general atravesando el camino que unía a los pueblos de Mula y Mazarros. Al lado del último tramo que salía a la carretera se encontraba el muro oeste del cementerio de Mula, rodeado por un camino de tierra pegado a la carretera general.

Rut estacionó el vehículo al lado del muro oeste, sobre la misma esquina. Todo estaba muy oscuro, oscuro como la boca del lobo. Allí gobernaba el silencio. Rut dejó las luces del Nissan puestas. Bajaron Rut y Simón. Anduvieron con los ojos puestos primero, por el parque; después, por la iglesia. Dieron vueltas y más vueltas por si habían dejado alguna huella. Continuaron hacia la carretera general. No había marcas de ruedas por ninguna parte ni tampoco signos de violencia. Era como si a Anna se la hubiera tragado la tierra. Ambos regresaron al vehículo y, decididamente y sin mediar palabra, siguieron hacia Mazarros. Tras haber recorrido un tramo de aproximadamente un kilómetro sin haber hallado un solo indicio de que Anna pudiera haber pasado por allí, Rut concluyó que esa misma noche no iba a encontrarla. En ese momento el reloj digital señalaba la 01:35. Rut miró a Simón. Tenían la discoteca La Cueva delante. Estaba cerrada.

—November a Quebec, cambio.

—Sí.

—Te confirmo: Daniel Mathinson está en su casa.

Rut se llevó a Simón al puesto para poner la correspondiente denuncia. Eran las 02:00 y todavía se oían perros ladrar.

Simón accedió, acompañado por Rut, a una pequeña oficina de recepción con aspecto rural. Aquello era la Jefatura de Policía del pueblo de Mula. No había presupuesto para más.

Se paró delante de un mostrador. Halló tras el mismo a Adán vestido de uniforme. Tenía treinta y seis años. Era un tipo espigado, con el cabello corto de color negro; facciones marcadas, mirada constreñida, postura tiesa. Terminaba de hablar por teléfono con un frío «No».

—Quédate con él —le dijo Rut a Adán. Y seguidamente miró a Simón—. Ahora vuelvo.

Rut se fue directa al baño. Adán comenzó a remover los papeles de la mesa. Simón estaba pálido, ojeroso, tenía los ojos nublados. La fatiga le estaba haciendo mella.

—Pasaporte —solicitó Adán.

—Sí. —Lo sacó del bolsillo de su pantalón—. Aquí tienes.

Adán abrió el pasaporte delante de Simón:

—Simón Fejes, nacido el 5 de noviembre de 1923, hijo de Peter y Magda. ¿Todavía vives en la calle Corcubión, en el número 13?

—Sí, así es.

—¿Tiene tu hija pasaporte?

—No, no tiene edad aún.

—Necesito algunos datos.

—Sí.

—Nombre, estudios...

—Mi hija se llama Anna Fejes. La chiquilla hace sus estudios en el colegio Felipe II. Tiene trece años, su madre la parió en casa.

—Cuéntame lo que ha ocurrido —decía Adán al tiempo que rellenaba el atestado.

—Vine de trabajar del cementerio a las ocho y Anna no estaba en casa.

—¿Tienes idea de donde puede estar? Algún lugar que frecuentara, un sitio donde le guste estar...

—No.

Rut entró por la izquierda y se ubicó al lado de Adán.

—¿Señas peculiares? Estatura, complexión, color de pelo, color de ojos, objetos que recuerdes que llevaba en el momento en que salió de casa...

—Uno sesenta y tres de estatura; delgada; ojos marrones; el pelo largo, liso, por la espalda, del mismo color que los ojos, marrón también; no lleva aros ni pulseras nunca; labios finos; muy blanca, como su madre...

—¿Cómo iba vestida?

—Yo la vi salir de casa a eso de las ocho de la mañana con unos vaqueros azules, jersey rosa de lana grueso y botas negras.

—¿Llevaba dinero?

—No que yo sepa.

—¿Tienes algo más que manifestar? ¿Quieres decir algo más?

—Mi hija no se ha fugado de casa —dijo, mirando fijamente a Rut.

—Necesitaré una fotografía.

Simón sacó una fotografía de la cartera y la dejó encima del mostrador. En la fotografía podía verse claramente a Anna. Era reciente. En efecto, tenía unos ojos marrones muy profundos, una expresión dulce y alegre, una melena larga y lisa ajustada a su frente; en suma, la delgada figura de una adolescente que quería comerse el mundo. En la fotografía tamaño carnet llevaba una camiseta blanca.

—Toda esta información que nos has facilitado irá a la Guardia Montada. De todas formas, ponte en contacto con la familia por si la han visto o los han llamado pidiendo dinero —le indicó Adán.

—Mi hija no se ha ido de casa —dijo Simón, refunfuñando.

El golpe de la desaparición de Anna Fejes dejó a todo el pueblo de Mula en una amarga decepción. Fue tan inesperado que muchas de las personas creyeron haberla visto de repente en todas partes. En aquel día, el teléfono del puesto de la Guardia Montada empezó a sonar a partir de las doce del mediodía del sábado 14 de noviembre de 1992. Horas antes la Guardia Montada había recorrido todo el tramo de Mula hasta Mazarros con la esperanza de encontrar a Anna súbitamente en mitad de la nada. Algo que jamás se dio.

CAPÍTULO 4

En los días siguientes el pueblo entero se movilizó para encontrar a Anna. El alcalde de Mula, Mordecai, decretó tres días de cierre de los colegios, hasta el jueves 19 de noviembre, para que todo el pueblo pudiera volcarse en la búsqueda de Anna Fejes.

El día 15 de noviembre de 1992 Mula se levantó en un estado anormal de movimiento jamás visto. El Ayuntamiento mandó hacer carteles con la foto carnet de la hija de Simón. Funcionarios y vecinos empapelaron el pueblo entero con la foto de Anna Fejes. Los pueblos colindantes de Mazarros, Labrador, Pueblo de Arena y Cuernavaca se despertaron tan sorprendidos como contagiados por aquellas marchas interminables de gentes que cartel en mano iban preguntando a todo el que encontraran al paso. Ni que decir tiene que aquella oleada de desesperanza molestó a alcaldes y fuerzas de seguridad por igual.

El número de personas que arrastraba la búsqueda hizo de aquellos cuatro días un desfile caótico por estos cuatro pueblos, por sus montañas y sus sierras. Los bloques de búsqueda no dudaban en desviarse al más mínimo comentario que dijera aquello de: «Me parece haberla visto por aquí». En total, doce bloques de personas peinando cada centímetro del Macizo Central.

Rut había ubicado a Simón en el bloque que debía recorrer las estrechas callejas que desembocaban en el puerto. Ella se había asignado el del barranco de Tuy, cuyos voluntarios debían recorrer a pie tres kilómetros en continuo descenso. Para este bloque se habían escogido a personas no mayores de cincuenta años y, sobre todo, a personas que practicaran o hubieran practicado senderismo.

*

Domingo, 15 de noviembre de 1992. El débil sol de invierno despertó a Simón. Entreabriendo los ojos, vislumbró la hora. Eran las siete y media de la mañana. Se había quedado dormido en la cocina, con la frente apoyada sobre el mantel a cuadros.

Simón nunca había estado tan preocupado y sombrío. Jamás hubiera podido imaginar que se hallaría en semejante situación. Tenía sentimientos contrariados. Por una parte, creía haberlo hecho mal. Recordaba hasta el último detalle de la maldita mañana del viernes 13. Se culpaba al recordar que, además de ebrio, se había aprovechado para criticar duramente la conducta pasota de Anna, por otro lado, juvenil.

Poco podía hacer ya. Así que no lo volvió a pensar. Salió huyendo de la cocina hacia el cuarto de Anna con expresión de mal humor. Recorrió el pasillo a grandes zancadas. Entró en el cuarto de Anna. Retiró la sábana con violencia. El gato de Anna, Michi I, saltó de la cama.

Encendió la luz de la lamparilla. Se mantuvo como unos diez segundos erguido, tenso, sin pronunciar palabra. Su hija Anna no había vuelto. Su pequeño cuarto pintado de blanco, con parte de las paredes agrietadas por la humedad, se encontraba tal y como lo había dejado la mañana del día 13 de noviembre: La cama sin hacer pegada a la pared, la mesita de noche con los cajones abiertos, un patinete de color naranja con forma de plátano por ahí en medio, el póster de *Beverly Hills 90210* situado junto a otro solitario de Luke Perry, cuatro muñecas por el suelo sin piernas de la casa Barbie, el armario empotrado con las puertas abiertas... En suma, el cuarto propio de una niña adolescente.

Simón estaba medio muerto. Se sentó en la cama, temblando. Escuchó un cálido maullido. El gato se le subió a las rodillas. Se puso a acariciarlo muy suavemente, como si fuera el cabello de Anna. Empezó a reflexionar, a convertirse también en un fantasma. Después de

acariciarlo, dejó al animal en el suelo y salió de allí porque tenía que dar de comer a los pollos.

Los Fejes vivían en el número 13 de la calle Corcubión, en una sórdida arteria empedrada con abundante luz. Detrás, tenían un pequeño huerto en el que había pollos, gallinas y conejos. Había que salir y rodear la casa para acceder al terreno.

Mientras daba la vuelta pensaba en Thomas Parker. Él y Thomas habían sido buenos amigos. En 1962 sus padres trabajaban en la misma fábrica, en Mazarros, como casi todo el pueblo durante la primera década posterior a la posguerra. Los campos aún albergaban minas y la mayoría de los ríos bajaban contaminados.

El olor a química que desprendían las ropas pasó a ser permanente. Aquellos soldados reconvertidos en padres rudos llegaban exhaustos a casa tras días interminables de arduo trabajo. Los niños, sensibles al olfato, odiaban ese olor. En verano resultaba irrespirable.

Simón y Thomas lo cogían como excusa para convencer al resto de la pandilla. Así, los niños iban a bañarse al río Tambre. El río pasaba bajo el Puente de la Laguna, cerca de la Casa del Pastor.

Desde el río la pandilla veía elevarse por en medio de los picos el poderoso torreón de la iglesia del Mar, terminado en 1672. A veces se les unía otro niño de cuello corto y facciones protuberantes. Hacía poco que su familia se había afincado en el pazo. Se llamaba Foid Floden.

*

Simón rodeó la casa, entró en el terreno, abrió la puerta de la jaula. Cuando se disponía a dar de comer a los animales vio aparecer a un grupo de personas, todas del pueblo.

Dejó el canasto en el suelo, frío. Los pollos se lanzaron a picotear dentro. Él se mantuvo en actitud tensa. Reflexionó un momento. Después, se giró hacia ellos.

El primer equipo se quedó parado frente a Simón. Lo encabezaba Thomas. Se plantó delante sin apartar la vista de él. No se dijeron nada. No hacía falta. Ambos estaban preparados para llegar hasta el fin del mundo.

Así comenzó la búsqueda.

*

Salieron a pie de la calle Corcubión. Eran las ocho de la mañana del domingo 15 de noviembre. El frío seguía castigando. El grupo de voluntarios del primer bloque, dirigido por Thomas Parker, iba caminando hacia el muelle. Había como unos treinta. Entre sus conocidos estaba Mathias, el marido de Clara, la Larga. Cerca de él había otro hombre, Brais, propietario del Bar Amada; un tipo calvo, corpulento, de metro ochenta. Llevaba un abrigo negro forrado por dentro y unas botas de montaña. Tras Brais se encontraba Elvira Perkins, de cincuenta y siete años, hermana del fallecido Tod Perkins, una mujer de cabello negro y ojos profundos oscuros. Había algo en su manera de mirar que inquietaba.

Simón se puso en cabeza, un pie por delante de Thomas. Comenzaron a batir la zona. Se movían con rapidez, como si todos volvieran a ser niños otra vez en aquella apagada mañana de noviembre.

Thomas le comentó algo bajito a Simón, con la voz entrecortada:

—Simón, mira, la pandilla otra vez reunida. Es una pena que Robert no esté. —Se refería a otro miembro de la pandilla, Robert Rand, el padre de Rut.

—Su hija fue a casa de Foid —dijo Simón con desprecio.

—¡Dios mío! ¿Cuándo?!

—No te hagas el sorprendido. —Pausa—. El viernes.

—¿Y te dijo algo del monstruo? ¿La vio?

—No. —Hizo una breve pausa—. Ni siquiera creo que viva ya.

—Lástima que Robert no le disparara —dijo Thomas apretando el puño con rabia.

—Debimos hacerlo nosotros cuando tuvimos la oportunidad —dijo Simón, con la mirada del asesino.

—Éramos unos críos. Robert tenía el mismo miedo que todos, Simón.

—¿Seguro? ¿Y qué hacía su hija jugando en casa de los Floden? ¿Quién te crees que la llevaba?

—Siempre estuvo enamorado de Martha. La pandilla lo sabe.

—Sí, la pandilla lo sabe. Su deber como policía era arrestar al asesino del pequeño Tod y no lo hizo. En vez de eso, se refugió debajo de una falda.

—No digas eso.

—Lo digo.

—Sigues rabioso porque se fueron los dos.

—No se fueron, los perdimos —replicó Simón—. Éramos un grupo unido, éramos una pandilla de verdad. Íbamos a salir de aquí, ¿recuerdas? Todos juntos, cargados de valor. Y ellos decidieron no luchar. Se rindieron —expresó Simón, lleno de resentimiento.

*

Una hora después seguían encontrando asfalto y casas viejas. Continuaron su marcha hacia la iglesia del Mar con el ánimo pendiendo de un hilo. Los carteles fotocopiados de Anna iban a apareciendo por todas partes. Su nombre se oía en no menos de diez kilómetros a la redonda. No era suficiente, era más bien poco para una desaparición así, tan de repente. Pero por cada rincón que lograban mantener resonando una voz, un día que la búsqueda no cesaba.

*

El muelle se encontraba lleno de pájaros que revoloteaban bajo un cielo blanco. Hacia mediodía seguían sin hallar rastro.

El grupo de Simón se topó con dos pescadores un poco más abajo del puesto de policía. Eran los hermanos Harald, Boyd y Gabriel. Boyd era un hombre de sesenta años, regordete. Tenía el cabello largo y enmarañado, y la mirada siempre extraña, como de inquietud. Gabriel —cincuenta y cuatro años, cabello rubio ceniza, sin afeitar, manos grandes—, alzó la voz al ver llegar a Simón:

—¡Valiente! —dijeron los pescadores.

Enseguida se sumaron otras voces:

—¡Verás como está bien! ¡Seguro que la encuentras!

—¡Estamos contigo, Simón!

*

Al llegar a las inmediaciones del muelle los voluntarios se dispersaron. Unos fueron a batir la orilla; otros, los alrededores. Simón fue directamente al torreón. El viento estaba barriendo el lugar. La torre del campanario se erigía como un faro al lado del muelle. Más allá del portal no había camino, solo el embalse.

*

—¡ANNA! —Se oía en todas partes.

*

Simón apoyó los codos en la barandilla para contemplar el embalse. El cielo parecía la tierra. Las orillas se habían perdido bajo la nieve. El agua del embalse circulaba a tientas por culpa de la helada. Pensó en Robert. A pesar de su distanciamiento, seguía teniendo el corazón oprimido. La noche del miércoles 23 de abril de 1980, Robert se bebió una copa de *whisky*, pagó, salió del Bar Amada sobre las nueve de la noche. Más tarde paró a dos

tipos que iban en un coche blanco, en la carretera dirección Bañá. A la mañana siguiente se lo encontraron muerto.

*

Simón salió de su ensimismamiento. Se dio la vuelta. Se quedó mirando la entrada de la iglesia. Había sido sellada con cemento. Nadie podía entrar. Mordecai, el alcalde, se apresuró a cerrarla tras la muerte de otro niño en el pueblo en el verano de 1982. Se llamaba Erik Rasmusen.

Walter Rasmusen, que acababa de abrir una tienda de chucherías, envió al pequeño Erik Rasmusen, de ocho años, a comprarle tabaco. Cinco días después hallaron su cuerpo flotando en las entrañas del torreón. Al parecer, o eso se contó, el muchacho se había asomado demasiado a la puerta. Investigado el caso, se dictaminó que había sido un accidente. Ninguno se atrevió a pedir responsabilidades al Ayuntamiento, mucho menos a Mordecai. Se selló la puerta y punto.

*

—¡ANNA!

*

A eso de las tres de la tarde se habían batido todos los caminos hasta el cruce. Más allá, continuaron arrojando voces con su nombre, pero ninguna respondió. A las cinco, con la caída del día, el nombre de Anna seguía retumbando en todas direcciones.

*

El bloque de búsqueda del que formaban parte Simón y el resto de la pandilla se fue descomponiendo a eso de las siete de la tarde sin que nadie diera órdenes de abandonar. El cansancio se hizo visible en las caras. Se oían gritos, algún que otro llanto en la lejanía. Mula estaba perdiendo a otro niño.

*

Los otros equipos de búsqueda tampoco tuvieron suerte. Las labores que se asignaron al barranco de Tuy, a la carretera del cementerio y a los pueblos colindantes no obtuvieron nada en esos primeros tres días de desesperación en el que los ánimos pasaron a ser sollozos.

*

Allí donde buscaran tan solo había un paisaje blanco con el viento silbando siniestro.

CAPÍTULO 5

Era lunes 16 por la mañana. Rut no había podido pegar ojo en toda la noche. Su cuerpo no aguantaba más, pero su mente se negaba a rendirse. Quería encontrar a Anna.

Retiró un poco la sábana. Tenía turno de tarde, pero qué importaba. Se levantó de la cama cuidando de no despertar a Bernardino. El pobre dormía a pierna suelta. Estaba agotado. Había formado parte del grupo tercero, el que había estado inspeccionando los alrededores de la discoteca La Cueva.

*

Bernardino era de Cuernavaca; gasolinero; mediana estatura, moreno, rechoncho, de carácter muy tranquilo y un gran aficionado al fútbol. Era seguidor de los Whitecats. Procedía de La Encrucijada, la zona repleta de mataderos, a sesenta y cinco kilómetros de Valle Viejo hacia el este; a unas dos horas en coche desde Cuernavaca.

*

Él y Rut solían ir al Bar Amada. Se conocieron allí. Ella tomaba café todas las mañanas. Él se sentaba a leer el periódico. Un día comenzaron a hablar del tiempo. Al otro, estaban saliendo.

*

Rut tomó el vehículo patrulla. El cielo estaba para nevar. Bajó hasta la plaza del ayuntamiento. Desde el coche vio a los primeros reporteros yendo de un lado a otro impacientados. Había también una cámara de televisión enfocando a la Guardia Montada. La reportera, forrada en un abrigo de piel, sujetaba el micrófono delante del teniente Calderón.

*

El alcalde Mordecai se metía corriendo en el edificio sin atender a los periodistas.

*

Rut se bajó del coche. Había policías por todas partes. En cada rincón asomaba un vehículo patrulla con las luces encendidas. La reportera fue corriendo hacia ella. La esquivó, sorteándola.

—Tan solo unas preguntas —dijo la joven de ojos verdes y cuello largo corredizo.

Rut apresuró el paso. Vio un pequeño rebaño de policías. Se situó detrás de uno, muy joven. Delante, el teniente Calderón extendía un gigantesco plano de las localidades de Mula y de Mazarros sobre el capó de un Ford Escort negro.

Calderón comenzó a explicar a los agentes cómo se desarrollaría la búsqueda. Rut le observó en silencio:

Lucía su impecable uniforme azul marino de la Guardia Montada, su tinte rubio sobre cabellos rizados separados por una raya que torcía finalmente hacia la derecha. Llevaba todas las medallas puestas en el chaleco, el cigarrillo entre los dedos, fumaba Gitanes.

Tenía la cara muy blanca, los ojos hundidos en la carne, el acné cicatrizado en cada mejilla; próximo a los sesenta, se acarició el bigote mientras habló:

—Vamos a ampliar el sentido. Se reconocerán las urbanizaciones de Ribamoria y Fraternidad. El límite es el río Tambre.

Los policías asentían con la cabeza.

Rut levantó los ojos y los fijó en una furgoneta que se aproximaba.

La sirena de la furgoneta obligó a los reporteros a tener que desplazarse. Entró en el perímetro señalado por los vehículos reglamentarios, tanto de la Guardia Montada como de la Policía Local.

Estacionó delante. Bajaron dos agentes de la Unidad Canina. Abrieron las puertas traseras. Sacaron a los perros de guarda; dos grandes pastores alemanes de fino olfato.

—Ya están aquí ¡Vamos! —dijo Calderón, dando una fuerte palmada.

Y acto seguido, se fue directo a desalojar la cámara.

Las personas que habían salido a contemplar aquel espectáculo de luces giratorias vieron cómo los policías volvían a sus respectivos vehículos y viraban todos juntos hacia el norte.

El Nissan Patrol de la Policía Local de Mula cerraría el desfile de coches que enfilaba dirección a los chalés.

Minutos después, asfalto, casas, tierra, bosque, terrenos privados, ferrocarriles, hostales, pensiones; así, hasta diez kilómetros a la redonda, todo era rastreado por los perros pastores de la Unidad Canina.

A las doce de la mañana la luz había caído un poco. El viento seco barría la soledad de las tristes calles de Mula, y muy especialmente en Ribamoria, una pequeña urbanización separada del pueblo justo en el límite del término municipal con Mazarros.

La policía estaba surcando las calles residenciales y los chalés. La gente de allí se había quedado en casa. Solo se veía a algún que otro despistado paseando al perro.

Para acceder a Fraternidad desde Ribamoria tuvieron que recorrer medio kilómetro de asfalto, tomar un desvío lleno de curvas y repleto de piedras y, siempre cuesta arriba, atravesar un umbroso camino salpicado de nieve y cruzar un campus.

Horas más tarde, hacia las dos, el rastreo alcanzó los complicados lugares de los arrabales, los cuales estaban estrechamente relacionados con la heroína.

A partir de ese nuevo punto se concretó una nueva marcha compuesta por veintiún policías, entre ellos Rut. A este quinto grupo se le uniría poco después la Guardia Montada al trote de ocho robustos caballos.

La urbanización parecía muerta. El viento fustigaba la cara. La nieve quedaba esparcida bajo las botas. Se rebuscaba entre las piedras, se revolvían los matojos. Los perros husmeaban cualquier indicio que pudiera evidenciar «algo».

Fraternidad era otra cosa. Estaba a tres kilómetros de Ribamoria. Sus colinas brillaban por encima de sus interminables calles. La urbanización en cuestión tenía fama de ser peligrosa desde la época en que fueron a vivir los dueños de los clubs de alterne de la carretera general Labrador–Pueblo de Arena.

Se temía que Anna pudiera estar allí. Era un secreto a voces. Todos en el pueblo lo sabían, pero callaban. Preferían guardar silencio, apelando a su ingenuidad. Esos hombres vivían de la prostitución. Hacían fiestas secretas cargadas de cocaína. La policía había hecho alguna que otra redada en Fraternidad, sin éxito. No encontraron nada.

A los menores que acudían a los chalés en busca de dinero se les llenaba los bolsillos de cuartos a cambio de ser manoseados. Así pues, si uno quería comprarse una videoconsola, pagarse un viaje o hacer un regalo caro, solo tenía que pasarse voluntariamente una tarde por los chalés de Fraternidad.

Guardia Montada y patrullas a pie recorrían los chalés llevando la fotografía de Anna Fejes en la mano a fin de poder identificarla con mayor rapidez. La tensión comenzaba a ser muy alta porque los resultados no se veían por ningún lado. Reinaba una gran confusión. La policía inundaba las calles arrojando voces. Algunos comenzaron a preguntar casa por casa. Los ojos de Rut recorrieron el vallado metálico de uno de los chalés. Este en concreto parecía tristemente pálido y abandonado. Además, estaba como descolorido.

Al llegar a la puerta se quedó en blanco. Levantó la mano para pulsar el timbre, pero había perdido la consciencia. En ese momento evocó una imagen sin querer: Su madre lloraba a

los pies de la cama. Inmediatamente después pensó en su padre y volvió a estremecerse como en la noche de su muerte.

El olor a aceite quemado la sacó de la pesadilla. Entonces movió la cabeza a un lado y vio que cerca de la puerta se encontraba estacionada en el arcén una furgoneta de color verde con los cristales tintados. Tenía pinta de pertenecer al dueño de ese chalé. Llamó al timbre. Se abrió de repente una cortina por detrás del vallado. Rut alcanzó a ver instantáneamente a un hombre de entre cuarenta y cincuenta años con muchas entradas y el cabello enmohecido. El hombre se terminaba de atar la bata. Le echó una rápida mirada a Rut y cerró la cortina.

En el momento en que Rut observaba los cristales tintados de la furgoneta, se abrió la puerta. El inquilino, Delvaux, salió con actitud esquivada. Llevaba muchas horas durmiendo. Miró a Rut esbozando una media sonrisa. Tenía los ojos azules.

—Buenos días —dijo Rut.

—Buenos días —dijo Delvaux, sonándose la nariz pasada de coca.

—¿Es suya esta furgoneta?

—Sí. ¿Por qué?

—Tiene los cristales tintados.

—¿Y eso ahora es un delito en este país? —se preguntó Delvaux sonriendo.

—No —dijo Rut—. ¿Para qué la utiliza?

—Oye, trabajo toda la noche.

—¿De qué?

—Soy taxidermista.

—¿Tiene licencia?

—Sí. Dentro. Pasa.

Rut siguió a Delvaux. Este la llevó por un camino pedregoso hasta la puerta. Dentro, encontró una atmósfera irrespirable. Había cabezas de animales disecados por todas partes. La piel curtida empapada colgando de unas cadenas sobre una bañera grande despedía un olor mareante. No se atrevió a mirar dentro de la bañera.

Delvaux se fue a buscar la licencia. Atravesó un pasillo de cebras, leones y lince.

—¿Todo lo ha cazado usted, señor...?

—¡Delvaux! —respondió desde la cocina.

Rut dirigió una breve mirada a su alrededor. Hizo ademán de tocar el cuerno de un toro. En esto, regresó Delvaux con la licencia en la mano.

—Aquí tienes.

Rut comprobó la licencia.

—Yo no cazo nada, solo les diseco bichos.

Rut resiguió el nombre completo con los ojos: René Delvaux. Seguido, le devolvió la licencia.

—¿Quién le encarga todas estas cosas? —preguntó Rut.

—Clientes —respondió Delvaux sin ofrecer detalles—. ¿La licencia es correcta? —preguntó a continuación con ganas de acabar.

—Sí. —Hizo una pausa. Se estaba pensando la siguiente pregunta—. ¿Vive usted aquí?

—Estoy de alquiler.

—¿Quién le alquila la casa?

—Un cliente. ¿Quieres que le llame ahora?

Rut sacudió la cabeza. Una sensación de abatimiento se apoderó de su corazón. Metió la mano en el bolsillo. Sacó la foto de Anna. Se la mostró a Delvaux.

—¿Ha visto usted a esta chica?

Delvaux ladeó el cuello. Se quedó mirando la foto:

—No me suena —dijo arrugando el morro.

Rut guardó la foto.

—¿Ha oído algún ruido de fiesta en esta urbanización?

—Todas las noches —contestó Delvaux gesticulando.

—¿Ha visto menores circulando por aquí? ¿Chicas o chicos que le parecieran excesivamente jóvenes?

—Oye, yo me dedico a trabajar. No sé nada. No he estado en ninguna fiesta. Si vamos por aquí, tengo que llamar primero a mi abogado.

Rut asintió despacio.

—De acuerdo —dijo. Y añadió—: Si algo le viene a la memoria, por favor, háganoslo saber.

—Sí —dijo Delvaux volviéndose a tocar la nariz de manera persistente.

Rut salió del chalé con paso vacilante. Se incorporó a la ola de policías que buscaba a Anna Fejes.

CAPÍTULO 6

La búsqueda se alargó hasta el miércoles 18 de noviembre. Centenares de vecinos, en colaboración con la Guardia Montada, siguieron batiendo casas y recorriendo algunas otras urbanizaciones de la zona, como la de Sierrasol, ubicada a la entrada de Labrador.

El jueves día 19 se amplió la búsqueda. Voluntarios, Policía Local y Guardia Montada hicieron batidas por los montes de Mazarros. A las 15:40 horas, se localizó una vieja caseta abandonada próxima al río Tambre, conocida como «Caseta del Pastor». Por los objetos hallados en su interior se tuvo constancia de que se había servido para dejar aperos de labranza. Se pensó en la posibilidad de que alguien estuviera frecuentándola. El camino que pasaba por delante de la casa venía de ascender mansamente por una pendiente que comenzaba en un bosque próximo al río Tambre.

Terminada la búsqueda en los montes de Mazarros, finalmente compuesta por doce patrullas, cuarenta y seis vecinos de Mula, de los cuales doce eran de Mazarros, y siete perros de rastro, se dictaminó oficialmente y se declaró ante los distintos medios de comunicación que Anna Fejes no se encontraba en esa zona.

Hasta ese momento la investigación de la desaparición de Anna Fejes la había llevado la Guardia Montada en colaboración con las distintas policías locales del Macizo Central. Pero en el séptimo día de búsqueda, el ministro de Seguridad Pública y Defensa, Michel Doku, anunció a los medios de comunicación que en los próximos días enviaría a un grupo de especialistas de la Policía Armada a Mula.

El domingo día 22 de noviembre Rut se encontraba en la jefatura cuando de repente apareció aquel rostro violento, con el cabello compactado oscuro, los ojos bajos y el mentón agarrado al cuello.

Quintana iba vestido con traje y corbata. Llevaba gafas oscuras. Fumaba Ducados negro. Probablemente tendría entre cincuenta, cincuenta y cinco años.

—Buenos días —dijo con un tono que sonaba a carajillo matinal.

Adán le miró por debajo del mostrador.

—¿Sí? —se limitó a decir. Quintana inspiraba un tipo de desconfianza creciente.

—Soy Quintana, jefe de la Policía Armada. Estoy buscando a la señorita Rut —dijo apoyando los codos en la mesa.

En ese momento, Rut salía por otro lado con un puñado de papeles en la mano.

—Rut, este es Quintana, de la Policía Armada.

—«Jefe» —subrayó Quintana.

—Jefe —dejó claro Adán. Quintana empezaba a caerle rematadamente mal.

Rut miró a Quintana. Se fijó en su cara ovalada envuelta de vello. Mediría casi uno setenta. Iba peinado con la raya al lado.

Se acercó. Le dio la mano.

—Yo soy Rut.

—Supongo que os han informado de los cambios —dijo Quintana, relajado.

—Sí, algo nos han dicho —dijo Rut.

—Ahora la investigación es cosa nuestra. Necesito el sumario del caso y todo lo que tengáis. También la dirección y el teléfono de los testigos. Aquí va a declarar todo el mundo.

—¿Todos? —dijo Rut con tono jocoso e interrogativo.

—Sí. ¿Nos hemos perdido algo?

—Nada —contestó Rut.

Estaba pensando en Foid Floden.

Corría el año 1980. Hacía dos días que Robert Rand, su padre, había hallado a aquel niño mutilado, Tod Perkins, en el bosque. Los vecinos de Mula tenían entre ceja y ceja a un claro culpable, el mejor amigo de Tod: Foid Floden.

Robert sabía desde el principio que Foid era inocente. Pero el pueblo de Mula se echó entero a las calles para protestar. La presión popular hizo que Robert se presentara en el viejo pazo y arrestara a Foid en una fría mañana de martes.

Aquello le separó para siempre de Martha.

Rut recordaba lo que le había contado su padre: Foid estaba demasiado nervioso para articular palabra. Su corazón parecía un tambor. Pensaba que se moría. Mientras, él procuraba que no se sintiera mal. Le hablaba despacio, con cuidado, mirando en todo momento de no hacerle sentir sospechoso.

«Foid no aguantará las preguntas de Quintana», pensó Rut. Lo más sensato era procurarle un abogado. Pero si hacía eso, estaría firmando la sentencia de Foid.

Aunque, de todos modos, el pueblo entero iba a comérselo.

CAPÍTULO 7

El lunes 23 de noviembre de 1992, mientras las marchas de voluntarios efectuaban sus respectivos recorridos a pie, la Policía Armada comenzó a tomar declaración a los dos principales testigos: Simón Fejes y Abigail Parker.

Abigail Parker llegó sobre las diez de la mañana del lunes. Se presentó en la Jefatura de la Policía Local vestida con un abrigo largo por el que asomaban unos lustrosos cabellos revueltos. Llegó acompañada de su padre. El señor Parker estaba tranquilo. Tenía el relato en la cabeza. Abigail le había contado que Foid las espiaba mientras estaban en el parque. Sin duda, el señor Parker venía con muchas ganas de contarle a la policía quiénes eran en realidad los Floden.

Rut los atendió enseguida. Los hizo pasar a un cuarto. Dentro, esperaba Quintana con otro policía de menor rango al que todos llamaban *Lobo*.

Lobo acercó una silla mientras los Parker se sentaban. Quintana permaneció de pie, junto a la puerta. Esperaron a que Rut saliera. Entonces el Lobo metió la mano en el bolsillo de su cazadora y dejó caer sobre la mesa un microcasete.

Puso en marcha la grabadora.

—Dinos tu nombre y apellido —dijo el Lobo con voz pastosa.

—Abigail Parker.

—Muy bien. ¿Dónde vives?

—En Camino Real.

Lobo levantó la mano. El gesto hizo que Quintana saliera del cuarto a toda prisa y entrara con la misma premura cinco segundos después portando el sumario bajo el brazo.

Se lo entregó al Lobo. Este lo abrió sin cortarse en presencia de los Parker. A continuación hizo un resumen:

—Aquí dice que le contaste a la policía que tú y Anna sois buenas amigas, que os conocéis desde muy pequeñas, que la última vez que la viste fue el viernes 13 sobre las siete de la tarde porque llegaste a casa a las siete y cuarto, que os separasteis a la entrada del pueblo, en la carretera del cementerio, que no te habló de irse de casa ni viajar a ninguna parte. ¿Te reafirmas en lo dicho? —preguntó el Lobo agudizando una mirada sin brillo.

—Sí.

—Bien. Dices aquí que te fuiste porque no te encontrabas bien, que no notaste nada raro en su comportamiento, que la desaparecida no tenía intención de dirigirse a otro lugar, que vosotras no salís del pueblo.

—Bueno, quiero matizar —dijo Abigail dirigiendo los ojos hacia Thomas—. En verano solemos ir a la Caseta del Pastor.

—¿Eso dónde está?

—A tres kilómetros de aquí.

—¿Cuándo fue la última vez que visitasteis esa casa? —preguntó el Lobo, examinando a Abigail con unos grandes ojos negros hundidos en la sombra.

—Hace un año.

—¿Recuerdas los días exactos?

—No, entre julio y agosto.

—¿Fuisteis andando, en bicicleta o a dedo?

—A dedo. Nos llevó un hombre viejo.

—¿Notaste algo?, ¿alguna actitud extraña en ese conductor que os llevó?

—No. Fue muy amable.

—¿Lo conocías? ¿Te sonaba de algo?

—No. Dijo que tuviéramos cuidado. Solo eso.

Tras una pausa, continuó preguntando:

—¿Conoces una discoteca de Mazarros que se llama La Cueva?

—Sí —respondió Abigail, nerviosa.

—¿No habéis ido nunca allí?

—No. —Abigail se puso a temblar.

—¿Seguro?

—Seguro —intervino el señor Parker.

—No es lo que se dice en el pueblo —dijo el Lobo, muy serio

Levantó la cabeza y miró fijamente a los ojos de Abigail antes de volver a preguntar.

—¿Verdad?

—¿Eso que tiene que ver? —preguntó Thomas en tono desafiante.

—¿Quién más del pueblo va a esa discoteca? —preguntó el Lobo.

—No contestes, espera. —Abigail no iba a contestar hasta aclararlo con el policía—. ¿Qué relación tiene todo esto? Nos estamos alejando de la verdad —se quejó Thomas Parker.

—La gente del pueblo habla.

—¿Quiénes se atreven a hablar de mi hija?

—¿Mejor quiere responder usted a mis preguntas, señor Parker? —amenazó el Lobo.

—Abigail, dile. —Thomas Parker había rebajado el tono.

—Daniel —contestó Abigail mirando la mesa.

—¿Daniel qué más? —le insistió el Lobo.

—Daniel Mathinson, el hijo de Brais Mathinson, el dueño del Bar Amada —contó Thomas. Hablaba deprisa—. Pero el chico no tiene nada que ver. —Soltó aire—. ¿Quieren un nombre? ¿Un sospechoso de verdad? Yo se lo daré. Apunte: Foid Floden. Mi hija le ha pillado espiándola, en el parque de la iglesia, a ella y a la hija de Simón, Anna. —Llevó los ojos a Abigail. Tenía el semblante transfigurado por el furor—. ¿O no? Cuéntales a estos hombres lo que me has dicho a mí esta mañana.

—Abigail, ¿es eso cierto? —preguntó el Lobo con una clara expresión sombría de interrogatorio—. ¿Os han estado espiando?

—Sí —dijo—. La tarde del viernes vi a Foid esconderse detrás de uno de los árboles que están cerca de la iglesia.

—¿Quién es ese Foid?

—Un retrasado peligroso. Vive con su hermana. Está descontrolado. En el pueblo le conocemos bien, a él y a su familia —dijo Thomas.

—¿Qué hacía?

—No paraba de mirarnos. Incluso nos siguió.

—¿Os vigilaba? —afirmó el Lobo en modo interrogativo.

—Sí.

—¿Lo ven ahora? —insistía Thomas.

—¿A qué hora fue eso?

—Entre las cinco y media y las siete. Pero estaba allí. Le pregunté a Anna qué hacía Foid detrás del árbol y ella me contestó que se estaban viendo. A ella no le parece malo.

—¿Y a ti? ¿Te parece malo ese tal Foid?

—No me gusta cómo me mira.

—¿Por qué no se lo contaste a la Policía Local o a la Guardia Montada? —preguntó el Lobo mientras rebuscaba entre los papeles del sumario el nombre de Foid.

—No hace falta que busque. No lo encontrará ahí —dijo Thomas.

—¿No?

—No. —Tragó saliva antes de seguir con la acusación—. La policía de aquí lo protege —acusó en voz baja.

Quintana frunció el ceño. Bajó los ojos inquieto. Cruzó una fría mirada con el Lobo. No sabían lo que estaba pasando.

El Lobo, con un tipo de expresión candente, cerró el sumario.

Quintana, con disimulo, apoyó el peso de su cuerpo sobre la puerta hasta que esta quedó totalmente cerrada.

—Adelante, señor Parker. Soy todo oídos —dijo el Lobo.

—A Mula la bombardearon los aviones durante la guerra. Cuando terminó el conflicto, los Parker regresamos a Mula con otras seis familias y, conjuntamente, logramos reconstruir el pueblo. Fue una década de mucho esfuerzo y sacrificio, ¿entiende? Se perdieron muchas cosas. También vidas. Mi padre murió dentro de la iglesia del Mar. Se le cayó la campana encima cuando la estaban izando. —Se quedó un momento pensativo—. Después, cada una de las seis familias ocupó un territorio: Nosotros, con mi madre y mis hermanos, nos fuimos a vivir a lo que hoy es Camino Real; los Mathinson ocuparon la parte sur, la que está más próxima a la carretera; los Fejes se fueron a lo que eran antiguamente los mercados; los Perkins decidieron instalarse en la zona norte; los Rasmusen ocuparon el centro, lo que hoy es el ayuntamiento; Timoteo, el padre de nuestro alcalde, Mordecai, decidió quedarse con todas las casas bombardeadas que nadie quería, ubicadas en el noroeste. Y acertó, porque mucho después pudo alquilarlas. Ganó un buen dinero con esto. —Tomó aire y prosiguió el relato—: La última de las familias que regresó fue la de los Floden. Una lástima que no se los llevara la guerra.

»Erik y Rita Floden se instalaron en el pazo con su preciosa hija Martha y sus dos abominaciones. El bosque fue su territorio.

»Al principio no sabíamos nada. Erik se encargaba de ocultar a nuestras familias la verdad acerca de sus dos monstruosos hijos. Siendo niños íbamos a jugar al pazo llenos de ingenuidad. Nos encantaba ese lugar porque parecía sacado de un cuento. Tenía de todo. Tenía el castillo, el bosque, la nieve y hasta su pequeño Cuasimodo.

»Todo era perfecto hasta que un día oímos algo en la casa. Estábamos jugando toda la pandilla con Foid y de pronto oímos lo que parecían unos chillidos. Fuimos a ver. Los padres no estaban en casa y pensamos que sería una buena idea averiguar lo que estaba pasando ahí dentro.

»Subimos esas endemoniadas escaleras y entonces...

—Sí —dijo por inercia el Lobo, completamente cautivado por el relato de Thomas.

—La vimos.

—¿A quién?

—Vimos a Erika al final del pasillo, retorciéndose sobre la cama en una enmarañada forma encrucijada de brazos y piernas. ¡Dios mío! —Y seguido se santiguó.

Abigail estaba consternada por la sincera declaración de su padre.

—¿Erika es otro hijo de los Floden? —dijo el Lobo, a modo de pregunta.

—Así es —respondió Thomas, y añadió—: Un ser despreciable. En el pueblo estamos seguros de que es ella quien ordena al tonto que secuestre a los niños.

El Lobo dirigió su mentón puntiagudo hacia Quintana.

—Cuéntenos eso de los niños —pidió Quintana, especialmente interesado en esta parte.

—Al hermano de Elvira, el pequeño Tod, lo encontraron muerto en el bosque. En 1980. Le habían desfigurado el rostro con una motosierra. Fue el primero. Apúntese otro nombre: Erik Rasmusen, 5 de julio de 1982. Fue el segundo. Hay un tercero, en Cuernavaca. En 1985 encontraron a una mujer con la espalda descarnada. Vayan allí y pregunten, verán si no es cierto.

—¿Le han contado todo esto a la policía? —preguntó el Lobo con los ojos bien abiertos.

—Es lo que trataba de contarles —dijo Thomas nervioso—. Por alguna extraña razón que no sé, primero Robert y ahora su hija Rut están protegiendo a esa familia. Bueno, en el caso de Robert sí que lo sé. Estaba enamorado de Martha. Pero lo de Rut... Francamente no lo entiendo.

—¿Quién es Robert? —preguntó Quintana, con voz más clara.

—Era nuestro jefe de policía.

—¿Y está retirado? ¿Podemos hablar con él? —preguntó Quintana continuamente.

—A Robert lo asesinaron un mes después de que encontrara el cadáver de Tod.

—¿Lo encontró él? —preguntó el Lobo, estupefacto.

—Así es.

Se hizo un solemne silencio. El Lobo y Quintana se miraron nuevamente a la cara sin poder ocultar su grado de satisfacción. Acababan de aterrizar y ya tenían un culpable. Desde ese momento no vieron nada más. Extraoficialmente, la investigación de la desaparición de Anna Fejes había concluido. A partir de entonces solo esperaron el momento para detener a Foid Floden y cerrar el caso, apareciera el cuerpo o no.

El Lobo se rascó la barbilla. Llevaba una de esas barbas sombreadas que empezaba a blanquear.

—¿Tienes algo más que declarar? —le preguntó a Abigail.

—No —dijo Abigail.

—Gracias. Hemos terminado. Eso es todo —concluyó el Lobo.

*

Los interrogatorios continuaron en los siguientes días. A las 10: 30 horas del lunes 24 de noviembre, se personó en la Jefatura de la Policía local Simón Fejes, el padre de Anna. Rut le esperaba en la entrada. Le recibió con una sonrisa.

Simón entró serio. Intentaba no mirar a ningún sitio.

—Sígueme —dijo Rut.

Simón la siguió hasta un pequeño cuarto adjunto a la oficina. Vio al subinspector Quintana y al teniente Lobo.

—¿Estos son? —preguntó Simón, con expresión de desconfianza.

—Sí. Te harán unas preguntas —dijo Rut.

—¿Más preguntas? Estoy harto de preguntas. No pienso responder lo mismo otra vez —decía Simón con voz quejumbrosa mientras tomaba asiento.

Rut dejó a Simón con el subinspector y el teniente de la Policía Armada y volvió a su puesto. En ese momento no sospechó nada. Se quitó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo de la silla. Miró a Adán, que estaba rellenando el informe, y le saludó sacudiendo la mano. Fuera hacía un viento terrible. Su siniestro silbido sonaba por todos los rincones.

Quintana cerró la puerta. Tenía a Rut por ignorante; por el típico policía de pueblo metido a dedo.

El Lobo pulsó el botón de la grabadora:

—Diga su nombre y apellido.

—Simón Fejes. —Y añadió a regañadientes—: Terminarán pronto, ¿verdad? Tengo que salir en televisión, me están esperando.

El Lobo, que estaba fumando, apagó el cigarrillo en un cenicero.

—Simón —le tuteó—. ¿Qué nos puedes contar de Foid Floden?

—Lo sabía —dijo Simón sacudiendo la cabeza—. Han encontrado algo.

—No aún —dijo el Lobo.

—Pero lo encontraremos si nos ayuda a atraparlo —agregó Quintana tras una pausa.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó Simón.

—La Policía local dice en su informe que te llevó al pazo porque tenías la impresión de que Anna podía encontrarse allí —dijo el Lobo.

—Los hermanos Harald me dijeron que habían visto por la tarde al tonto dando vueltas por la iglesia. Estaba como esperando a alguien —les contó Simón.

—¿Eso cuándo fue?

—La semana pasada. No recuerdo exactamente el día.

—¿Crees que podría estar esperando a tu hija? —preguntó Quintana.

—Ella no me dijo nada. —Levantó los ojos, miró al subinspector y al teniente, y les dio la respuesta que buscaban—: Quiero decir que no importa, yo sabía que la estaba acosando.

—¿En qué se basa, señor Fejes? —le preguntó el Lobo.

Simón odiaba a los Floden. Los despreciaba profundamente desde el mismo día en que se instalaron en el pazo.

—No era la misma —dijo, siguiéndole el juego—. Se ponía histérica por todo, no se dejaba ayudar.

—¿Tuvo que pegarle para que obedeciera?

—No, eso nunca. —Respiró—. La chiquilla no estaba bien. Debí sentarme a hablar con ella —se dijo autoconvenciéndose.

—Señor Fejes —dijo el Lobo colocándose bien las gafas—, ¿cree que Foid Floden podría estar detrás de la desaparición de su hija?

—Sí, sin duda. Ya se lo he dicho, ya está —respondió Simón frotándose las manos.

—¿Tiene algo más que declarar?

—No.

—Está bien. Hemos terminado, señor Fejes. Gracias por venir.

Simón se levantó rápidamente, antes de que el cargo de conciencia comenzara a comerle.

*

El martes 25 de noviembre le tocó el turno a Daniel Mathinson, hijo de Brais Mathinson, un mocetón de dieciséis años un poco más alto que Rut, moreno, muy seco, con el cabello alborotado. En esa mañana vestía con una chaqueta de cuero forrada por dentro, un jersey

de lana color verde y unos pantalones bombachos del mismo color. Llevaba unas botas especiales para la nieve, con los cordones algo sueltos.

—Acompáñame —le dijo Rut.

En el instante en que lo sacaba de la calle, se presentó un equipo del telediaro.

Rut no se lo pensó. Cogió a Daniel por el brazo y lo metió de un tirón en la jefatura. Cerró la puerta por dentro.

Adán saltó de la silla, se levantó en el acto y fue hacia la puerta.

—Yo me encargo —dijo Adán—. Esto se está desmadrando.

Rut se llevó a Daniel al final del pasillo. Lo dejó en el cuarto con los policías.

Era frecuente ver a Daniel Mathinson completamente drogado los viernes tarde y los sábados noche en la discoteca La Cueva. La mayoría de los jóvenes terminaba allí, en lo que se conocía como «la caravana de la muerte»: REPÚBLICA, STAR TREK, BOSTON, LA CUEVA; todas ellas alejadas del núcleo urbano, a dos metros de la carretera, sobre elevaciones de terreno que terminaban atrapadas por un ambiente de humo, ruido y holgorio que pesaba como el plomo. El horario era de ocho de la tarde a once de la noche los viernes, y de diez de la noche a una de la madrugada los sábados. Los viernes permitían la entrada a menores. Los sábados, no.

Una palmada en la mesa sacó a Daniel de la modorra. Sus entreabiertos ojos lanzaron una mirada penetrante. Fingía estar un poco drogado. El Lobo no tenía dudas.

—Daniel —dijo el Lobo—, ¿de qué conoces a Anna Fejes?

Daniel se incorporó advirtiendo que si no colaboraba aquello se le iba a hacer largo.

—No la conozco mucho —dijo Daniel con voz un tanto agresiva—. Del pueblo, nada más. No tenemos relación.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—El viernes pasado, creo —iba diciendo en modo altivo—. Estaba con la hija de los Parker en La Cueva. No se separa de ella. Las vi salir a eso de las once. Estaban preguntando a algunos quién las llevaba. A mí también me preguntaron. Les dije que me iba a casa.

—¿Pudiste ver cómo volvieron?

—Creo que al final vino el padre de una de ellas a buscarlas.

—¿Simón Fejes?

—No, el otro.

—Thomas Parker.

—Sí, eso creo.

—¿Pudiste verle?

—Sí... No... No estoy seguro.

—¿Puedes jurarlo ante un tribunal?

—No.

El Lobo hizo una pausa. Se tocó las gafas. Miró a Daniel por encima de la montura.

—Foid Floden. ¿Qué sabes de él?

—¿Foid? ¿El *Atontao*?

—¿Le llamáis así?

—Sí. Es un retrasado mental.

—¿Has visto a Foid Floden últimamente por el pueblo?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la iglesia.

—¿Y qué estaba haciendo allí? —preguntó el Lobo, levantándose.

—El muy imbécil se pone a hablar con las palomas.

Subinspector y teniente se miraron uno a otro. Buscaban cualquier indicio que pudiera someter a Foid a interrogatorio. Esta fue la única investigación que se realizó.

—¿Quieres decir algo más?

—No —finalizó Daniel.

*

El viernes 28 de noviembre de 1992 los carteles llevaban ya más de una semana pendiendo de farolas, postes y escaparates de los establecimientos. El rostro de Anna ya se había quedado grabado en los corazones de todos. No había ningún avance en la investigación. Entonces llegaron las llamadas.

CAPÍTULO 8

La noche del día 1 de diciembre en el puesto de la Guardia Montada, en Mazarros; una casucha blanca de una sola planta, situada en el kilómetro seis a la entrada del pueblo, muy próxima a la discoteca La Cueva.

Afuera había tormenta. El viento daba golpes. Sin embargo, el ambiente allí dentro era de tranquilidad. En esa noche había cuatro guardias en el puesto. La estufa estaba encendida. De su boca salía un calor sofocante.

El cabo primero Gombrowicz era de Labrador. Se había criado entre hórreos, gallinas y el hedor caliente de la fábrica química. Era joven, alto, delgado. Tenía el cabello rizado, de un rubio oscuro; lo llevaba corto. Su madre limpiaba en la misma fábrica química que Martha. A veces coincidían en el turno.

Una insistente llamada rompió la calma. El cabo primero Gombrowicz descolgó el teléfono:

—Aquí el puesto de la Guarda Montada.

Amaneció una voz baja incapaz de contenerse:

—La muchacha que están buscando va camino de Valle Viejo —dijo la voz ahogada en la penumbra.

—¿Perdón?

—En Valle Viejo —repitió la voz cansada—. La muchacha que están buscando está en Valle Viejo. Busca allí. Está viva pero muy asustada.

—¿Quién habla? ¿Cómo se llama?

Habían colgado el teléfono. Inmediatamente después volvió a sonar.

—Aquí puesto de la Guarda Montada —dijo Gombrowicz.

—La joven que buscan se ha subido a un coche en el que iban tres hombres —dijo otra voz seca, masculina, entrecortada.

—Un momento. —Gombrowicz estaba nervioso. Aquellas voces le parecían sobrenaturales. Corrió a por el bolígrafo. No halló ninguno. Encontró lápiz y papel. Regresó al teléfono—. Tomo nota. ¿Oiga?

Habían colgado.

Gombrowicz dejó caer el teléfono. Nada más colgar, vino otra llamada:

—Puesto de la Guardia Montada —dijo, su voz no podía disimular la preocupación que sentía en ese instante.

—A la chiquilla que buscan la han violado y tiene mucha vergüenza. Está en Fraternidad.

Esta vez no contestó. El cabo primero Gombrowicz se quedó pensativo escudriñando esa voz.

—¿Es usted del pueblo? —preguntó.

—No. Yo soy vidente —dijo el hombre, al otro lado del teléfono.

Y seguidamente colgó.

Gombrowicz permaneció en silencio unos segundos.

Los otros se acercaron. Se habían quedado de pie, escuchándolo.

Gombrowicz miró a sus compañeros sin comprender nada de todo aquello.

Comenzó un aluvión de llamadas, todas procedentes de personas que acreditaban ser videntes o ir de parte de videntes.

En la hora siguiente, de 01:00 a 02:00 del martes 1 de diciembre, se registraron setenta y ocho llamadas anónimas efectuadas desde domicilios particulares a Mula y Mazarros.

La Policía Local tampoco se libraría de este misterioso fenómeno.

A Rut le había tocado trabajar en el turno de noche, de diez a seis de la mañana. Estaba ordenando los informes al otro lado del cristal cuando de repente sonó el teléfono.

Contestó la llamada:

—Policía local—dijo.

—La niña se encuentra en uno de los chalés. Uno que tiene en la entrada un arco —musitó una voz.

—¿Perdón?

—En uno de los chalés. ¡Vayan allí! —ordenó la voz, y colgó.

Rut pensó en el taxidermista. No recordaba el nombre. Se había limitado a escuchar la llamada tácitamente sin hacer nada. A continuación, colgó el teléfono con la misma expresión de cera.

Apenas transcurridos unos segundos volvió a sonar.

Descolgó el teléfono casi por inercia:

—Policía Local —dijo, con la mirada perdida en el vacío.

—Buenas noches —habló una voz madura, educada, que también sonaba agradable—. Soy Rosa y soy vidente. He salido por televisión, quizá me hayas visto.

—No, lo siento —respondió Rut, pensativa. Estaba en otra parte.

—No importa. La niña está en Fraternidad, en un chalé. Puedes fiarte de mis predicciones.

—Lo apunto, gracias —dijo Rut, sin tomarse en serio la llamada de Rosa.

—Hay una gran concentración de energía —contó Rosa—. Recibirás muchas llamadas hoy de videntes que han notado esto.

—De acuerdo, gracias.

—No me estás tomando en serio, lo entiendo. —Respiró varias veces—. Se ha cometido un acto terrible de maldad. El eco de los gritos ha abierto puertas negras. Todos los videntes hemos percibido esto. Ven a verme cuando estés preparada. Me llamo Rosa. Salgo en Canal 4, en el programa *Desaparecidos*.

Rosa colgó el teléfono.

Ni siquiera apuntó el nombre en un papel. Su cabeza se encontraba lejos de allí. No hacía más que darle vueltas al acta de interrogatorio que la Policía Armada no había incluido en el sumario. Tenía la sospecha de que alguno de los interrogados, probablemente Simón, había hablado de Foid y de la familia Floden.

Se basaba en el hecho de que Simón Fejes aún no se había pronunciado contra la Policía Armada. Había criticado duramente en Canal 4 todo el dispositivo de búsqueda llevado a cabo por Calderón. Tampoco aprobaba nada de lo que estaba haciendo la Policía Local, ni la de Mula, ni la de Mazarros ni ninguna.

Parecía obvio que la pandilla se traía algo entre manos ahora que la desaparición de Anna Fejes los había vuelto a unir, cuarenta años después.

La familia Floden siempre había estado en su punto de mira por culpa de Erika.

Con este pensamiento transcurrió la noche. A las cinco y media llegó el relevo. Adán llamó a la puerta. Rut le abrió deprisa. Fuera, estaba helando.

Adán franqueó el umbral. Cerró la puerta. Llevaba abrigo, guantes y el *ushanka* ruso cubriéndole las orejas.

—Buenos días. ¿Alguna novedad? —dijo Adán.

Adán Raga Mathinson, sobrino de Juan Raga; aquel llamativo albino de sonrisa natural que se encargaba de cuidar la iglesia del Mar antes de que se inundara, allá por 1973. Murió en 1975. Todos allí lo recordaban por su melena blanca como la nieve y sus ojos, rojos como el fuego candente.

Según contaban, Adán no había salido albino porque su padre no lo era. Los Raga llegaron a Mula en el año 1941. Fueron de las últimas familias en afincarse en la Tierra Baja, que era el nombre que se le daba a Mula antes de la guerra.

Del vientre de una gitana salieron tres hermanos, decían las ancianas de corazón duro que habían sobrevivido al paso de los tanques; Juan, el mayor, John, el mediano, y un tercero llamado Anaías, que murió nada más nacer ahogado por su propio cordón umbilical.

John se había casado con una Mathinson. A partir de entonces su vida cambió.

—¡Boffl, me han cosido a llamadas de teléfono —dijo Rut entre bostezo y bostezo—. Buenos días. ¡Dios, qué sueño!

—¿Las has dejado anotadas?

—¿Qué? ¡No! Todas eran de videntes.

—Podrían ser importantes —Adán creía en el folklore.

—¿Llamadas de videntes? ¿En serio? Me voy, que empieza a hacer frío. Tendremos que sacar las cadenas. Esta vez el invierno llega demasiado pronto.

Rut se dispuso a salir.

—Nos vemos a las doce y media.

—Sí. Te veré allí. Me voy, que tengo que dormir. A eso de las doce más o menos cierra el puesto y dirígete a Mazarros, que la harán allí.

—Sí, lo sé. —Pausa—. ¿Irás Simón?

—Claro que irá —dijo Rut con ironía—. Irá toda la pandilla.

Rut cogió las llaves del vehículo y salió dejando la puerta abierta.

Avanzó a través de la tempestad. El Nissan estaba delante, pero no se veía. Palpó la maneta. Acto seguido abrió la puerta. Entró a toda prisa. Hacía mucho frío. Arrancó el motor.

El Nissan Patrol salió dejando huellas. Se alejó despacio, rumbo a casa.

Llegó a eso de las seis menos cuarto. El Lada Niva de Bernardino estaba aparcado cerca de la puerta.

Dejó el vehículo pegado al Lada Niva. Se tapó bien las orejas antes de salir. Puso un pie fuera. Miró al frente. La casa estaba blanca. La nieve se acumulaba en el tejado.

Salió del vehículo. Cerró la puerta y guardó las llaves en el bolsillo. Anduvo tres o cuatro pasos en dirección a la puerta. Rebuscó nuevamente en el bolsillo y sacó la llave de la casa agrupada en aquel llavero con la imagen de la Virgen de la Encarnación.

La abrió despacio. Salió a un estrecho pasillo con una vitrina llena de figuritas de plomo a un lado, adosada a la misma pared. Bernardino las coleccionaba, sobre todo las de la Segunda Guerra Mundial.

Puso el pestillo mientras el viento trataba de derribar la puerta. Encendió la luz del pasillo. Se quitó el *ushanka* y los guantes. Accedió a un comedor de bajo techo, tirando más a clase baja. Había fotos por todas partes: En las paredes, en los muebles, encima del televisor... Pero ninguna de Robert. El fuego estaba encendido. La brisa helada penetraba por los resquicios de las ventanas.

Corrió al dormitorio. Entró, se fue derecha a la cama, se despojó del uniforme de policía, se quitó las botas y se metió entre las sábanas.

Bernardino aún dormía. Se abrazó a él como una niña. Eso lo despertó:

—¿Cómo ha ido la noche? —preguntó Bernardino desde la melosa somnolencia.

—Mal. No me han dejado en paz —dijo Rut con voz pegajosa.

—Yo no entro hasta las dos. ¿A qué hora quieres que te despierte?

—Once y media.

—¿Tan pronto?

—Calderón nos ha convocado a todos. Le han quitado la investigación de las manos por inútil. A ver la que monta. Esta maldita desaparición se está llevando a todos por delante.

Aconteció una breve pausa que duró unos segundos. Luego, Bernardino se volvió hacia Rut ligeramente para hablarle:

—La perra de Brais ha parido.

—¡Oh, no! —exclamó Rut, volviéndose de espaldas—. No quiero tener animales.

—No te gustan los animales —se quejó amargamente Bernardino.

—No es que no me gusten, es que ensucian, lo dejan todo lleno de pelos, huelen mal... La casa va a parecer una granja y yo no quiero tener una granja. Además, ya tuve uno cuando era pequeña. Se murió, lo pasé fatal, y no.

Bernardino, obediente él, se calló.

La conversación encerraba un trasfondo mucho más crudo. Rut no podía tener hijos. Se lo diagnosticaron antes de conocer a Bernardino: su madre preguntaba por ella mientras el médico negaba con la cabeza. De súbito la miró con una expresión tan compasiva como dolorosa. Su corazón se paralizó. Se acercaron y se sentaron a su lado, en el banco, y, sin apartar los ojos de ella, le contaron la situación.

Esa misma noche rompió a llorar. Su madre alcanzó a oír el sollozo. Se levantó de la cama, pasó al cuarto contiguo de al lado y la encontró retorciéndose en un rincón. Parecía Erika. Era desgarrador verla en ese estado. En ese momento Sarah, se llamaba así, comprendió que tenía que sacarla del pueblo. Mula se había convertido en un lugar irrespirable para su hija.

Al día siguiente llamó a alguien desde su casa; la vieja casa de la calle del cementerio que ahora está en ruinas. El viernes obtuvo una respuesta: a Rut la habían admitido en la Academia de Policía de Valle Viejo.

El 9 de octubre de 1986, Rut recogió en silencio todas sus pertenencias y se marchó de casa sin decir nada. Su madre la vio partir sin poder despegar los labios.

Murió semanas más tarde.

CAPÍTULO 9

Cuando la oscuridad resultó completa, un ruido doméstico la despertó. Rut entreabrió los ojos. Tenía la cabeza embotada de sueño. Estiró el brazo medio atontada. Sujetó un cordón. Tiró de él hacia abajo. Se hizo un claro de luz bajo la lámpara. Comprobó la hora en el reloj:

—Mierda, joder. Las diez y media.

Se echó de nuevo, intentando dormir, de bruces, con la cabeza hundida en la almohada. Pero el ruido infernal seguía persistiendo.

Agotada su paciencia, salió disparada de la cama, cogió la bata, se puso las zapatillas y fue hacia la cocina.

Bernardino estaba haciendo café.

Rut se sentó a la mesa. Bernardino acercó la cafetera al vaso.

*

El día era blanco y el aire seco, punzante en el rostro.

Las cadenas del Nissan Patrol levantaron la nieve.

Ahora, Rut se dirigía al puesto de la Guardia Montada en Mazarros, a tres kilómetros de Mula. Iba de completo uniforme: *ushanka* gris, guantes de piel, abrigo forrado azul marino, botas para la nieve. El sol de invierno acariciaba su rostro. Sentía todo el paisaje que se iba quedando atrás, como la vida. Repasó en su memoria todos y cada uno de los lugares en los que se habían realizado las batidas. Anna Fejes todavía fluctuaba como un fantasma en cada tramo del camino. Trataba de mantenerla viva con cada pensamiento. Deseaba rescatarla de su presente horror. Pero no podía.

Giró el volante a la derecha, llevando al Nissan directamente hacia la discoteca La Cueva. Pasó de largo. A cuarenta metros tenía el puesto de la Guardia Montada.

Estacionó el vehículo en batería, entre dos coches especiales. Se bajó del Nissan. Se dirigió con paso cauteloso hacia el escalón curvo. Comenzó a subir. Oyó lo que parecía el bullicio de una reunión numerosa. Tocó la puerta con los dedos. Esta se abrió. Accedió a un pasillo con mostrador repleto de policías.

Saludó a los primeros tímidamente con la cabeza. Se quitó el gorro y los guantes. Se bajó un poco la cremallera. No vio a Adán mientras esperaba de pie.

—Por aquí, por favor —anunció una voz joven.

La fila empezó a moverse. Avanzaron con paso lento por un pasillo poco iluminado de unos treinta metros aproximadamente. Ahora, tenían las celdas a un lado. Rut se detuvo en el umbral de la segunda. Había algo oscuro allí dentro. Alzó la vista. Repasó sus dimensiones con atención.

—Usted —oyó.

Se había quedado sola en aquel pasillo.

El joven guarda salió a buscarla y la guio hasta un aula atestada de hombres con uniforme.

Apareció en la puerta. Entró sin hacer ruido, como si la nieve estuviera amortiguando sus pasos. Había policías de distintas demarcaciones de pie, apoyados contra la pared, sentados en los pupitres, charlando, con el cigarrillo entre los dedos.

Vio a Adán en la primera fila, de espaldas a la pizarra, hablando bajo con otro policía de cabellos blancos. Se abrió paso utilizando los hombros. Llegó hasta el final. Tenía la pizarra

a un paso. No había nada escrito. Miró a la izquierda. Allí seguía Adán intercambiando impresiones con el compañero de la Policía Local de Mazarros.

Alguien empujó la puerta. El ruido provocó que se fuera restableciendo el silencio poco a poco.

Los policías tomaron asiento.

Adán levantó la vista antes de dejarse caer. Vio a Rut. Se sentó al lado del policía de Mazarros.

Calderón entró por el lado derecho de Rut acompañado por Quintana y el Lobo.

Rut se sentó en el octavo pupitre de la primera fila.

Calderón, Quintana y el Lobo se pusieron a la vista de todos.

El Lobo no quitaba ojo a la puerta. Esperaba con impaciencia la llegada de la pandilla. Subinspector y teniente habían invitado a Simón Fejes a acudir a la reunión.

Tras unos segundos de incertidumbre y para sorpresa de Rut, Simón Fejes cruzó la puerta. Y no estaba solo. La vieja pandilla iba detrás: Parker, Mathias, Brais y, por último, Elvira Perkins.

Había que estar allí para verlos; caras de mala hostia, impasibles, rectos, con paso y pulso firmes, y una mirada que desprendía fuego. Venían envalentonados. Parecían cazadores sedientos.

Repartieron las miradas a un lado y a otro. Por un instante se palpó cierta tensión en el ambiente. Comenzó a reinar una clara sensación de desconcierto entre los policías. Algunas miradas se tornaron ásperas, ya que no entendían qué estaban haciendo allí.

Los cinco atravesaron el aula con una mano en el costado, como si aferraran la Biblia.

Rut se mordió la lengua. Su rostro se agrió por entero. Aquello no le gustaba, pero, por otra parte, confirmaba todas sus sospechas.

Simón se puso al lado de Quintana. Advirtió enseguida la presencia de Rut. La miró de reojo un par de veces.

Entretanto, los otros, que se habían colocado un paso por detrás de Simón, observaban pálidos, apenas respirando, pensativos, con los brazos siempre cruzados.

Calderón zanjó el nerviosismo:

—Buenos días. —Tosió un par de veces antes de proseguir—. Primero quisiera felicitaros por estos diecinueve días de exhaustiva búsqueda. Han sido unas semanas muy duras de batidas y reconocimientos. Sé que estáis cansados, pero la encontraremos. —Hizo una pausa—. Como ya sabéis todos, hace una semana que desde el Ministerio de Defensa se decidió que fuera la Policía Armada quien dirigiera la investigación. Así que esta será la primera y última reunión. Tenía pensando hacer grupo aquí para limar posibles asperezas que pudieran surgir entre las distintas demarcaciones y de paso evitar cualquier tipo de suspicacias —dijo, en un tono bastante político—, pero el ministro ha insistido en que la Policía Armada lleve la investigación —se lamentó.

A continuación, Calderón dio un paso atrás y dejó que Quintana le cogiera la voz:

—Buenas —empezó Quintana. Se le notaba que tenía pocas ganas de hablar—. Hemos accedido a venir aquí como muestra de buena voluntad y colaboración con las distintas fuerzas del país. —Tragó saliva—. Seguimos investigando. Pero, como saben, es complicado. Nadie ha visto salir del pueblo a Anna Fejes. No tenemos un solo indicio que nos lleve a pensar que se trata de un secuestro.

»Tampoco evidencias de que se hayan producido signos de violencia. No hay noticias de furgonetas con los cristales tintados, o vehículos sospechosos que hayan frecuentado la zona. Tampoco ha habido ninguna llamada pidiendo rescate. Estamos recopilando los datos que tenemos y también algunos nuevos. Solo hay una testigo y el procedimiento está siendo lento. Pero estamos avanzando en la dirección correcta. —Silencio—. Le hemos pedido al señor Fejes que monte una oficina de búsqueda con un número fijo de llamada. Estamos seguros de que eso ayudará a obtener nuevos testigos que nos puedan ir aclarando las cosas —finalizó.

—¿Preguntas? ¿Dudas? —dijo Calderón.

Adán levantó la mano. Calderón le señaló con el dedo.

—¿Cuál va a ser nuestro rol ahora?

—Volverán todos a sus puestos y si surge algo, ya se les llamará —dijo el Lobo, con tono arrogante.

—¿Alguna otra pregunta? —intervino Calderón.

Los policías se miraron en silencio.

Rut no dijo ni una palabra. Viendo el panorama que se avecinaba, se levantó en el acto, saludó a Calderón, al subinspector y al teniente con expresión sombría, y salió del aula con la idea clara de que la cacería contra Foid Floden no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO 10

El día 3 de diciembre el Ayuntamiento de Mula concedió a Simón un espacio en el pabellón municipal. El gentío se movilizó como una piña dentro del colegio Felipe II. Todo el mundo colaboró. Los pasillos sufrían atascos a cada minuto. Había voluntarios de Mula y de Mazarros. Entraban y salían con equipos electrónicos. Traían teléfonos de color blanco y rojo, grabadoras, radios, emisoras, mesas, sillas... De todo.

*

Las radios locales se volcaron con la noticia. A las once de la mañana del lunes 7 de diciembre el nombre de Anna Fejes seguía retumbando en todo el Macizo Central; se citaba en cada programación, en cada media hora, se daban los teléfonos, se imploraba en los mismos que si alguien tuviera el más mínimo conocimiento de haberla visto por favor llamara inmediatamente a uno de los teléfonos de búsqueda o a los cuerpos y fuerzas de seguridad.

*

La mañana del viernes 11 de diciembre, Mordecai y Rut hicieron acto de presencia en el pabellón municipal perteneciente al colegio Felipe II. Tuvieron que esperar un poco para poder pasar.

Al fondo pudieron entrever una larga mesa. Sobre la misma distinguieron tres teléfonos de diferentes colores.

Al menos una veintena de personas iba yendo y viniendo de un lado a otro. Colocaban emisoras, fijaban radios y grabadoras, montaban equipos de sonido... Simón dirigía todo aquello. Repetía una y otra vez que tuvieran cuidado con los cables. Apretaba de vez en cuando los dientes mientras señalaba con el dedo los lugares donde debían establecerse todos los aparatos. Gritaba exageradamente para hacerse notar. Se creía el *sheriff* de Mula.

El pabellón se convirtió en una auténtica «Central». Las cartas que llegaban se iban amontonando sobre las mesas, las llamadas se multiplicaban y no daban abasto para atenderlas, el gentío formaba largas colas en la puerta, las viejas del pueblo se agolpaban en los pasillos para contarle a Simón lo que habían extraído de las habladurías.

Fuera, los equipos de búsqueda formados por el vecindario comenzaron a buscar por donde decían los videntes.

*

A las 13:30 horas del martes 8 de diciembre salieron dos autobuses a rebosar de personas de Mazarros para Sambre, y en dirección a Pueblo de Arena. Un tercero, que también salió de Mazarros a las 13:40 horas con todas las plazas ocupadas, enfiló camino a San Lamberto.

Aquellas repentinas movilizaciones disgustaron mucho tanto a la Guardia Montada como al propio alcalde de Mula, Mordecai, quien veía peligrar la publicidad del pueblo si el fenómeno lograba propagarse demasiado.

A Lucas, jefe de la Policía Local de Mazarros, también había empezado a molestarle el inquietante acoso de algunos miembros de los equipos de búsqueda que llevaban el rastreo hasta límites incontrolables, como el caso que se dio delante de la discoteca La Cueva, el jueves 10 de diciembre a las 17:30 horas, cuando un grupo de vecinos de Mazarros arrinconó a su propietario en una esquina y lo acosó a preguntas.

*

Volviendo al presente, preocupado por esta situación, el alcalde de Mula se presentó en persona el día 11 acompañado por Rut.

*

Mordecai era un Fraser; y como buen Fraser, un negociador nato. Hacía el uno setenta de estatura. Era un tipo escuálido, con gafas, de poco pelo, semblante siempre serio. Miraba con prepotencia. Adicto al tabaco, fumaba Ducados; olía siempre a Andros.

La familia Fraser tuvo un papel crucial en la guerra civil. Timoteo, el padre de Mordecai, en representación de los Fraser, tuvo el honor de servir en la mina. Las excavaciones que realizó, todas a su suerte, lograron la trascendental victoria en la ciénaga de Münch. Lugar que se convirtió en el peor escenario de la batalla.

Sin embargo, Timoteo no devolvió a su familia a Mula hasta que el pueblo no estuvo casi reconstruido. Era grande, musculoso, el cráneo ancho, duro; leía todos los periódicos, amaba salir en las noches especialmente negras.

Fue alcalde de Mula hasta el «Año Negro», de 1973. Tuvo que enfrentarse a una terrible comisión del episcopado por «dejar que se inundara la obra de Dios». Salió inocente, pero la decisión de construir un embalse justo donde se ubicaba la iglesia del Mar, antes iglesia de Santa Ana en honor a la madre de María y abuela de Jesús de Nazaret, siguió persiguiéndole hasta su muerte en 1975, ya sin la vitola de alcalde.

El agua inundó sus huertas, su cementerio, sus catacumbas y la iglesia entera. Todo, menos el torreón.

Su quinto hijo, Mordecai, llegó con la consigna clara de dismantelar toda aquella operación ciudadana. Había dado órdenes a Rut y Adán de ir empezando a quitar los carteles con la fotografía de Anna Fejes porque «el pueblo necesitaba recuperar cuanto antes la normalidad».

Thomas Parker, que en ese momento se hallaba cerca, miró a Mordecai, pasó delante de sus ojos sin ni siquiera saludar y cambió de dirección antes de toparse con Rut. En cambio, Simón, se fue directo a por ellos.

Se levantó de la mesa apoyando las manos. Allí quedaron muchos nervios. Los teléfonos no dejaban de sonar, los camioneros iban reportando noticias desde las carreteras. Sus voces se juntaban a diario en la emisora hasta que no se entendía nada.

Simón hizo un movimiento con la cabeza. Sacó a Mordecai y a Rut del pabellón. Los tres se quedaron fuera, en las escaleras, de cara a una vieja farola apagada cubierta de nieve.

Sus ojos se encontraron. Mordecai sacó un paquete de tabaco, Ducados, por supuesto. Se puso a fumar con frenesí.

—Siento mucho tu pérdida —iba diciendo Mordecai entre calada y calada—. Hemos hecho todo lo que hemos podido. —Inspiró—. Pero esto tiene que acabar. Hay que esperar —se llevó el cigarro a la boca— y dejar hacer a la policía. ¿Verdad, Rut?

—Trabajamos sin descanso para encontrarla —dijo Rut.

—A eso me refiero —continuó Mordecai, nervioso—. El cementerio debe estar hecho un asco. Se te paga para trabajar allí. Deja todo esto en manos de la policía y regresa a tus labores. Te irá bien, Simón.

Simón tomó aire.

—Hay mucho que hacer todavía —dijo, inflándose.

—Somos un pueblo humilde. Con todo lo que está pasando apenas nos quedarán recursos —dijo Mordecai—. Nadie querrá venir. —Tiró el cigarrillo, furioso—. ¡Maldita sea, Simón! ¡No podemos hacer nada más! ¡El pueblo debe recuperar la normalidad, entiéndelo!

—La gente está nerviosa —dijo Rut, con una voz suave.

—¡Se pone nerviosa cuando te ve por la calle con toda la pandilla! —añadió Mordecai haciendo aspavientos con las manos.

Mordecai bajó el tono. Encendió un segundo cigarrillo.

—Necesito que el pueblo recobre la normalidad. Como no pares esta locura, Mula se va a convertir en un puto pueblo maldito. Ninguna jodida alma va a querer pararse aquí y ya sabes los problemas que estamos teniendo con la natalidad. Mula no es solo tu hija. El pueblo te necesita.

Simón miró a Rut con resentimiento.

—¿Has acabado?

—No me toques los huevos. Estás manchando la imagen del ayuntamiento y me estás exponiendo a mí.

—Vete a la mierda —dijo Simón, casi con alivio.

Mordecai estalló. Rut tuvo que sujetarlo para que no se enzarzara en una pelea.

—¡Te juro por mi padre que te quedas sin trabajo! ¡Te lo juro!

Simón subió un par de escalones arrastrando los pies.

Mordecai corrió escaleras abajo, se metió en un todoterreno negro y salió de allí derrapando.

Rut permaneció inmóvil. Parecía una de esas estatuas de ángeles que abundan en los cementerios. Entonces se acordó de su padre. El terrible aullido de los lobos le llegó distorsionado desde otro tiempo:

Captó una imagen borrosa. Vio a Robert caminando en la noche, entre los copos de nieve que flotaban en el ambiente. Sujetaba el revólver treinta y ocho de cuatro pulgadas con la mano derecha. Estaba persiguiendo a alguien. De repente se inclinó y comprobó unas huellas. Eran las huellas de un lobo.

CAPÍTULO 11

El lunes 14 de diciembre por la mañana, a las 12:00 horas aproximadamente, buzos del Grupo Especial hicieron una inmersión en el río Tambre, entre los puntos de la Caseta del Pastor y el Puente de la Laguna.

El Puente de la Laguna comunicaba la parcela donde se encontraba la Casa del Pastor con el río Tambre. Se trataba de un puente colgante de no más de quince metros de recorrido. Ya por aquel entonces se encontraba en un estado lamentable.

El operativo comenzó en la mañana con un tiempo favorable. Se hizo un agujero en el hielo. Se midió el fondo del río mediante una batimetría. Desde las doce y media de la mañana hasta las dos de la tarde se hicieron inmersiones de dos turnos por seis buzos.

Fue el punto de partida a una larga sucesión de búsquedas que concluyeron en Río Tambre, situado a unos cuatrocientos metros de la Caseta del Pastor.

Los buzos, exhaustos por el frío, y tras muchas inmersiones y rastreos, hicieron una nueva batida rápida en el río Tambre sobre las 15:00 horas del miércoles 16 de diciembre. Pero por esa fecha ya resultaba casi imposible agujerear el hielo, por lo que tuvieron que desistir. Se tiene constancia de que los buzos se santiguaban antes de cada inmersión, ya que bajo el agua no se veía nada. Rastrearon las zonas cercanas a la orilla hasta las 16:00 horas del lunes 21 de diciembre. Ese fue el punto final a la búsqueda. Ya no se podía hacer nada más.

Después de treinta y ocho días de exhaustivo rastreo, movilización y búsqueda ciudadana, Anna Fejes seguía en paradero desconocido.

Dos días antes de Navidad, el miércoles 23, Mordecai mandó a Rut a casa de Simón para que le dijera que iban a dismantelar la «Central». Al subinspector Quintana y al teniente Lobo también se le comunicó esto, pero no existió resistencia por parte de la Policía Armada, puesto que ya tenían un «culpable» y estaban más centrados en que apareciera el cuerpo y arrestar a Foid que en otra cosa. Ellos daban a Anna Fejes por muerta.

CAPÍTULO 12

Rut se presentó de uniforme en casa de Simón a eso de las once de la mañana. El viento seguía siendo hostil. Tenía las manos heladas. Se había olvidado los guantes en el Nissan. Apenas pudo dar un par de golpecitos muy suaves. Mientras esperaba llevó los ojos al cielo. Estaba completamente blanco.

Le abrió una Fejes, Mariska Fejes; mujer alta, seca, que rondaría los setenta años. Llevaba el cabello teñido de un rojo crispado. Rut la miró de arriba abajo. La mujer iba acicalada. Se sentía de ciudad. Sonrió amablemente. No sabía de qué iba la cosa. Se echó a un lado para que Rut pasara. Enseguida amanecieron voces de murmullo. Entró dentro. Había muchos familiares allí. Gentes de todas partes y con diferentes acentos. Casi no se podía caminar. Se encontraban todos apretujados, entre un mar de susurros, enrolados a una corriente de llanto y sollozo.

Parecía el santuario de Anna. Allá donde mirara, Rut veía fotos de ella por doquier; en su primera comunión; en el día de catequesis; con su gato Michi I.

La escena le hizo rememorar su primer día en el velatorio. A Rut le asaltó un recuerdo que había olvidado. La imagen acudió instantánea:

Rut tendría como unos ocho años y estaba rodeada de gente. No podía ver nada, así que decidió agacharse. Entre las piernas de un policía apreció un féretro que contenía el cuerpo de un niño de cabello blanco, cejas blancas y piel pálida como la nieve. Le habían cosido el rostro con hilo de cerdo. Parecía una muñeca de trapo con la boca torcida y los ojos a poco de salirse de las órbitas.

Le habían desfigurado el rostro con una motosierra. Como al pequeño Tod en 1980, pensó. Volvió en sí. Localizó a Simón junto a la ventana. Thomas Parker andaba cerca. Desde la desaparición de Anna no se había separado de él. Era como su sombra.

Mathias, el marido de la Larga, dejó caer el plato sobre la mesa. Estaba comiendo tarta. Había visto pasar a Rut. Con los mofletes todavía inflados comenzó a seguirla a cuatro pasos de distancia.

Rut se acercó a Simón. Anduvo rápido, cuando de repente se vio rodeada por la pandilla.

—La familia vuelve a estar reunida —dijo Simón, a modo de capo y con resentimiento. Pensaba en Robert.

Rut echó un vistazo a su espalda. Tenía a Mathias y a Elvira Perkins detrás.

Brais llegó desde la cocina. Su hijo Daniel estaba con él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Simón.

—Quería advertirte de que tenéis hasta esta noche para recoger vuestras cosas del pabellón. Mañana vendrán a limpiarlo —dijo con inseguridad. Se sentía cohibida en el ojo de la pandilla.

Simón se echó a reír.

La casa se quedó en silencio.

—Márchate —le dijo Brais—. Ve a chupársela al subnormal.

Mathias aguantó la risa.

—Sal de aquí, Rut. No puedes hacer nada —dijo Simón en un tono más conciliador.

—Fuera —dijo Elvira Perkins, escupiendo odio.

Rut estaba paralizada de miedo.

Simón fue hacia la puerta. La abrió con mala hostia. Los familiares estaban asustados.

—Vete —le dijo.

Rut agachó la cabeza. Salió de la casa avergonzada. Esa noche se abrazó a su marido más fuerte que nunca.

Al día siguiente la «Central» fue totalmente desmantelada.

CAPÍTULO 13

Ocurrió un hecho significativo que se pasó por alto el día 25 de diciembre de 1992 a las 22:00 horas.

El cabo Francis Robert Davies, de la Guardia Montada, salió de su casa a las 21:00 horas porque según contó su mujer necesitaba tomar aire fresco.

Se subió a su vehículo particular, conectó las luces y recorrió tres kilómetros hasta Mula.

A las 21:30 fue visto por Daniel Mathinson cuando este se dirigía a su casa por el paseo del embalse.

Se sospecha que, en verdad, el cabo Davies, obsesionado con la búsqueda, como así reconocieron después algunos de sus compañeros, iba tras la pista de cualquier punto de sombra que asomara sobre la tierra.

A esa hora ni subían ni bajaban coches. El pueblo estaba muerto y su silencio era solemne.

El cabo Davies estacionó el vehículo mirando hacia la orilla. Todo lo que se veía a través de sus ojos consistía en un torreón incrustado en un caudaloso embalse.

Estuvo allí, parado, por más de un minuto. Seguramente pensando en un posible hallazgo.

Luego, arrancó el vehículo y bajó hasta el cruce de caminos, lugar donde se había visto a Anna Fejes por última vez.

Llegado a este punto volvió a detenerse. Si continuaba recto la carretera le llevaría de regreso a Mazarros. Si giraba a la izquierda entonces recorrería diez kilómetros hasta Labrador. Puso el intermitente a la derecha, dirección Bañá. No dejó la carretera. Recorrió como tres kilómetros. Cuando empezaba a divisar el desvío hacia la autovía se le cruzó un vehículo oscuro.

El morro del otro vehículo le hizo añicos el cristal delantero.

El vehículo del cabo Francis dio un trompo. El impacto lo sacó de la carretera. Terminó estampándose contra un árbol. Para su suerte en ese preciso momento el viejo tronco pegó en el chasis.

Al cabo de unos segundos se quitó el cinturón, fuertemente conmocionado. Abrió la puerta. Salió por su propio pie, tambaleándose. Se desplomó antes de que pudiera alcanzar el asfalto.

Tenía sangre en la cara. Abrió los ojos de repente al sentir todo el peso del cañón sobre el occipital. No cabe la menor duda de que vislumbró una presencia humana que en ese momento se hizo gigantesca.

El cañón de la 9 mm estaba frío. Oyó como se arrugaba el guante de su asesino; toda la fuerza sobre el gatillo. Su corazón se detuvo. Levantó los ojos todo lo que pudo, pero la nieve le impedía ver el rostro del hombre que empuñaba el arma.

El asesino apretó el gatillo.

La investigación quedó en nada. Jamás se supo. Se dijo que fue un intento de robo que salió mal, pero la pregunta cae por su propio peso: ¿estaba el cabo Davies en el camino correcto?

CAPÍTULO 14

El teléfono despertó a Rut a las once de la noche. Se había quedado dormida en el sofá escuchando el diálogo entre Margot Sabatini, del programa *Desaparecidos*, y Simón Fejes.

Habían sido unas navidades deslucidas. La tristeza se había apoderado de Mula y amenazaba a todo el Condado de Santa Gloria. La gente no tenía ganas de fiesta porque no podía desprenderse del recuerdo de Anna Fejes. Era imposible mantener el espíritu de la Navidad con la imagen del padre de Anna en televisión, desesperado.

La desaparición de Anna Fejes tenía a la gente en vilo. Las audiencias saltaban por los aires. Margot Sabatini, desde el comedor de la casa de Simón, encabezaba la lista de medios con unos índices de audiencia que daban escalofríos.

La fecha: 6 de enero de 1993. Rut había pasado las navidades del 93 en casa, con Bernardino.

Anna Fejes llevaba cincuenta y cinco días desaparecida.

La misteriosa llamada siguió insistiendo. Rut dio un pequeño salto. Cogió el teléfono:

—¿Diga? —dijo, con ojos llameantes. El comedor estaba oscuro y la luz que arrojaba el televisor, le molestaba.

—Rut —dijo la voz de Adán. Una voz seca, entrecortada.

—¿Qué pasa?

—Perdona que te moleste. No puedo recurrir a nadie más.

—No, está bien, dime.

—¿Te acuerdas de Rosa, la vidente?

—Sí, me acuerdo.

—Me acaba de llamar muy nerviosa. Dice que sabe dónde está el cuerpo.

—Pero... ¿Cómo lo sabe? ¿Se lo han dicho? ¿Lo ha visto en sueños? ¿Cómo?

—Yo te leo lo que he apuntado. Luego tú juzga.

—De acuerdo.

—Vale, te leo. A las diez y media de la noche recibo llamada de una tal Rosa que afirma ser vidente, me dice lo siguiente: «Hola, soy Rosa, la vidente del programa *Desaparecidos*, quisiera hablar con Rut. ¿Está Rut?» A lo que respondo que no, «No está». «He visto el cuerpo», me dice. «Dímelo a mí», le digo. «Me gustaría poder hablar con Rut», insiste. «Yo no puedo facilitar su teléfono particular». «Está bien, lo entiendo —me dice—. ¿Puedes dejarle un mensaje? Es muy urgente». «Sí», respondo. «Dile, por favor, que hay luna llena, una fosa, nada de sangre. Está muerta, enrollada en una moqueta. Está cubierta de nieve. Los muertos agonizan, susurran, junto a una fosa de hielo, bajo un puente, al lado de una caseta que está cerca de un río congelado». ¿Rut?

Rut se había quedado helada al teléfono. Había algo muy real en todo aquello. Puede que fuera la manera de contarlo.

De nuevo, se echó la vieja manta por encima. Sonaba tan real y convincente que parecía imposible que allí no hubiera nada.

—¿Rut?

Apoyó la cabeza en la almohada. Se puso a reflexionar en silencio. El lugar que había descrito la vidente era, sin lugar a dudas, el río Tambre: «Bajo el Puente de la Laguna, cerca de una caseta, la Caseta del Pastor, que está próxima a un río congelado. Lo dicho, el Tambre».

El impulso de acudir allí comenzó a hacerse irresistible. Se trataba de elegir entre la vida y la muerte.

—No puedo alertar a la Policía Armada sin averiguarlo primero. ¿Puedes venir un momento y sustituirme? Echaré un vistazo. Será rápido.

Escogió la muerte.

—Iré yo. —Colgó el teléfono.

Arrugó la frente en modo juicioso. Apartó la manta. Se puso en pie. Apagó la estufa de butano y después la televisión.

En ese momento se encendió la luz del comedor. Apareció Bernardino. Estaba de pie, parado, justo en el marco del dormitorio:

—¿Quién te ha llamado? —preguntó, arqueando las cejas.

—Nadie.

—Últimamente, no me explicas nada.

—Ahora no. Tengo que salir —dijo Rut.

—¿Qué! ¿Ahora?!

—No empieces.

—¿Cómo que no empiece?!

Para entonces Rut ya se había metido en el trastero. Iba a cambiarse de ropa.

Encendió la bombilla. Se fue directa al estante donde estaba la ropa que no usaba nunca. Se quitó el pijama y se vistió de calle; jersey azul marino con pantalón largo de invierno. Descolgó un chubasquero de color amarillo. Se lo puso encima. Eligió unas botas de seguridad con punta de hierro. Le dio un golpe sin querer con el codo a una vieja caja de zapatos de la marca Adidas. La miró con una expresión dolorosa.

Regresó al cabo de unos minutos. Parecía un vigilante de seguridad en un día de lluvia cualquiera.

—Vuelvo dentro de un rato —dijo, fría, sin sentimientos.

—¿Adónde vas? —volvió a preguntar Bernardino, con los brazos caídos.

Rut se alejaba de Bernardino rápidamente en dirección a la puerta. De camino agarró el abrigo y las llaves. Salió, sin el *ushanka*. Se olvidó de cogerlo.

Afuera había silencio. Más allá de los vehículos el horizonte se hundía en una oscuridad rígida, como de postal; en un panorama bastante triste donde apenas soplabla viento.

Rut fue hacia el Nissan de la policía. Alcanzado el vehículo, abrió la puerta y se montó en él. Arrancó. Las luces se posaron inmediatamente sobre la nieve.

Con todo el mar de sentimientos removiéndose en su estómago, salió al asfalto. Tomó la curva cerrada. Bajó en punto muerto alternando con el freno hasta la calle Carbayal. Se internó en esa calle gobernada por la noche. Sus farolas habían dejado de arrojar luz.

Llegó al edificio de la escuela. Pasó de largo. Desembocó en la plaza del ayuntamiento. Entonces los faros curvaron hacia Camino Real, por la cual descendió traqueteando.

Estaba activa. Sentía el deseo de encontrar a Anna. Contemplaba las hileras de las casas a ambos lados, todas oscurecidas por la noche. Fijó la vista delante. Había llegado a la calle del cementerio. Allí nada se movía, ni siquiera se oía el viento.

Cuando llegó al final, dejó caer el vehículo un poco hacia la esquina sin cruzar la calzada. Miró a izquierda y derecha, y siguió su camino hacia Labrador, hacia su izquierda.

Recorrió después un kilómetro. Iba a poca velocidad. Estaba sola en la carretera. No subía ni bajaba un alma. Tenía la impresión de que se adentraban en las fauces del lobo. En

aquella profunda oscuridad distinguió una débil luz que centelleaba como una vela. Cuando llegó a su altura pisó un poco el acelerador. Ahora, el Bar Amada le quedaba a la derecha. Dejó atrás el bar de carretera, los árboles y la gasolinera. Miraba constantemente hacia el bosque. Buscaba el desvío que llevaba al Puente de la Laguna. Costaba distinguirlo entre tanta noche cerrada. Retornaron las preguntas a su cabeza: ¿cómo es posible que se pierda una niña y nadie sepa absolutamente nada? ¿Por qué los videntes eran los únicos que aportaban algún dato? ¿Por qué estaban todos tan convencidos de que estaban buscando el cadáver? ¿Cómo logró Rosa visualizar el sitio exacto? Simón y Rosa debían conocerse a través del programa *Desaparecidos*, ¿le habría revelado Simón Fejes la existencia del puente y la Caseta del Pastor, y Rosa lo estaría utilizando? ¿Por qué?

De pronto, sobrevino un trozo de tierra. Giró bruscamente el volante en el otro sentido. Hizo que la nieve se estrellara contra el guardabarros.

Enfiló inmediatamente un estrecho camino que discurría paralelo al río. Siguió conduciendo durante cinco minutos por una asfixiante angostura blanca de piedra y tierra compactada.

Aquella ruta con maneras de senda se iba empinando de mala manera. Sintió entonces que el coche patinaba. Alternó freno y cambio para recuperarlo.

El Nissan llegó a un punto en el que ya no se podía avanzar más. La senda se hundía en un abismo negro de nieve arremolinada. Moría allí.

Puso el freno de mano. Apagó el vehículo dejando las luces encendidas. Los faros alumbraban un viejo puente colgante sobre un río congelado. En la blancura, empezaba ahora a distinguirse el bosque tras el limpiaparabrisas.

Se bajó del Nissan. Fue hacia el maletero con paso enérgico y lo abrió. Sacó primero un abrigo militar. Se lo puso sobre los hombros. Cogió después la linterna. Enfocó el puente, iluminando también el río.

Se dio la vuelta y caminó hacia el gélido puente colgante acompañada por el torturado ruido del motor. Más allá, el bosque amenazaba desde una franja de terreno abierto, completamente nevado.

Dejó caer la mano sobre la cuerda. Comenzó a cruzar el puente. El puente consistía en un estrecho tablón de madera, tan viejo e inestable que, por un momento, temió caerse. Hasta que resbaló.

El pie le quedó colgando. Pero eso no la detuvo. El susto la dejó un instante sumida en la oscuridad. Se levantó. Prosiguió su camino, devorándolo desde el otro lado del río, sorteando árboles, maleza congelada y ramas, las cuales surgían de las entrañas de la tierra como espadas en el fragor de la batalla.

Al fin llegó a la laguna. Tuvo que esperar un poco. Las piernas le pesaban. Respiraba con bastante dificultad. Intentó ponerse en marcha, pero su corazón seguía desfallecido. No lograba recuperarse. Pero no podía seguir esperando. Así que avanzó un poco más, lo que pudo, hasta que sintió un dolor agudo en sus pies. Entonces cayó sin aliento sobre sus rodillas.

Allí no se oía un alma. Rut observaba todo aquel panorama gélido desde una orilla que parecía una cornisa, pues estaba tan alta que uno podía sentarse en la nieve y quedarse con los pies colgando.

Entonces amaneció un brillo, como un destello envuelto en ropa sobre el mismísimo hielo. Se encontraba a pocos pies de la orilla. Rut arqueó las cejas y lo miró frunciendo el ceño. Había algo incrustado. Necesitaba ver qué era.

El hallazgo le dio fuerzas. Apartó una rama con una mano; después, otra. El bosque le iba arañando la cara. Se derrumbó. Continuó acercándose, deslizándose como un lobo. Levantó la linterna. Iluminó un tronco que había caído de un árbol. Había algo detrás, allí mismo, pegado. Movié la luz desde su posición buscando el punto. No lo vio claro. Siguió adelante, gateando, con la nieve comiéndole los pies. Estiró el brazo. Lo tocó con la punta de los dedos.

El tronco terminó de caer sobre el hielo.

Lo que ocurrió después fue que una sombra pasó ante sus ojos, cayendo junto al tronco.

Rut reconoció al instante una gruesa moqueta embarrada enganchada a una de las ramas.

Cuando se asomó a la orilla vio el esqueleto.

El cuerpo se había quedado boca arriba. Se hallaba en su fase total de esqueletización. Tenía el cráneo algo separado, las piernas amazacotadas por la mugre, le faltaba un brazo, el derecho.

«Tiene que ser Anna», pensó. Examinó la moqueta: De urdimbre color rojo confeccionada a máquina. Volvió los ojos al cadáver. Recordó que en la denuncia de desaparición constaba lo siguiente:

«A la pregunta de cómo iba vestida, Simón Fejes contesta que él la vio salir de casa, que fue a eso de las ocho de la mañana, que iba vestida con unos vaqueros azules, un jersey de color rosa del grueso, y unas botas negras».

Sin embargo, en esta ocasión, era perceptible que el cuerpo se encontraba desnudo. No llevaba ropa pegada alguna.

A simple vista parecía la calavera de Anna Fejes. Su estatura no rebasaría el metro sesenta. Tenía el cuero cabelludo echado hacia atrás y un amasijo de pelos debajo.

La vidente Rosa había acertado en su predicción. No así en la ubicación exacta del cuerpo, pues el cadáver no apareció debajo del puente, sino a unos cien metros del mismo, en la laguna. ¿Un detalle sin importancia?

Regresó al vehículo. Veía al niño albino con la cara desfigurada. La gente del pueblo iba desfilando por el féretro ofreciéndole sus respetos. Estaba pegada a Robert. Sintió su gruesa mano en torno a sus diminutos dedos. Levantó los ojos. Su mirada ascendió en un penetrante zumbido. Contempló a su padre con sonrisa lastimera. Robert lucía su impecable uniforme de policía. Se sentía feliz pese a todo. Al fin, setenta y cinco días después de su desaparición, había encontrado al niño.

La noche del 7 de enero de 1993 a las doce y cuarto de la noche se produjo la llamada por radio desde el Nissan Patrol:

—Quebec a November.

—Adelante.

—Me encuentro en la laguna. «Nuestra Laguna». Solicito que llames a la Guardia Montada y luego a la Policía Armada y los haga subir aquí. Creo haber encontrado a Anna.

CAPÍTULO 15

La larga espera terminó casi a las tres de la madrugada. A las 02:50 horas del jueves 7 enero de 1993, Rut vio aparecer el vehículo todoterreno de la Guardia Montada en el que viajaban el sargento Ricci y el cabo Flores, este último al volante. Fueron los primeros en acudir a la llamada.

Sargento y cabo se dirigieron hacia el Nissan. El cabo Flores era un joven con pinta de estudiante. El sargento Ricci tampoco andaba lejos, parecía un oficinista.

Rut salió del vehículo.

—¿Rut? —preguntó el sargento.

—Ajá —dijo Ricci, moviendo la cabeza.

A continuación, un tenso apretón de manos entre Rut y la Guardia Montada.

—Yo soy Ricci y él es Flores. ¿Dónde está el cuerpo?

Rut llevó a la Guardia Montada al lugar del hallazgo. Cruzaron el puente colgante. Pusieron los pies en la tierra helada. Se presentaron en el lugar donde había aparecido el cuerpo. Sargento y cabo sintieron un relativo descenso bajo sus pies. Se asomaron a la orilla. Vieron un cadáver convertido en esqueleto.

—Avisa a Calderón —dijo Ricci.

Tres vehículos todoterreno de color negro, dos de ellos con los cristales tintados, y una furgoneta del GE (Grupo Especial) subieron al Puente de la Laguna a las 05:00 horas.

En el vehículo A, modelo Nissan X-TRAIL, con los cristales tintados, viajaban el teniente de la Guardia Montada, Calderón, y dos sargentos: Mason y Lojeski. Delante, había dos guardias más: Hervelle, al volante, y el veterano Tibor, en el sitio del acompañante.

En el vehículo B, modelo Nissan Terrano-II, iban cuatro especialistas de la Policía Armada: Maeterlinck, de Dactiloscopia; Ray para Delineación Técnica, Paul Bum, Fotografía, y Rodríguez, también para Fotografía.

En vehículo C, también modelo Nissan Terrano-II, con los cristales tintados, iba toda la comitiva judicial al completo: el juez de Mazarros, Antonio Masa; el agente judicial Pawlowski; Sophie Brunne, secretaria del juzgado; y el profesor Alfred Mosa, forense.

Por último, en el D, furgoneta modelo Mercedes-Benz color blanco con una lancha de salvamento en la parte superior y las siglas GE, iban los cinco buzos del Grupo Especial.

Al cabo de poco rato, compareció un quinto vehículo (E) un Ford Fairmont color beis perteneciente a la Policía Armada. En el mismo viajaban tres personas: el subinspector Quintana, el teniente Lobo y Simón Fejes.

Rut se encontraba de pie, apoyada contra el morro del Nissan. Permanecía en silencio, observando a todo ese complejo de desconocidos que se acercaba para comenzar la inspección ocular y, posteriormente, el levantamiento del cadáver.

—La agente Rand fue quien encontró el cuerpo —dijo Calderón a los otros de camino a la laguna.

Cuando vio aproximarse a aquel imponente desfile de uniformes, se incorporó.

Los mandos de la Guardia Montada y la comitiva judicial al completo fueron pasando uno a uno por delante de ella para saludarla. Mientras, la zona estaba siendo acordonada con cinta amarilla.

Los cámaras de la Policía Armada empezaron a fotografiar la zona. Se repartieron linternas y guantes de látex desechables entre los allí presentes. Salieron a relucir las grabadoras de voz. Todo el mundo tenía una a mano.

Sacaron los equipos, los buzos se prepararon.

A Rut le llamó mucho la atención el forense. Se trataba de un distinguido catedrático de Medicina Legal de la capital. Era un tipo alto, de cuello largo, con el rostro pálido y las facciones muy marcadas. Poseía unos inusuales ojos saltones. Iba enfundado en un grueso abrigo tipo esquimal color gris. Le estaba comentando algo a la secretaria del juzgado.

Apartó los ojos de él y los depositó en Simón. Estaba de pie, sereno, por lo menos mucho más que en televisión, asintiendo a las indicaciones que le daban los policías. No tenía prisa por ver el cuerpo. No mostraba un mínimo de desazón. Parecía anestesiado. Como si lo hubieran medicado contra el dolor. Se hizo el loco en todo momento. Al igual que el subinspector y el teniente.

A continuación, se procedió a la práctica de diligencias de la inspección ocular.

La secretaria del juzgado, Sophie Brunne, puso en marcha la grabadora de mano y comenzó a describir lo que estaba viendo:

—En Mula, a 7 de enero de 1993. Seis de la mañana. Comisión compuesta por el agente judicial, yo, la secretaria, el médico forense y el Sr. juez, que es asistido por mí. Se constituye en el lugar de autos con el propósito de iniciar la práctica de diligencias de inspección ocular y el posterior levantamiento del cadáver. Se hace constar lo siguiente:

»El lugar es conocido como La Laguna, pegado a Puente de la Laguna, a unos quinientos metros de la Caseta del Pastor, en el municipio de Mula con Mazarros. Sitio al que se accede a través de un paraje blanco por medio de un puente colgante. Se observa un lugar llano, nevado, en zona de matorral, con existencia de arbolado y poca visibilidad. Delante, a unos diez metros, tenemos una pequeña brecha pelada en el suelo por la que se accede al mencionado puente. A nuestra derecha nos queda la zona llana con el camino que baja a la carretera. A la izquierda se encuentra un espacio rectangular enmarañado de imposible acceso. El río pasa por detrás. Está congelado. Nos movemos en dirección al puente por un terreno un poco resbaladizo.

*

Calderón fue quien los condujo hasta el puente. Conocía mejor el terreno porque era de la zona. Eso irritaba a Quintana.

Cuando llegaron, el puente estaba siendo agitado por el viento. El juez Masa encabezaba la comitiva que seguía a Calderón hacia el lugar del hallazgo. Subinspector, teniente y Simón Fejes iban un paso por detrás. Los cinco buzos del GE eran los últimos. El resto esperó donde aguardaban los vehículos.

*

—Se accede a un camino oculto entre los árboles a través del puente colgante. Inmediatamente, se aprecia la orilla, con la laguna congelada. Desde esta posición, a unos veinte metros, se observa un tronco humano pudiéndose apreciar claramente que se encuentra en fase final de esqueletización.

*

La Guardia Montada acordonó también aquella zona. El subinspector Quintana, el teniente Lobo y Simón Fejes se mantuvieron alejados, contemplando sin pestañear lo que se había convertido en la tumba del cuerpo.

*

—Nada más llegar se observa posible moqueta de color rojo a espaldas del cuerpo, de aproximadamente tres metros de longitud y cuatro de ancho. Presenta manchas y diversos cortes en las áreas.

»A pocos centímetros se observa la mitad del cuerpo saliente en posición decúbito supino. El brazo izquierdo está completo. Le falta el brazo derecho. Sobre el hombro derecho se manifiestan algunos fragmentos óseos.

»Por orden de su señoría se procede por las fuerzas de seguridad presentes en el acto a retirar el cuerpo.

*

Acto seguido, los buzos del GE procedieron a sacar el cuerpo. Desde un ángulo seguro dos agentes midieron antes la profundidad de la orilla y después saltaron sobre el hielo. Una vez quedó confirmado que la superficie era estable, se procedió al levantamiento.

Todos los presentes se quedaron en silencio observando la tenebrosa escena del levantamiento. La maniobra era muy arriesgada. Había que ser muy meticuloso. Cualquier mínimo golpe era suficiente para arruinar el trabajo del forense.

—Al retirar el cuerpo la cabeza se desprende. Se deposita en la superficie de la bolsa de plástico. Aparece parte del brazo que faltaba (der.). Se observan restos de cuerda alrededor del cúbito y el radio. No se ve la mano derecha. El tronco es depositado en la superficie de la bolsa. Aparecen seguidamente las piernas, desmembradas, amazacotadas, en posición lateral. Las piernas presentan un estado muy grande de deterioro y de pérdida. Se recogen. Se hace constar que el cadáver se encuentra desnudo. No se observan restos de tela o ropa. El cuerpo cayó delante de Simón. Ahora, quedaba completamente agarrotado sobre la bolsa negra. Simón Fejes lo observaba con expresión impávida. No reconocía a su hija en aquella forma terrible, retorcida y amazacotada.

Lo dijo:

—Esa no es mi hija.

Nadie le escuchó.

—Por medio de su señoría se procede a dar la orden al forense para que proceda a un reconocimiento.

El forense se colocó de cuclillas. Sus profundos ojos, negros como la noche, repasaron el cadáver al descubierto. Echó un vistazo. Luego, se rascó la barbilla dos veces. Tenía el mentón bajo, con hoyuelo. En ese momento creía haber descubierto los restos de una mujer adolescente. Vio una marca que pasaba alrededor de la muñeca de la víctima. La muñeca era un muñón de huesos. Asomaba claramente el radio y el cúbito. Sacó una pluma. Rascó un poco allí donde le faltaba la mano. Miró por encima de la cabeza. Pestañeó. Allí donde comenzaba a asomar cabello diseminado podía apreciarse una monstruosa deformidad en la cabeza.

Eran las seis de la mañana. Bum y Rodríguez no paraban de sacar fotos.

El forense, grabadora en mano, se dispuso a hablar:

—Son las seis del día 7 de enero de 1993. Yo, el profesor Mosa, forense de este partido judicial, informo:

»El cadáver corresponde a una mujer joven. El cuerpo se encuentra fragmentado por el tronco y osificado. Su talla aproximada es de 1,58 centímetros. Las piernas están apelmazadas. Al cadáver le falta el pie izquierdo. La cabeza está separada del cuerpo, se encuentra muy deteriorada. El brazo derecho se encuentra también separado del cuerpo. Le falta la mano derecha. En la superficie ósea de la bóveda craneal se observa un orificio de un centímetro aproximadamente. Examinado el cuerpo extraído puede comprobarse que no lleva ropa.

El forense introdujo los dedos en el orificio de entrada.

—El cadáver fue depositado en una moqueta roja de unos tres metros de longitud y cuatro de ancho. Se utilizó para enrollar el cadáver. Hay altos indicios de que la causa de muerte sea derivada de una herida causante de una lesión cerebral por arma de fuego. La causa de muerte con certeza la daré una vez le sea realizada la autopsia.

Ninguno se atrevió a reconocerlo, pero cundía la sensación de que aquel esqueleto no era el de Anna Fejes.

—Por orden de su señoría se ordena el levantamiento del cadáver y el traslado al Instituto de Ciencias Forenses, donde deberá ser practicada la autopsia por dos médicos forenses del Instituto Anatómico Forense de Ciencias Forenses.

Conste, de la misma manera, que se ordena a las fuerzas de seguridad de la Guardia Montada presentes en el lugar de los hechos que se lleven a cabo todas las investigaciones que sean necesarias para determinar tanto los hechos como las personas que pudieran ser responsables de los mismos. Mismamente, se hace constar que todos aquellos objetos que sean encontrados quedarán bajo custodia policial. No hallando otro extremo que sea digno de reseñar, se da por concluido el acto, doy fe —finalizó Sophie Brunne.

Uno de los miembros del GE subió la cremallera de la bolsa cuidando de no tocar el cuerpo.

Acto seguido, colocaron la bolsa con el cuerpo sobre una camilla. Lo hicieron cuidadosamente para que no se perdiera nada.

Rut, entretanto, repasaba todo lo que había ocurrido en su memoria. Los segundos se transformaron en horas. Caminaba en dirección al sol cuando este trazaba su primera línea en el lejano horizonte. De pronto, la noche levantó el telón. Paseó la mirada hasta fijarla en Calderón. Venía a hablar con ella.

—¿Tienes un cigarro? —le preguntó—. Me he dejado el tabaco en casa, joder.

—Ya no fumo.

—Maldita sea —dijo Calderón palpándose los bolsillos—. Yo también debería dejarlo, mi mujer quiere que lo deje, pero siempre encuentro un buen momento para volver. ¡Mierda! A todo esto, ¿qué opinas?

—¿Sobre qué?

—Tú has encontrado el cuerpo de la chica. ¿Crees que puede ser ella?

—¿Quién si no?

—Es verdad —reflexionó—. ¿Cómo lo supiste?

—Mi compañero recibió una llamada y decidí ir a verificarla.

—¿De quién? ¿Te dijo el nombre?

—Anónima —protegía a Rosa.

—Sería de tu pueblo.

—No lo sé.

—Bueno, ya nos pasas el informe. —Señaló con el pulgar al subinspector y al teniente—. ¡Vaya dos! —dicho esto, se fue.

Siete minutos después un coche fúnebre modelo Mercedes con cadenas en las ruedas subió al paraje del Puente de la Laguna.

Conducía un funerario de Mazarros, Sepúlveda. Había sido llamado por la Policía Armada para que se hiciera cargo del cuerpo.

Benjamin Sepúlveda era de Mazarros. Rondaría los sesenta años. Era un tipo calvo, bajito, ancho de hombros, físicamente fuerte. Tenía los ojos algo separados y la nariz aplastada, como la de un boxeador.

Estacionó el vehículo dentro del perímetro señalado. Nada más salir vio llegar a los buzos del GE con la camilla. Se bajó rápidamente del coche fúnebre y abrió el portón. Se echó a un lado. Permitió que el GE depositara en el féretro la bolsa que contenía el cuerpo. Cerró después el portón. Todo muy rápido. Se metió de nuevo en el vehículo y arrancó sin ninguna explicación, ya que tenía instrucciones claras de llevar el cuerpo al cementerio de Mula, como posteriormente se supo.

Rut se quedó observando el coche fúnebre. Lo vio alejarse de allí. En ese momento no sospechó porque ese era el procedimiento. El cadáver era recogido por el funerario y lo llevaba a la funeraria, haciéndose cargo de sus restos para su posterior autopsia.

Miró al Lobo. Movía la cabeza y las manos al tiempo que hablaba con Quintana. Él la miró de pronto. Fue a buscarla. Se acercó y le dijo amablemente:

—¿Cómo estás?

—Bien —dijo Rut con tono de sorpresa. El Lobo sonaba sincero.

—Tenemos que tomarte declaración. Ve a dormir y pásate después por el puesto de la Guardia Montada. Ahora estamos instalados allí.

—Sí, lo sé. Lo haré.

—A propósito —dijo el Lobo volviéndose—, ¿cómo...?

—Una llamada anónima. Seguí mi instinto.

El Lobo movió la cabeza de arriba a abajo. Señaló a Rut.

—A la una —le dijo mientras regresaba al lado de Quintana y de Simón Fejes.

Los uniformes se fueron dispersando. Apagaron linternas y focos. Se quitaron los guantes. Los depositaron en pequeñas bolsas de plástico transparente. Entonces se oyeron voces, voces sincopadas bajo un cielo que volvía a amenazar blanco. Eran periodistas. Habían recibido la llamada en la oscuridad.

La noticia corrió como la pólvora. Vinieron muchos. Enseguida se vieron equipos móviles con sus cámaras, sus focos y sus hipnóticos *flashes*. Todo era un caos.

Se atrincheraron tras la línea amarilla. La luz de los focos caía sobre los reporteros, provistos de micrófonos y cuadernos. Comenzaron a moverse, a sacar grabadoras con impaciencia. Algunos se subieron a los coches porque no se veía casi nada. La Guardia Montada había estrechado un cerco a cincuenta metros y desde esa distancia solo se alcanzaba a ver los vehículos oficiales.

Esperaron allí más de hora y media con el colmillo largo. Andaban empujándose con los codos. Durante un momento parecía que la cosa se ponía tensa. Al final nada. Buscaron a los protagonistas, pero ninguno tenía nada que decir porque todavía no se sabía nada. En

cuanto empezaron a salir los coches oficiales corrieron a guardar los equipos y fueron detrás con las unidades móviles.

El Ford Fairmont pasó cerca de Rut.

Vio la cara de Simón Fejes reflejada en el cristal. Tenía una expresión huraña y desdenosa. Sintió su mirada. Penetró de tal modo que le hizo comprender que se había muerto para él. Rut conocía a Simón. Había contado siempre con la estimación del pueblo. Todos lo consideraban el hombre del cementerio, «el que vela por nuestros muertos». Obtuvo el puesto por un favor, tras quedarse viudo. Las viejas del pueblo dijeron por aquel entonces que la muerte de su mujer fue un verdadero alivio para él, jamás pudo acostumbrarse a los gritos de la epilepsia.

En la oscuridad, Rut volvió a aquella habitación en la planta norte del pazo. Se acordó de que Foid siempre estaba a su lado cuando despertaba «ella». Se vio bajando deprisa por los escalones; llamando a Martha mientras Erika la seguía escaleras abajo del revés, retorciendo codos y pies.

Aquel odio que sentía Erika era un efecto del insoportable dolor. Detestaba a la gente sana. La culpaba de su terrible enfermedad.

Sus padres la habían encerrado en la última habitación de la planta norte, entre cuatro frías paredes. No dejaban subir a nadie, ni siquiera a Martha.

Al morir sus padres, Erika se liberó de la prisión. Pero por suerte, Foid estaba allí para proteger a los niños.

Se lo debía. Aquella mirada llena de odio ocultaba la clara intención de cargarle el muerto a Foid. Tenía que avisar a Martha.

Se metió en el vehículo a toda prisa. Metió marcha. Condujo despacio por el trecho y salió de nuevo a la carretera.

En menos de un cuarto de hora el lugar había quedado desierto. Como si hubiera pasado la peor de todas las tormentas.

Minutos después los vehículos circulaban por la fría carretera general a una velocidad media de cuarenta kilómetros por hora rumbo Mazarros—Mula.

Eran aproximadamente las siete y media de la mañana. Se había levantado un viento frío. Podía oírse pasar desde lejos. No se veía el sol por ningún lado. Volvía a predominar el cielo blanco. Otro día más sin colores, en blanco y negro. General Invierno.

El Nissan de la Policía Local de Mula cerraba la ristra de vehículos oficiales.

Rut tenía delante el todoterreno que transportaba a la comitiva judicial. Por el retrovisor veía la unidad móvil de Canal 4.

Mientras empuñaba el volante con la mano izquierda, le daba vueltas a lo sucedido. Tenía los ojos doloridos por culpa del sueño. Tratava de mantenerse activa reflexionando, pensando en todas las reacciones.

Sospechosa había sido la actitud de Simón Fejes, ya que, estando frente al supuesto cadáver de su hija, no había mostrado un solo sentimiento. ¿Tan seguro estaba de que no era ella? ¿Cómo podía saberlo? ¿Intuición de padre?

Aceleró. Subió marcha. Acortó distancia con el todoterreno.

La cadena de vehículos continuó por la general sin separarse. Mazarros estaba a nada, a tan solo un kilómetro de allí.

Atravesaron un pintoresco paisaje aplastado por la nieve donde solamente se veían árboles cubiertos de escarcha. Los campos, completamente desnudos, tenían un color brillante.

Rut intentaba derrotar al sueño. Se dio cuenta de que era imposible. Necesitaba dormir. Bajó la ventanilla nerviosa. Su atención comenzaba a estar en otra parte. Tomó una

bocanada de aire fresco. La idea de ir directamente a visitar a Martha se había desvanecido casi por completo.

Llegaron al cruce de caminos. Las ruedas de los primeros vehículos tocaron el tramo de asfalto que había visto desaparecer a Anna Fejes el pasado 13 de noviembre de 1992.

La furgoneta del GE continuó todo recto hacia Bañá.

El Nissan X-TRAIL de Calderón giró, sin intermitente, hacia la izquierda, dirección Mazarros.

A este mismo vehículo siguió el Nissan Terrano-II en el que iba el equipo de especialistas de la Policía Armada.

Calculando la distancia de separación, el siguiente, el Nissan Terrano-II con toda la comitiva judicial al completo, tomó rumbó al noroeste y se dirigió también hacia Bañá.

Para desgracia de los reporteros el Ford Fairmont acababa de abandonar la carretera.

Una reportera de Canal 4 lo vio entrar en Mula.

Las unidades móviles aminoraron la velocidad. Sus ocupantes estaban perdidos. No sabían qué hacer. En un abrir y cerrar de ojos se habían esfumado prácticamente todos los vehículos oficiales, a excepción del Nissan.

Rut dejó caer los ojos sobre el asfalto. Puso el intermitente para girar a la derecha.

La unidad móvil que la seguía hizo lo propio.

Miró por el retrovisor. Vio que la unidad móvil de Canal 4 tenía puesto el intermitente para entrar en el pueblo.

Apretó el acelerador. Se los quitó de encima. No quería que la siguieran hasta casa.

Sin embargo, cuando iba a subir la cuesta detuvo el vehículo. Le vino como un *flash*. Se acordó de una noticia que había leído en el periódico nacional: «¿Dónde está Verginia Bezopasno?».

CAPÍTULO 16

El Ford Fairmont tomó la calle del cementerio.

Las pocas gentes que pasaban en ese momento por allí, incluidos los hermanos Harald, se quedaron mirando a los tres ocupantes del vehículo, cuyas caras eran las habituales en un día de entierro.

Quintana, el Lobo, y Simón Fejes, a bordo del Ford, desembocaron en una calle estrecha, poco transitada, coronada por un cementerio tipo de nichos individuales.

El vehículo estacionó delante de la verja. Esperó hasta que apareció Sepúlveda.

No tardó en llegar. Lo vieron acercarse a los barrotes desde dentro. Llevaba las llaves en la mano. Abrió la puerta. Comenzó a hacerles señas para que accedieran al interior del recinto.

El Ford Fairmont encaró la verja.

Sepúlveda se apartó para dejarle paso.

Quintana deslizó la mano suave sobre la marcha. El Ford avanzó despacio por un camino empedrado. El volante vibraba bajo sus dedos.

El cementerio municipal de Mula, ubicado al sur, era de dimensiones medianas. Constaba de dos patios rodeados de árboles y un pasillo central por el que se accedía nada más dejar atrás la puerta de entrada.

El viento iba esparciendo el rancio olor a muerto que se levantaba de los nichos adosados.

Quintana estacionó el vehículo en el llano, a los pies de la rampa pavimentada que iniciaba el camino hacia la arteria del feudo mortuario.

El coche fúnebre estaba aparcado delante de la vieja capilla.

Sepúlveda se apresuró a cerrar la verja con llave. Miró después a su espalda. Vio bajar a Simón Fejes, al Lobo y finalmente Quintana.

Simón Fejes condujo a los dos policías dentro. Conocía el cementerio. No en vano, aquella había sido su segunda casa.

El Lobo y Quintana siguieron a Simón Fejes hasta la capilla.

Sepúlveda esperó fuera.

Entraron los tres. Simón Fejes encendió las luces.

Vieron la bolsa que contenía el cuerpo sobre una mesa de autopsias que tapaba el púlpito; sin desagüe ni mesa auxiliar.

La autopsia se iba a realizar allí mismo, en la capilla del cementerio municipal de Mula, no en el Instituto de Ciencias Forenses, sino en un deplorable oratorio abandonado con forma de sala en el que no traspasaba la luz.

Estuvieron como una media hora esperando. Hacía frío allí dentro. Cinco minutos después llegó el forense:

El profesor Mosa, médico forense del juzgado de Mazarros, hizo acto de presencia a las 9:30 horas. Este médico de aspecto burócrata que gozaba de la misma frialdad que la de un muerto era, además, un reputado miembro de la Comuna Roja.

La Comuna no se andaba con historias. Sus miembros no se dejaban llevar por sentimentalismos. Eran los vencedores. Mandaban en el Gobierno desde 1940.

A primera vista daba la impresión de ser un hombre tranquilo, de esos a los que les gusta mantener un perfil bajo. Tenía cincuenta y cuatro años, el cabello compacto plateado, peinado de lado; una nariz aguileña; una boca gruesa; las mejillas pronunciadas. Lo habían asignado expresamente a dedo.

Mientras, Sepúlveda iba entrando y saliendo de la capilla portando lámparas de petróleo, tijeras de podar, sierra y cuchillo.

El viento aullaba, la luz ardía, guiaba al forense en el día más oscuro.

Mosa repartió Vicks VapoRub entre Quintana, Simón Fejes y el Lobo.

Se lo aplicaron en las aletas. Bajo las fosas nasales.

El forense se puso unos guantes de látex de color azul. Bajó la cremallera despacio cuidando de no pillarse los guantes con el dentado. Cogió la grabadora:

—Yo, Alfred Mosa, doctor en Medicina y titular de la autoría de Mazarros, manifiesto qué, a las 10:00 horas del día 7 de enero de 1993, en cumplimiento de la orden judicial realizo la autopsia al cadáver.

»El cadáver se encuentra introducido en una bolsa negra con cremallera sobre la mesa de autopsias. Procedo a abrirla.

»El cadáver se descubre sobre la mesa de autopsias en posición decúbito supino. El brazo derecho está separado del cuerpo. La cabeza se encuentra también separada del cuerpo. Al brazo derecho le falta la mano. Se observan restos de ligaduras de doble nudo en el brazo derecho. El cuerpo se encuentra en fase final de esqueletización y está completamente impregnado de tierra. La cavidad torácica ha padecido fuertes golpes, con hundimiento de la misma y desprendimiento de todas las costillas del lado izquierdo, de la clavícula izquierda, de la escápula izquierda y desintegración de una parte del hombro izquierdo.

»El cadáver no lleva ropa. Puedo afirmar que pertenece a una mujer por las características somáticas, la inspección general ocular del subpúbico con la forma de una U, y la sínfisis, especialmente baja. Su estatura es de 1,57 centímetros con un error aproximado de 5.

»Se encuentran restos de una ligadura rota que a juzgar por su forma orbicular serviría para mantener sujeta a la víctima. En esta ligadura hay lo que parece ser parte de un bucle en el centro que podía ser aproximadamente de unos 16 cm. Esto significa que se ha necesitado de esta tercera argolla de anexo a las dos ligaduras para atar a la víctima a un poste u otro elemento de este tipo.

»Se observa en la superficie ósea de la bóveda craneal un orificio que presenta signos de una transformación cromática a su alrededor, lo que indica que se trata de un disparo con arma de fuego realizado cuando la víctima vivía.

»Procedo a la apertura de la bóveda óseo craneal.

Mosa cogió la sierra y empezó a aserrar el cráneo de la víctima.

—Procedo a realizar limpieza de cráneo. Se observa masa amorfa pastosa grisácea, azulada, en la que no puede reconocerse ninguna estructura cerebral parenquimatosa.

»Existe hundimiento óseo a la altura de la lámina orbitaria en la parte derecha del frontal de un diámetro aproximado de 1 centímetro con una profundidad de unos 5 milímetros. Se observa fisura de unos cinco centímetros de longitud sobre la unión temporoparietal derecha.

»En la lámina orbitaria parte derecha del hueso frontal se observa lo que parece ser incrustada una bala, sin aparente deformación.

»Extraigo el proyectil y lo pongo a disposición judicial para su identificación y estudio criminalístico.

»Abordo la cavidad torácica. Faltan costillas en el hemitórax izquierdo, las tres primeras. Todas las demás se hallan parcialmente destruidas. En la cuarta costilla se observa una decoloración anómala traumática producto de la hemorragia. Parte del tórax está destruido, causas: fractura, putrefacción, fauna... Extirpación.

»La columna vertebral dorsal está desarticulada al nivel de la sexta vértebra. Las otras piezas óseas superiores se encuentran dispersas. Existen. Un momento...

Mosa cogió las pinzas. Rascó el coxis. Extrajo un largo cabello blanco del cadáver. Llevó sus ojos hasta los de Quintana. Ambos cruzaron una mirada cargada de intensidad.

—No se detenga —le avisó el policía.

Mosa dejó el cabello blanco a un lado y volvió a depositar los ojos en el cuerpo.

—El brazo izquierdo se encuentra desprendido del cuerpo. Al brazo derecho le falta la mano entera. El izquierdo está representado exclusivamente por su hueso húmero. Le siguen numerosas filtraciones hemorrágicas en las extremidades inferiores. Procedo a abordar las extremidades.

Mosa echó mano de la sierra y empezó a aserrar las partes correspondientes a las extremidades.

La siguiente hora de la autopsia transcurrió con Mosa sumergiendo trozos de hueso en diferentes frascos.

—Conclusiones: no se observan coincidencias con la denuncia efectuada por Simón Fejes el 13 de noviembre de 1992.

»Su muerte ha sido producida como consecuencia de una lesión cerebral derivada de una herida por causa de arma de fuego, con la destrucción de centros vitales encefálicos.

»Sobre la dirección y la entrada del proyectil estoy en disposición de afirmar que el orificio de entrada por causa de arma de fuego se encuentra en la zona temporoparietal izquierda, apareciendo el proyectil incrustado en la órbita derecha, con una inclinación ligeramente descendente. Por lo que puedo pronunciarme sobre la posición del cráneo en el momento de su impacto, visualizándolo en posición horizontal sobre plano duro.

»Existe una destrucción interna considerable. Sería mejor efectuar un análisis morfológico. No descartaría que el disparo se haya efectuado a boca de jarro.

El forense proyectó en su mente el último aliento de vida de Anna; probablemente de rodillas a pie de fosa, con el cañón de la Llama 9 mm a medio dedo del parietal.

—Lesiones: a la víctima se la ha inmovilizado maniatándola, por lo que existieron lesiones en ambas muñecas. Existe la posibilidad de que algunas de estas lesiones se produjeran por un largo periodo de sujeción.

»La muerte ha sido violenta. Queda confirmado que se produjo por arma de fuego, ya que se estima que la víctima vivía en el momento de recibir el disparo.

»Existen contusiones craneoencefálicas, hundimiento del tórax por los golpes, todos de naturaleza sádica en tórax, costillas, dientes, estos últimos por causa de puñetazos en la boca, extremidades y posibles amputaciones traumáticas.

»Cabe reseñar en aclaración que las lesiones podrían corresponderse con distintos momentos en el tiempo. Existe un alto indicio de violación de la víctima.

»Siendo todo cuanto tengo que manifestar a las 11:14 horas del día 7 de enero de 1993.

Silencio.

—Os dije que esa no era mi hija —dijo Simón, indignado.

—Si no es Anna Fejes, ¿quién es? —lanzó esta pregunta el Lobo, al aire.

—Es muy probable que se trate de la chica desaparecida en 1991, en Valle Viejo —dijo el forense.

—Valle Viejo está lejos —añadió Simón.

—¿Quién? —preguntó Quintana, sorprendido.

—Espera. ¿Ha desaparecido otra chica? —preguntó el Lobo.

—Me parece que fue por el verano —contó el forense—. No se le dio mucho bombo porque la chica era burriata (extranjera).

—¿Sigue abierta la investigación? —perseveró el Lobo.
—No —respondió Mosa—, la Guardia Montada cerró pronto el caso.
—¿Qué dijeron? —preguntó Quintana.
—Algo del marido, creo.
—Pues ya está. Resuelto —dijo Quintana mirando a los demás.
—¿Tú sabías algo de esto? —le preguntó el Lobo a Simón.
Simón sacudió la cabeza como un lobo.
—¿Cómo se llamaba la chica?
—Bezopasno, Verginia Bezopasno —dijo el forense—. Lo recuerdo bien porque mi mujer es de allí.
—Hay que llamar a la Montada —dijo el Lobo. Estaba nervioso.
—Si hace eso, la guardia llamará inmediatamente a los familiares para un reconocimiento. Tengo que hacerle más pruebas antes de que se avise a la familia. El cadáver está irreconocible y quiero asegurarme primero —advirtió el forense.
—De acuerdo. —Lobo estaba alterado—. De todos modos, hay que llamar a la Guardia Montada.
—Salgamos fuera un momento —dijo Quintana, sonriente.
Quintana sacó al Lobo. Encendió un cigarrillo y se puso a fumar.
—¿Qué coño te pasa? Tienes que centrarte.
—Ya, ya, es que...
—Escúchame. Tenemos que cerrar esto con o sin cuerpo, ¿entiendes?
—Sí. —En calma—. ¿Cuál es el siguiente paso?
—Vamos a buscar a Foid Floden.

CAPÍTULO 17

Las doce de la mañana. Martha estaba en la cocina cuando de pronto oyó los aullidos de las sirenas. Echó a correr hacia la ventana temblando de espanto. Retiró la cortina y se quedó paralizada al ver cinco coches oficiales de la Policía Armada estacionados delante de su casa. Acababan de llegar.

—¡Foid! —gritó Martha.

Salió como un rayo. Atravesó el salón como una flecha. Se cubrió la cara con las manos. Tenía ganas de llorar. Se dirigía a la puerta. Levantó la mirada. La puerta estaba cerrada con llave. No la llevaba encima. Se la había dejado en la cocina. Tuvo que regresar.

Afuera, la policía se preparaba para entrar.

Eran diez policías de uniforme blindado los encargados de realizar el primer acercamiento. Llevaban armas automáticas.

Tan pronto como salieron del vehículo se dirigieron a la casa.

Quintana y el Lobo se habían colocado unos delgados chalecos antibalas.

En menos de un segundo, uno se adelantó y cubrió la entrada. Acto seguido, aparecieron dos hombres por el costado derecho y tres por el izquierdo. Los otros fueron por detrás.

Quintana y el Lobo empuñaron armas semiautomáticas y corrieron hacia la puerta. Apenas llegó, el Lobo soltó el puño:

—¡POLICÍA, ABRA!

*

A Martha se le cayeron las llaves de las manos. Las recogió del suelo. Estaba muy nerviosa. Temblaba de pies a cabeza. Lo volvió a intentar. Logró introducir la llave en la cerradura. Entreabrió la puerta. Apareció en el umbral de la escalera. La bajó gritando:

—¡FOID!

Foid escuchó la voz de Martha. Asomó la faz entre los barrotes. Volvió la cabeza y puso la oreja. Alcanzó a oír el eco de los pasos. El sonido de las llaves retumbó en sus oídos. Se apartó un poco. La celda se abrió. Martha avanzó hacia él con los brazos extendidos. Tenía intención de abrazarlo.

—¡Maldita sea! —dijo Quintana—. ¡Echad la jodida puerta abajo!

Quintana y el Lobo se apartaron de en medio. Entraron dos policías con el ariete. El «revientapuertas» partió la tabla por la mitad.

—¡Andando! ¡Vamos! ¡Deprisa!

—¡POLICÍA! —se oyó dentro.

Se movió el primero arrastrando a los demás. Con rapidez tomaron el salón, cubriéndose las espaldas.

—¡Vosotros a la escalera!

Dos policías rompieron la línea, se agacharon y avanzaron por la escalera pegados a la pared del rellano.

Quintana se arrodilló en el pazo empuñando la 9 mm. Con un dedo en el gatillo observó la puerta.

Los dos hombres seguían subiendo la escalera.

Un tercero avanzó en cuclillas y empujó la puerta.

Más allá, el haz de luz descubrió una pequeña escalera de piedra que terminaba en una mazmorra.

Bajaron a un corto pasillo con cuatro celdas a los lados.

El Lobo le hizo un gesto con la cabeza a Quintana.

Quintana asintió. Dejó caer suavemente la mano sobre el hombro de otro policía. Este se apartó de la luz y cubrió la primera celda. Por el rabillo del ojo vio movimiento. El Lobo cubría su flanco opuesto con la mira de su 9 mm.

El Lobo empezó a girar muy despacio sobre su propio eje. Metió el cañón en la segunda celda. Se congeló.

—Suéltala —dijo tenso, arma en mano.

Foid estaba llorando. Tenía a Martha acostada en sus brazos. En un principio creyeron que estaba dormida. Pero al mirarla bien los policías vieron que sus cuencas estaban en sangre.

—¡NO TE MUEVAS!

—¡LEVANTA LAS MANOS!

Foid levantó las manos.

No pudieron expresar lo que era. Ni él mismo lo sabía. Para contarlo es preciso combinar lo más violento de una fisionomía con lo más inofensivo.

La policía contemplaba con absoluta perplejidad aquel cuadro de incertidumbre. Imposible adivinar de qué se trataba. ¿Era un hombre deforme? ¿Una bestia desconcertada y conmovida?

Se quedó de rodillas con los brazos abiertos. Parecía clavado en un crucifijo.

—¡De acuerdo! ¡Voy a acercarme!

—¡No hagas tonterías! —dijo el Lobo acercándose, con la pistola en una mano y las esposas en la otra.

El Lobo entró en la celda. No podía dejar de mirarlo. Lo primero que halló fue un espacio cuadrangular maloliente. No había ninguna cama. No tenía taza de váter. Todo estaba por tierra.

Había soltado a Martha. Un charco de sangre oscura asomaba por el hueco que dejaba la espalda.

Tocó la muñeca de Foid despacio. Quiso bajarle un brazo, pero estaba demasiado tenso. Le colocó las esposas. Comprobó que estuvieran apretadas. Lo levantó. Los compañeros corrieron a ayudarlo.

Sacaron a Foid esposado de la celda.

—¿Qué demonios le ha hecho? —dijo Quintana, observando el cadáver de Martha—. ¿La ha reventado por dentro? ¡Qué hijo de puta! Llamemos a una ambulancia.

—Se llenará de periodistas.

—Es lo que queremos, ¿no?

—Tenemos setenta y dos horas —dijo el Lobo.

—Suficientes.

Salieron ambos de la celda.

Fuera, en el mismo pasillo, esperaban los policías que habían asegurado la planta norte:

—Tienen que ver esto —dijo el más veterano.

El Lobo volvió la cabeza para mirar a Quintana. Desconcertados, siguieron a los policías hasta el salón.

—Por la escalera —dijo el Lobo, señalándola con el índice.

El Lobo se adelantó mirando a los policías, los cuales no tenían ni la más mínima intención de volver a subir.

Quintana se acercó al Lobo y juntos subieron la escalera.

La atención caía sobre el último escalón, cada vez más claro y visible. El movimiento de los cuerpos empezó a oírse en la planta norte. El crujido de la escalera anunciaba que se acercaban a algún tipo de terror ya viejo, que había visto crecer la luz a sus espaldas.

El Lobo se quedó parado a mitad de la escalera. El aire se estaba pudriendo.

—¿Qué es ese olor? —dijo Quintana—. ¡Cielo santo! ¿Tú también lo hueles? Huele peor que un muerto.

Continuaron subiendo. La escalera concluía en un largo corredor oscuro atravesado horizontalmente como si tuviera brazos.

En lo alto se volvieron. Pudieron comprobar desde allí cómo la vida se veía de una forma muy distinta a la de abajo. Quienquiera que fuera el que espiaba experimentaba la sensación de hallarse en el cielo.

Salieron al corredor y miraron perplejos a su alrededor.

No haría el metro y medio de ancho. Delante, a dos pasos, había una ventana tapiada. A izquierda, corría el corredor hasta desaparecer por debajo de una puerta. A la derecha, al otro lado, no se veía nada.

Ni en el día, la luz se atrevía a tocar ese lugar.

—¡Por Dios! ¡Qué peste! —seguía quejándose Quintana.

Se dirigieron a aquella oscuridad. Parecía un cráter. El Lobo caminaba un paso por detrás de Quintana, siendo acariciado este por una gélida ráfaga de viento.

Quintana y el Lobo sacaron pequeñas linternas. Descubrieron la luz, mostrándosela a la boca del demonio.

Hallaron una puerta entreabierta en la penumbra.

El Lobo puso el foco en la madera. Dio un paso.

—¿Qué es todo esto?

La puerta presentaba múltiples arañazos. La fuerza de los mismos le había causado algunos destrozos.

Quintana empujó la puerta con la linterna. Una bocanada de aire fétido le impactó en la cara. Se echó atrás, anteponiendo la mano.

—Mierda —dijo.

Entraron e iluminaron la habitación de Erika.

—¡Dios mío! —dijo Quintana, absorto.

El haz de luz de su linterna descubrió a la derecha un armario empotrado en la pared. Se detuvo en los estantes. Allí, entre polvo y telarañas, había una extraña colección de frascos que contenían exóticos animales cercenados.

El Lobo señaló la pared. Siguió por el techo. La luz le reveló un agujero circular que dejaba las vigas al descubierto. Apuntó hacia abajo en busca de restos. Sin querer, iluminó repentinamente la cama.

Ambos se acercaron un poco más al lecho. Fusionaron círculos de luz. La cama estaba ubicada justo en el centro. Tenía la cabecera empotrada contra la pared. Se veía vieja, muy sucia, recubierta de sábanas desgastadas.

—¡Joder!

Asomaba un bulto bajo la sábana.

—Acabemos con esta mierda —dijo el Lobo.

El Lobo descorrió las sábanas con violencia para descubrir lo que había debajo.

—¡Hostia puta! —exclamó Quintana—. ¡¿Qué cojones es eso?!

El Lobo puso cara de asco mientras acercaba la linterna. A pocos centímetros tenía un cuerpo atado con correas en posición decúbito prono con las rodillas flexionadas y los brazos largos, larguísimos, extendidos.

Quintana le enfocó la cara. Esta vez la luz reveló que se trataba de una mujer, la cual yacía rígida; con la boca abierta, contraída por el dolor y aferrada a los dos lados de la cama.

Presentaba múltiples puñaladas, en la espalda, en las manos, en el ojo izquierdo.

—¡Qué puta familia de psicópatas! —señaló Quintana.

En el informe de la autopsia recuperado por el padre Alameda en 1994, decía que el cuerpo hallado en el pazo el 7 de enero de 1993 resultó ser el de Erika Floden. La mayor de los Floden padecía de meningitis espinal. Cuando la encontraron llevaba dos años muerta. La habían apuñalado veintiocho veces.

Un juez del Juzgado de Instrucción n.º 2 de Mazarros atribuiría un año después el crimen a Martha Floden, evidenciando restos de sangre hallados en la sábana superior.

CAPÍTULO 18

Eran las doce y media de la mañana. El bar estaba lleno. Reinaba la calma hasta que entró Rut. Entonces, las risas se cortaron y todos se volvieron hacia ella, sintiéndose sacudidos por un claro sentimiento de odio.

Rut se quitó el *ushanka*. Paseó la mirada por todos aquellos rostros contraídos. El distintivo de la Policía Local de Mula brillaba en su chaquetón.

Brais Mathinson la observaba desde detrás de la barra. Llevaba puesto su chaleco favorito, uno de cazador. Podría decirse que el Bar Amada era un permanente homenaje a la caza; ubicado en la carretera desde 1969, año en que Armstrong pisó la Luna, el hijo pequeño de George Mathinson, abrió una taberna exclusiva para camaradas de la Comuna.

En el «Año Negro», 1973, el bar, como todo lo que había de bueno en el pueblo, se fue a pique. Sin embargo, camaradas del pueblo que todavía creían en el «Puño de la Victoria», continuaron yendo hasta reflotarlo en 1979.

Al fondo, en la parte de atrás, donde estaba la máquina de tabaco, todavía quedaba un solitario póster del caudillo White.

—Un paquete de Marlboro —dijo Rut.

Brais le señaló el fondo. Hacia la máquina de tabaco.

Rut comenzó a caminar con lentitud. Vio como la gente del pueblo le daba espalda a medida que se acercaba a la máquina.

A unos cinco o diez pasos, alzó la vista. Vio a la pandilla reunida en torno a una última mesa. Se paralizó, turbada.

En ese momento Simón Fejes contemplaba orgulloso un cuadro de caza. Se dio cuenta de la presencia de Rut en el acto. Rozó su codo con el de Thomas Parker. Aquello fue una orden. Thomas Parker dejó caer las fichas de dominó para mirar a Rut con repulsión. Mathias se echó para atrás y apoyó su espalda contra la pared con expresión desagradable. Elvira Perkins escupió al suelo.

Rut los miró a todos. Uno por uno. Aquellas caras envenenadas de amargura le resultaban insoportables. Sentían un retorcido odio hacia ella, también contra Robert, al que seguían considerando el principal culpable de todo.

Reflexionó un minuto. Se tomó su tiempo para introducir las monedas en la máquina. En su mente solo estaba la idea de hablar con Martha. Estaba convencida de que diciéndole la pura verdad cogería a Foid y abandonaría el pazo para siempre, más ahora, que ya no tenía que hacerse cargo de Erika.

Entonces Simón, con mala fe, soltó la bomba:

—Una pena lo de Martha —dijo, a sabiendas.

—Ella no tenía la culpa —reflexionó Thomas.

—Pobre chica —dijo Elvira Perkins.

Quintana había telefoneado previamente a Simón Fejes para contárselo.

La llamada se había producido a las 12:28.

Rut estaba en el camino de retornar a sus peores temores y tormentos. El miedo aumentaba con los gritos. Se tapó los oídos. Oía a Erika aullar.

La máquina escupió el paquete de tabaco.

Rut cogió el paquete y salió a la calle. Permaneció quieta un instante. Luego se puso a andar. Desapareció en el coche. Sujetó el volante con las dos manos y lo puso en dirección al pazo.

*

Al llegar vio una extraña mezcolanza de vehículos pertenecientes a reporteros, curiosos y policías. Atestaban la zona acordonada. Todos estaban empujando, abriéndose paso con los codos, querían acercarse a ver qué pasaba.

Había también una ambulancia en marcha incrustada entre la gente con las luces de la capota encendidas.

Aquello estaba tan abarrotado que era imposible acercarse, por lo que Rut dejó el Nissan a setenta metros de distancia y echó a andar hacia el pazo.

Apenas llegó distinguió a Adán de paisano entre un amasijo de gente. Estaba a unos dos metros, de espaldas, dando la cara a la Policía Armada que circulaba uniformada de un lado a otro tras la cinta amarilla.

—¡Adán! —llamó Rut.

Adán vio a Rut. Entendió lo que quería hacer. Se pegó a las cámaras y micrófonos, y levantó la cinta con dos dedos. Rut pasó por debajo. En ese momento la Policía Armada estaba pendiente de la ambulancia.

Corrió quince metros y entró en el pazo.

Dentro no quedaba nadie. Anduvo con libertad hacia las celdas. Miró de reojo la escalera. Prefirió ignorarlas. Cruzó la puerta. Bajó deprisa. En su mente flotaba una sensación de peligro. Estaba todo muy oscuro. Sacó su pequeña linterna del bolsillo. La luz la condujo a través del corto pasillo. Encontró la cinta amarilla. Iluminó la celda. El círculo luminoso cayó sobre el charco de sangre. Pero ¿qué demonios había pasado? A esto se refería Simón Fejes cuando dijo aquello de: «Una pena lo de Martha».

La sangre era de Martha.

Escuchó un lloriqueo, parecido al de un niño. Apuntó con la linterna a la escalera. Estaba segura de que el sonido había venido de allí. No había nadie. Le entró un escalofrío. Corrió escaleras arriba. Volvió a aquel salón arruinado. Anduvo de prisa. Tenía el alma atrapada en un suspiro. Intentaba domar sus emociones: «No mires la escalera, no mires la escalera», se repetía.

«Maldita sea», pensó. Estaba mirando la escalera.

—¡Mierda!

Comenzó a marchar por la lóbrega escalera casi de puntillas. Le temblaban las manos.

—No mires arriba —se decía, resoplando.

Subió dos tramos de madera con un nudo en la garganta. Levantó los ojos hacia el rellano del corredor. Creyó ver algo. Alumbró la ventana que había sido tapiada en 1973. Se detuvo aterrorizada. Allí no había nada. Lo único que quedaba era el recuerdo de Erika arqueando la cabeza hacia atrás como si quisiera desenroscarla.

No pudo terminar la escalera. Se quedó ausente con la vista clavada en la oscuridad. Retrocedió un paso mirando a la nada. Se dio la vuelta muy despacio mientras escuchaba un gorgoteo de otra dimensión. Estaba muerta de miedo. Se precipitó corriendo escaleras abajo. Salió atropelladamente del pazo.

—¡Eh! —gritó un policía que la vio levantar la cinta.

Adán siguió con los ojos la voz del policía. Vio a Rut dirigirse hacia el Nissan. Se quedó mirándola con asombro e inquietud. Vaciló un segundo. Admitía que su animadversión por los Floden era producto de las habladurías, pero que, en verdad, no sentía ni odio ni rencor hacia Foid. Él pertenecía a la última generación de Mula; generación que había crecido con el fantasma de Erika. Para ellos el pazo no era un castillo mágico, sino una casa del terror. A pesar de esto, se había dejado llevar por la corriente del pueblo. Su mujer, Míriam, también de los setenta, pensaba lo mismo.

Rut salió a la carretera general. Se dirigía a Mazarros. Circulaba con el Nissan a velocidad moderada. Había quedado con el Lobo a las 13:00 horas en el puesto de la Guardia Montada.

Miró el Casio: eran las dos de la tarde.

Seguía dándole vueltas al caso de la chica desaparecida en Valle Viejo. A las dos fotos de la chica con su madre que publicó el periódico nacional en la sección de sucesos.

Todo era muy confuso y raro. La gente salía de sus casas y desaparecía sin dejar rastro. ¿Qué estaba pasando en el condado de Santa Gloria? ¿Por qué allí los jóvenes se perdían con tanta facilidad?

Para Rut seguía lloviendo sobre mojado.

Puede que la joven Martha también fuera otra pobre víctima de aquel oscuro entramado. Debía estar siempre al cuidado de su hermana mayor. La alimentaba, le daba la medicación, le limpiaba las compresas, las renovaba. En ocasiones, debía velarla durante toda la noche.

Necesitaba fumar.

Alargó la mano, abrió el paquete de tabaco con dos dedos, sacó un cigarrillo y se lo llevó a la boca, saboreando el filtro.

Vio el cartel de entrada: MAZARROS.

A veinte metros estaba la discoteca La Cueva. De pasada controló la entrada. Se veía abandonada. Se notaba que llevaba mucho tiempo sin abrir.

Dobló la curva. Salió al puesto de la Guardia Montada, una feúcha caseta pálida estimulada por los colores de la bandera. Había muchos coches de la Policía Armada rodeando la caseta. Se habían instalado en el puesto de la Guardia Montada por orden del Gobierno. La Guardia Montada se había trasladado por el momento al antiguo cuartel de Peralta, más abajo, a un kilómetro del camino del Born.

Aparcó el coche delante del Ford Fairmont. Vio una ventana iluminada en la esquina baja de la caseta. Despegó el cigarrillo de sus labios. Lo guardó. Escuchó el ruido de una puerta. Al levantar de nuevo la cabeza vio llegar a un policía de unos cuarenta años, Percy, un hombre de muy alta estatura, con el cabello rojo enmarañado y una mirada penetrante que parecía tener un objetivo fijo: Rut.

Percy, vestido como cualquier pueblerino —abrigo, botas y guantes para el invierno—, avanzó hacia el Nissan.

Rut vio que caminaba recto, con paso de academia. Enseguida intuyó que venía a por ella con claras y concisas instrucciones. No se equivocó. Bajó un dedo la ventanilla.

—Me envía el teniente. Dice que ya la llamará.

—¿Está Foid dentro? —se apresuró a preguntar.

—Yo no estoy autorizado a revelar ningún tipo de información. Si es tan amable, salga.

—Yo no voy a ninguna parte hasta que no vea a Foid —le contestó Rut.

Aguardó a que Percy dijera alguna palabra. No dijo nada. Se retiró de la ventanilla y regresó tras sus pasos. Subió por la pequeña escalerilla que llevaba al puesto, entró y al poco salió con seis policías armados, todos de paisano.

El cielo estaba cubierto completamente de blanco.

Los policías formaron ante el Nissan como si fueran pistoleros.

Rut se tocó la placa de policía que colgaba de su pecho. Metió marcha atrás. Volvió la cabeza. Presionó el acelerador. El Nissan se fue alejando de los policías y, por consiguiente, del puesto.

Percy sacó el *walkie-talkie* del bolsillo:

—Ya está. Se larga —transmitió.

—Buen trabajo —se escuchó decir al Lobo.

CAPÍTULO 19

El Lobo dejó el *walkie* sobre una mesa de oficina. Miró a Quintana:

—Se ha ido.

—Empecemos —dijo Quintana.

Tenían a Foid en la segunda celda esposado de pies y manos. Se acercaron tres hombres: Percy, Quintana y el Lobo.

—Mirad a esta escoria. ¿Es humano? —murmuró Quintana.

—Comprobémoslo —dijo Percy.

Sacó una llave y abrió la celda.

Entraron los tres. Percy y el Lobo se colocaron a derecha e izquierda. Cogieron a Foid por los brazos y lo pusieron en pie. Echaron a andar por el pasillo color ocre. Este comunicaba con el cuarto de interrogatorios.

Cuarenta pasos después, Foid vio abrirse una puerta que sonó como un martillo de hierro en su corazón. Receló, pero entonces Percy le derribó de un puñetazo en las costillas.

Lo metieron dentro. Se le sentó de manera inmediata. Foid tenía dificultad para respirar. En sus costillas aún resonaba el golpe.

Quintana cerró. Percy hizo girar la llave. Eran las tres de la tarde. El Lobo arrastró una silla y se sentó frente a Foid.

Foid miró el techo. Clavó los ojos en la única luz que brillaba. Comprendía que había hecho algo malo. Eso le detuvo. Silencioso, buscó el rostro de Quintana.

Quintana sonrió:

—Vamos a ponerle el mono a este —dijo.

Percy sujetó las muñecas de Foid y las puso en actitud de orar. Quintana se acercó por detrás y le quitó las esposas.

—No bajes las manos.

Foid escuchó a su espalda el rugoso tacto acartonado del mono. Dejó caer un poco la oreja. Quintana regresaba andando. Instantes después oyó rodar una madera hueca.

—Mierda —dijo Quintana. Le había pegado sin querer un puntapié a uno de los bates.

—¿Qué?, ¿qué pasa? —preguntó Foid, asustado.

—Tranquilo —dijo el Lobo. A Foid—. Ponte de pie.

Foid obedeció. Quintana le enfundó rápidamente el mono.

—Siéntate. Levanta las manos.

Percy lo volvió a esposar.

—Tomad. —Quintana estaba repartiendo bates.

El lobo cogió el suyo al vuelo.

Foid se apresuró a levantarse apenas vio el bate de béisbol.

Entonces Percy, veloz, colocó el bate de béisbol sobre la garganta de Foid en sentido transversal.

Ahora Foid no podía moverse, ni siquiera respirar. Quedó totalmente inmovilizado. Solo cuando Quintana le hubo colocado el casco de motocicleta, Percy separó el bate del cuello.

Foid lanzó un grito. Aleteó los brazos en el momento en que la fría madera empezaba a oírse una y otra vez impactar contra su pecho.

Fue una tormenta desatada de veintiún golpes los que finalmente hicieron que se desplomara.

El Lobo y Quintana sujetaron a la vez a Foid por los brazos, obligándole a levantarse. No daban tregua. Estuvieron golpeándolo toda la tarde.

Hacia las siete se detuvieron. Quintana le levantó la pantalla para que respirara. Foid estaba en el suelo, dolorido, temeroso, exhausto, agarrotado. Se preguntaba si ese era el castigo por haberle hecho daño a Martha; Martha, la dulce Martha, la niña de ojos grandes que daba vueltas y más vueltas imaginando que era un hada. Todos estaban enamorados de ella, especialmente tres muchachos: Robert, Simón y John, el mediano de los Raga, al que llamaban *Cabello Blanco*.

Prorrumpió en llanto.

Lo recogieron del suelo y lo pusieron de cara al Lobo.

—¿Dónde está Anna Fejes?

—¿Eh? —suspiró Foid sin comprender.

Percy descargó el bate contra el casco. Se oyó un *crack*.

Foid sintió un fuerte golpe en la cabeza; una densa niebla se expandió ante sus ojos. Olvidó donde estaba. Su mirada errante buscaba el pazo mientras oía golpes y más golpes en el delirio. Estaba mirando un rostro esquelético ahogado en la sombra; tal vez de unos quince o dieciséis años. La joven parecía enclaustrada en otro mundo, había adoptado una grotesca postura; brazos y piernas cruzadas, y la columna retorcida.

—Deja en paz a los niños —exhaló Foid en el delirio.

Los policías dejaron de pegarle.

—Eso es, Foid. Déjalos en paz —dijo el Lobo, que se había agachado para que pudiera oírle con claridad.

—Este todavía necesita un poco más —dijo Percy.

—Seguid vosotros —dijo el Lobo—. Yo me voy a fumar.

El Lobo salió del cuarto empapado de sudor. Cerró la puerta. Inmediatamente sonó el teléfono. Fue en su busca. Llegó a un pequeño espacio donde estaban ubicadas las oficinas y descolgó el único que sonaba con insistencia.

—Sí.

—¿Quién es? —preguntó el forense desde el otro lado de la llamada.

—Lobo.

—Soy Mosa, el forense. Me pidió que los llamara cuando tuviéramos los resultados.

—¿Ah, sí?

—Sí. Concluidos los primeros estudios puedo garantizarle en un ochenta por ciento que el cadáver hallado en la llamada laguna pertenece a Verginia Bezopasno. Falta realizarle algunas pruebas más, pero de lo que estoy seguro es de que no pertenece a la desaparecida.

—De acuerdo, gracias.

—¿Quiere que le hable de la moqueta y del cabello blanco hallado en el cadáver?

—No será necesario. El caso lo lleva la Guardia Montada. Dígaselo a ellos. —Sabía que la Guardia Montada, cerrado el caso, no querría saber nada.

—¿No quiere un informe, por si acaso?

—Este caso no tiene nada que ver con el de Anna Fejes. Lo de esa muchacha es obra de un psicópata, nosotros estamos ante un crimen pasional.

Mosa se quedó mudo. No estaba para nada de acuerdo con esa teoría, pero tampoco iba a meterse en el «jardín» de la Policía Armada.

—Muy bien, pues eso es todo —respondió con tono amistoso, de manera que el Lobo pudiera entender que estaba despidiéndose.

El Lobo, frío como de costumbre, colgó el teléfono sin llegar a hablar. Salió a fumar. Permaneció en la puerta, con el cigarro entre los dedos, bajo una nevada espantosa. Se dedicó a pensar mientras veía caer la nieve. Estaba examinándola cuando de repente oyó las campanas.

—Es imposible —dijo en voz alta. No le faltaba razón. La campana de la iglesia del Mar sonó por última vez en 1973. La gente del pueblo aún recordaba la noche en que rompió el tímpano. El agua crecía sin que nadie pudiera pararla. Aquel viejo torreón comenzó a dibujar un solitario perfil bajo el cielo blanco.

El Lobo movió la cabeza a un lado. La campana seguía resonando. Se estremeció. Tiró el cigarrillo. Contempló la nieve. Sentía que no podía apartar los ojos de ella. Resopló asustado. Saltó de la realidad. Entró en un panorama cada vez más negro. Apareció una mujer en su pensamiento, vestida ella completamente de rojo. Parecía encantadora; bonita, de verdad.

Tembló al verla. Estaba allí mismo, de pie, sobre la nieve. Los remordimientos se iban apoderando de su corazón. Desazonado, se cubrió la cara con las manos. No quería mirar las heridas que le había provocado.

—¡Déjame en paz! —gritó.

Escuchó la carrera de los lobos. Estaban persiguiendo a su presa.

—¡Estás muerta! ¡MUERTA! —le gritó.

El Lobo aguantó la mirada. Durante un instante contempló la tristeza en la que se había instalado su corazón. A través de la nieve alcanzó a vislumbrar los rayos de luz que despedían las farolas. No llegó la paz, sino la ira. Trató de enfocarla hacia Foid.

—Maldito deforme —dijo, rechinando los dientes.

Enseguida entró. Regresó al puesto. Anduvo por el pasillo hacia la segunda celda. Los recuerdos del pasado conservaban la iglesia, adonde Nora iba a rezar. Se acercó. Tenía los puños cerrados. Miró a Percy, después a Quintana. Ambos se dieron cuenta de que el Lobo estaba bajo la influencia de la luna llena. Se apartaron de su camino. Impulsivamente, se quitó el cinturón y lo enrolló en su mano izquierda. Empezó a atizar a Foid con la hebilla. El pobre diablo gritaba como un condenado.

La puerta de la celda sonó como un relámpago.

Todas las luces se apagaron. La oscuridad era total.

Al otro lado, se oyó salir a los policías. Regresaban al motel con las manos enguantadas. Se hospedaban en el Vespertia, en Pueblo de Arena, a unos treinta kilómetros de Mula. Esa noche Percy no se quedó.

En verdad, Foid estaba acostumbrado a la oscuridad. Conocía hasta los puntos desaparecidos. Tenía la facultad de ver cada obstáculo, aunque estuviera inmerso en las tinieblas. Eso no le daba miedo. Tampoco las palizas. Su padre, Erik, descargaba a menudo sobre él toda la frustración que sentía por no haber podido salvar a Erika. Sin embargo, la burla no la soportaba. Sentía pánico, verdadero terror, a los insultos que repetían los niños en su contra. Pero no, no le tenía miedo a la oscuridad.

Emergió una voz chillona, siniestra.

—Foid. —Respiró hondo—. Voy a comerme a los niños.

*

A la mañana siguiente encontraron a Foid exánime, clavado en el suelo. Había intentado escapar utilizando la cabeza contra los barrotes. La distancia que le separaba de los policías permitía distinguir todo el manto de sangre cubriéndole la cara.

—¡Me cago en la puta! ¡La madre que lo parió! —expresó el agente de policía Lewis—. ¡Hijo de puta! ¡Abre, joder!

Se apartó. Permitió que entrara un segundo «pistolero», el agente de policía Van Perk.

Van Perk, hombre de veintiocho años traído de Sambre, rubio, de metro ochenta y seis, sacó el llavero y abrió la celda. En cuestión de segundos, Lewis entró con tres policías más, todos ellos con porras en la mano, y sacudieron un poco a Foid antes de someterlo a un exhaustivo registro corporal que fue llevado a cabo por el propio Lewis.

Lewis, que también era policía en el pueblo minero de Sambre, terminó el registro. Se incorporó delante del prisionero. Miró a Foid, que seguía tumbado boca arriba con el rostro ensangrentado.

—Este está hecho una mierda —dijo a los otros—. Vamos a despertar al jefe. —Se refería a Percy.

Más tarde llegó Percy. El número tres de la Manada examinó a Foid sin pestañear. Adoptó una expresión agria. El hecho de ver a Foid allí tirado con una brecha en la frente le hizo llegar a la conclusión de que esa noche tendría que quedarse. «Hijo de puta, casi se mata», pensó.

—¿Llamo a un médico? —preguntó Lewis.

—Que se quede ahí.

—¿Y si se desangra?

—Nosotros no hemos hecho nada. Ha intentado huir. Que se joda. —Se peinó hacia atrás—. Me voy al bar. Los otros están de camino.

Dijo esto con voz grave y triunfante. Luego, recorrió todo el pasillo y se detuvo en la puerta principal.

—Vete preparando que la noche será larga —le dijo a Lewis—. Hoy vamos a sacar a este hijo de puta, a ver si empieza a volar.

Lewis miró de nuevo hacia la celda donde se encontraba Foid. Percy acababa de salir. Su propia experiencia como policía en Sambre le había enseñado a ser paciente. Se acercó y puso la cara entre los barrotes. «Qué espanto de criatura», pensó.

El veterano Lewis, de cuarenta y nueve años, empezó a salir con la Manada en junio de 1988. Por entonces la impune banda se dedicaba a contratar delincuentes para que asaltaran fábricas, tiendas y joyerías, previo acuerdo con los afectados. Al principio dejaban que los delincuentes cometieran el robo y se marcharan. Pero en enero de 1989, cuando la actividad delictiva se hallaba en su punto más álgido, la Manada decidió que era mejor acabar con los delincuentes por miedo a que alguno fuera detenido y «cantara».

Una mañana de 1989, cinco atracadores que habían sido contratados por la Manada se atrincheraron a la entrada de una joyería de San Lamberto y comenzaron a disparar contra la Guardia Montada. En cuestión de segundos se formó un tiroteo. No tardaron en oír las ruidosas sirenas de la Policía Armada.

Allí dentro esperaron los cinco a que el joyero los sacara por detrás. Oyeron una puerta. Uno gritó algo. No hubo tiempo para nada más. El joyero había abierto la puerta trasera no para que los atracadores escaparan, tal y como habían pactado, sino para que accediera Lewis con siete miembros de la Manada.

Los cosieron a balazos.

A consecuencia de este hecho, la Guardia Montada cimentó la sospecha de que existía una porción corrupta dentro de los cuerpos de seguridad. La investigación llevada a cabo por el entonces sargento Calderón logró impedir al menos que desaparecieran más cargamentos de droga confiscada.

El 27 de enero de 1990, en la única operación conjunta Guardia Montada–Policía Armada, se confiscaron en el condado de Santa Gloria: 30 toneladas de hachís, 60.000 pastillas de drogas síntesis y 2000 kilos de cocaína.

Quintana y el Lobo, los jefes de la Manada, no regresaron hasta pasadas las 19:00 horas. Llegaron con unas copas de más. Aquella tarde noche habían estado cenando en el Bar Amada.

A las ocho menos cuarto sacaron a Foid del calabozo, lo subieron en el Ford Fairmont y se lo llevaron para la laguna. Iban cuatro con él; además de Quintana y el Lobo, Percy y otro policía de la Metropolitana de ojos amarillos verdosos; pálido, como triste, llamado Santoral.

Pararon en la Caseta del Pastor. Sacaron a Foid del vehículo. Le obligaron a tumbarse boca abajo, completamente estirado, con las manos esposadas a la espalda.

Santoral le puso el pie en el cuello mientras el agente Percy reconocía la Caseta del Pastor y la zona próxima, en una especie de «teatrillo» improvisado. Estuvieron así como unos cinco minutos.

El Lobo abrió el maletero. Sacó primero una bolsa de plástico llena de papeles. Luego, picos y palas que fue repartiendo. Quintana cogió el pico.

Foid se estaba congelando. Seguía tumbado en el suelo con ropas miserables y ensangrentadas. Temblaba de tal modo que la nieve apenas le resultaba tangible. Oyó un *crack*, seco. Trató de estirar el cuello para ver qué pasaba.

Vio venir al Lobo con una bolsa azul en la mano y una rama de algarrobo en la otra.

El Lobo se inclinó con cuidado. Dejó caer la rama. Abrió la bolsa con las dos manos. Empezó a sacar carteles con la imagen de Anna Fejes, los cuales iba después desenrollando y amontonando sobre la nieve. No hacía viento, por lo que no había peligro de que echaran a volar. Amenazaba una noche de hielo tenebrosa.

Foid movió los ojos de un lado a otro mirando nervioso los carteles con la cara de Anna Fejes.

—¿Te gusta la niña, eh, cabrón? —le dijo Santoral con un desprecio feroz.

Quintana comenzó a cavar un hoyo. El sonido del metal clavándose en el hielo producía verdaderos escalofríos. De repente paró. Preguntó a Foid:

—¿Allí no hay un puente?

—Sí —respondió Foid con la cara colorada. Su rostro había adquirido un aura de euforia que reflejaba al mismo tiempo sorpresa y despreocupación. Llevaba dos días sin tomar clorpromazina.

Sus ojos se apagaban y encendían con la misma viveza. Su faz anunciaba que estaba llegando a ese momento tan fino y febril. Percibía todo. Enardecía en una nube mientras la sangre cabalgaba por sus venas.

—Por ahí te la llevaste, como a la otra, maricón —escuchó.

Empezó a balbucear como una criatura.

Le cayeron cinco sonoras bofetadas en plena cara.

«Este dolor es menos que el otro», pensó.

Las luces del Ford Fairmont se encendieron. Las sombras se recortaron en la oscuridad hacia el automóvil. El perfil de Foid quedó iluminado. Sus recuerdos estaban siendo golpeados. Había estado en ese mismo lugar, hacía mucho, de niño, cuando la campana aullaba deslumbrante por encima del cementerio. Él y Tod se habían alejado de los límites.

El pazo, con su enmarañado bosque de cuento se les antojaba monótono. En ese verano de 1972 tenían por objetivo aventurarse en el Macizo Central. Tod llevaba la voz cantante a la hora de elegir el rumbo. Se guiaba por el recuerdo de su amigo imaginario, un hombre de pelo blanco que decía ser Pazuzu, rey de los demonios. Estaba convencido de que Pazuzu le obligaba a seguir hacia adelante. El pequeño Tod Perkins experimentaba una extraña sensación de obediencia cuando le oía murmurar en la oscuridad. Era como si su fuerza le empujara a hacer cosas que no quería.

Erik Rasmusen también veía a este demonio de ojos rojos y larga cabellera blanca. Pero en su caso, terminó por hacerle perder el sentido del equilibrio.

Foid no lo veía. Oía el murmullo, pero no entendía lo que decía.

Se sintió mareado al recordarlo. Entonces oyó la voz de Erika:

... *Te atraparán... Lo saben... Lo saben todo...*

En estas sintió la pala. El fuerte impacto le hizo apretar los dientes. Chocó con Santoral.

—¡Foid! ¡Foid! ¡Foid! —gritó, profiriendo extraños sonidos desarticulados.

Percy, que no sabía cómo catalogar aquello, se puso a darle golpes insistentes con la pala.

... *Deja de hablar con ellos... Me sacas de quicio...*

El Lobo sacó del bolsillo de atrás la famosa fotografía carnet que Simón Fejes había depositado en la Jefatura de Policía la noche del viernes 13 de noviembre de 1992. Noche en que denunció la desaparición.

A continuación, se dejó caer vivamente, reclinó la cabeza sobre el rostro de Foid, lo cogió por el pelo, violento, le pasó la foto de Anna por la cara, de arriba a abajo, y le dijo, apretando los dientes:

—¿La conoces? ¿Te suena? La hemos encontrado muerta.

—Lo sabemos todo —añadió Percy.

—La acosabas cerca de la iglesia. Tú querías. Ella no se dejaba.

Foid, que no sabía diferenciar la verdad de la mentira, se quedó mirando al Lobo mientras este guardaba la foto en el bolsillo.

Así, de este modo, una mentira tras otra.

... *Una mentira tras otra...*

La Manada buscaba una confesión rápida. Tenía que salir pronto de aquel embrollo en el que los había metido el ministro de Seguridad Pública y Defensa, Doku. Se trataba de un favor. Doku estaba siendo castigado duramente por la prensa por el caso Niebla, vinculado con el narcotráfico. De hecho, el 10 enero de 1993 los titulares de la prensa estatal se dividían entre el cadáver hallado en la laguna, perteneciente a Verginia Bezopasno, y la tensión que había en el senado por el caso Niebla, en el que se acusaba a varios ministros, incluido Doku, de malversación de fondos en pos de una guerra sucia y sin cuartel contra los enemigos de La Comuna. Gary Krant, líder del partido Rojo, que contaba en ese momento con una alta representación en el senado, llegó a calificar aquello como de: «Tiempos pasados que no deben volver a producirse».

... *Mentiras... Todo son mentiras...*, susurraba Erika en la mente de Foid.

—Patea a este cabrón —mandó Quintana.

Percy asestó a Foid una fuerte patada en el estómago.

Foid se retorció de dolor con las manos en la espalda. Empezó a llorar, a escupir sangre, a darse cabezazos contra la nieve. Ya casi habían terminado.

La Manada se juntó para ver el resultado. No se reconocía al monstruo que tenían ante sí. Lo habían conseguido. Foid tenía la cara hundida en la nieve. Había bajado los brazos. No tenía fuerzas para resistir ni un segundo más. Quería pudrirse allí. Estaba tan quebrado, además de desfigurado, tan lleno de sangre y barro, que ya no se reconocía ni en la enfermedad.

En ese momento alcanzó a oír a Erika arrastrándose por la casa. El miedo a que Erika hiciera daño a los niños había vuelto.

Abrió un ojo. Lo dejó caer sobre el lagrimal. Se acordó del parque, de las ardillas en las copas...

—... Anna —musitó...

Cada viernes, en el arbolado parque de la iglesia del Mar, cuando la luna reflejaba un círculo perfecto en el cielo, aquella lastimosa criatura de naturaleza deforme nacida de un parto no deseado recorría un kilómetro, a pie, en busca de su inalcanzable sueño.

Salía generalmente a las cinco de la tarde y volvía por la noche embriagado de su dulce existencia. La primera vez que la vio pensó que era un ángel. Era hermosa, inocente, viva. Se quedaba horas contemplándola tras un árbol como un animalito curioso.

En su consciencia escapaba la gran diferencia de edad. Para Foid, Anna era un soplo de vida. Le bastaba con saber que circulaba con frecuencia todas las tardes por la iglesia. La amaba. No cabía duda. La amaba con todo su corazón.

Sin embargo, aquel sentimiento frágil que sonaba como una campana se torcía cuando veía aparecer a Abigail Parker. Entonces se quedaba vigilando con los ojos encendidos y las fauces abiertas.

Abigail Parker... La hija de Thomas Parker... ¿Qué es eso, Thomas?... ¿Te has meado en los pantalones?, sonaba la voz atronadora de Erika.

—Ahora te llevaremos otra vez a tu celda y quiero que lo pienses bien, Foid. Quiero que pienses si quieres que todo esto siga o se acabe, ¿entendido?

Foid aseguró el sí, sacudiendo la cabeza.

El Lobo, ahora, se acercó más. Llevó la rama de algarrobo hacia Foid con la punta del pie.

—Póntela en la boca.

Foid mordió la rama y de paso, algo de nieve.

—Eso es.

—Muy bien, perro —le dijo Santoral, sonriendo.

Quintana hizo con la cabeza un gesto de aprobación al Lobo, indicándole al mismo tiempo que le acompañara.

El Lobo lo siguió hacia la oscuridad. Se encendió un cigarrillo.

—Buen trabajo. Este está frito —dijo Quintana mientras buscaba el paquete de cigarrillos en los bolsillos.

—¿Vas a llamar al ministro?

—No, no. No vamos a solicitar la aplicación de la Ley Antiterrorista. Da igual que pasemos de las setenta y dos horas, este ya es tuyo. Mañana le metemos una última sacudida, que confiese y a tomar por culo. ¿Dónde coño...? Aquí.

Sacó el tabaco. Se puso a fumar.

—¿No tienes miedo de que aparezca el cuerpo? —preguntó el Lobo, deshilachando el humo del cigarrillo.

—Me da igual. —Sus ojos fueron hacia Foid. Vio como Percy y Santoral lo subían de nuevo al Ford—. Esta pobre muchacha ya está frita. Da igual quien lo haya hecho.

—¿Y el tonto? A ver si ahora va a resultar que somos unos pardillos.

—¿Tú crees que yo quiero saber quién o quiénes son los asesinos?

—¿Entonces qué hacemos con este hijo de puta? ¿Confiesa y al hoyo?

—Tú verás —expulsó todo el humo.

—Sí, pero una confesión... No encontramos nada.

Quintana se encogió de hombros.

—Es una cuestión de Estado. Tenemos un cabeza de turco, con lo que cuesta encontrarlos en estos días.

—Mejor no digas nada, no quiero saber los detalles.

—Sí, mejor. —Quintana lanzó el cigarrillo bien lejos—. Tienen la mierda hasta el cuello por el caso Niebla y es mejor no atraer a su mala conciencia.

La cara de Foid empezaba a adquirir forma de máscara. Contemplaba la nieve en un silencioso grito, sentado en la parte de atrás, con fuertes dolores agudos por todo el cuerpo. Sufría horriblemente.

... Estoy aquí, retrasado... No me he ido...

CAPÍTULO 20

00:00

A Foid no le dieron nada de comer y beber. Estaba sentado en el suelo de la segunda celda, con los brazos caídos, sin las esposas. Le sangraban las muñecas. Eran las doce de la noche. Las luces estaban encendidas. Sonaba la música de una vieja radio instalada en un ángulo de la oficina. Estaba todo muy tranquilo, en un ambiente de calma absoluta. Lewis estaba leyendo una novela policíaca. Llevaba más de la mitad del libro.

—¡Agua! ¡Agua, por favor! —escuchó.

—Maldita sea —dijo Lewis—. No me lo puedo creer.

Dejó el libro sobre la mesa. Se subió el pantalón. Sonaron las llaves. Fue hacia Van Perk, que estaba de espaldas obstruyendo la entrada del pasillo.

—¿Ha sido él? —preguntó.

—Sí —respondió Van Perk.

—Hostia puta —se quejó, echándose el cabello hacia atrás.

Percy, que en ese momento se balanceaba en la silla de un despacho abierto, se levantó convulso y fue al lado de Lewis.

—¿Qué pasa? —preguntó, aún bostezando. Llevaba fatal lo de las noches de guardia.

—El detenido, que quiere agua.

—¿Estáis locos? ¿No se la llevaréis?

—Déjalo, que tiene que firmar.

—¿Quién se lo lleva?

—Santoral.

Santoral cerró el grifo. Salió del baño con un vaso de plástico lleno de agua en una mano. Se dirigió lentamente hacia la segunda celda por el pasillo. Miró a Percy y a Lewis al otro lado del mismo.

Todo parecía más grande. Santoral se esforzaba en mantener la vista alejada del vaso. Se acordó de que llevaba la pistola y la buscó tendiendo la mano suavemente sobre el pantalón, como si quisiera acariciarlo.

Foid estaba allí, a tan solo cuatro pasos. Se le cortó la respiración cuando vio asomar dos grandes brazos extendidos, gruesos como troncos, sobresaliendo por delante de los barrotes.

—¡Agua! —gritaba, abriendo y cerrando los dedos.

Se plantó delante. La sombra de Foid le cubrió por completo. No era lo mismo tenerle allí, de pie, que en el suelo esposado. Le impresionó. La piel se le erizó. Estuvo a punto de chocarse con las manos. Le rozó sin querer un dedo con el vaso. Entonces vio amanecer un destello púrpura en cada uno de los ojos de Foid. Brillaban hacia arriba, como una sonrisa burlona.

Foid le arrebató el vaso.

—¡Eh!

Le tiró el agua en la cara.

Lewis, que lo había visto todo, empezó a reír.

Foid se deslizó hacia las sombras. Detrás, imaginó que tenía a Erika vestida con velo de encaje negro.

Santoral, que era el más visceral del grupo, se puso muy nervioso. Llevó la mano a la llave que pendía de su cinturón. Tiró hacia abajo, en modo irritante.

—Santoraaaal...

—¿Santoral?

—¡Santoral, detente!

—¡SANTORAL, COÑO!

Lewis corrió hacia Santoral para impedir que abriera la celda.

Santoral introdujo la llave rápido y abrió la puerta de un tirón.

Una vez que la celda quedó abierta, Foid se derrumbó sobre él.

Santoral intentó librarse del animal que tenía encima. Arrastró la mano por debajo. La llevó a su espalda. Quería coger el arma. Olió su aliento.

—¡Hijo de puta, suéltalo! —gritó Lewis, que ya estaba apuntando con la pistola.

—¿Que no ves que lo está asfixiando?! ¡Quitádselo de encima, joder! —dijo Percy, intentando introducirse entre el hueco dejado por la espalda de Lewis y la pared. Miró a Van Perk.

Pero Van Perk se había quedado inmóvil.

Un grito de dolor estalló. El cuerpo de Santoral se quedó fundido entre los brazos de Foid con la mayoría de los huesos rotos. A la débil luz, tanto Lewis como Percy pudieron entrever la sombra de un círculo ennegrecido el cual se dilataba hasta la pared.

—¡HIJO DE PUTA!

Percy sacó el arma con la intención de disparar.

Foid levantó el cuerpo triturado de Santoral y lo lanzó contra los policías.

Van Perk desenfundó la pistola. Sintió que no salía limpia. El punto de mira se había enganchado con la camisa.

Al fin pudo extraer el arma. Pero enseguida notó la fría mano de Foid privándole el gesto. Le propinó un fuerte puñetazo en la cara que le hundió la nariz. Murió en el acto.

Lewis se había golpeado la cabeza contra la pared. Percy intentaba alcanzar el arma utilizando el brazo que no tenía aplastado por el cuerpo de Santoral. Foid agarró el arma y la levantó por la culata. Descargó cinco culatazos en la frente de Percy. Percy se agarró a la muñeca de Foid mientras era sacudido por los golpes. El último le hundió un ojo. Se quedó en el suelo, aullando desesperado. Foid siguió golpeándolo hasta que lo dejó moribundo.

Lewis se estaba despertando. Foid lo miró ceñudo, con la misma expresión tenebrosa. Acto seguido, lo cogió por las orejas y le hundió el cráneo en la pared.

Entonces se detuvo, esperando escuchar la voz de Erika. Era lo único que podía apaciguar su dolor. Solo podía oírla en la paz. Se estiró en la oscuridad por encima de la Manada. El ritmo de su corazón fue descendiendo hasta regresar al habitual. Observó su obra.

Todos estaban muertos.

*

Poco después, Mathias, el marido de la Larga, se encontraba en la casa de Thomas Parker, aporreando su puerta.

Thomas Parker encendió la luz de la lámpara. Emily dormitaba a su lado. Escuchó la puerta. Se levantó. Fue corriendo a ver quién era. Estaba casi llegando. Tenía frío. Se ató la bata. Quitó las cadenas de seguridad. Abrió. Entró un viento helado. Vio a Mathias en la

calle, esperando con los brazos cruzados. No hacía falta intercambiar palabras. Se entendieron con la mirada. Thomas corrió adentro. Se vistió de caza. Tomó la escopeta.

La pandilla salió a buscar a Foid aquella gélida noche de 10 de enero. Iban todos en el coche de Brais. Brais era quien conducía. Estaba tenso sobre el volante. El limpiaparabrisas apenas podía desplazar la nieve. El mundo se había vuelto blanco. Alzó la vista. Vio el puesto de la Guardia Montada. Apagó las luces. Dejó que el vehículo se deslizara hasta su destino.

Se bajaron los cinco: Simón Fejes, Thomas Parker, Mathias, Elvira Perkins y el propio Brais. Iban como en un día de caza; ropa de color blanco, cinco escopetas, una de cañón recortado, dos cartucheras y una 9 mm larga.

Doblaron la esquina del edificio. Ahí afuera solo se oían los aullidos de la tormenta. La nieve caía desde todos lados.

Al fondo, algo se movía.

—¡Allí! —señaló Thomas.

Mathias no se lo pensó. Disparó. Más por las ganas que por otra cosa. El ruido de la carabina despertó a los vecinos. Todas las luces de en derredor se encendieron. Volvió a disparar. Ahora sí. La sombra, tocada, se desplomó sobre la nieve.

—¡Me lo he cargado! ¡Me he cargado al tonto! —gritó Mathias, exultante.

Simón Fejes avanzó ronroneando mientras el faro recortaba su sombra entre la nieve que caía densa. Se detuvo en el parque de vehículos, más o menos a la altura del rectángulo. Desde allí divisaba el Mustang gris de Percy cubierto de nieve. Echó un vistazo rápido a su alrededor. Llevó el punto de mira hacia la oscuridad que se extendía más allá del Mustang. Apuntó abajo. Había unas cuantas gotas de sangre. Siguió el rastro. Al apoyar la espalda contra el cristal de un Land Rover Defender azul, el aliento se le congeló. En ese momento todos los recuerdos de su infancia cayeron sobre él como una oscura avalancha. La linterna de Brais enfocó una inmensa espalda peluda, arqueada, como la de un dragón. Ahí estaba Foid Floden, con dos agujeros de bala.

Simón Fejes relajó el arma y se acercó. Foid aún respiraba. Al lado de su boca había un hilo de sangre.

Elvira Perkins se dio la vuelta. Detrás, se oían las sirenas que llegaban.

Foid se arrastraba por la nieve entre silenciosos gemidos de dolor.

Todos se miraron temiendo que se levantara.

Thomas apuntó a la espalda. Apretó el gatillo. El cuerpo de Foid ascendió sacudido por el disparo y volvió a caer contra la nieve con toda su fuerza. Se calmó, para gritar de repente:

—¿Quién se mea ahora en los pantalones, eh?! ¡Putas deformadas!

Mathias cargó el arma. Apoyó la culata en su hombro derecho.

—¡Nunca más volveré a ocultarme como un ratón! —gritó. Tenía una mirada de odio enloquecedora.

Presionó el gatillo. Mató a Foid al instante.

Elvira Perkins dio un paso al frente. Parecía un soldado.

—Esto es por Tod —dijo entre dientes. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

La bala de Elvira Perkins fue a estrellarse contra el lado izquierdo de la cabeza de Foid. La oreja salió irreconocible salpicando la calzada.

—Deja de lloriquear, mariquita —dijo Brais mientras empuñaba firme la escopeta y apuntaba a Foid.

¡Bang! La parte izquierda del rostro de Foid se derramó como un helado.

Simón levantó la vista hacia la carretera. Seis vehículos de la Guardia Montada estaban bajando por la curva que desembocaba al parque. Por suerte, tardaban una eternidad. Miró entonces a los demás, indicándoles con un gesto que retrocedieran, y estos obedecieron en el acto. Se llevó la mano a su apretado cinturón. Sacó de golpe una 9 mm larga. Preparó la pistola y vació el cargador en el cuerpo del monstruo.

El ruido del arma enmudeció las sirenas.

Ninguno dudó. No hubo una sola réplica. Sus rostros permanecieron fríos como estatuas. Sus ojos se movieron inertes hacia las luces azules. Ya no se sentían torturados por el recuerdo de Erika. Aquella imagen retorcida con los ojos en blanco que había marcado para siempre sus vidas fue destruida la noche del 10 de enero de 1993 en el puesto de la Guardia Montada, en el pueblo de Mazarros, bajo una inolvidable tormenta de nieve.

CAPÍTULO 21

La misma noche de la detención, entre las dos y las tres de la madrugada, Boyd Harald se dirigía a la vivienda de su hermano Gabriel. Los Harald vivían en la zona de las marismas. El viejo Fynn Harald, de la segunda generación, se instaló cerca del charco después de que la calle del Degolladero quedara completamente inundada bajo las aguas. Timoteo Fraser ofreció a los Harald una casa en la calle del cementerio, calle donde habitaba la familia de Robert, pero a Fynn, Robert no le caía bien. Prefería morir a tener que verlo todos los días. Por lo que decidió instalarse arriba del todo, en el origen del terrible desbordamiento que amenazó al pueblo de Mula hasta 1973, fecha en la que Timoteo ordenó construir la presa sobre lo que era la iglesia del Mar y sus dos calles paralelas: Degolladero y Santa Ana.

Por allí no circulaba nadie, ni siquiera la policía; quizá, puede que por el amargo recuerdo de lo que después dio origen al «Año Negro». Las marismas se habían convertido en territorio de los Harald. No necesitaban permisos para construir, todo el mundo sabía que la tierra que se despedazaba era propiedad de los Harald. Cuando uno del pueblo quería ir a cazar allí hablaba antes con los Harald. Con respecto a la policía ocurría algo parecido. Si Rut o Adán tenían que subir por algo, lo mismo.

Los Harald vivían en casas separadas, al oeste, cada uno en una choza de aspecto deplorable. Boyd estaba casado con la hija de Olivia, una Lefébure, familia de segunda generación. Tenía a los cuatro hijos viviendo en la Metropolitana. En cambio, el matrimonio de Gabriel fue concertado. Se casó con Zoé Fraser, prima del actual alcalde, Mordecai, once años menor que él. De este modo Mordecai, mucho más inteligente que su padre, tenía controlados a los Harald, dueños de las marismas.

—¡Abre, Gabriel! —llamó Boyd.

La puerta de la choza de Gabriel se entreabrió.

—¡Shhh! ¡Calla! ¡Vas a despertar a Olivia!

—¡Que los han detenido, hostia!

—¿Cómo que los han detenido?

—¡Que sí! ¡Que lo he oído en la emisora!

—¿En cuál?

—¡Hostia! ¡En la de la policía, joder!

—¿Pero qué les dijiste?

—¡Nada, joder! ¡Llamé a Simón desde la cabina para decirle que el tonto se había escapado!

—¿Y han ido allí? ¡Están locos!

—Ya te digo. Se ve que se lo han cargado a escopetazos. O eso dice la Guardia Montada.

—¿Y si nos preguntan, qué? ¿Qué hacemos, Boyd?

—Nada, nada, nosotros negarlo todo. Ahora mismo me llevo la radio y la hundo en el pantano.

—Vale —dijo Gabriel.

Cerró la puerta. No volvieron a hablar más del tema. En los días siguientes se dedicaron a preparar las redes para la pesca.

*

El día 27 de enero de 1993 Boyd estaba muy tranquilo. A las cuatro de la mañana se subió al Land Rover de su hermano y juntos bajaron hasta la iglesia del Mar.

Eran las cuatro y veinte cuando estacionaron el vehículo al final del parque, donde era difícil distinguirlo gracias a la arboleda. Hacía mucho viento. El frío roía los huesos como si tuviera hambre. Aun así, los hermanos Harald soportaron la helada irrumpiendo en el muelle aquella noche, tanto si querían estar como si no, pues pescar allí era de extrema necesidad. Las marismas se habían congelado demasiado pronto y no se podía salir a faenar. Pero los hermanos Harald tenían un plan. Cuando esto pasaba, cada dos o tres inviernos, bajaban a la iglesia del Mar porque los peces del embalse que huían de la helada se quedaban atrapados en el torreón. Resulta que, solo en épocas del General Invierno, la única parte viviente de la iglesia, la cual sobresalía como una lanza, se transformaba en la mejor de las redes.

Boyd se sentó en el suelo. Se puso a fumar. Mientras, Gabriel iba retirando uno a uno los ladrillos que sellaban la entrada. Nadie en el pueblo sabía que los ladrillos no estaban sujetos. Ocurrió el mismo verano del 82. Tras la muerte de Erik Rasmusen el alcalde Mordecai mandó sellar la entrada de la iglesia. ¿A quién se lo encargó? Era evidente, a los hermanos Harald. Durante el proceso, Gabriel advirtió un enorme pez que nadaba en las aguas negras del torreón. Fue cuando comprendió que la iglesia del Mar se había convertido en un hogar para peces. No volvió a pensar en ello hasta que llegó el crudo invierno de 1985, año en que también apareció el cuerpo de una mujer con la espalda totalmente descarnada en la localidad de Cuernavaca. Así que una noche de diciembre de 1985 Gabriel Harald derribó la entrada a pico y pala y colocó nuevos ladrillos con una fina capa de cemento. Nadie lo descubrió.

Ese era el plan: Entrar en la iglesia, encerrarse dentro, echar las redes, llenar el Land Rover y salir pitando.

Redes en mano, equipados además con linternas y mochilas, Boyd y Gabriel entraron en la iglesia del Mar y seguidamente colocaron de nuevo los ladrillos y se encerraron dentro para que nadie sospechara.

Lo que encontraron fue una plataforma metálica que hacía las veces de escalera, la cual era perfecta para atar las redes a la barra y echarlas desde allí.

El agua negra se concentraba entre cuatro planchas metálicas. Aquello parecía la típica piscina de torre brillando en la noche. Gabriel se encendió un cigarrillo. Se puso a pasear de un lado a otro de la plataforma observando. Miró al cielo. Veía la campana de la iglesia incrustada en lo alto de la torre. La contempló ensimismado.

Boyd empezó a desplegar las redes. De repente, escuchó un chapoteo.

—¡Hostia! ¡Joder!

—¿Qué sucede? —preguntó Boyd.

—Que se me ha caído la linterna ¿Es que no la ves?

—Pues cógela.

—Está lejos. ¿No tienes un palo?

—Afuera.

—No voy a salir afuera joder. ¿Quieres que nos pillen?

—Pues tírate —dijo Boyd, pensando en que no lo haría. Levantó la cabeza—. ¿Qué haces?

—Pues tirarme, joder. No voy a dejar la puta linterna en el agua. Me ha costado un dinero.

—¿Tú estás loco? El agua estará helada.

—Que no hombre, que no.

Gabriel se quitó el abrigo y el jersey de lana. Se descalzó. Cerró los ojos y se tiró.

—¡Pero qué haces!

No pensaba en nada. Por su mente solo pasaban imágenes de su infancia en el desorden, caras que se cruzaron por su vida una sola vez. Estaba viendo la iglesia del Mar sobre tierra firme y, en la entrada, de pie, un albino desconocido. El cielo daba vueltas. La campana sonaba. Por momentos parecía desvanecerse. Experimentó una ligera sensación de ahogo. Persistió en seguir buceando. Agarró la linterna. La luz apuntaba hacia abajo. Su foco se había posado sobre un altar de piedra.

«Dios mío», pensó.

Se sacudió asustado. Salió del agua para buscar a su hermano. Nadó hacia él.

—¿Qué haces ahí?! ¡Sube! ¡Te vas a congelar!

Gabriel se agarró a la plataforma. Con la ayuda de su hermano logró salir del agua. Permaneció un instante de pie, indeciso, mientras Boyd le acumulaba ropa encima.

—¡Tú estás loco! ¡Todo por una puta linterna!

—Boyd —dijo temblando—. Escucha.

—¡Te vas a morir! ¡No tienes edad para hacer esas cosas!

—Boyd, que ahí abajo hay una cosa muy fea.

Boyd quedó paralizado.

—¿Qué pasa, Gabriel?

—Ahí abajo hay un cadáver. Parece una chica.

—¿Estás seguro?

Gabriel asintió cabizbajo.

—La madre que me parió. Tenemos que avisar a la guardia.

*

El recuerdo de Erik Rasmusen, alimentado por las viejas del pueblo, había mantenido a todo el mundo alejado de la puerta.

Fue por eso, quizá, por lo que nadie se dio cuenta. Durante todo este tiempo los hermanos Harald se habían repuesto al General Invierno gracias al torreón. Ahora, debían dar muchas explicaciones. Los hermanos Harald habían encontrado el cuerpo de Anna Fejes setenta y cinco días después de su desaparición.

CAPÍTULO 22

El calor húmedo le estaba abofeteando el rostro. Sacó un pañuelo blanco. Se secó el sudor de la frente. Llevaba diez minutos esperando en la sacristía. «¿Dónde demonios está?», se preguntó en silencio.

En julio de 1993 el padre Alameda se encontraba en la parroquia de San Fernando investigando un posible caso de exorcismo en el caluroso pueblo de Chapaíta. Era un sacerdote de cuarenta y siete años que gozaba de buen físico. Su cabello negro con surcos grises poseía una abundante melena ensortijada. Lo llevaba siempre peinado de lado haciendo visible la entrada. Tenía una fisonomía toda ella protuberante; frente de juez; cejas fruncidas y pobladas; ojos suplicantes dotados de un brillo plomizo; nariz con forma de puente acabada en punta; labios secos, gruesos, de los que se percibía una amplia sonrisa; mentón elegante, rasurado.

Guardó el pañuelo. Miró la estatua del arcángel San Miguel. Se sintió oprimido. Empezó a llenarse de inseguridad. Algo muy propio de Satanás, pensó. Se movió, pensativo, en su cabeza solo estaba encontrar a los 42. Creía firmemente que los Lobos le llevarían directo a Satanás. Alameda quería entablar conversación con el demonio. Estaba seguro de poder vencerlo. ¿Por qué no? Su alma recorría las tinieblas. Había observado largo tiempo a la oscura sombra del demonio, que tan pronto se perdía de vista, entrando y saliendo en muchos de sus compañeros.

Oyó unos zapatos que al andar levantaban el polvo. Se dio la vuelta. Halló al padre Soler en el pasillo central asaltando al padre Ignacio, párroco de San Fernando, con el nombre de Alameda.

Desde la sacristía, Alameda pudo advertir en el padre Soler a un joven clérigo de facciones muy maduras con el cabello acartonado. Llevaba la sotana encima, como él.

—¡Padre Alameda! —escuchó.

Alameda aguantó la mirada. Pudo apreciar en los ojos vidriosos de Soler que, efectivamente, este había visto la efigie del Maligno. Soler se había cruzado con el diablo. «Podría dar fe de su existencia», pensaba mientras se iba acercando.

—Soy el padre Soler. Siento haberle hecho esperar.

—No importa —dijo Alameda, seco, manteniendo la distancia.

—Es un placer al fin conocerle. El padre Camps nos ha hablado mucho de usted, de sus enfrentamientos con el Maligno, de Afganistán.

—No puede quedarse callado. —Sonrió—. ¿Qué tal está?

—Nos dejó hace unos meses.

—Vaya, lo siento, no lo sabía. —Sintió profundamente su pérdida.

Soler sacó una carta de debajo de la sotana.

—De parte del padre Camps —dijo Soler, entregándosela.

—Me dijo que tenía información del Maligno. —No esperaba una carta.

—Sí, así es. El padre Camps me pidió que se la entregara —contó Soler refiriéndose a la carta.

Alameda recogió la carta. Levantó la vista para observar al padre Soler. Soler estaba nervioso.

—¿Sabe qué contiene?

—No.

—Pero estaba al tanto de sus investigaciones.

—Yo no sé nada —dijo Soler.

—¿La Ventana de la Aparición?

—Lo siento, no sé nada.

—Entiendo. —Reflexionó—. Quizá podamos charlar en otra ocasión.

El padre Soler asintió. Alameda le vio salir de la parroquia a toda prisa. A continuación observó la carta por ambos lados. Tenía ganas de abrirla. ¿Contendría esa carta al fin una respuesta a su tan ansiada búsqueda?

No había dirección. Tan solo ponía su nombre en mayúsculas escrito con rotulador negro. La abrió. La leyó deprisa. Devoró cada palabra escrita. Llegó al final. Entonces levantó los ojos y los llevó a la cruz de Cristo:

—Anna Fejes —exhaló.

Sacó la cartera del bolsillo. Amanecieron unos tejanos azules arrugados por debajo de la sotana. Buscó una imagen entre varios papeles. La encontró. Tomó el papel. En el reverso tenía el grabado de un óculo gótico trazado en forma de esvástica. Puso la mano sobre el símbolo. Cerró los ojos. Percibió la Ventana de la Aparición; 42 signos alrededor de un óculo gótico de 75 centímetros de diámetro. «Quién fue, quién es y el que ha de venir». Un código con fines, tanto militares como diplomáticos, creado por Felipe II, que comenzó a utilizarse en el año 1556, es decir, trescientos años después del Milagro de Caravaca de la Cruz.

«Es la respuesta», asintió Alameda, lleno de inquietud. Pero algo andaba mal. Un cosquilleo amargo trepaba por su garganta. El ambiente se vio de pronto enrarecido. Había una presencia allí, con él.

—¿Satanás? —llamó.

No hubo respuesta.

Salió corriendo de la parroquia. En el instante daban las doce. Los monaguillos salieron con Alameda acelerando el paso. Él corrió hacia la plaza. Estaba abarrotada de gente. Los coches se apiñaban en el centro. Buscó un taxi.

—¡Taxi!

Se metió en uno de color amarillo. El taxista, un hombre negro con los dientes podridos, le sonrió.

—Al aeropuerto —dijo el padre.

El taxista maniobró a la izquierda. Se metió en el hueco que dejaba libre la motocicleta. Fue abandonando la plaza, bordeándola. Salió recto. El camino estaba libre. Se alejó veloz. Alameda volvió la cabeza. Observó cómo las siluetas se iban empequeñeciendo a medida que se separaba del pueblo. Arqueó las cejas y miró al frente. Se vio de repente en una calle angosta atestada de gente. Habían entrado en uno de los suburbios. Suspiró. En ese momento estaba indeciso ¿Debía alejarse de allí sin más y dirigirse a Mula? En realidad, ningún hallazgo le ataba a seguir investigando, pues no creía que en ese pueblo sucediera nada extraño. Chapaíta era un pueblo fronterizo, profundamente religioso, que vivía retirado a pies del monte Atlos. Estaba lleno de superstición y folclore. Llevaban ciento treinta y cinco casos registrados entre poseídos, abducidos, avistamientos ovni y satanismo solo en los alrededores. La mayoría no tenía fundamento alguno. Pero a la ADE (Asociación Demonológica de Exorcistas) le interesaba creer que incluso el más inverosímil, el caso del niño murciélago descubierto en una cueva, era real y de interés

porque, como Dios, el demonio también estaba en todas partes. Ese fue el enfoque que se le dio a un incontable círculo de estupideces para seguir obteniendo fondos de la Iglesia. Lo contrario era desaparecer.

Alameda se quitó el alzacuellos y la sotana con el vehículo en marcha. Se quedó de calle, como un policía. Había hecho lo mismo en Afganistán. La imagen de los niños afganos corriendo al lado del taxi le atravesó como una flecha. «Afganistán», respiró. En Kabul oyó por primera vez hablar de los 42 Lobos. Fue en la casa de un hombre, Ahmad. Ahmad decía que Friba, su hija de once años, hablaba con el diablo. Afirmaba que se le había presentado en la noche vestido de muchos lobos a la vez. El demonio recurrió muchas veces a esta artimaña. Parecía tener interés en disfrazarse de lobo. La manera más rápida de saberlo era preguntar a los padres de la zona si sus hijos habían tenido la misma desagradable experiencia. El padre reportó cuarenta casos. La ADE acogió a aquel supuesto descubrimiento con verdadero entusiasmo. Lo que más llamaba la atención era el hecho de que todos estos niños coincidían en afirmar que habían estado en una casa con unos hombres de cabello blanco; hombres blancos, de piel blanca, con rasgos europeos. Algunos niños dijeron que estos supuestos albinos tenían los ojos rojos. Sin embargo, un día, y de manera sorpresiva, se presentó una bella mujer llamada Noor. Noor le contó al padre Alameda que su marido había entregado a su hija de ocho años a un grupo de albinos a cambio de dinero. Que era un alquiler. Este supuesto grupo misterioso estaba proporcionando menores a otro grupo de empresarios venidos de Europa del Este, como descubrió al final. Resultó que toda la aldea tenía conocimiento de la existencia de estos misteriosos seres que, atraídos por la guerra, se habían presentado de la noche a la mañana en Kabul buscando menores con las siguientes características: féminas de entre ocho y quince años, vírgenes, inmaculadas, con apariencia de Virgen.

Alameda se quedó mirando a una niña que pasaba. Llevaba la cara sucia. Se sintió solo. Se quedó en silencio; prisionero de muros, de gentes y de desierto. Estaba perdiendo la partida con Satanás, su despreciado enemigo.

Una hora más tarde, el taxista lo dejó en el aeropuerto.

Se quedó sentado en la terminal, asimilando que tendría que dar todo tipo de explicaciones a la ADE. Todo ello siempre arropado por un lenguaje sedoso, contrario a Satanás.

De pronto, reaccionó. Se acercó a la ventanilla. Había allí una mujer reluciente. Sacó un billete para Múnch. Luego, salió con paso vacilante. Tomó otro taxi. Del aeropuerto al hotel. Hizo la maleta. Se metió el billete en el bolsillo del pantalón. Miró el reloj, la hora del almuerzo. Bajó a desayunar. Se pidió un té y unas pastas. Estuvo como una media hora. En el transcurso sintió la paz. Se terminó el té y salió. Desvió la vista. Llamó a un taxi. En Chapaíta no tenían compañías, cada uno iba por libre y cobraba la tarifa que le daba la gana. Regresó al aeropuerto.

Alameda tomó el vuelo de las 14:30 horas destino Múnch. Contempló el cielo desde la ventanilla del Boeing. Se quedó mirando el reactor. No dejaba de darle vueltas a las palabras del padre Camps. Sacó la carta que le había hecho llegar a través del padre Soler. La volvió a releer en silencio, con la misma intensidad de la que gozó en el principio.

Decía así:

Querido Juan:

Si te llega esta carta, comprenderás que he descubierto la verdad. Dios tenga a todos esos padres a su lado. Yo también creí en su momento que todo era verdad, que Foid Floden era el único culpable del secuestro y muerte de Anna Fejes. También estuve completamente ciego al no ver que todos esos niños de Kabul estaban siendo violados. El diablo cubrió entonces mi ignorancia y yo, aun sabiéndolo, acepté su velo. Debí suponer que había juego sucio en todo esto, pero caí de rodillas ante todas y cada una de las versiones que iban apareciendo. Me lo advertiste. Espero que puedas perdonarme.

Ahora, en el límite de mis fuerzas, Dios quiere que no me oculte más. Pero hay cosas que no podré contarte, nombres que me llevaré a la tumba.

Querido amigo, ha llegado a mí un Príncipe del Infierno que decía ser un hombre arrepentido. Llegó solo, se puso en el lado opuesto de la luna, tenía la expresión del lobo. Se acercó. No pude ver con claridad su rostro. Era de cara ancha y cabello oscuro. Creo que llevaba gafas. Ardía en el arrepentimiento. Deseaba ejecutarse a través de mí. Yo, tenía mucho miedo. No sé por qué, pero intuía que venía a expulsar al demonio que llevaba dentro. Me llamó padre. Oí su confesión. ¿Cuál es la verdad?

«Yo trabajo cerca de un alto cargo —me dijo—. Un ministro. Por lo que sé “alguien” hizo llegar los datos de la localización a uno al que habían puesto muchos obstáculos para ser presidente. Nadie se fiaba de él. Envié a los suyos y cambié el cuerpo de lugar. Lo devolví a su casa. En otras palabras, nos jodió vivos». «¿Qué cuerpo?», le pregunté. «La joven de Mula, Anna», me respondió. «Hay una sentencia que dice que lo hizo Foid Floden», dije, sin saber adónde me llevaría tan endemoniada confesión. «Es un hombre de paja —respondió—. Todos lo son. Envié desde la Metropolitana a un equipo de buceo, donde se indica la localización. En secreto la guardaron en una bolsa. Como necesitaba hacernos llegar un mensaje, pensó en la iglesia bajo el agua. Montó un teatro mucho mejor que el nuestro. Tarde o temprano sabía que la encontrarían, y la mercancía nunca aparece. Nunca debe volver a aparecer». «La mercancía», dije. «Sí, la mercancía. Abí es cuando el caso de Anna Fejes se convierte en una prioridad nacional. Nuestros albinos pueden ocultar indefinidamente los cuerpos, la policía no. Acabará sabiéndose —me explica—. Estamos ante un serio dilema. Nuestra manada tiene que mover ficha. La mercancía lleva tatuada nuestros nombres. El presidente no lo hará público. Pero nosotros, que hemos estado vagando por el mundo época tras época, sufriremos el chantaje. La situación era caótica. Primero localizamos al traidor. Después, nos ocupamos de la mercancía. Enviamos a nuestros buzos, quitamos nuestros nombres y ponemos otros. Ellos ya tienen a su hombre de paja, el tal Foid Floden. Faltarán los nuestros». «Dios mío», exhalé. «Dios no existe, padre, de lo contrario no existiríamos nosotros», me dice. «Nunca es tarde para volver a la senda de Dios», me atrevo a decirle. «Quiero que lleve este mensaje al padre de la joven, un tal Simón». «No puedo —le respondo—, es secreto de confesión». «No lo es si yo quiero que se lo cuente —me dice, agresivo—. Todo es por culpa del caso Niebla. Se inicia la guerra. Foid Floden es inocente».

Luego empezó a dictarme. Cambió la voz. Mencionó a Josefo y algo de la Ventana de la Aparición. Dijo ser uno de sus caballeros. Repitió tres veces 42 nombres que no diré en la Tierra. Me detalló lo que habían hecho con cada una de esas pobres criaturas. Esto último también lo sabe el padre Mork, que está en la iglesia de Münch. Puedes ir allí y preguntarle. Fue él quien me aconsejó que te llamara. Pero no sabía dónde estabas y el tiempo aquí se me iba agotando. Cuando leas esto, mi querido Juan, yo estaré en el cielo, así espero. Sé que el padre Soler, que es de mi entera confianza, te buscará y te hará entrega de mi última voluntad. Cuando el Príncipe del Infierno acabó su relato cerré los ojos y esperé, pálido como la luna, a que sus palabras dejaran de producirme lágrimas.

Llévale este mensaje al padre de la muchacha. Se llama Simón Fejes. No sé si has seguido el caso. Vive en Mula. No está lejos de aquí.

Sé que te enfrentarás cara a cara con Satanás. Eres más digno que yo. Podrás hacerlo.

SANTINO CAMPS

El Padre Alameda apartó el rostro de la carta. Se tocó el corazón. Respiró profundamente. De pronto, el cielo se fue acercando. Los relámpagos lo acompañaron en el ascenso.

—La iglesia del Mar. —Respiró.

Conocía la historia del alcalde que mandó construir un enorme embalse por la insistente amenaza de las marismas. Su decisión salvó al pueblo, pero enterró la iglesia de Santa Ana para siempre. En resumidas cuentas, aquella decisión le llevó ante un tribunal, el cual lo condenó a diez años de trabajos forzados. No llegó a cumplir la condena. Ni siquiera pisó el gulag. Salíó en los primeros días de enero. Lo sacó un antiguo compañero de guerra, el padre Mork.

Alameda sacó una pequeña libreta desgastada. Había papeles dentro. La abrió con cuidado. Repasó los apuntes que había tomado durante su breve estancia en la isla de Caravaca, allá por 1984.

Tenía anotado lo siguiente:

Josefo. Los que se niegan a entregarse. Todos están dispuestos a cumplir el pacto. Uno mata; la luz se apaga; el espíritu permanece; sella el silencio del siguiente, a quien también mata. Así sucesivamente. Ellos no irán al cielo, nosotros sí, los últimos lo echarán a suertes: ¿quién juzga quiénes deben sobrevivir?

*

La cerró. No podía leer una sola línea sin enfurecerse. La Ventana de la Aparición había constituido una obsesión para él. Era como estar en una cárcel. Sabía que ese comportamiento no era propio de un sacerdote, pero ¿cómo poder ignorar lo que había visto? Cuando contaba la historia, aquel incansable relato repleto de albinos, siempre añadía: «La Ventana de la Aparición los hizo así:

Cuarenta y dos símbolos, uno para cada lobo».

*

Alameda tenía previsto aterrizar en la Metropolitana sobre las cuatro de la tarde. Una vez allí tomaría un taxi hacia Pueblo de Arena. Se hospedaría en el motel Vespertia hasta las seis de la mañana, hora en la que se levantaría y se prepararía para coger el tren destino Münch. Nada más abandonar la estación de Münch cogería el transporte público hasta la iglesia de San Modoaldo. El tiempo era bueno. Hacía sol.

*

El Boeing aterrizó en la capital y carreteó hasta el túnel de embarque. Alameda cerró la libreta. Se quitó el cinturón de seguridad. Bajó las escaleras del avión. Una vez en la pista emprendió la marcha hacia la Terminal 2. Atravesó la terminal entre civiles que salían a toda prisa. Abandonó el aeropuerto por una puerta lateral. Echó un vistazo a su alrededor. Aquello era la capital, la Metropolitana, una de las pocas ciudades que poseía el condado de Santa Gloria. También la zona más cálida. Desde allí se veían los autobuses aparcados sobre un pavimento adoquinado. Todos los edificios estaban separados. Los parques estaban huérfanos de gente. Las calles corrían inclinadas hacia abajo con cientos de vehículos aparcados junto al bordillo izquierdo.

Al llegar a la estación de autobuses Alameda comenzó a divisar gente alineándose sobre los pasos cebra. Esperó la llegada del conductor. Entretanto, observó pensativo el frío núcleo urbano de la Metropolitana. Parecía lejano.

El conductor, hombre grueso de barba gris, se acercó por un lado del autobús, saludó amablemente, abrió la puerta y se subió.

Alameda levantó la maleta, la cambió de mano y siguió al hombre. Contempló el autobús estirado en la oscuridad. Vacío. Como un túnel. Miró a su izquierda. El hombre se acomodaba en su asiento.

—Voy a Pueblo de Arena —dijo Alameda.

Compró el billete. El precio era bastante caro. Como no había nadie, se sentó delante, a la par del conductor. Dejó la maleta entre las piernas. Observó curioso una fábrica en el margen de la ciudad. Exhaló un suspiro. Sus ojos continuaban fijos en la fábrica cuando preguntó:

—¿Qué sabe de Münch?

El conductor arrancó. El tubo de escape del autobús arrojó una bocanada de humo negro.

—¿Münch? Münch es un pueblo atípico —explicó el conductor—. No tiene nada que ver la capital. Es bastante impactante. No tocaron nada tras la guerra, excepto la iglesia. Nosotros porque ya estamos acostumbrados. Pero sigue siendo difícil verlo. Nuestros padres murieron allí. Podrían haberlo dejado estar. Está lejos. Pero el alcalde quiere que vayamos hasta allí. También por el tema de la chiquilla.

—¿La chiquilla? —preguntó Alameda interesado.

—Si pregunta a cualquiera de Santa Gloria, le diría: «Esto ya se sabía». Aquí desaparece mucha gente. Sobre todo, chiquillas. Lo que ocurre es que si empezamos a pensar no vivimos. Uno tiene la esperanza de que algún día acabe.

—¿En Münch ha desaparecido alguien?

—Siempre desaparece alguien. Aquí hay mucho canalla. En los chalés se mueve mucha cosa. Se asombraría, padre, si viera lo que corre por aquí. Mucha droga.

—Háblame de Mula —dijo Alameda, tuteándolo. El conductor tenía ganas de hablar.

—Allí arriba son gente muy reservada. A los nortños es muy difícil sonsacarles. Siempre están hablando de su «Año Negro».

—¿Año Negro?

—Una vez, hace mucho, cuando me dijeron que tenía que ir a ese maldito pueblo del que apenas sabía, escuché allí decir a algunos lugareños que toda su maldición se había iniciado con el «Año Negro». «Tendríamos que haber desaparecido con la iglesia», decían. La mayoría decía las mismas tonterías. Yo estaba callado en el autobús. Dije algo que no les hizo gracia. A los nortños no les gusta hablar con los de la capital. Creo que a partir de ese momento dejaron de caerme bien.

—¿Y la niña?

—Usted se refiere a la niña que encontraron. La que destrozó el imbécil.

—Cuéntame la historia.

—Hace seis meses apareció el cadáver de la niña asesinada. Yo estaba en un bar, apoyado en la barra, viendo la tele, cuando de repente dicen que ha aparecido.

Alameda trató de visualizar en su mente lo que el conductor le estaba contando: cuatro buzos suspendidos en un tenebroso silencio resbalan hacia el fondo de un abismo. Los Lobos, concluida la tarea, entregaban los cuerpos a los albinos para que los dejaran en los

ríos ubicados en un punto no muy lejano de la carretera. Los buzos de vez en cuando apagan y encienden las linternas. Descienden por una garganta empedrada repleta de vegetación acuosa. La luz recorre las verdes imágenes que producen las algas. Miran al fondo. La oscuridad hace que la visión humana sea impenetrable. Rezuman sonidos nasales. Las luces despliegan sus ondas por la fría piedra del torreón. Todavía siguen bajando. Dirigen la vista hacia el sagrario.

—La chiquilla estaba vestida, envuelta en una moqueta.

—¿Sabe en qué posición estaba?

—Apareció con los brazos extendidos sobre un altar. Lo primero que se vio fue una mano con el puño cerrado —dijo el conductor.

En ese momento Alameda proyectó nuevamente la imagen en su cabeza:

Veía el cadáver de Anna Fejes vestida con jersey incoloro y vaqueros azules desgastados envuelto en una moqueta persa de color azul sobre el altar de la iglesia del Mar, bajo el mismo torreón.

—Un esqueleto revestido de piel andrajosa. De la cabeza solo quedaba una calavera.

—Debió impresionar.

—No sabe cuánto, padre. Emplearon varias horas en sacarla. La niña estaba irreconocible, salvo por las ropas. Habían puesto piedras sobre la moqueta.

«Mula es un pueblo maldito».

—¿Tiene biblioteca Pueblo de Arena? —preguntó Alameda.

—¿Biblioteca? No. Vamos, que yo no la he visto nunca.

Faltaba poco para llegar. Alameda guardó silencio. Observó los bosques fertilizados por el río Tambre. Estaba desconcertado. Tanto tiempo callados en el juego. ¿Por qué ahora? La carta del padre Soler hablaba de un traidor. Uno que había enviado los datos a un presidente. ¿A qué presidente se refería? ¿Al actual? ¿A Philippe Foss? ¿Por qué esa traición? ¿Cómo sabía este presidente lo que estaban haciendo? ¿Formaría él parte? ¿Desde cuándo?

Philippe Foss, de cincuenta años y líder del Nuevo Partido Rojo, había alcanzado el poder y la primera mayoría absoluta desde el fin de la guerra en 1980, hacía ya doce años. Al igual que a su gran rival, Gary Krant, lo había hecho subir la Comuna.

Un día de 1979 Philippe fue llamado a palacio. Él veneraba a la Comuna. Anduvo escalones arriba. Contempló las paredes sucias, humedecidas por la lluvia. Los cuadros estaban todos descolgados. Frente a una de las ventanas estaba el antiguo hospital militar. Trotó, esparciendo el polvo del ladrillo. Se introdujo en el pasillo de su majestad. Se encontró con Doku, al que también habían citado. Philippe levantó las cejas. Pasaron a una sala contigua. Se reunieron con los cuatro padres fundadores. Gary Krant también estaba allí. Saludó con amabilidad.

Hubo un momento de solemne silencio. Después, el General puso el tablero sobre la mesa. El Arquitecto se colocó delante e inició la jugada: **E-4 blanco**.

—No cabe duda de que el Golpe ha sido un éxito. Pero la guerra ha hecho de nuestro país un solar —rumió el General—. Todos nuestros héroes se han quedado en otra época. Los camaradas permanecen recostados esperando a que se les concedan todos los deseos prometidos tras la guerra ¡Estaba tan acostumbrado a trotar firme por el pazo que ahora ya no sé si tengo tantas ganas de democracia como vosotros!

—A la Iglesia tenemos que protegerla —dijo el Ideólogo, imperturbable.

—¡Bueno! ¡Me sorprendes! —expresó efusivamente el General—. ¡Tú quieres un rey! Pero ¿a qué precio?

—Debemos ir poco a poco, como las catedrales —añadió el Conde—. El Golpe ha hecho que saltaran todos.

—¡Imbéciles! —dijo el General—. ¡Idiotas del régimen! ¡Los cazamos a todos!

—¿Y ahora qué? —preguntó el Ideólogo mirando a los dos partidos políticos.

Hubo silencio.

—No se hable más —intervino el Arquitecto—. Hagámoslo.

Una vez quedó disuelta la reunión, los activos y también dirigentes de la Comuna se fueron a hablar con los mismos enemigos que el régimen había expulsado durante la guerra.

Esta y otras historias de la Comuna se oían por ahí. Pero la verdad era mucho más misteriosa. Alameda guardaba la conclusión de que vencedores y vencidos estaban construyendo juntos un nuevo sistema dirigido hacia el capitalismo, especialmente para órdenes secretas en los llamados «Pactos».

Alameda parpadeó dos veces. Se había quedado traspuesto. Eran las seis de la tarde. La tormenta agujereaba el cielo negro. El autobús se hallaba detenido. Tenía el Vespertina delante. El motel estaba casi a oscuras. Parecía que estaba a punto de derrumbarse.

—Hemos llegado —dijo el conductor.

Alameda dejó el autobús. Había tres personas esperando de aspecto oriental. La tierra estaba sucia, embarrada. Entró en el vestíbulo donde el conserje, una mujer con llamativo cabello rojo, le comentó que la única habitación libre de la que disponía era la que no tenía agua corriente. Alameda accedió, se registró, pagó una noche, recogió la maleta, salió tras sus pasos, recorrió un tramo hasta una lúgubre esquina. Finalmente, halló su habitación, un módulo desgastado bajo una luz parpadeante. Entró. Echó el cerrojo. Pulsó el interruptor. La luz era floja. Las cortinas estaban cerradas. Había una cama, un armario, una mesita y un teléfono rojo. Dejó la maleta en el suelo. Se sentó en la cama. Analizó sus pensamientos. Algunos le producían un miedo infinito.

«Ha llegado el demonio». Los niños de Afganistán estaban describiendo a los hombres que habían abusado de ellos. Uno a uno fueron configurando un mapa de auténticos depredadores. «Algunos tenían la piel blanca y la cara muy roja», dijeron los niños. «Primero fueron cortesés, después...». A través de ellos Alameda fue conociendo a sus Lobos. Rezumaba el olor de la bestia en todas las edades. Uno de los afectados era la hija de Noor, Fátima, que vivía a pies del monte Ali. Fátima contó cómo los albinos la subieron a una furgoneta blanca con otros niños y la llevaron a una especie de residencia donde les ponían de comer y les daban todo tipo de estupefacientes. Luego, a eso de las diez de la noche, los subieron a unas habitaciones preparadas donde esperaba la Manada. Allí dentro les hacían ver películas pornográficas y después los obligaban a participar en violaciones colectivas realizadas por tandas de cuatro grupos. «Estaba muy asustada», comentó.

Con los aullidos se despertó. Alameda había dormido cinco horas. Esperó unos instantes debajo de la sábana. Oyó un vehículo. Apartó la sábana con violencia. Se vistió rápidamente, guardó la carta y salió sin la maleta. El autobús esperaba en el patio. Lo cogió. El conductor no era el mismo. Le tendió rápidamente un billete. Le dijo: «Münch».

Fue en su recortada costa del Pacífico, más o menos frecuentada, donde se desató el infierno. El cielo se cubrió de llamas en una mañana de 1926. Parecía oscuro, como si se reflejara una ciénaga que circulaba bajo los pies. El combustible se iba quedando pegajoso

entre las nubes. La conmoción era grande. Se oía el repicar de las campanas. El pueblo de Münch huía de los aviones confuso y asustado bajo una estampida de truenos y sombras. La población no tenía ni idea de cuál era su situación. Corría despavorida en dirección a un mar hirviendo. Esta imagen y muchas otras todavía se mantenían en la retina del padre Mork.

*

El tiempo se había detenido en Münch. Había poquísima gente. No se veían jóvenes. Las tiendas estaban sucias. Allá, a lo lejos, las chimeneas se recortaban como coronas entre las sombras de unas fachadas victorianas.

El autobús se paró retemblando. Al lado, se encontraba firme la iglesia de San Modoaldo, mucho más antigua que la iglesia del Mar. Alameda se bajó aquí. Cruzó la puerta. Pasó por aquel arco ungido de oscuridad. Encontró al padre Mork en la misma nave central, de espaldas. Contemplaba con el alma la estatua de san Miguel.

«Pero si es...», respiró el padre Mork volviéndose hacia el recién llegado con una expresión paternal.

Alameda sonrió. Estaba feliz. Había pasado mucho tiempo. Antes de llegar se detuvo un instante, mirándolo, comprendiendo lo mucho que aún le animaba evocar aquellos tiempos felices en los que era un joven monaguillo. Se saludaron con extremo cuidado. Pasaron a un despacho trasero con una sola ventana y un pobre mobiliario. Se sentaron uno frente al otro. El padre Mork le ofreció a Alameda una bandeja con pastas. Él rehusó.

—Ha tenido que ser la carta de un hombre moribundo la que te trajera de regreso a esta iglesia —le dijo, melancólico.

Para el que no hubiera visto nunca al padre Mork es menester precisar que se trataba de un hombre de aspecto frágil; de cabello blanco adaptado perfectamente a su delgado rostro macilento; de ojos sombríos, medio cerrados, y expresión adusta.

Era el más viejo de todos.

—¿Dónde te hospedas?

—En un motel llamado Vespertia.

—Ajá, ¿cuánto tiempo estarás?

—Me voy pasado mañana.

Alameda arrugó un poco la sotana. Metió la mano en el tejano. Sacó el sobre doblado con la carta dentro. Se lo ofreció al padre Mork. El sacerdote extrajo la carta con mucho cuidado. Seguido, alargó el brazo para coger las gafas. Se las puso. A continuación, leyó la carta del padre Camps. Su mirada se cruzó un instante con la del padre Alameda. En los ojos del padre Mork había ahora sufrimiento.

—No cabe duda de que Satanás se ha manifestado —dijo Alameda.

El padre Mork le devolvió la carta.

—A la niña la encontraron dos pescadores en la iglesia de Santa Ana. Estaba hundida en el fondo del torreón, sobre el Altar de los Muertos. La habían envuelto en una moqueta persa color azul. Los buzos la hallaron en posición de pentafolio. Según el jefe de la Policía Armada (Quintana) le dispararon en la cabeza a pie de fosa antes de depositarla en ese oscuro abismo.

—Los lugareños cuentan que aquí está desapareciendo gente. En especial, niños.

—No les falta razón. La Guardia Montada está desbordada, no sabe qué hacer. Desde 1988, al parecer, hay grupos que pagan a otros para que convenzan a chicas menores a acudir a sus fiestas privadas. Se ve que en épocas de invierno estos grupos realizan actos abominables de orgía y sangre. Son muchos. Un guardia me dijo que al término de cada orgía los mirones se convierten en fetichistas y pagan elevadas sumas de dinero por quedarse una parte del cuerpo de las víctimas a modo de trofeo. Al cadáver de Anna Fejes le faltaba la mano derecha.

—¿Puedo hablar con ese guardia?

—Murió.

—¿Cómo?

—Se llamaba Francis. Lo tenía aquí todos los viernes. Buen hombre, joven, lleno de vitalidad. La mujer y los niños se vinieron a vivir a Münch hace un mes para estar más cerca de la iglesia. Ya sabes cómo funciona esto. Cuando alguien sufre una pérdida quiere estar más cerca o más lejos de Dios, dependiendo de cuánto se esté castigando. Me sentó muy mal. Sentí su pérdida. Lo que te digo, era un buen muchacho. —Cerró los ojos un instante—. La noche del 25 de diciembre salió a tomar un poco de aire porque al parecer no se encontraba bien. Lo conocía, una excusa para seguir buscando. Quería encontrar a Anna Fejes, como todos. Hacía frío, la carretera estaba helada y tuvo un accidente. Su coche chocó contra un árbol. Pero no murió. Tuvo la mala suerte de que en ese momento pasaban dos drogadictos. Le vieron allí tirado y en vez de ayudarlo trataron de robarle. Él, que estaba todavía consciente, forcejeó un poco hasta que uno sacó una pistola y lo mató. —Suspiró, soltando todo el lastre—. Sé lo que estás pensando: ¿que si me creo el informe de la Guardia Montada? ¡Y yo qué sé!

—¿Te contó algo más?

No le dio tiempo. Empezó a cogerme confianza tan solo un mes antes de que muriera. Pero me contó esto que te digo. Pensaba que los Lobos estaban detrás de la desaparición de Anna Fejes.

—¿Lo están?

—Tiene los estigmas de la Aparición; doble enterramiento, ausencia de livideces cadavéricas, arrancamientos, dilataciones... La obra del demonio.

Alameda asintió con un leve gesto.

—Necesito el informe de la autopsia para saber si son ellos.

—No lo hallarás.

—Sabes algo.

—Yo es lo que sé, lo que me contaron el padre Camps y el guardia fallecido. Hemos tenido muchos problemas aquí por culpa de las heladas. Los campos no han dado sus frutos y la población lo está pagando. No he tenido tiempo para interesarme.

Alameda se puso en pie.

—¿Ya te vas?

—¿Dónde puedo buscar?

—Ve a Mula, pregunta en la Jefatura de Policía por Rut —le dijo el padre Mork.

—Me ha alegrado verte.

—Anda, ve.

Se dieron la mano.

El sacerdote no se entretuvo, salió de la iglesia de San Modoaldo y regresó a la estación de autobuses.

CAPÍTULO 23

Las once de la mañana. Alameda pegó la cara al cristal. Vio aparecer el desvío que los metía en una sucesión de curvas que subían. Le quedaban diez kilómetros para llegar a Mula. A esa altura la lluvia se había calmado y ahora era el viento el que golpeaba fuerte.

El autobús bajó en picado dos kilómetros más hasta la carretera de Cuernavaca. Por ese tramo asomaban los primeros chalés con el cartel EN VENTA. Tardó otros veinte minutos más en llegar a Pueblo de Arena. Vio pasar los clubs de alterne, todos cerrados, con un aspecto fantasmal, desubicados así en el tiempo. En la misma puerta del ayuntamiento, los gamberros habían volcado un contenedor.

Sobre las doce menos cuarto de la mañana el autobús en el que viajaba Alameda atravesó por carretera los montes de Mazarros. Mula lo tenía tan solo a siete minutos.

De repente se levantó frío. Comenzó a caer agua del cielo. El autobús circulaba por la carretera general a una velocidad media de cincuenta kilómetros por hora. Tuvo que parar en el último semáforo de la salida del pueblo de Mazarros, a la altura de la gasolinera. Estaba en rojo.

El semáforo se puso en ámbar. A ambos lados se veían los pastizales aplastados por la lluvia. Los campos tenían un color brillante, humeaban niebla. Anna Fejes volvió a su cabeza:

*

La posición del cuerpo:

Un pentafolio es un signo de cinco hojas. El cinco es un número sagrado. Cinco es el número de la responsabilidad del hombre bajo el gobierno de Dios. El pentagrama tiene relación con el número áureo, «La Razón Dorada», «La proporción áurea y divina». Estudiado por sumerios. En la Edad Media se esbozaban alargadas pentalfas para posteriormente dibujar sobre ellos las figuras humanas.

*

Cuando Alameda levantó los ojos vio el muro oeste del cementerio. Entonces se palpó el pantalón, asegurándose de que tenía la carta. El autobús puso el intermitente a la derecha. Entró en el pueblo de Mula. Pasó por delante de la esquina, ahora asfaltada, que había acogido a Simón Fejes y a Rut durante la búsqueda de Anna. Delante, en el transcurso de un corto periodo de tramo, y tras la esquina del muro norte del cementerio, habían iniciado las obras para construir una rotonda.

Pese a los pequeños cambios introducidos por el nuevo alcalde, Mula seguía vistiéndose de lúgubre. Las pocas gentes que pasaban en ese momento se quedaron observando en silencio el autobús que tomaba la calle del cementerio a la velocidad de un día de entierro.

El autobús se detuvo en una parada señalizada situada en mitad de una estrecha calle poco transitada coronada por un tipo de cementerio de nichos individuales.

Alameda fue el único que se bajó de ese autobús. Se puso bien la sotana. Anduvo con una férrea expresión directamente hacia el cementerio, el cual se encontraba a apenas diez metros de la parada de Bus. Subió la cuesta hasta desaparecer en una curva. Al llegar a la Jefatura de Policía se detuvo un momento. «Había una razón para todo ese misterio», pensó mientras esperaba fuera. En ese instante, la sensación que pululaba en su mente era

que los mulenses sabían algo, pero callaban a fin de evitar un desastre mayor. En verdad, se estaba ahogando en la sospecha.

Empujó la puerta. Nada más entrar, tras el mostrador, vio de perfil a una mujer uniformada, rubia, con el cabello recogido en una frondosa cola. Levantó la mano para hacerle una señal. La mujer, Rut, fue hacia él. Desprendía un aire cariñoso, comprensivo, maternal.

—Buenos días, padre, ¿en qué podemos ayudarle? —dijo Rut mientras cruzaba el mostrador.

—Mi nombre es Alameda —dijo extendiéndole la mano—. Necesito hablar con usted en privado. Me envía el padre Mork.

—Padre Mork. No conozco ningún padre Mork. —Permaneció pensando—. ¿De qué se trata?

—El padre Mork me sugirió que debía empezar buscando aquí.

—¿Buscar qué?

—Información acerca del caso de Anna Fejes.

Rut miró a Alameda con semblante interrogativo.

—Un..., un momento —dijo Rut, volviendo dentro.

Rut hizo una llamada a la iglesia de San Modoaldo. El padre Mork le confirmó la presencia de Alameda en Mula. Regresó al mostrador.

—El padre Mork dice que tiene una carta para mí.

Alameda no vaciló un ápice. Sacó la misteriosa carta y la dejó en manos de Rut.

—Es la última voluntad de un hombre de Dios que puso en riesgo a los suyos para entregármela.

Rut recogió la carta de manos del padre Alameda. La leyó, casi en un instante. Despegó los ojos. Miró al padre Alameda como si estuviera viendo un fantasma.

—Parece que ha reconocido al demonio en esa carta —dijo Alameda sonriendo.

—El padre de la chica está en la cárcel. Todos lo están por el asesinato de Foid Floden. Si quiere contárselo, puede ir allí. Le diré dónde está.

—¿Y después?

—Acuda a la Guardia Montada. Nosotros no podemos hacer nada.

—Llevo años detrás de ellos. Empezaron dando palizas a putas y chaperos por una pequeña cantidad de dinero. Luego fueron a por los niños. Primero los drogaban y los dejaban marchar, ahora los matan de un modo salvaje practicándoles una especie de rito que deseo descubrir. Los cuerpos nunca aparecen. Este, al parecer, sí. Preséntemelos.

—No puedo ayudarle, lo siento.

—¿Puede facilitarme el informe de la autopsia?

—No estaría autorizada. De todos modos, no lo tengo. Llegué a pedirlo, pero me lo denegaron. Está en manos de la Policía Armada.

—Rut, míreme.

Rut levantó la cabeza. Tenía la mirada triste.

—Usted sabe que no lo hizo. Sus almas no descansarán hasta que este caso quede resuelto.

—En referencia a Foid y Anna.

—Es usted sacerdote.

—Lo soy.

—¿Qué interés tiene?

—Persigo al Maligno. —Pausa—. El Demonio ha pasado por este pueblo.

—Mi compañero va a llegar en cualquier momento y necesito tomar el aire. Demos un paseo.

Bajaron caminando hasta el paseo de la iglesia. Anduvieron un rato en silencio. La figura del sacerdote no levantaba sospecha. Todo aquel que pasaba lo observaba le clavaba los ojos sin hacer el menor movimiento y enseguida volvía a agachar la cabeza.

—Nadie sabe lo que le han hecho a la niña —explicó Rut—. Quintana cortó por lo sano. Los periodistas tampoco investigaron. Supongo que por miedo a lo que se podrían encontrar. Seguramente se asustaron. El crimen de Anna Fejes es un misterio.

—Pero culparon a Foid

—Sí. —Suspiró—. Foid tenía un retraso mental leve. Bajo presión se ponía muy violento.

—¿Qué le ocurrió?

—Estábamos desesperados. Salimos todos a buscarla. Las fábricas dejaron de producir, los colegios se pararon... Había muchos nervios, muchas ganas de encontrarla. El pueblo se llenó de cámaras de televisión, de periodistas que dijeron de todo. Al principio la gente se prestó dócil a las cámaras de la capital. Yo sé que algunos de aquí se ponían el traje del domingo para ir a la plaza del pueblo, desde donde emitían, y desde allí soltar la primera tontería que se les venía a la cabeza. Luego ya, cuando vieron que aquello era un circo y que trataban a la gente del norte como payasos, entonces ya dejaron de ir. Todo en base a la audiencia. El condado se llenó de escenas de dolor, sobre todo del padre de la niña. Las frases de abatimiento se convirtieron en viejas rencillas llenas de odio. Al final, tanto aquí para allá incomodó a muchos, supongo. Llegó arriba y ya sabe, padre, decidieron cortar.

—Entiendo.

—Al acabar noviembre se desplazó de la capital a Mula la Policía Armada con fines exclusivos de resolver el caso por cojones. El grupo de Quintana se encargó de coordinar toda la investigación, que hasta entonces estaba en manos de Calderón y de la Guardia Montada. Doku dijo que se trataba de un grupo específico encargado de conjuntar las tres fuerzas: policía, guardia y armada. Los pusieron en el puesto de la Guardia Montada, en el pueblo de aquí al lado, Mazarros, y a la guardia la echaron para abajo. Todo el condado estaba pendiente de Anna Fejes. Era imposible hacer vida normal porque la gente estaba inmovilizada por el miedo. Había mucha necesidad de encontrar un culpable y cerrar el caso. Eso creo.

—Foid.

—Cuando era pequeña mi padre me llevaba a jugar al pazo. Estaba muy mona con mi vestidito azul, como el de Alicia en el País de las Maravillas, ¿sabe, padre? Además, con nueve años era muy rubia yo, como Alicia. Mi madre no sabía que mi padre me llevaba a jugar al pazo. De haberlo sabido se hubiera muerto de miedo. Pero a mí me gustaba mucho ir. Ella siempre decía que tenía mucha imaginación, que valía para pintar y escribir, pero que tuviera cuidado con el pazo, que no me acercara a los Floden, que eran mala gente. Siempre repetía lo mismo una y otra vez. Ella me decía: «Lo mejor es que cojas el otro camino, el que no lleva a la farola». Pero yo no era una niña miedosa. Al contrario. Yo era igual que mi padre.

Alameda asintió con la mirada fija en el torreón de la iglesia.

—Los Floden eran una familia bastante rara. Cuando los conocí, los padres hacía ya mucho tiempo que habían muerto. Fallecieron en un accidente de tráfico. Yo con la hermana

mediana, Martha, me llevaba bien. Mi padre decía que había sido muy guapa. En verano, él me dejaba allí unas horas y luego me venía a buscar.

»A Martha le gustaba cocinar y yo comía mucho. Siempre le pedía algo. Se ponía camomila en el pelo para tenerlo más claro. Tenía un carácter fuerte. Todavía puedo verla subir las escaleras con esa forma tan peculiar de andar. Es doloroso que ya no esté. Fue una niña muy feliz hasta los catorce años, muy alegre y cariñosa, tenía a los chicos detrás, incluido mi padre. Pero todo eso se terminó por culpa de su hermana mayor, Erika. Ahí empieza el terror.

—Erika. Cuénteme, por favor, necesito saber.

—Erika fue un monstruo. Tenía aterrorizada a la generación de mi padre. Se arrastraba como un muerto por la oscuridad. Vivía arriba, en lo alto de la escalera. Aparecía cuando menos lo esperabas. Se dejaba caer con todo el peso haciendo crujir la madera. Parecía el demonio. Tenía meningitis espinal. Los padres la tenían encerrada en la habitación de arriba. Cuando murieron se volvió incontrolable. Martha tuvo que dejar de estudiar. Se terminó todo para ella. Todo. Ya nadie la volvió a ver por el pueblo. Desapareció en el pazo. Se quedó allí encerrada cuidando para siempre de sus dos hermanos.

—¿Podría hablar con Martha?

—Falleció. Dijeron que la había matado su hermano, asfixiándola.

—Ah, es la chica, es cierto.

—Martha pertenecía a la pandilla. En los primeros días, Simón Fejes, Thomas Parker, Mathias Rasmusen, Elvira Perkins, Brais Mathinson y mi padre, Robert, iban a verla al pazo. Se quedaban un rato con ella para que no estuviera sola. Después venían aquí, a la iglesia del Mar, antes de que se inundara. Era donde se reunían.

—Les gustaba el pazo.

—Mucho. Era como si se hubieran ido de casa. Podían hacer lo que quisieran; fumaban, se enrollaban, maldecían, escupían, criticaban en voz alta... Yo creo que mi padre quería a Martha, por eso estaba allí. Simón me contó una vez que estaban siempre acaramelados. Le tenía celos a mi padre. Incluso después de su muerte. Así son ellos. Aquello funcionó a la perfección durante un mes. Todas las tardes eran iguales: Mi padre hablando con Martha en una esquina del pazo, la pandilla burlándose de Foid y aquel gorgoteo estremecedor que llegaba de la buhardilla. Hasta que...

—¿Sí?

—A Simón Fejes no le gustaba aquel sonido y una tarde fue a ver qué era. Lo rompió todo. Martha les había advertido que nunca, jamás, subieran la escalera. Pasara lo que pasara, oyeran lo que oyeran. «No debéis nunca subir la escalera». La pandilla no hizo caso y así se desató el terror, y el demonio quedó liberado de sus cadenas. Se arrastró por todo el pazo y los encerró dentro con ella. Mi padre y Martha se quedaron fuera. Mi padre me contó que fueron dieciocho horas de terror. Dieciocho horas encerrados con Erika. Menos mal que estaba Foid para protegerlos. Pero de eso ellos no se acuerdan. Lo que sí ha quedado demostrado es que lo que pasaron allí dentro se les quedó grabado a fuego.

—Tiene sentido.

—La pandilla puso a todo el pueblo en contra de los Floden. —Resopló—. Y entonces aparece la Policía Armada, que apoya sin reparos la teoría de conspiración del pueblo. «Los Floden culpables de todo». Me sentó como un tiro.

—¿Qué pasó después? Me interesa.

—Quintana y sus hombres de la Policía Armada lo detuvieron y lo interrogaron. Lo apretaron tanto que al final se descontroló. Resulta que los hermanos Harald, los mismos que hallaron el cuerpo, tenían una emisora que captaba la frecuencia de la policía. Así que no se les ocurrió otra cosa que decirles a esos animales resabiados que Foid había escapado y que había matado a algunos guardias. Así que la pandilla fue a por él y lo acribilló a balazos.

—Los hermanos Harald encontraron el cuerpo.

—Sí.

—¿Cómo?

—De casualidad.

—Nada ocurre por casualidad. Sus muertos no aparecen nunca. Siga, por favor.

—Diecisiete días después de que la pandilla asesinara a Foid, la madrugada del 27 de enero de este mismo año, es decir, setenta y cinco días después de la desaparición de la hija de Simón Fejes, dos pescadores de la zona de las marismas, de aquí mismo, Boyd y Gabriel Harald, se montaron en el Land Rover y bajaron a la iglesia del Mar a pescar en su torreón.

»Tres kilómetros nos separan ahora de las marismas. Es lo que les quedaba por delante a los hermanos Harald. A poca velocidad, para no llamar la atención, tardarían unos veinte largos minutos en llegar. Después aparcaron el vehículo —señaló un punto cercano junto a un árbol situado a unos cinco metros—, se bajaron, entraron en el torreón —señaló la entrada, ahora sí, completamente sellada—, quitaron las piedras que tapaban la entrada, no estas que están, sino otras que ellos mismos habían dejado sueltas, y entraron a por su pesca. Yo no lo sabía, pero se ve que cuando el invierno aprieta, aquí lo llamamos General Invierno, el embalse se congela y los peces huyen al interior de la iglesia convirtiéndose así esta en una especie de «red» gigante para peces, perfecta. No tenía ni idea y estoy segura de que nadie lo sabía, excepto los hermanos Harald.

»Se meten dentro, a Gabriel se le cae la linterna y decide ir a buscarla. Comienza a bucear, la recupera, pero en ese instante la luz consigue captar, antes de que se apague, una figura que está sobre el altar de piedra.

—El Altar de los Muertos.

—No sé. Yo era muy pequeña cuando se inundó.

—El Rey Moro pidió al sacerdote que hiciera su oficio y este construyó un altar en el castillo. Pero no podía comenzar la misa porque faltaba una cruz. Entonces entraron dos ángeles y la asentaron en el altar. Así se convirtieron muchos moros, y Albucaid permitió a los cristianos construir una capilla dentro del castillo donde guardaron la angélica cruz en un arca, cerrada con tres cerraduras y tres llaves; una para el alcaide, otra para el vicario y la tercera para el Consejo de la Villa. 3 de mayo de 1231. La Cruz de Caravaca.

—No conocía la historia —dijo Rut.

—Por favor, continúe.

—Lo primero que se vio fue la mano.

—¿Estuvo ahí? ¿Pudo verlo?

—No. No me dejaron estar presente. Solo la Guardia Montada y la Policía Armada. Pero después, hablando con la gente, te enteras de cosas. La moqueta estaba sujeta por dos gruesas piedras.

—¿Piedras? ¿Piedras de río?

—No. Eran dos piedras muy grandes, casi como rocas, lisas, redondas, una de color rojo y otra negra.

—¿Dónde están esas piedras? ¿Y la moqueta? ¿En qué instituto forense?

—En ninguno. Se lo llevó todo la Policía Armada y nunca más se supo.

—Los buzos sacaron el cuerpo y, ¿luego qué?

—Tomaron fotografías, llegó la comitiva judicial, levantaron el cadáver, al cadáver se lo llevó la funeraria, lo típico, lo que se suele hacer. —Pausa—. Encontramos a otra chica antes.

—¿Cómo? ¿Otro cadáver?

—Veinte días antes de que apareciera el cuerpo de Anna Fejes encontramos el cadáver de una chica extranjera que había desaparecido en Valle Viejo, Verginia Bezopasno.

—¿Cuándo fue eso?

—El año pasado. En época de verano.

—No es mucho tiempo. ¿Tiene el informe de la autopsia?

—No.

—Qué lástima.

—Pero no hace falta para saber lo que le hicieron. Yo encontré el cuerpo. Estaba destrozado.

—¿Putrefacción? ¿Animales de la zona?

—Qué va. Un animal no se lleva una mano y la esconde.

—Son ellos. ¿Tiene el informe de la autopsia?

—No. —Esperó un momento—. Su turno, padre.

—Busco lobos.

—¿Lobos? ¿Exactamente, qué es?

—Soy exorcista. Voy donde se oculta el Maligno.

—No se ha equivocado de pueblo —dijo Rut con ironía.

Se subieron al muelle. Caminaron hasta el confín. Alameda se paró a contemplar la iglesia.

—La iglesia del Mar —suspiró—, originalmente iglesia del Santo Sepulcro antes que Santa Ana, acabada de construir en 1672, fue durante cien años una iglesia parroquial. En principio no tiene ningún misterio, salvo por aquellos que la construyeron. A diferencia de San Modoaldo, esta tuvo que ser reformada para borrar a sus verdaderos ideólogos.

»Los caballeros de la Orden de la Cruz de Caravaca lucharon en las Guerras Santas. Defendieron San Juan, última ciudad cristiana, y la perdieron. La Iglesia jamás se lo perdonó. Más tarde serían perseguidos. La orden quedó disuelta, pero muchos lograron escapar a otros continentes.

»Los que vinieron aquí pusieron las primeras piedras para edificar su iglesia en el año 1400 aproximadamente. Pero incluso en esta tierra fueron perseguidos y torturados hasta la muerte. Llegaron a levantar la fachada y a construir un altar por dentro. El resto quedó vacío, huérfano, hasta que el padre Pío atendió a los deseos del rey de la revolución, el último, el rey Jorge, y la mandó remodelar, ya con el acabado y los símbolos cristianos. Por eso en los libros se narra que fue terminada en 1672. Sin embargo —puso la mano sobre la fría piedra del torreón—, muy pocos saben que incluso en su orfandad fue utilizada por los caballeros del rey Felipe y por el propio rey.

»Eran tiempos de guerra. Cualquier mínima disputa presentaba una ocasión fantástica para levantar las armas contra su adversario y apoderarse de sus bienes y tierras. Y la sangre

corrió como ríos en primavera. Millones de cadáveres se pudrían al sol. Llegaron las plagas y los reyes dejaron de luchar.

»En los primeros años, fue un fracaso. Reyes, papas, banqueros, nobles, todos rompían los pactos con facilidad. Nadie quería la guerra por el avance implacable de la enfermedad, así que todos miraban para otro lado cuando alguno ponía el pie, la mayoría de veces los dos, fuera de la mesa redonda. El problema era que poner los dos pies fuera de la mesa, como digo, conllevaba la violación y el crimen de alguna campesina o la expropiación forzosa de tierras. Tenían tanto poder que muchos se desmadraron y comenzaron a dar rienda suelta a sus deseos más oscuros. Buscaron lujuria y riqueza en clases más altas y las venganzas reavivaron la guerra en plena pandemia.

»Se necesitaba una tregua que los atara. Un pacto que fuera tan inquebrantable como la sangre. Los pocos reyes que se mantuvieron rectos estuvieron largos años buscándolo. Pero fue el rey Felipe quien lo encontró en el silencio. Así, cuando uno tuviera la tentación de cometer un terrible crimen, el otro podría dar luz a uno mayor por el que moriría «eternamente de vergüenza». El rey buscó atarlos a todos en el peor de los delitos. Aquel que quebrantara el pacto no solo moriría de forma horrible, sino que además traería a su familia una vergüenza insoportable.

—¿Qué tipo de delito?

—Injurias al rey, atentados contra la Corona, brujería, sodomía... Para hacerles recordar se mandó tallar un óculo de setenta y cinco centímetros. Se convirtió en un arma. Como el arca que protegió los diez mandamientos, el óculo fue la cubierta, la puerta, el sello que guardó aquellos pactos que sirvieron para reparar un error mayor. Pese a su cruel naturaleza abominable, salvaron muchas guerras que hubieran traído largas décadas de miseria y hambruna.

—No sé qué decir. Me pierdo un poco.

—El óculo está protegido por la Santísima Trinidad. Cada miembro tomó una letra de su nombre y la puso al servicio del óculo. El rey mandó tallar 42 letras en 42 alfabetos distintos que representaron «La Unión», el pacto de todos los pactos, «El Pacto de los Lobos».

—Me quedo a cuadros.

—Espere a oír el resto de la historia.

—Sí.

—Tiempo atrás fui a buscar al Maligno a Afganistán. Estaba seguro de encontrarlo allí. Misioneros en Kabul estaban reportando testimonios de niños que afirmaban sin retractarse que habían entrado en contacto con el diablo. Mi superior decidió enviarme a Kabul. Estaba tan entusiasmado como yo. Nada más llegar fui a visitar a los hermanos misioneros y enseguida me puse a verificar sus testimonios. Dieciocho testimonios. Todos con una alta carga de nerviosismo y adrenalina. Los niños describían una serie de imágenes que tenían en la cabeza, representaciones del Maligno en la forma del lobo. Mi entusiasmo se fue apagando a medida que iba subiendo. Me acercaba al final. Los dos últimos niños, de nueve y once años, y que además eran los más, por así decirlo «adultos», ya hablaban de hombres con la forma del lobo. No quería tocar esa puerta por miedo a que mi búsqueda se viniera abajo de un soplo, como la Torre de Babel. Pero entonces apareció una madre desesperada pidiéndome que hiciera algo, que su propio marido había vendido a su segundo hijo a unos misteriosos secuestradores de idénticas características, como si fueran

todos hermanos o de una misma raza. Seguí la pista. Me obsesioné. Volví a entrevistar a los niños dejando a Dios de lado. Saqué 42 lobos u hombres vestidos de lobos.

—¿Qué les hacían a los niños? —preguntó Rut muy seria.

—Los sodomizaron.

Rut puso cara de asco.

—En 1978 desaparecieron tres niños, menores de catorce años, una chica y dos chicos, en el condado vecino de Matrix. No los encontraron nunca. Los lugareños hablaban de que habían visto merodear a gente muy alta, con el cabello blanco y la piel como rosada. ¿Los mismos albinos que años después se llevaron a los niños afganos? No lo sé. Pero es mucha coincidencia.

—Albinos —dijo, susurrando.

—Sí. Veo su expresión. Usted los ha visto.

—Después de que la Comuna derrotara al Frente Nacional, los vivos regresaron y reconstruyeron Mula. Nosotros, los Rand, lo hicimos en agosto de 1940. Seis meses después de que acabara la guerra. Cada familia tomó una parcela. Los Raga fueron los últimos en llegar. El matrimonio de Juan y Abigail con sus tres hijos se fue a vivir al bosque. Ocuparon la parte occidental. Su tierra terminaba justo en el pazo. El pazo jamás perteneció a los Raga. Los Floden llegaron poco tiempo después de los Raga, por lo que se les considera «familia de segunda generación». Ellos se quedaron con el pazo y sus inmediaciones. Tuvieron sus más y sus menos con los Raga.

»Los Raga eran todos albinos, empezando por Juan, el mayor de tres hermanos. El tercero nació muerto. Aun así, quisieron ponerle un nombre, lo llamaron Anaías. Pero no eran malos, se llevaban bien con los demás. Juan Raga era amigo de mi padre.

—Una generación entera de albinos.

—El hijo pequeño de Juan, Jaiden, desapareció en 1962. Estuvieron setenta y cinco días buscándolo. Apareció en el bosque, con la cara destrozada. El análisis posterior dictó que las heridas de su muerte las había causado una motosierra. Recuerdo a Jaiden metido en el féretro con la tapa descubierta. Era un precioso niño albino de cabello fino y cejas blancas, como la nieve. El *Abuelito* Fejes, el padre de Simón, le reconstruyó la cara. Era de esos que maquillan y preparan a los muertos para que estén visibles.

—Tanatopractor.

—Sí, eso mismo. Nunca supimos quién lo hizo. —Suspiró—. A Tod Perkins, el pequeño Tod, le ocurrió lo mismo.

—¿Tod era albino?

—No. Tod era el hermano mellizo de Elvira Perkins. La única raza de albinos que hubo en Mula desapareció cuando los Raga unieron lazos con los Mathinson. John, el hermano segundo de Juan, se casó con una Mathinson. Los hijos salieron a los Mathinson. Todos aquí sabemos esto.

—Tod, Jaiden, Verginia, Anna —contó Alameda con los dedos. Miró a Rut—. Son muertes misteriosas.

—Falta Erik Rasmusen. Encontraron su cuerpo flotando en el torreón. Por eso sellaron la entrada.

—En el mismo lugar donde apareció Anna —añadió el sacerdote.

—Sí —respiró Rut—. Jaiden fue el mejor amigo de Foid. Erik visitaba mucho el pazo. Todo el pueblo sabía que era amigo de Foid Floden. Los Rasmusen culparon a los Floden

de la muerte de Erik... Y de Jaiden. Estallaron. Se montó muy gorda. El pueblo entero de Mula fue al pazo a buscar a los Floden. Mi padre tuvo que interponerse y echar mano del arma. Acabó disparando al cielo para que se calmaran.

—El albino, Juan Raga, ¿aún vive?

—No. Falleció dos años después del «Año Negro».

—¿Año Negro?

—Los nortños llamamos «Año Negro» a 1973. Las marismas se desbordaron, murieron muchos, el lodo arruinó las cosechas, la iglesia tuvo que ser sacrificada para salvar el pueblo... En definitiva, un año de mierda, el peor que se recuerda aquí después de la guerra.

—Ha dicho que su padre tuvo que tirar de arma. Supongo que es policía. Investigaría el caso de la motosierra.

—Lo hizo. Nada.

—Me gustaría mucho hablar con él.

—A mi padre lo mataron la noche del miércoles 23 de abril de 1980.

—¿Cómo?

—Fue el jefe de policía de Mula muchos años. Solía ir al Bar Amada a tomarse su copa de *whisky* antes de empezar el turno. Decía que el *whisky* era lo único que podía derrotar al General Invierno. Al día siguiente, Zoé Fraser, la prima del alcalde, declaró haber visto a mi padre al lado de la carretera tomándole la matrícula a un coche blanco. Dentro viajaban dos individuos. No se supo nada de ellos. A mi padre lo encontraron tirado en la carretera con un disparo en la cabeza.

—Usted sospecha.

—Antes sí, ya no. Hacerme preguntas me hacía daño.

—Todo es muy extraño. Pero podríamos averiguarlo, juntos. Yo estaría dispuesto a hacer equipo con usted.

—¿Quiere que pierda el empleo? Ni hablar. Yo llego hasta aquí, padre.

—Entiendo. —Reflexionó—. quisiera pedirle un último favor.

—¿Cuál?

—La chica, Anna Fejes, supongo que la enterraron aquí.

—Sí. Bueno, lo que queda en la caja son sus despojos. Que Dios me perdone. —Se santiguó.

—¿Podría visitar el cementerio?

—Está cerrado. Mañana abre por la mañana.

—Necesito ver algo. Después me iré.

—Yo no puedo hacer nada, lo siento.

—Ya —dijo cabizbajo Alameda.

—Tengo que regresar al trabajo. Llevo rato fuera y mi compañero se va a preocupar.

—Me gustaría que me acompañara.

—No puedo. Lo siento.

—Lo entiendo. Ha sido un placer la charla.

—Lo mismo digo. Espero que encuentre lo que busca.

—Sí. Yo también lo espero.

CAPÍTULO 24

La lámpara de queroseno se balanceaba hacia una oscuridad mayor. La luz guio al padre Alameda hasta la cripta donde se encontraba el cuerpo de Anna Fejes. La había buscado durante toda la noche.

«Lobos», pensó de repente.

*

En los ejércitos de los antiguos aztecas, además de Caballeros Águila y Caballeros Tigres, existía una orden, la Orden de los Caballeros Lobo, los cuales tenían como símbolo la cabeza de un lobo. Estaban vinculados a la realeza. Los lobos son un símbolo de poder y estatus en la guerra.

Pensó en Rut. La había acompañado de vuelta al puesto de policía. «Hábleme del entierro». «Un drama —le contó Rut—. No pegué ojo en toda la noche y creo que el pueblo tampoco. Se oyeron gritos de justicia y venganza. Fachadas enteras con crespones negros, coronas de flores apoyadas en todas partes, la bandera a media asta bajo un cielo blanco, telegramas de pésame de todos los políticos a través de los medios de comunicación... Dios, cómo soplabla el viento, parecía enfurecido de verdad».

Alcanzó la última pared del cementerio. No se podía avanzar un paso más. A la izquierda, el ángel a los pies de la cripta.

Empujó la puerta. La cripta, como todas las del condado de Santa Gloria, estaba abierta. Aquel trozo de madera con forma de lápida se abrió rechinante. «¿Quién se encarga del cementerio?». «Nadie —le había dicho Rut—. Simón está en la cárcel y nadie se atreve a cogerle el puesto».

Alameda se detuvo. Levantó la lámpara. La débil luz iluminó la entrada de lo que parecía ser un lúgubre agujero.

*

Lobos:

El número dos está representado por La Sacerdotisa. Corresponde al «Diplomático», «El Consejero». Los llamados «Pacificadores», los que buscan la armonía y el equilibrio. Disfrutan mezclándose entre la gente, poseen el secreto de conocer lo que los demás piensan de ellos. El dos es el antagonismo, tiene el honor de ser uno de los números de la serie Fibonacci. Dos cuernos, potencia política compuesta por dos aliados, Imperio de los medos y los persas en la profecía de Daniel 8:20,21, Revelación del Apocalipsis 13:11.

*

Las llamas de la lámpara relamieron las tumbas de Anna y de su madre. Su madre se llamaba Manuela.

*

Más lobos. Aullidos en la penumbra:

La «Pedra negra» fue el volcán de Picassent. Se la conoce también como «La Piedra de la Justicia», «El Espejo del Alma». El negro es color de la organización. El rojo es el impulso inicial. La necesidad de enfrentarse a cualquier situación. Venus por el sol; anverso, reverso. Se escogerán las horas del alba, hasta

salir el sol por espacio de una semana hasta el domingo «Talismán Exterminador», este talismán debe fabricarse un sábado hasta la medianoche. La luna llena debe de situarse en el centro, entre cielo despejado y sereno. Se nombrará a Saturno. Su metal predominante será el plomo. Se expondrá durante treinta días, en todas las noches, entre las diez y la medianoche. El increíble poder que posee es grande, siempre en virtud de la Cruz de Caravaca, el Escorpión y los círculos cabalísticos. Aquel que lo use podrá imponer su voluntad a los otros.

*

De pronto, Alameda enloqueció. Agarró el ataúd de Anna Fejes por las asas y tiró con todas las fuerzas hacia afuera, arrastrándolo por el agujero cuadriforme. Cayó como un trueno. Alameda se inclinó exhalando el nombre de Anna. Observó su tumba con cara de susto. Cuando se preguntó: «¿Con qué orden?», se respondió: «Con la orden de Dios». Abrió el ataúd. Retiró la tapa. Pudo ver claramente lo que eran unos despojos humanos oliendo cien veces más que cualquier muerto, con la mayoría de los huesos serrados, respirando silencio, sin un ápice de justicia. Los habían volcado allí de cualquier manera. Fue la sensación que tuvo. Se echó al suelo de súbito, cubriéndose las orejas. Oía ahora a los lobos aullar. La interminable lista de crímenes retumbaba en su cabeza:

Una víctima por grupo. Para San Juan, el bautismo; para Ezequiel y la Rueda Giratoria, la visión de la totalidad de la palabra de Dios; para Abraham, el sacrificio de Isaac; para José, la oposición al patriarcado; para la prelaturo, la dirección de la fraternidad.

La mano cierra el puño de la sociedad.

«Aullarán las hienas en sus torres fortificadas y los chacales en sus lujosos palacios. Está próximo a llegar a su tiempo, y sus días no se prolongarán». Isaías 13:22.

CAPÍTULO 25

Las seis de la mañana. Rut llegó al cementerio. Nada más entrar de turno, le habían dado el toque: «Hemos visto un sacerdote en la puerta del cementerio. No tiene buen aspecto». Era la voz de Charlotte.

El sacerdote estaba de pie frente a la verja. Tenía la mirada triste, los brazos derrumbados hacia delante.

De entrada, Rut no quiso presionarlo. Sabía que había saltado la valla, que había estado campando a sus anchas durante toda la noche. El hecho de que fuera sacerdote y, sobre todo, que estuviera apoyado por el padre Mork, le impedía esposarlo. Pero no era para menos, pensaba mientras sacaba el vehículo de la carretera y lo ponía mirando hacia la carretera. Tomó la curva, a la izquierda. Pretendía sacarlo de Mula, llevarlo de regreso al motel. No quería más problemas.

Al cabo de pocos minutos, el sacerdote, habló:

—Lo peor se ha hecho realidad —dijo Alameda profundamente abatido—. Han sido ellos —reflexionó en un tono resuelto—. Fue violada anal y vaginalmente repetidas veces.

Rut le dejó hablar sumida en un silencio absoluto.

—Ha sido torturada de un modo salvaje —explicó, oprimiéndose la cabeza con las manos—. El cuerpo tiene cientos de lesiones y contusiones. —Estaba afectado—. Tiene un profundo aplastamiento en el tórax, le faltan piezas dentales, sobre todo en la dentadura superior.

A Rut le iba cambiando la cara. Miró un segundo al padre Alameda con una expresión de amargo disgusto.

—Hay heridas de cuchillo y —no le salía— le han arrancado con unas tenazas parcialmente un seno. —Le dio la arcada.

Rut tuvo que parar. El padre Alameda salió a vomitar. Después de limpiarse la boca con la manga regresó al vehículo.

—He visto un orificio de bala en el cráneo. —Sacó un pañuelo blanco de uno de sus bolsillos. Se secó el sudor de la frente. Tenía problemas para articular—. Quizá la respuesta se encuentre en la casa del bosque, o en el pazo —dijo temblando.

Los ojos del sacerdote volvieron a encenderse cuando comprobaron que el Patrol se detenía en la gasolinera.

Había un gasolinero dentro atendiendo a la gente. No era Bernardino.

Rut se bajó del coche. Ella misma le abrió la puerta al padre.

—Salga.

Alameda salió del vehículo. Levantó los ojos despacio. Había poca gente en la gasolinera.

—Si vuelvo a verle por el pueblo lo detendré y llamaré a la Policía Armada.

Se subió al Nissan. Se llevó el vehículo de allí, derrapando.

El sacerdote se quedó solo.

Rut lo vio entrar en la gasolinera a través del espejo retrovisor. Al instante, pensó en Robert. Recordó la vez en que tuvo que abandonar el pazo para siempre. Cómo no, tenía que ser un verano, el único caluroso que se recuerda en Mula, verano de 1962, año de la fatídica desaparición de Jaiden Raga.

Aquella tarde a Rut le dolía mucho la espalda. Robert se dio cuenta enseguida. Fue hasta Rut y le levantó la camiseta de un tirón. Lo que vieron sus ojos fueron unos terribles

arañazos deformes, con surcos, producto de unas largas y agudas uñas de demonio. «Erika», se dijo en aquel momento. Fue directo al pazo. Cuando llegó, el sol se estaba ocultando. Martha no estaba. Se había dejado la puerta abierta. Robert entró, corriendo escaleras arriba, desenfrenado. Subió al dormitorio de Erika. Quería empotrarle la cabeza contra la pared.

Al entrar vio a Foid sentado en una silla vigilando a Erika. Robert cerró los puños. Trató de dominarse formulando preguntas sobre su cabeza: ¿y si no hubiera sido Erika? Podría habérselo hecho jugando con la rama de un árbol. ¿Y dónde estaba Martha? ¿Y si no se lo ha hecho en el pazo? «Es tarde, debo volver a casa», pensó.

Foid miró entonces a Robert.

Erika se despertó.

CAPÍTULO 26

Las nubes oscurecían los campos. La carretera estaba despejada. Rut veía más allá de sus propios recuerdos. La casa del bosque quedaba al otro lado del pazo. El camino que separaba a los Raga y los Floden discurría a lo largo del bosque por una zona frondosa.

Rut había conocido a las dos familias, enemigas declaradas. Mientras que los Floden vivían como fantasmas bajo techos de aspecto cavernoso, los Raga abandonaron el bosque y se aliaron con los Mathinson. De este modo salieron vencedores.

Desde su privilegiado lugar, los Raga vieron como los Floden se escondían como conejos al saber que el ayuntamiento ya no volvería a tomar parte en las disputas. Así, cuando Juan Raga se hizo cargo de la iglesia de Santa Ana (iglesia del Mar) y comenzó a barrer la opinión generalizada del pueblo *pa casa*, las otras familias permanecieron firmes y recogieron fieles sus votos marginando a los Floden y, por el contrario, defendiendo y apoyando todas las acusaciones contra Erik y Rita Floden.

Rut estaba pensando esto cuando de pronto giró el volante bruscamente a la derecha y tomó el estrecho en dirección al pazo.

Hacía mucho que no visitaba la casa del bosque. La última vez fue en el verano de 1972. Había seguido a Tod Perkins hasta allí. La pequeña Rut cruzó el camino y se internó en el bosque desconocido sin darse cuenta de que Pazuzu la espiaba. El amigo imaginario de Foid Floden continuó su persecución por la senda de tierra sin perderla de vista. Tras haber recorrido unos treinta pasos más, ella entró en la casa del bosque y él se quedó observándola desde fuera.

«No tengas miedo. Ese es mi amigo», le dijo Tod Perkins. Pero Rut no veía nada.

Rut apagó el motor. Había encontrado la casa del bosque. Estaba más negra y misteriosa que nunca.

El paisaje era de un verde insípido, tan sumamente endemoniado que parecía estar amontonándose alrededor de la fachada. «Entre el pazo y el bosque está la casa», pensó mientras contemplaba una auténtica ruina en su declive.

Salió del vehículo con el olfato activo, sin perder de vista ni un segundo la insólita fachada. En ese instante era capaz de olerlo todo. Como un sabueso, permaneció frente a la puerta, esperando, con los ojos del tiburón clavados en el inmediato horizonte. Solo se le oía respirar.

Entró en el bosque. Estaba repleto de coronas compuestas por zarzales. Siguió avanzando. Sus pies se deslizaban a gran velocidad. El Nissan se veía cada vez más lejos. La distancia se ensanchaba. Caía sobre ella el haz de sol, inclinándose. De pronto apareció un grueso tronco rodeado por una nueva corona de zarzal. Viró a la izquierda. Lo recordaba perfectamente, como si hubiera estado ayer. El bosque se desnudó ante ella. Tenía delante la casa de los Raga, una vivienda tipo cabaña de aspecto fantasmagórico.

Allí no vivía nadie. Los Raga abandonaron la casa en 1972. La estructura consistía en una mole de dos pisos sostenida por seis pilotes a izquierda y derecha y tres columnas que reforzaban la fachada. El bosque la había engullido hacía tiempo. El sol se reflejaba en las ventanas, iluminándolas entre tablones de pino de mar.

Desde fuera podía verse la escalera que llegaba desde el salón. Rut la contempló en primer lugar sin poder resistir la tentación de entrar. Tenía sed de respuestas.

Apartó un poco con el brazo las últimas ramas que caían muertas de los árboles. Prolongó los pasos hacia la puerta principal. Entró. Inmediatamente, sintió una oleada de voces a su alrededor, las cuales susurraban atormentadas. Accedió a un rectángulo incrustado parcialmente calcinado.

De entrada le sorprendió, porque el salón estaba plagado de desperdicios. Señal de que allí había vivido alguien. Comprobó que había restos de carbón en la chimenea. También halló dos colchones, latas de conserva, botellas de agua y hasta un pico oxidado. Una escalera adosada a la pared conducía al piso superior.

Subió la escalera. La planta superior consistía en un largo pasillo repleto de habitaciones. Chequeó una habitación tras otra. No tenían puertas, ni ventanas, ni muebles. Estaban a rebosar de polvo y suciedad. Allí arriba los mosquitos acuchillaban.

A la izquierda vio algo sorprendente. En una de esas habitaciones completamente vacías se hallaba un único y solitario cuadro de espaldas apoyado contra una pared ennegrecida por el humo y las llamas.

Rut entró en la habitación. Volteó el cuadro. Extendió la mano sobre la ceniza y luego se apartó examinando aquellos rostros encerados de ojos rojos que posaban con expresión arrogante.

«Los Raga», pensó. El cuadro era espantoso.

La fotografía en lienzo se había tomado al daguerrotipo. Las cámaras para obtener capturas al daguerrotipo fueron de las pocas cosas que sobrevivieron al devastador paso de la Comuna durante la guerra civil.

El 27 de enero de 1936 estalló una guerra encarnizada entre los azules, el Frente Nacional, partidarios del rey Jorge II, y los rojos, la Comuna, defensores de los derechos del proletariado. Fueron unos años terribles, sangrientos, que dejaron a la población exhausta. Después de aquello, muchas familias quisieron fotografiarse con sus seres queridos fallecidos en la guerra. «El retrato de la luz congelada», se hizo común. A los niños retratados en su muerte se les denominaba «angelitos».

Rut permaneció ensimismada, examinando cada rostro:

Vio a un hombre de pie, muy alto, acunando a un bebé. El bebé, de fisonomía albina con rasgos muy acentuados, estaba muerto. «Tiene que ser Anaías», pensó Rut. ¿Pero quién era el otro? ¿Su padre? Era lo más probable, aunque no tenía constancia de ningún otro Raga antes de Juan y sus hermanos. «Bueno sí, la madre —pensó—, que decían que era gitana». Al hombre lo acompañaba en el retrato una mujer de piel morena con el cabello blanco ceniza y los ojos esmeralda. «Tiene que ser ella». Volvió a poner los ojos en el padre.

El primer Raga. El que trajo a la familia de vuelta tras la guerra. Otro que regresó de entre los muertos. Parecía haber salido de un bestiario. Era monstruosamente alto, con la expresión dura y la faz como de máscara. Su cabello era blanco. Lo llevaba largo, larguísimo, hasta la espalda. Sus ojos eran grandes, de un color rojo nítido. Las manos le caían adormecidas por debajo de Anaías, emergiendo unas manos largas, con pelos en el centro de las palmas. Miraba a cámara como el diablo observa el crucifijo. Iba vestido de traje fúnebre, victoriano todo él, encerado de arriba a abajo. Daba pánico.

Los dos hijos estaban ubicados uno a cada lado del padre y la madre. Ahora sí, no había duda, el que se situaba a la derecha del padre era Juan, el mayor. Se intuía por la altura. Estaba más desarrollado que el otro. En la fotografía tendría unos trece años.

Volviendo un poco al principio, cuando los Raga vivían en el bosque y mantenían encarnizadas disputas con los Floden por el territorio, los dos hermanos, Juan y John, entablaron amistad con la pandilla. Al fin y al cabo, puede que fuera eso lo que en verdad los sacara del bosque. Juan despuntó pronto. Cayó bien a todo el mundo y se hizo muy amigo de Robert, el padre de Rut. Además, coincidió con el padre Mork cuando este se hizo cargo de la iglesia de Santa Ana (iglesia del Mar) entre 1960 y 1962. Fue él quien propuso a Juan como vigilante del campanario.

En cambio John, John era más retorcido. Tenía un carácter fuerte. Solo Dios sabía lo que se le pasaba por la cabeza cuando se sentaba delante de la casa y se ponía a despellejar conejos. A todos los Raga les encantaba despellejar. Robert pensaba que lo llevaban en la sangre. Por eso sorprendió y mucho que en John no se manifestara naturaleza violenta alguna cuando fue rechazado por Martha. Se pensó que tal vez había sido Juan el que había sofocado la ira de su hermano pensando en la familia, ya que si John hubiera pegado a Robert los Raga se hubieran metido en un serio problema de cara al pueblo de Mula. Porque no era lo mismo un Rand, un Mathinson, o un Fejes, por ejemplo, que un Raga. A los Raga los tenían en Mula como a unos pordioseros que no tenían donde caerse muertos. El alcalde llegó a decir que los habían dejado establecerse «por pena».

Sin saber cómo ni en qué momento la conoció, John se casó finalmente con la prima de Brais Mathinson, Melisa. John y Melisa tuvieron un hijo al que pusieron Adán por tratarse del primer nacido entre un Raga y una Mathinson.

En todas las historias de linajes no aparecía ninguna especie de patriarca de los Raga. Se creía que el primer hombre era Juan. Sin embargo, ahí estaba ese albino encabezando todo el núcleo familiar. ¿Quién demonios era?

Solo un Raga podría saberlo y el único que quedaba en Mula era su compañero, Adán. Ah, pero ¿cómo se lo iba a tomar? Adán Raga nunca se llevó bien con su padre. La única vez que habló con Rut del tema llegó a decir que él nunca se había sentido un Raga, que él era un Mathinson. Esta pequeña conversación ocurrió a los seis meses de empezar a trabajar como policía en el puesto. John acababa de fallecer. Sus restos permanecen enterrados en la casa del bosque.

Rut observaba ahora su tumba desde la ventana. Los Raga eran los únicos que no estaban enterrados en el cementerio. La lápida de Juan asomaba junto a la de sus hermanos: John y Anaías. No había rastro de los otros.

El padre Alameda hablaba de una raza de albinos escogida por las élites para secuestrar niños. Las élites los utilizarían después como monedas de cambio en los citados «Pactos de Sangre», «Pacto de los Lobos». Pero Rut no iba a contarle esto a Adán. Quería poner fin a las historias del padre Alameda para madurar sus propias reflexiones: ¿Qué le hicieron exactamente a Anna Fejes? ¿Fue obra de uno o de más asesinos como sugiere el padre Alameda? ¿Quiénes son los albinos? ¿Realmente están detrás de todo este misterio?

Rut salió de la habitación procurando evitar el roce con la pared. Pensó en la carta del padre Camps. Notó un ligero cosquilleo en el estómago. Estaba experimentando una extraña sensación de euforia.

De repente, sintió el aguijón de la corazonada. Se detuvo antes de poner un pie en la escalera preguntándose si los Raga habían fingido la muerte del pequeño Anaías. Pero ¿con qué fin? Desde luego, alguien que sentía apego por esa casa la estaba rondando. Los colchones, el carbón reciente, los envases de leche, las botellas de agua, aquellas latas de

garbanzos que habían sido rebañadas... Señales, claros indicios de que allí habitaba alguien. Podría tratarse de cualquier vagabundo, pero el cuadro parecía importarle. De lo contrario, ¿qué ser humano podría dormir tranquilo con aquella abominación en el piso de arriba? Ella no, desde luego. Lo lógico, con el frío, hubiera sido quemarlo. El solo hecho de pensar en su oscuro marco infernal relleno de humedad le causaba pavor. Salió de la casa con la sensación de que había dejado allí algo importante por descubrir.

CAPÍTULO 27

Rut no podía irse de allí sin visitar el pazo. La tentación era demasiado fuerte. Consultó el reloj: Las ocho de la mañana. El sol estaba despertando. Por el momento, solo unos pocos rayos lograban mantenerse filtrados entre los árboles. En el bosque entraba poca luz.

Apreció una fachada de piedra de color como verdosa. «El pazo», afirmó en su pensamiento.

Al pasar sobre el camino, en dirección al pazo, vio un poco de hierba pisoteada. Se dirigió hacia allí. Aplastó la maleza. Salió volando de la hierba y entró en el camino que moría a pies del pequeño castillo.

Se internó en la casa. Recordó algunas descripciones de Robert que hablaban del salón antes del «Año Negro», como la ventana que se enroscaba alrededor de un arco dorado. Estaba siempre abierta. La dejaban así para que el sol irrumpiera. Parecían las puertas del cielo. La luz caía inevitable en la forma de una estrecha franja barriendo sombras a su paso. Subió la escalera. Espacio.

Con cada zancada se oían también los murmullos de la casa; así, a su alrededor, oía el fragor de la cocina golpeando fuertemente contra los cristales; las alegres risas de los niños filtrándose por la puerta; el tenue sonido de algún coche pasando por la carretera.

El corredor, estrecho e íntimo, corría de un lado a otro. Conectaba las habitaciones de Erika y Foid. Erik se había ocupado de tenerlas bien cerradas con llave. Martha dormía en la planta de abajo. Desde la ventana se veía a Erik Floden podando los abundantes rosales que circundaban el pazo. Todos estos detalles se sentían aún en aquella casa.

Rut cerró los ojos. Durante un segundo, el miedo logró paralizarla. Respiró hondo.

—No tengo miedo —se dijo en voz alta.

Volvió a centrarse en el objetivo. Miró a izquierda, hacia la habitación de Erika. Se dirigió al lugar. Allí arriba se filtraba poca luz. Anduvo a tientas hasta dar con la puerta. Buscó instintivamente el interruptor, lo apretó, pero no había luz. Con gran esfuerzo caminó hacia la saetera. Retiró el trapo negro que la cubría. La luz penetró en la habitación de Erika en un haz de luz, descubriéndolo todo.

—No tengo cuatro años. —Respiró y se controló.

En primer lugar examinó los frascos. Se encontraban todos alineados entre tres estantes. Cogió uno grueso. Lo observó dándole la vuelta varias veces. Había una serpiente dentro sumergida en formol. La dejó en su lugar. Contó los frascos. Le salieron dieciocho. En el último estante se encontraban las peores criaturas.

Inclinó la cabeza hacia adelante. Descendió el rostro. Apreció un feto con malformación. Aquella forma macabra, bizarra, le produjo un escalofrío. Echó el cuerpo hacia atrás. Entonces sintió una gélida brisa. Abrió la mano para sentir el tenue viento fantasmal. Buscó su origen tras el armario. Metió los dos dedos en el resquicio. Tiró del mueble. Pesaba mucho, pero consiguió separarlo un poco de la pared. Suficiente para descubrir otra puerta secreta. Había sido emparedada con ladrillos rojos. Picó con los nudillos. Aquello estaba sólido.

Oyó un ruido diferente. Era un sonido como de llanto. Sintió cómo se le erizaba todo el vello. «Podía tratarse de un fantasma, el fantasma de...», pensó Rut, abandonando la habitación de Erika. Cruzó el pasillo, dejándose llevar nuevamente por aquel sentimiento nostálgico repleto de misticismo. Se plantó frente a la puerta del otro extremo, la que había

pertenecido antaño a Foid. Sentía que había llegado a un punto muerto. El llanto provenía del otro lado. Esa habitación guardaba algo. Empujó la puerta.

El cuarto de Foid Floden estaba abierto. Presentaba un aspecto tétrico. La cama situada en el centro estaba cubierta con dosel. Tenía cinco gruesos cojines amontonados llenos de polvo. El sofá, a la derecha, hacía juego con la cama. Era áspero al tacto.

Se palpaba en el ambiente una atmósfera de tristeza. Por si acaso, Rut comprobó que no hubiera quedado nada debajo de la cama. Después, tras incorporarse, se fijó en un viejo aparador de tres puertas empotrado contra la pared. Lo abrió. Había una masa de mugre sucia y oscura. Fue de nuevo a cerrarlo cuando de repente vio algo. Las yemas de sus dedos se cerraron sobre una línea que hasta la fecha se había mantenido invisible. Al extraerla, el hallazgo se tornó claro: estaba sujetando un largo cabello blanco.

Se asustó:

—¿Qué estás haciendo aquí, puta?

Se giró hacia la puerta.

Erika estaba allí mismo, al final del pasillo, protegiendo su puerta como un animal enrabietado. Estaba ávida de cólera. Tenía un aspecto demoníaco. Llevaba un camisón blanco manchado de vómito. Los pies descalzos. El cabello seco, caído hacia adelante, como un estropajo.

—¡Ve a llorar con tu papá! —chilló Erika.

Rut bajó corriendo los escalones.

CAPÍTULO 28

Aquella tarde Rut llamó al padre Mork desde su casa. El padre Mork le dijo que Alameda se hospedaba en el motel Vespertia, que no sabía si aún seguía allí, puesto que no había vuelto a hablar con él desde que se fue para Mula.

Rut llamó al motel Vespertia a las cinco y media de la tarde. A esa hora el sol empezaba a declinar en Mula. Enseguida le pusieron en contacto con el padre Alameda. Alameda estaba en su habitación. Recién salido de la ducha. Una toalla del motel de color blanco le tapaba medio cuerpo.

—Quiero saber más sobre su teoría.

Reconoció la voz.

—En la mitología griega, Cerbero guardaba las puertas del infierno. Se aseguraba de que los muertos no pudieran salir y de que los vivos no pudieran entrar. En la Ventana de la Aparición, Cerbero estaría representado por un linaje de albinos escogido por los 42 Príncipes del Infierno. Ellos aseguran la Ventana de la Aparición. «Ni los muertos pueden salir, ni los vivos pueden entrar».

—Le escucho.

—Los albinos, además de secuestrar, son los encargados de preparar a la víctima —contaba Alameda—. Limpian el cuerpo, lo liberan de pruebas y, después, lo devuelven cerca de su lugar de origen, más o menos; en teoría, jamás aparece.

—Usted dijo que habían encontrado a tres niños en el condado de Mastrix.

—Antes de ejecutar el plan realizan pruebas.

—¿Tiene alguna prueba?

—La carta del padre Camps es la única prueba que demuestra que los Lobos existen, que no son un mito. Están entre nosotros. Llevan estando desde 1556. Se mueven como fantasmas. Atacan pueblos enteros. Se aprovechan de las catástrofes, del ruido que transporta la noche. Aparecen en mitad de la nada y se llevan a los niños.

—¿Qué ocurre en 1556?

—La Ventana de la Aparición. Le hablé de ella, de cómo surgió.

—Refrésqueme la memoria.

—La Ventana es la respuesta, el sentido de la vida. Es la puerta que abre el infierno. Al óculo que representó la unión, el pacto de todos los pactos, el de los 42 Lobos, se le puso un nombre: la Ventana de la Aparición. 42 signos, 42 nombres —recordó sonriendo—. De pequeño solíamos jugar a un juego. En la iglesia de San Modoaldo yo y los otros monaguillos pasábamos las tardes jugando al juego de Josefo, solo que, evidentemente no nos matábamos, por supuesto, ni siquiera nos pegábamos, era más romántico, nos dábamos un beso en la mejilla y así hasta el siguiente.

»Flavio Josefo fue un aristócrata judío que luchó contra los romanos en la primera guerra judeo-romana. Luchó como jefe de las fuerzas judías en Galilea hasta que fue capturado en Jotapata tras un asedio que duró seis semanas. Lo encontraron en una cueva, junto con otro compañero y cuarenta cadáveres yaciendo alrededor de sus pies. Josefo relata en su libro *La Guerra de los Judíos* que una vez entran en una cueva por culpa del empuje y el asedio de los romanos, varios de sus cabecillas deciden que el deber de todo judío es suicidarse antes de caer en manos de los romanos. Algo a lo que Josefo se opone rotundamente.

»Como ve que es imposible sacarlos de su idea inicial, Josefo propone un juego, los 41 deben colocarse en círculo uno tras otro y ofrecer su cuello al que tienen detrás para ser degollado. Pero lo que hace entonces Josefo es calcular dónde debe situarse para que, al girar la rueda, el óculo, él quede en último lugar. Va contando a los otros rápidamente, está pendiente de las posiciones y permanece siempre en el número 31. De ahí no se mueve hasta el final.

»Cuando todos mueren, acuerda con el penúltimo entregarse a los romanos. Vespasiano le perdonó la vida y Yosef Ben Matityahu se convirtió en un célebre escritor romano llamado Flavio Josefo.

»Recordé este juego y abrí la Ventana de la Aparición. Cada símbolo mata, «descubre», al siguiente: 42 letras en 42 alfabetos distintos. Cada letra es la inicial de un nombre. En la Ventana se esconde el nombre de los asesinos.

—¿Tiene algún nombre?

—Uno. Con la carta del padre Camps podría descubrir al segundo.

—¿Quién?

—El Conde Trav.

CAPÍTULO 29

Alameda se estaba afeitando cuando de pronto sonó el teléfono. Pensó que era Rut. Acababa de hablar con ella. Habían quedado en verse de nuevo, incluso bromeado con la remota posibilidad de dejarlo otra vez tirado en la gasolinera.

—¿Sí?

—No tengas miedo —le dijo una voz rota y a la vez atronadora.

Alameda se quedó escuchando al teléfono. Le temblaban los ojos.

—Hola, padre Alameda. —Suspiró.

—¿Quién eres?

—Me llamo Anaías.

—Has captado mi atención, te escucho.

—Juan Alameda, nacido en Sal, Matrix, hijo de Juan y de Gloria. ¿Cómo está tu hermana?

—¿Qué quieres?

—¿Qué quieres tú que me has estado buscando?

—¿Qué aspecto tienes?

—Soy una roca de nieve.

—Quiero verte.

—Ya me has visto, muchas veces. Tienes miedo, ¿verdad?

—¿Para quién trabajas?

—Ya lo sabes, Juan. ¿Por qué preguntas algo que ya sabes?

—No, no lo sé.

—Lo sabes.

—Lobos.

—Exacto. —Suspiró—. Tú estabas allí, buscando. Yo te vi. La Ventana se te revelará en su momento.

—¿Cuándo?

—En su momento. Ahora debes prepararte.

—¿Para qué?

—Para cuando llegue. La verdad será muy dolorosa.

—No entiendo.

—Hasta pronto. —Colgó.

Recién acabada la conversación con el padre Alameda, Rut descolgó el teléfono y llamó al Instituto de Empadronamiento. Sacó el número de una guía de teléfono. Se puso un tal Miguel. Miguel confirmó que Juan y John Raga habían sido los primeros Raga en empadronarse en el condado de Santa Gloria. No sabía nada del hombre del cuadro. Tampoco de Anaías.

Se dio una ducha rápida y salió de casa vestida con el uniforme de policía.

Deslizó el vehículo hacia atrás, girando varios grados hasta colocarlo en su posición inicial, de cara a la carretera.

Condujo a poca velocidad a lo largo del asfalto. Se dirigía al puesto de policía. Iniciaba turno. Miró instintivamente a un lado. Tuvo un *flash* mientras contemplaba la arboleda:

El resplandor cayó sobre el cristal delantero y se elevó nuevamente dirigiéndose hacia el pazo, en el oeste. Percibió los sollozos del amigo imaginario de Foid en el lugar de la pesadilla. Lo vio en un cuarto iluminado por unas velas. Se oía una risa cruel. Trató de concentrarse en la escena. Un rostro siniestro la observaba con expresión burlona. Tenía que escapar. Emitió un grito despavorido. Estaba a punto de desmayarse cuando de pronto irrumpió Foid. No estaba solo. Trató de distinguir cómo era realmente el amigo imaginario de Foid, pero no pudo ver nada. La figura se había quedado quieta frente a los dos mirando ahora insistentemente hacia Erika. Erika también estaba allí. De súbito, Foid empujó a Erika con tanta fuerza que la puerta al sentir el golpe se partió. «Eres un monstruo, no debiste nacer», recordó. Aquellas palabras de odio, tan perfectamente coordinadas, habían salido de la boca de Foid Floden. Y no iban dirigidas a Erika.

En estas una mano blanca, fantasmal, emergió de la oscuridad. Rut se quedó sin aliento. Abrió la boca para gritar, pero no le salía voz. Sintió cómo las uñas de ese ser sobrenatural se clavaban en su espalda. Oyó cómo la carne se desgarraba. Lanzó un chillido de miedo y dolor por igual. Retumbó en toda la casa. Echó a correr hacia la escalera. Tenía la espalda ensangrentada. Foid la persiguió hasta el bosque. Logró arrinconarla contra el viejo árbol. Rut no podía huir, no sabía qué hacer. Contemplaba a Foid asustada, con los ojos nublados por las lágrimas. El hombre con cerebro de niño y apariencia de trol le apartó el flequillo de la cara. Lo recordaba como un gesto tierno.

Rut abrió los ojos. En sus pupilas se reflejaba el cabello blanco. Lo tenía en el asiento de al lado, dentro de la gorra de policía.

En ese momento una furgoneta de color verde con los cristales tintados la sobrepasó a gran velocidad. Pudo apreciar el modelo. La reconoció al instante. Aquella era la furgoneta del inquilino del chalé en Fraternidad, René Delvaux. ¿Adónde iría con tanta prisa?, se preguntó mientras comenzaba a darle vueltas a los juicios de Sambre.

En el condado de Santa Gloria se llevaban los «juicios exprés». Con el principal sospechoso acribillado y los responsables de su muerte todos detenidos *in situ*, la Comuna no iba a postergar ni un minuto más el miedo y el dolor. Doku lo tenía muy claro. Lo que más se temía de los juicios era precisamente la autopsia. Por eso se afinó mucho en esa cuestión. Así que, a mediados de marzo, con todos los análisis de los delitos cometidos tanto por el difunto Foid Floden como por la pandilla, se procedió a iniciar un juicio llevado por los mismos protagonistas que estuvieron en el levantamiento y posterior autopsia de Verginia Bezopasno, quien, por cierto, meses después, había quedado completamente en el olvido.

Rut recordó las palabras del joven abogado de Simón Fejes. Louis Michel Quills: «Ahora mismo hay discrepancias porque las pruebas de delito contra Foid Floden son suficientes para dictaminar que Simón Fejes se hallaba bajo una presión incontrolable. Cualquiera hubiera hecho lo mismo», había dicho el abogado en su exposición final, sin éxito. La Comuna ya había decidido que iba a dejar caer a Simón Fejes; que todos sus periplos por los platós de televisión de Canal 4 se habían acabado. De nada sirvieron las manifestaciones posteriores en favor del padre de la muchacha asesinada.

Rut supuso que el juez Masa estaba forzando a los abogados de los acusados a ir por una clara senda política tras múltiples llamadas telefónicas. De manera que el forense Alfred Mosa se presentó en el juicio con un nuevo informe redactado por él mismo en el que no aparecía ninguna de las atrocidades mencionadas en el informe original.

Ningún detalle de la primera autopsia fue desvelado. Se tomaron muchas molestias a la hora de seleccionar a los testigos. Ni uno solo se salió del guion. Ni siquiera se mencionó la moqueta.

Lo único... Hubo una sola protesta, que además incomodó al juez. La formuló el abogado de Simón Fejes. En el transcurso del segundo interrogatorio a Thomas Parker, Louis Michel Quills ratificó la ausencia de livideces cadavéricas. ¿Cómo era posible que supiera este detalle si nadie se había podido hacer con el sumario de Anna Fejes? ¿Cómo es que lo sabía?

Siguió dándole vueltas al juicio: para Alfred Mosa tanto los peces como la propia extracción del cuerpo fueron motivo de la desaparición en cantidad de masa muscular. Ningún abogado puso en duda su testimonio. Ni siquiera el que supuestamente se había hecho con el informe «real» de la autopsia, Louis Michel Quills. Quintana y el Lobo tampoco dijeron nada. Su testimonio fue un baile de monosílabos de esos que tanto agradan a los tribunales. Declararon que habían encontrado a Foid con el cadáver de Martha y que desde el principio Foid Floden mostró en todo momento una conducta agresiva.

Rut no consiguió en su declaración introducir la clorpromazina. Nada más empezar, el juez Masa por propia iniciativa le recordó que varios testigos habían afirmado en sus pertinentes testimonios la «supuesta» protección de los Rand sobre los Floden. Le trazó la línea a seguir desde el principio. Las pocas preguntas que le hicieron la Fiscalía y la acusación popular representada por el Partido Rojo se ciñeron a los hechos acontecidos durante la desaparición. Aquel fue su motor de búsqueda. Preguntas fáciles que la situaron de nuevo en la noche del viernes 13 de noviembre de 1992. Lo mismo ocurrió con el siguiente testigo, Adán Raga.

Pensó en el cuadrante. Entraba a las seis de la tarde. Tenían turnos de ocho horas, dos días a la semana libres, dos días de ocho horas compartidas, uno en puesto, otro en unidad móvil.

«La sentencia», recordó. Quedó escrito lo siguiente: «Foid Floden siendo aproximadamente entre las 17:00 y las 19:00 horas del día 13 de noviembre de 1992, andaba por el recinto de la iglesia del Mar en el pueblo de Mula cuando al llegar a la altura de la iglesia se encuentra a Anna Fejes, sola. A fin de satisfacer sus deseos libidinosos la invita a acudir hasta su posición y la acompaña un trozo. Cerca de un árbol la sujeta por el brazo, aumentando la intranquilidad de Anna Fejes, lo cual provoca que grite pidiendo auxilio, reaccionando Foid Floden con varios puñetazos en la boca y en la espalda. Tras repetidas agresiones Foid Floden la inmoviliza y después de desnudarla contra su propia voluntad es penetrada

vaginal y analmente. Seguidamente, es golpeada con un palo. El agresor, Foid Floden procedió a sacar los ladrillos que eran utilizados para tapar la entrada de la iglesia a través del torreón principal. Entonces, con gran fuerza y contundencia, y estando Anna Fejes tendida, la coge, la lleva arrastrando hacia la iglesia y la tira dentro del torreón causándole la destrucción de centros vitales encefálicos, lo cual le ocasiona una muerte instantánea».

Entró en la plaza del ayuntamiento. Condujo un poco más hasta el puesto.

Estacionó allí. Se bajó del vehículo. Subió las escalerillas. Abrió la puerta. Anduvo hacia el espacio donde se amontonaban las oficinas. Adán estaba de pie, cerrando la mochila. Le saludó, con la cabeza.

No quería perder tiempo. Esa noche necesitaba el puesto para ella sola. Pasó por detrás del mostrador. Fue hacia su mesa. Empezó a buscar informes en los cajones.

—¿Ocurre algo? —preguntó Adán. Se preparaba para salir. Estaba vestido de calle.

—Ve a casa. Descansa, mañana hablamos —le dijo Rut, sacando papeles de los cajones.

Adán se quedó allí parado asimilando el hecho de que Rut estaba distinta. Llegó a la conclusión que ocultaba algo.

—No hay novedades —dijo Adán.

Rut no escuchaba. Se quedó sola. Tenía la sección a su entera disposición. En algún punto de aquel pasillo que era un laberinto de archivos, el lobo aullaba. Levantó los ojos buscando aquel aullido entre los miles de archivos repletos de horrores. Se dirigió al fondo. Buscó los antiguos en el número de serie y año. Comenzó a sacarlos, a repasarlos, a comparar los casos con los de las ciudades más próximas de Valle Viejo, Cuernavaca y el condado de Mastrix. Se desplomó en el pasillo, oyendo todavía los aullidos de los lobos en la multitudinaria oscuridad. Abrió el dossier que tenía en las manos. Volvió a ver la afilada cara de Jaiden Raiga en una fotografía tomada frente a la casa del bosque en los años sesenta. La casa estaba viva, soleada. Siguió buscando con las orejas tiesas por si volvía Adán Raga. Encontró un informe elaborado por el sargento de la Policía local de Mula Robert Rand, su padre, en 1962 que decía así:

«Se hace constar en este informe: 1. Asunto. El día 28 de julio de 1962, sobre las ocho y cuarto de la mañana se personó en la Jefatura de Policía, Simón Fejes, de treinta y dos años, enterrador del pueblo, con domicilio en la calle Corcubión número 13, manifestando que serían sobre las siete y media de la mañana cuando se hallaba en la Caseta del Pastor dejando herramientas y vio algo que asomaba entre los matorrales. Cree que podría ser el niño desaparecido, por lo que acto seguido me traslado al lugar para comprobar la zona».

Primera sorpresa: Simón Fejes fue realmente quien descubrió el cadáver de Jaiden Raga. No su padre. ¿Tendría algo que ver?

Pasó página. Siguiente:

«DATOS OBTENIDOS. Para la recopilación del informe se obtienen los siguientes datos: antes el mencionado camino de la Caseta del Pastor tenía mejor acceso, pero por culpa de las lluvias el camino se ha vuelto abrupto. Acudo a las tierras propiedad de la familia Trav, en las cuales Simón Fejes tiene una caseta para herramientas de campo».

—Los Trav —dijo en voz alta—. El conde —susurró, recordando el nombre que le había dado Alameda.

Continuó leyendo:

«Llego al paraje a las nueve de la mañana. Doy un paseo por la senda allí existente. Dicho camino concluye en el Puente de la Laguna. A unos 10–12 metros veo algo entre los matorrales. Enseguida noto el desnivel. Abro el matorral con las manos y veo el cuerpo de un niño que identifico inmediatamente con el niño desaparecido, al cual conozco, Jaiden Raga.

Anexo: hecho sucedido el día 25 de julio sobre las doce de la noche: Se recibe llamada telefónica en Jefatura de una tal Rosa que dice ser vidente comunicando que Jaiden Raga había fallecido y que su cuerpo se encontraba en la laguna. No ha sido exactamente así. Pero dejo constancia».

—La vidente Rosa —dijo, mirando al cielo. Ni siquiera la había llamado para darle las gracias por el hallazgo de Verginia Bezopasno.

El programa *Desaparecidos* seguía siendo de máxima audiencia. Su presentadora, Margot Sabatini, apoyada por una poderosa audiencia, se había lanzado a la búsqueda de los numerosos casos de desaparecidos ocurridos en el condado de Santa Gloria. El hecho de informar de que todo un pueblo estaba apoyando la búsqueda, de que el propio padre de la víctima se había convertido en un colaborador habitual, dio resultado. Así que todos los días se reunía con el equipo y planificaba la parrilla del día siguiente. Dentro de ese equipo se encontraba Rosa, la estrella del programa.

Rut desenterró el archivo del pequeño Tod Perkins, hermano de Elvira Perkins, el niño mutilado en el bosque cuyo cuerpo fue hallado ocho años después de su desaparición en 1972.

El informe databa de 1980. Fue lo último que escribió Robert:

«A las doce del mediodía se persona en Jefatura Simón Fejes, el enterrador del pueblo, comunicando que hay algo detrás de la caseta que huele muy mal, que se ha acercado y ha visto un cadáver. Precisa que le consta que está vestido, que no ha podido apreciar en qué estado se encuentra. Me dirijo al lugar».

No puede ser. Otra vez Simón Fejes, nuevamente la Caseta del Pastor.

«DATOS: En el punto citado por Simón Fejes encuentro un esqueleto semienterrado. Aprecio que, efectivamente, el cadáver está vestido con ropas sucias, malolientes y andrajosas. Le falta la mano derecha. Busco alrededor. No encuentro la mano que falta. Al levantar una rama observo que el dedo índice de la mano izquierda está como atrofiado. Tiene una forma rara. Podría ser Tod Perkins.

Se demostró que era el pequeño Tod.

Otros: a continuación me telefona la vidente Rosa para comunicarme que en el lugar exacto del hallazgo se encuentra el cadáver de Tod Perkins, que antes no estaba allí, que ha sido la hiena de cabello blanco quien lo ha traído».

De nuevo, la vidente Rosa. El cabello blanco...

No constaba en el informe de la autopsia. Sin embargo, halló algo interesante. La carpeta de Erik Rasmusen contenía una sola hoja suelta que decía lo siguiente:

«En la presente, la Unidad Orgánica de la Guardia Montada a las tres de la tarde del día 5 de julio de 1982 se traslada a Mula a efectuar rastreo en la zona donde se ha encontrado el cuerpo de Erik Rasmusen. Del rastreo realizado en la zona se obtiene la siguiente muestra: cuatro pelos blancos mezclados con el barro para estudio criminalístico».

Ahí estaban los albinos de Alameda. Tuvo un arranque de ira. Fue hacia su mesa. Levantó el teléfono y llamó al puesto de la Guardia Montada solicitando acceso al informe de las dos autopsias realizadas tanto a Verginia Bezopasno como a Anna Fejes.

Pese a la insistencia de Rut, el guardia de puesto se negó a facilitarle cualquier tipo de información.

Luego de esto, recuperó la compostura. Entonces regresó al pasillo, sacó todo lo que había en los mencionados archivos y lo puso en otra carpeta. Por último, volvió a ordenar la sección dejándola tal y como estaba. Eran las dos y un minuto de la madrugada. Necesitaba tomar aire. Salió del edificio con el convencimiento de que el padre Alameda tenía razón; ya fuera por una cosa u otra, aquellos fantasmas ladinos se encontraban en cada folio, manifestándose cada vez con mayor claridad.

Se sentó en el morro del Nissan aparcado frente a la jefatura. Repentinamente, se puso a fumar. Había que sofocar aquella obsesión y transformarla en trabajo. ¿Fueron analizados esos cuatro cabellos blancos hallados en el cuerpo de Erik Rasmusen? ¿Qué tipo de pelos eran? ¿Quién tiene esos resultados? Indudablemente, la Guardia Montada. Ellos se habían hecho cargo de la investigación.

Calderón. Había *feeling* con él. Recordó la búsqueda. Comenzó enseguida. Se movilizaron en total treinta y seis equipos en un radio que fue desde Mula hasta Sambre. «Se batieron cientos de kilómetros con la participación de incontables personas», declaró él mismo en el juicio. Se registraron numerosas casas y chalés. Anna Fejes estaba bien con la gente del pueblo. Se llevaba bien con su padre. «Se descartó muy pronto la posibilidad de que hubiera huido de casa», dijo ante la atenta mirada del juez Masa. «Nadie nos dijo que la investigación pasaría a la Policía Armada», siguió. «Me sentó mal. Parecía que mis chicos y yo estábamos haciendo un mal trabajo. Y eso no lo tolero», se llegó a quejar.

Rut quería actuar, pero sin el secreto mejor guardado de 1992, el sumario de Anna Fejes, era imposible saber qué pasó realmente.

El caso había quedado cerrado y ya nadie estaba en peligro. Las gentes del condado de Santa Gloria se sentían a salvo. Por el momento, habían expulsado a Foid Floden de sus mentes.

Eran momentos de pura felicidad, de alivio, pero también de intriga. El programa *Desaparecidos*, con el noventa y nueve por ciento de la audiencia en televisión desde la fatídica «Noche Negra», apuntaba ahora hacia otra dirección para crear titulares. Esa misma noche, mientras Rut reflexionaba acerca de cómo podía sacarle a Calderón los informes de las autopsias realizadas a las dos últimas víctimas encontradas, Margot Sabatini soltó la bomba.

Eran aproximadamente las dos y media de la madrugada cuando la periodista, en su cierre, lanzó que *Desaparecidos* había tenido acceso al sumario de Anna Fejes y que al día siguiente, 13 de julio de 1993 se iban a revelar «nuevos datos hasta ahora desconocidos por la audiencia». Ni que decir tiene que la noticia hizo saltar por los aires la paciencia de la Comuna. Doku puso inmediatamente en marcha la maquinaria roja contra el programa. Tenía los días contados.

Por su parte, Rut, desconociendo aún esta noticia, seguía investigando los casos. Siguió dándole vueltas:

Erik Rasmusen, de ocho años, el segundo mejor amigo de Foid tras Tod Perkins, hermano de Elvira Perkins. Era un niño tranquilo, comunicativo, solía pensar a menudo que la maldad estaba cerca. Un detalle importante. El 30 de junio de 1982 Erik Rasmusen salió a comprar tabaco para su padre y no regresó. El día 5 de ese mismo mes se descubrió su cadáver, completamente vestido, flotando en las aguas negras del torreón. A falta de revelar el informe de la autopsia, ahora se sabe que la Guardia Montada encontró cuatro cabellos blancos.

Anna Fejes, hallada en las profundidades de ese mismo torreón perteneciente a la iglesia del Mar. Los hermanos Harald declararon en el juicio que vieron aparecer a Anna como un Cristo conforme la iban sacando. El cadáver estaba envuelto en una moqueta azul. Aun así, estaba cubierto de algas. Según los hermanos Harald, a Anna Fejes la habían envuelto en una moqueta azul. El tribunal confirmó que era azul. No profundizó en el asunto.

«A Verginia Bezopasno la envolvieron en una moqueta de color rojo», recordó Rut. Hacía una hora que Margot Sabatini había soltado la bomba. Seguía sin saber nada. No había televisión en el puesto. No era de radio. Se dio otro pequeño respiro. Se fue al lavabo. Abrió el grifo y se mojó la cara.

Regresó al mostrador. Miró el reloj. Eran las tres y media de la madrugada. Concentró la mirada en la puerta. Pensó en Jaiden, la primera víctima. Había estado presente en su funeral, cuando era niña.

Jaiden Raga había sido el primer amigo de Foid. Su expediente decía que le había cortado la cara con una motosierra. Robert estableció la hipótesis de que, según las huellas encontradas, a la víctima la habían perseguido hasta darle caza. Nadie investigó más allá. El cuerpo fue hallado bocabajo, con los brazos extendidos, como si hubiera querido arrancar la hierba.

El segundo cadáver cuya desaparición fue denunciada por los Perkins, fue el de Tod; descubierto mucho tiempo después cerca de la Caseta del Pastor, a poca distancia del río Tambre. Le faltaba la mano derecha.

Rut sacó un bloc de notas. Empezó a anotar:

«Al cadáver de Verginia Bezopasno le faltaba el brazo derecho. Estaba destrozado. Parecía haberle explotado la carne. Había chorretones por todas partes.

La segunda víctima se había descubierto detrás de la Caseta del Pastor. La primera víctima había aparecido muy cerca de la segunda. Hasta la fecha actual, y que se supiera, el asesino había cometido supuestamente cinco crímenes: los tres niños y dos adolescentes.

La tercera víctima fue arrojada al torreón. Erik Rasmusen».

Rut abrió uno de los cajones de la mesa de Adán. Sacó un mapa y lo extendió sobre la mesa. Sus ojos recorrieron el condado de Santa Gloria.

«La cuarta víctima la encontró en la laguna. La quinta víctima, Anna Fejes, aparece setenta y cinco días después de su desaparición en el fondo del torreón. Al asesino le gusta ir de la Caseta del Pastor a la iglesia del Mar. ¿Qué significado tiene para él?».

Dejó de anotar.

Todas las diligencias llevadas a cabo por el Juzgado de Instrucción de Mazarros, finalizadas por decisión del juez, decretaron con una anotación conjunta que los archivos en relación a los casos de desaparecidos en el condado de Santa Gloria entre 1988 y 1992 habían perdido parte de masa cutánea—muscular por culpa de las alimañas y animales de la zona.

Foid Floden era inocente. Ahora, ¿qué interés tenía la Policía Armada y el juez Masa en ocultar los datos? El juicio fue una auténtica farsa. Un juez honrado hubiera permitido que aquel juicio se transformara en una guerra contra la Policía Armada. Pero la Comuna estaba en la sombra y manejaba los hilos de todo aquello.

—Estoy pensando como el cura —dijo. Se sintió mal—. No debí sacarlo así.

Las seis y media de la mañana. La claridad comenzó a filtrarse. El amanecer se intensificó. Adán estaba a punto de llegar. Rut enrolló el mapa y lo dejó donde estaba. Después, recogió la carpeta con la chaqueta del uniforme y la guardó bajo el brazo.

Hubo un minuto de silencio. De pronto se abrió la puerta y apareció Adán. El turno de ese día, jueves, era de seis a dos de la tarde y de diez a seis de la mañana. De dos a diez estaba descubierto. En Mula faltaba gente para trabajar. Habían pensado en la figura del guardia de seguridad para llenar huecos. Pero tendría que ser una persona mayor, puesto que en Mula, así, de la edad de Rut y Adán, solo quedaban cuatro gatos.

—Tenemos que hablar —le dijo Rut de pronto. Se apartó un poco para dejar que se sentara.

Adán se sentó en una silla, cerca de Rut.

—Foid Floden es inocente. No tuvo ninguna participación en el crimen de Anna Fejes.

—Te precipitas al hablar de Foid. —Se acomodó—. Aun siendo inocente en este caso, mató a cuatro policías con sus propias manos. —Pausa—. Sin contar a Martha.

—Lo de Martha fue un accidente. Estaba sometido a mucha presión. Lo oíste todo en el juicio.

—Rut, no me fastidies. El caso es excesivamente turbio. Calderón hizo públicas sus discrepancias y la Policía Armada hizo lo que tenía que hacer. El problema estaba en la presión popular. La noticia se extendió demasiado. Había mucho miedo y todos pusieron de su parte para erradicarlo lo antes posible. Es normal que muchos se equivocaran.

—Conoces a Foid. Sabes que él no haría algo así.

—Lo hizo con su propia hermana.

—No la violó.

—A lo mejor se gustaban. La cosa quedó clara en el juicio. A Foid le gustaba Anna y como no podía tenerla la violó.

—¿La violó cómo? —dijo Rut, juntando los labios y apretando los dientes—. ¿Mutilándola? ¿Provocándole un dolor insoportable para cualquier ser humano?

—No te entiendo.

—Vi el cadáver de Verginia Bezopasno y, de verdad, hay algo más.

—No sé qué tiene que ver un cadáver con otro. Estuviste allí. Lo escuchaste. Es doloroso decirlo, pero gracias a la pandilla la pesadilla de esa endemoniada familia se acabó. Mi mujer y yo habíamos pensado en abandonar el pueblo por todas estas cosas que estaban sucediendo. Teníamos planes. Ahora lo estamos pensando.

—Es serio, Adán. Necesito tu ayuda.

—Está bien. Cuéntamelo.

—Ayer vino un sacerdote y me contó una teoría. Cree que a Anna Fejes la asesinó una especie de grupo oscuro que maneja los hilos del Gobierno en la sombra.

—La teoría no me sorprende. En Canal 4 llevan todo el año repitiendo lo mismo —dijo Adán—. Lo que me sorprende es que te lo haya dicho un sacerdote. Más, si cabe, que viaje hasta nosotros para contártelo. Porque era sacerdote, ¿no?

—Llamé al padre Mork y no solo lo reconoció al momento, sino que además me dijo que podía fiarme de él.

—Entonces es sacerdote.

—Lo es.

—¿Qué más te contó?

—Él dice que este grupo comenzó dando palizas a putas y chaperos a cambio de dinero y que luego pasaron a los niños. Los utilizan para sellar pactos de sangre.

—Suenan peor que lo de Margot Sabatini —dijo Adán. Sonrió, sarcástico.

—No se puede hablar contigo.

—Está bien. Lo siento —se disculpó Adán—. Sigue.

—Vamos a volver al principio. Al 13 de noviembre de 1992. A las cinco y media de la tarde Anna sale del colegio Felipe II con Abigail Parker. Se van juntas a la iglesia del Mar. Tras pasar unas horas allí, en vez de volver a casa se dirigen hacia la carretera. Si tomamos en cuenta la versión de Daniel Mathinson, él no pasó por allí.

—Ninguna voz en el juicio dijo lo contrario.

—Daniel le contó al juez lo mismo que a la Policía Armada, que la última vez que vio a las niñas fue el viernes día seis de noviembre saliendo de la discoteca La Cueva. Estaban buscando a alguien para que las trajera de vuelta. A él no le preguntaron. No pudo ver más, según su declaración ante el juez. Que cree que fue Thomas Parker quien las fue a buscar y las trajo.

—Lo confirmó el propio Thomas —dijo Adán. Arrugó el rostro.

—Foid me contó que la noche del viernes 13 vio un coche verde parado hablando con las niñas a la altura del cruce. ¿Quién tiene un *jeep* verde en el pueblo?

—¿Eso cuándo? ¿La noche del 13?

—Sí.

—No me dijiste nada.

—No le di importancia. Me pareció algo normal.

—Podría no ser él.

—Querían ir a la discoteca. Pero no sabían que estaba cerrada. O sí lo sabían y se tenían que encontrar con alguien.

—¿Daniel Mathinson mintió?

—Daniel Mathinson ocultó en todo momento ese breve encuentro y Abigail Parker hizo lo mismo. ¿Por qué? ¿A quién están protegiendo?

—Suponiendo que Foid haya dicho la verdad.

—La coartada nunca se rompió porque nadie presionó a Abigail Parker para que dijera que en verdad tenían intenciones de ir a una discoteca que sabían perfectamente que se encontraba cerrada. ¿Qué adolescente no controla eso?

—Si seguimos esta teoría tuya, entonces algo salió mal, porque se fueron tres y volvieron dos.

—A lo mejor no fue ninguno y Anna se quedó esperando.

—¿Se rajaron?

—No lo sé. Cuando fui a ver a los Parker, Abigail estaba blanca, se encontraba muy mal.

—Gripe. Lo dijo en el juicio.

—O algo que se había tomado.

—¿Drogas?

—No sé. Al día siguiente estaba buscando a su amiga totalmente recuperada. Yo la vi.

—No tiene pinta de drogarse.

—Los Parker ya no están en Mula, a lo mejor podemos hablar con Daniel. Se ha tenido que hacer cargo del bar de su padre —dijo Rut.

—Sospechará.

—La pandilla está en la cárcel. Que sospeche lo que quiera. No cuadra —dijo Rut.

—Porque das por hecho que Foid te dijo la verdad. Pero yo pienso que estaba mintiendo porque quería que te alejaras.

—Seguro que John te habló de Foid y de los Floden y de lo terribles que son.

—No voy a hablar de John.

—He visto el cuadro de la casa del bosque.

—No sé de qué me hablas. Acabo de empezar, estoy dormido y necesito café.

—Voy a hacerme con el sumario de Anna Fejes —finalizó Rut. Sonaba muy convencida.

Adán se levantó de la silla. No quería escuchar más.

Rut recogió la carpeta donde había recopilado la información de los casos y se fue a dormir.

CAPÍTULO 31

Despertó una hora más tarde. La voz de Robert todavía retumbaba en el ambiente. Retiró la sábana con fuerza y corrió al trastero. Encendió la luz y rebuscó en los estantes hasta que extrajo de entre la ropa una caja de bombas marca Adidas atada con una goma. Pegó el oído a la caja como si fuera el pecho de Robert. Sacó la goma. Abrió la caja con mucho cuidado. Dentro había muchos recuerdos; fotografías de una joven familia Rand frente a la antigua casa en la calle del cementerio. En otras se veía a Sarah con un pastel de cumpleaños. Todas eran muy emotivas. Especialmente una, cuando su padre enfilaba el sendero de la Caseta del Pastor montado en el Nissan Patrol que ahora llevaba Rut.

Frunció los labios.

Sacó la placa de Robert. Estaba sobre una plancha metálica conmemorativa por los años prestados a la policía. De pronto se despegó una fotografía. La recogió en el aire antes de que pudiera volver a la caja. La examinó con detenimiento. Ahí estaba la casa del bosque, año 62, y su padre, al lado de Juan Raga.

Cerró la caja.

A las doce, se fue a ver a Calderón. Iba bien cargada de café. No tenía cita. Se presentó en el puesto de la Guardia Montada en modo paisano. Había escogido un atuendo poco femenino, camisa de leñador y tejanos. Era la ropa que solía usar Robert.

Llamó dos veces y empujó la puerta despacio. Entró en el puesto con paso cauteloso. Inmediatamente, un cabo primero que tenía un mostacho casi de felino le cortó el paso:

—¿En qué puedo ayudarla? —le dijo, con timbre interrogativo.

Rut sacó la placa de policía y se identificó.

—Soy Rut, de la Policía Local de Mula. Quiero ver a Calderón.

El cabo primero se quedó en blanco. Reaccionó después.

—Espere aquí.

Rut esperó en la puerta. Paseó la mirada un poco por la estancia. Veía pasar rostros enjutos de un lado a otro. Reflejaban una intensidad espiritual. Sus ojos refulgían como si marcharan hacia el fin del mundo.

En esas, regresó el cabo. Guio a Rut a través de la oficina, hacia el despacho de Calderón. Cuando llegaron, se cuadró en la puerta antes de decir ni mu.

—Mi capitán.

Calderón estaba sentado en su silla giratoria de cuero negro, ordenando unos papeles, de impecable uniforme rojo. Los metió en un cajón justo cuando vio aparecer al cabo, con Rut.

Levantó la cabeza:

—Que pase —dijo.

Cerró el cajón con mala leche. Se levantó para darle mano. Después se sentó, clavando los codos en la mesa.

—¿En qué puedo ayudarte, Rut? —preguntó, haciendo notar un tono de voz cálido, familiar.

—Me he quedado con alguna duda y quisiera tener acceso al informe de la autopsia de Anna Fejes.

—Eso es imposible —la cortó Calderón—. El sumario está en manos de Quintana y la Policía Armada no lo suelta. Nosotros no podemos hacer nada —dijo—. ¿Qué estás buscando? —le preguntó, al ver que Rut no lo miraba.

—Hubo muchos errores en el juicio —dijo Rut.

—Sí.

—Errores técnicos en las pruebas periciales.

—Para no haberlos. Caso prácticamente sin pruebas testificales donde el único sospechoso está muerto. La única discrepancia que sigue existiendo es el objeto de delito. ¿De dónde vienen tus dudas?

—No puedo quitarme de la cabeza el cadáver corroído de Verginia Bezopasno.

—Probablemente fue Foid Floden. Pero no hallamos material suficiente para llevarlo a juicio. Aunque hay cierta similitud en los casos.

—¿Llegaste a ver el sumario de Anna Fejes?

—Sí, lo leí.

—¿Y qué pone en el informe forense? Me refiero a, ¿cuál es la relación?

—Un tiro de gracia en la cabeza con una 9 mm. Lo que se dijo en el juicio.

—¿Y las agresiones? ¿Y las mutilaciones?

—¿Las hubo? El forense fue taxativo en eso. «La desaparición de las partes blandas se debe a la putrefacción», citó. Fue lo que dijo.

—Mosa fue quien realizó las dos autopsias —dijo Rut, con voz pesada.

—Es el forense que tenemos más cerca —Calderón levantó de súbito las cejas.

—A lo mejor tendríamos que cambiar de forense.

—No vas a encontrar a otro. —Esbozó una sonrisa de profundo hastío—. Nadie quiere venir al norte —adelantándose—. Desde que tengo uso de razón —dijo, con tono sombrío—, el norte es oscuro para los sureños, siniestro para los metropolitanos. Siempre ha sido así.

—Necesito hacerme con el sumario de Verginia Bezopasno.

—Eres igual que tu padre. —Sonrió amargamente—. No puedo dártelo.

—Me quedaré aquí, leyéndolo.

—Esa maldita mujer del Canal 4, Sabatini, tiene afán por conseguir exclusivas. Da dinero a todo aquel que tenga algo que contar y nos está empujando la mierda hasta aquí, ya que está dando detalles de la autopsia de Anna Fejes. Tiene a la población otra vez en vilo, que es lo que quería.

—Eso, ¿cuándo?

—No lo sé. Lleva dando por culo desde que pasó lo del crimen.

—¿Cómo es que ha tenido acceso al sumario?

—Ni idea. Nosotros no lo tenemos, seguramente se lo esté inventado, pero qué coño importa. El tema es que no tardarán en venir a dar por culo todos los periodistas. Es mejor que te vayas si no te los quieres comer a la salida.

—Necesito respuestas.

El cabo primero irrumpió en el despacho:

—Mi capitán, tiene una llamada.

—Voy. —Abrió el cajón donde tenía guardados los papeles. Miró a Rut. Lo dejó abierto—. No puedo ayudarte. Lo siento mucho —dijo, saliendo de su despacho sin invitarla a salir.

Rut se volvió. Vio desaparecer a Calderón con el cabo. Puso los ojos encima de la mesa. Se fue incorporando hasta que obtuvo la visión completa del cajón superior. Leyó un título, dentro del mismo: SUMARIO COMPLETO BEZOPASNO. Calderón había dejado el cajón abierto para que lo cogiera.

CAPÍTULO 32

Tres de la tarde. Rut tenía fiesta, un jueves lluvioso. Oprimió el botón del radiocasete. Aria, de Bach, ocupó todo el salón. Se quedó suspendida en aquella belleza que no pasaba de moda. Se sentó en el sofá con el sumario. Doscientas páginas encuadradas sobre sus muslos. Estiró las piernas. Comenzó a leer. La lluvia caía en gotas lentas.

La desaparición de Verginia Bezopasno concluye un 7 de enero de 1993, como recoge el sumario. Fecha en que el cuerpo fue descubierto por Rut.

El sumario comenzaba relatando los hechos:

«Reconstrucción del crimen: Entre el 15 y 20 de agosto de 1991, Verginia Bezopasno, de quince años, decide irse de casa, en el pueblo de Valle Viejo, hasta el kilómetro seis de la carretera general Valle Viejo–Pueblo de Arena, lugar donde fue vista por última vez. Dos años después, el 7 de enero, el cadáver, en fase final de esqueletización, aparece sobre el mismo hielo de la laguna con un agujero de bala en la parte posterior craneal. Tras la pertinente autopsia forense se determina que Verginia Bezopasno fallece a causa de un disparo en la cabeza realizado con una pistola automática calibre 9 mm Parabellum».

Bajó los ojos. Había anotado un dato curioso: «Desde 1985 hasta 1992 han desaparecido entre Mula y Valle Viejo veintitrés jóvenes, de los cuales han aparecido dieciocho cadáveres. Todos ellos aún sin resolver».

¿Por qué este dato? ¿Quién había colocado en el sumario semejante anotación?

El sumario aportaba fotografías de la casa de Verginia y de la carretera:

«Entre el 15 y el 29 de agosto, sobre las 16:00 horas, Verginia Bezopasno, de quince años, recoge comida y ropa en una mochila color ocre y sale de casa. Se dirige a Pueblo de Arena, caminando, desde Valle Viejo, recorriendo una distancia aproximada de tres kilómetros, unos cuarenta y cinco minutos».

A continuación, avanzaba hacia adelante, refiriendo el siguiente suceso con salto en el tiempo:

«El 7 de enero de 1993, la Policía local de Mula encuentra su esqueleto en la laguna, en la localidad de Mula, muy cerca de la Caseta del Pastor, propiedad de Simón Fejes, enterrador del pueblo. La policía local, Rut Rand, acudió a la laguna para verificar una llamada realizada por una famosa vidente.

DECLARACIÓN DE RUT RAND:

Preguntada por la llamada manifiesta que a las once horas aproximadas del día 6 de enero recibe una llamada en su domicilio procedente del puesto de policía, en Mula. Que es su compañero, Adán Raga, el que está de servicio esa noche. Que Adán Raga le dice que acaba de llamar la vidente Rosa al puesto de policía, en Mula, muy nerviosa. Que quiere hablar con Rut porque ha visto el cuerpo. Preguntada si dice que el cuerpo pertenece a Anna Fejes contesta que no, que le cuentan que la vidente Rosa ha visto un cuerpo, pero que hace referencia a que puede ser el de Anna Fejes. Que al tratarse de una vidente reconocida en

televisión va a verificar el cuerpo. Preguntada por las características del lugar que menciona la vidente Rosa, dice que dedujo que se trataba del río Tambre porque la vidente cita dos puntos clave: la caseta y el puente. Preguntada acerca de qué vio nada más localizar el cuerpo, dice que el frío y el cansancio la derrumbaron y que tuvo que gatear hasta una sombra. Que al tocar la sombra con los dedos sintió que se trataba de un tronco. Que el tronco fue cayendo hacia la laguna con algo pesado, que arrastró hacia adentro. Manifiesta que puede que el cuerpo se encontrara en un principio en la misma orilla. Que no puede afirmarlo, pero que es lo que cree.

Croquis. Distancias que ocupan en el sumario relativo a Mula y Mazarros con Pueblo de Arena. Distancia: ochenta kilómetros. A) Domicilio de Verginia Bezopasno. B) Ermita. C) Carretera.

Cabo primero John Malone y guardia segundo Bruce Castillo, de la Guardia Montada pertenecientes a la primera unidad. Hacen constar lo siguiente:

El 6 de septiembre, a las ocho de la tarde, se persona María Bodor, de cincuenta y nueve años, madre de Verginia, manifestando que su hija se ha ido de casa. Que le han dicho que la han visto hace unos días andando por la carretera. Preguntada por si su hija llevaba dinero responde que sí, que le ha robado de la cartera veinte francos. Que no sabe a dónde puede haber ido. Preguntada sobre cómo es su relación con su hija responde que mala. Que es la cuarta vez que se fuga de casa.

A las 22,30 horas se presenta María Bodor, madre de Verginia, comunicando que una vidente llamada Rosa le ha dicho que su hija se encuentra en un chalé de Fraternidad.

Ese mismo día, a las dos de la madrugada se encuentra una mochila color ocre al lado de la carretera, a un kilómetro y medio de Valle Viejo.

A las doce del mediodía del día 7 de septiembre se persona Virgilio Bezopasno, padre de Verginia, acompañado de María Bodor. Cree que Verginia se ha fugado de casa. Que su hija, dice, lo ha amenazado varias veces con el cuchillo para que le dé dinero. Que ya lo fue a denunciar (el mismo día de la desaparición), pero que la Guardia Montada no le hizo caso (no se tiene constancia de la denuncia). Preguntado si puede estar con algún familiar dice que no se lleva bien con sus hermanos. Que lo han intentado matar dos veces. Pero que no le extrañaría. Que su hija se junta con cualquiera.

A las nueve de la mañana del día 8 de septiembre se recibe llamada «anónima» con voz de hombre diciendo que hace unos días vio a Verginia Bezopasno subirse por su propia voluntad a una furgoneta blanca, matrícula FJ-4121993AS.

En el día siguiente se efectúan las gestiones para localizar la furgoneta. Se trata de una Nissan color blanco propiedad de Emil Oren, vigilante de seguridad.

ATESTADO INTRUIDO POR LA DESAPARICIÓN DE VERGINIA BEZOPASNO:

a las once y media de la mañana se persona en el puesto de la Guardia Montada, en Valle Viejo, Emil Oren, vigilante de seguridad propietario de la furgoneta Nissan matrícula FJ-4121993AS. Efectuadas las gestiones para la comprobación del vehículo y tomar las pertinentes huellas dactilares, Emil Oren, de cuarenta y seis años, relata lo siguiente: Que el pasado viernes 2 de septiembre, a las 04:00 horas aproximadas de la madrugada, prestando servicio en la discoteca Star Trek, se aproxima un grupo de jóvenes de entre trece y dieciséis años para comentarle que han visto a una chica muerta junto a un chalé en la urbanización Valdemar. Urbanización por la cual se accede a través de un canal de riego,

comenta. Que siendo él el encargado de la seguridad, decide llamar al camarero para que le cubra media hora, ya que la urbanización Valdemar se encuentra muy cerca de la discoteca Star Trek. Que a través del canal de riego llega a unos matorrales que le conducen hasta una nave industrial abandonada en la misma zona. Que dentro de la nave encuentra el cadáver de una chica joven ensangrentada. Que regresó a la discoteca y volvió con el dueño, pero que la chica ya no estaba allí.

DILIGENCIA INSPECCIÓN OCULAR. Peter Petrelli, sargento de la Guardia Montada hace constar lo siguiente: a las 12:00 horas del día 11 del mes de septiembre de 1991, se trasladó un equipo compuesto por tres guardias a la urbanización Valdemar. Se accede a esta urbanización por un camino de riego asfáltico. Recorridos treinta metros, continúa el mismo camino, sin asfalto. Unos setenta metros más, a pie, se llega a una nave industrial visiblemente abandonada, donde se observa un par de zapatillas amarillas de verano, sucias. La nave industrial es de dos plantas. Está abandonada. Dentro, se observa que hay puertas que han sido forzadas. Se aprecian tres agujeros en una pared producidos por arma de fuego, cuatro latas de conserva vacías, colocadas en hilera, para practicar tiro. Siete proyectiles, calibre treinta y ocho especial.

PAUL MARTIN (DUEÑO DE LA DISCOTECA STAR TREK): Preguntado en relación al cadáver que supuestamente vio la mañana del 2 septiembre acompañado de Emil Oren. «Yo no vi ningún cadáver. Lo que vi fueron algunos agujeros en la pared y unas pocas balas por el suelo. Pero nada más».

INFORME MOSA: Alfred Mosa, catedrático de Medicina Legal, especialista en Medicina Legal y Forense. El 7 de enero de 1993, siendo aproximadamente las 03:00 horas, se procedió a las diligencias de inspección ocular y al posterior levantamiento del cadáver en la laguna, lugar situado en el municipio de Mula con Mazarros. Se accede a la misma a través de un camino abrupto, por una zona rectilínea plagada de árboles, desde un puente colgante, sobre una superficie nevada. Desde la orilla se observa un lago completamente congelado. En la superficie de hielo, a unos tres metros de distancia, aparece un esqueleto envuelto en una moqueta de color rojo. El cadáver se encuentra desnudo y fue identificado como Verginia Bezopasno.

IDENTIFICACIÓN:

1. Al cadáver de Verginia Bezopasno le faltan la mano derecha y los genitales. Se halla en estado avanzado de esqueletización. Se encuentra introducido en un sudario de plástico color azul cerrado mediante cremallera. Tiene adherida la correspondiente etiqueta con el nombre escrito a bolígrafo: VERGINIA BEZOPASNO. Número 1. Sexo: imposible de determinar al no hallarse los genitales. Pero debido al ángulo subpúbico de la pelvis en forma de u y la sínfisis, relativamente baja, pienso que el cadáver corresponde a una mujer, puesto que son características del sexo femenino.
2. Se observa ligadura con doble nudo alrededor de la muñeca izquierda. Se extrae y se pone a disposición del juzgado para estudio criminalístico. Resultado: ligadura de doble nudo de cuerda gruesa utilizada en forma de grilletes. Colocadas antes de fallecer y después de muerta.

3. La cabeza presenta escasa cantidad de masa muscular. El cuero cabelludo se ha desprendido y se encuentra en su lugar un amasijo.
4. Lesiones traumáticas: 1. Hundimiento tercio distal del brazo izquierdo. 2. Hundimiento de un centímetro situado en la parte posterior del hombro derecho. 3. Desprendimiento de la cara externa en la parte proximal del brazo derecho. 5. Surco de 1.5 centímetros que rodea el muñón derecho. 6. Excoriaciones circulares de entre tres y cinco centímetros de diámetro situadas en la región dorsal. 7. Hundimiento completo del tórax. 8. Orificio en la superficie ósea de la bóveda craneal producido por arma de fuego.

CONCLUSIONES:

- 1) La autopsia se efectuó a un cadáver de sexo femenino, con talla entre 1.60 y 1.70 centímetros, y de aproximadamente 15 años de edad.
- 2) El cadáver ya ha sido identificado como el de Verginia Bezopasno Bodor.
- 3) Al cadáver de Verginia Bezopasno le falta la mano derecha. Este dato también aparece en el caso de Cuernavaca, en 1985, Doris Fernández Guevara.
- 4) Causa de la muerte: destrucción craneal por disparo producido por arma de fuego. Naturaleza de la muerte: violenta. Etilogía homicida.
- 5) Independientemente de las partes que pudieron haber quedado destruidas por otras causas, el cadáver de Verginia Bezopasno presenta 42 lesiones entre lesiones mortales (por arma de fuego), craneoencefálicas (además del disparo) y hundimientos producidos por golpes dados con objetos contusos impulsados con mucha intensidad de fuerza.
- 6) Existencia en los huesos, regiones dorsales y parietales, infiltraciones hemorrágicas.
- 7) Pérdida de dientes y fractura de mandíbula y tabique nasal.
- 8) Traumatismos craneoencefálicos producidos por objetos contusos, con la misma intensidad de fuerza que los anteriores.
- 9) Separación de las suturas témporo–esfenoidal y malar, lado izquierdo y derecho producidas por golpes que causaron graves lesiones craneoencefálicas a la víctima hasta, probablemente, dejarla en coma. Lo más probable es que fueran producidas en la fase final agonizante.
- 10) Traumatismo en los dientes. Resquebrajamientos en 8 dientes y rotura del maxilar que señalan que la víctima recibió fuertes golpes en la boca producidos por puñetazos u objetos contusos con intencionalidad de hacer daño.
- 11) Posibles lesiones de acceso vía rectal producidas por objeto recto.

Todas las lesiones son de naturaleza sádica. El autor, con intencionalidad, utilizó palos y otros objetos parecidos, contusos, de madera o de hierro. La víctima estaba viva o en modo agonizante cuando recibió el disparo en la cabeza. Se encontró un cabello blanco en el cadáver que no corresponde a la víctima y que puede pertenecer al agresor. Sin analizar.

Se oyó un estrépito. Rut volvió la cabeza hacia la ventana. Creyó ver una manada de lobos blancos corriendo por la carretera. El miedo es para los lobos. Cuando la nieve cae a grandes copos y en el ala norte sobrevuela un silbido que augura desdichas, cuando otean las esbeltas, pálidas y lejanas sombras aullando desde el horizonte. Los niños se lamentan de su suerte y mueren famélicos en la oscuridad. Cuando los demonios de cabello blanco recorren las desgracias con los ojos ardiendo, listos para atacar y dirigirse al castillo, donde el Conde Trav los está esperando.

CAPÍTULO 33

Rut salió de su casa avanzada la mañana. Se había apuntado en un papelito la dirección de los estudios de Canal 4, situados en los arrabales de la Metropolitana. Tomó prestado el Lada Niva de Bernardino. Pese a la distancia que había entre ellos a raíz de la separación, este no puso pegas. Amaba a Rut.

Bajó para el pueblo con el papelito a la vista. Cuando llegó a la plaza del ayuntamiento, buscó la cabina telefónica, desde donde llamó a los estudios de Canal 4. Se identificó como policía:

—Buenos días, mi nombre es Rut Rand y soy policía. —Pausa—. Quisiera dejar un mensaje para Rosa, la vidente.

—No empezamos a grabar hasta las tres —dijo una voz masculina, rotunda.

—¿Estará allí?

—Sí.

—Quisiera tener una conversación ella. ¿Podría decírselo? Me conoce, ha estado llamando aquí.

—Yo no estaré. Habrá otra persona, pero le dejaré el recado.

—Bien. Apunte mi número, por favor.

—Un momento. —Pausa—. Tomo nota.

—Es: 291 19 75 14.

Rut dejó caer el teléfono. Esperó unos segundos dentro de la cabina. Se quedó pensando. No tenía intención de esperar a la llamada de la vidente. Había tardado más de un año en decidirse a aceptar su invitación. Le sudaban las manos. Descolgó el teléfono. Introdujo un par de monedas y llamó a Mordecai para decirle que hoy no iba a trabajar, que se encontraba mal. Mordecai no puso ningún reparo.

Cuarenta y cinco minutos después se encontraba en Otaka, al sur de Münch. Se había quedado parada en el costado derecho de la carretera. Llevaba puestos un jersey y unos tejanos; y el cabello, recogido. Parecía más joven. Contemplaba la cima del Hilton Peaks con un cigarro en la mano. Estaba impresionada. Era tan alta que apenas podía apreciarse la cumbre. El pico estaba cubierto por un anillo polvoriento de nubes grises. Abajo, muy a lo lejos, se apreciaba una señal que a juzgar por el dibujo prevenía del desmoronamiento de las rocas.

Entonces percibió el olor de las tortitas que su madre le preparaba de pequeña. Se acordó de los perros de la vecina. Uno de ellos se había escapado de casa. Lo estaba buscando. El día antes de que esto ocurriera, mientras bajaba a jugar a la plaza, un sábado, vio a un hombre mayor de hermosa melena larga plateada hasta los hombros, vestido completamente de negro con guantes y sombrero. Parecía estar esperando a alguien. Rut siempre pensó que se trataba de Juan Raga. Ya no lo tenía tan claro.

La misma plaza y sus aledaños contuvieron a quince mil personas el 1 de febrero de 1993. A las ocho de la mañana llegó el féretro que guardaba lo poco que había dejado el forense tras la autopsia. Horas después Simón Fejes, acompañado por su hermano Umberto y dos miembros de la pandilla, Brais y Thomas Parker, salieron del ayuntamiento portando el féretro sobre sus hombros. Se abrieron paso hasta la capilla entre aplausos, sollozos y gritos de venganza. En la puerta de la capilla esperaba el padre Mork, de pie, viendo llegar el

féretro. «¡Asesino!», gritaban. El padre Mork recordó en su misa al cabo Francis Robert Davis.

Al entierro acudió Doku. Rut lo vio hablar con los altos mandos de la Policía Armada y de la Guardia Montada, ¿de qué hablaban?

Se fijó en un extraño que caminaba por el otro lado de la carretera. Venía hacia ella. Llevaba una gorra azul y una vieja mochila color marrón a cuestas. Tiró el cigarrillo y puso en marcha el vehículo, no fuera que al autoestopista le diera por cruzar la carretera y pedirle que lo llevara. En ese momento se acordó de Robert:

Bruscamente, Erika se levantó de la cama y, clavando los ojos en Robert, tomó impulso hacia adelante abalanzándose sobre su cuello. Robert llevó la mano al arma y le gritó: «¡Alto!»; luego dio un paso hacia atrás, le alcanzó la cara con una uña mientras Foid se quedaba completamente paralizado. Se dio la vuelta. Lo que vio le dejó asombrado. Ahí estaba el demonio de cabello blanco. Había desaparecido bajo el cuerpo de Erika.

Su madre le contó la historia. Ella la escuchaba estudiando, mascando chicle mientras tomaba notas, sin hacer demasiado caso.

La tormenta la hizo reaccionar. Puso cuarta. La aguja del cuentakilómetros fue subiendo. Las ruedas iban levantando el agua. Divisó el polígono industrial tras la cortina de lluvia. Puso el intermitente y giró a la derecha, entrando en el polígono. Subió en línea recta por una calle agrietada. A izquierda y derecha había muchas fábricas abandonadas. Siguió por esta calle unos veinte metros hasta que giró a la derecha. Nada más doblar, descubrió un enorme edificio de dos plantas construido de ladrillo rojo. Estaba como atrapado dentro de un ambiente muy gris. Sus amplios accesos acristalados polarizaban toda la atención.

Rut aparcó por allí. Delante se elevaba una gruesa columna de granito que sostenía un número, el cuatro. Aquello eran los estudios de Canal 4 en la Metropolitana.

Se bajó del Lada. Cerró las puertas con llave. Miró a un lado y otro antes de dar un paso. Se acercó a una de las puertas. Vio que tenía un timbre. Lo pulsó, pero no se oía nada. El timbre no iba bien. Llamó a la puerta. Enseguida salió un guardia de seguridad. Se puso a hablar con él:

—Está todo muy jodido —dijo Rut. Le ofreció un cigarro.

Entonces, el guardia de seguridad, habló.

—La culpa la tiene el Gobierno. Aquí supervisan todo el material. Los de negro están con lupa. Tienes que justificarlo todo.

—¿Has visto gente de esa aquí?

—¿Del Gobierno? Sí. —Expulsó el humo del tabaco—. A esta gente se le ha ido la mano con el caso de la niña.

—A mí solo me interesa la vidente —dijo Rut.

—Puedo contarte cosas que escucho por ahí.

—No sé qué contestar.

—Vivo en Labrador. Estoy harto de estar de guarda. Me iría bien un trabajo allí.

—Está difícil la cosa. En el pueblo no hay trabajo, los jóvenes se van.

—Bueno, yo lo he intentado.

—Enterrador es lo único. No sé si te interesa.

—Cualquier cosa con tal de salir de esta mierda.

—Preséntate en el ayuntamiento de Mula, cualquier día entre semana de nueve a tres de la tarde y diles que vienes por el puesto de enterrador, que vas de mi parte. Me llamo Rut Rand.

—¿Es un trabajo tranquilo?

—Depende. Es un pueblo viejo. La mayoría de veces sí, pero a lo mejor se te mueren cuatro de golpe en un día. No sé.

—De acuerdo. —Contuvo el aire. Lo sacó por la nariz—. Aquí se han pasado de listos. El abogado ese del padre de la niña se ve que tenía el sumario.

—Algo he oído y leído.

—Pues bien, la bruja Margot, como la conocemos aquí, al parecer le compró el sumario.

—No te cae bien.

—¿La bruja?

—Sí.

—Es una asquerosa zorra cocainómana.

—¿Te fastidia mucho?

—Me putea bastante, sí. Pero ya se le acaba. Esto lo chapan.

—Aquí no se casan con nadie.

—Tienen lo que se merecen. Jugaron con fuego y se quemaron. Ahora vienen los de negro y lo controlan todo.

—¿Se llevan algo?

—De todos modos, les queda poco. —Tosió, luego continuó—. Ya no. Al principio se llevaron todas las cintas.

—Es raro.

—No tanto. Se lio mucho. Doku tiene toda la mierda encima por el caso Niebla. *Diario Metropolitano* apunta que pueden haber desaparecido diez cargamentos más. La cosa está muy mal. El sistema se derrumba.

—¿Qué tal Rosa? ¿Bien? ¿Es agradable?

—Quieres saber si es una estafa o no.

—Sí.

—No lo sé. A veces pienso que sí y otras que hay algo más allá de toda esta mierda.

—¿No hay truco?

—La mujer se sienta y echa las cartas. La gente se lo cree. Yo no he visto nada extraño.

—¿Puedes conseguirme el sumario de Anna Fejes?

—Te costará dinero.

—¿Cuánto?

—No puedes pagarlo.

—¿Llegaste a verlo?

—Solo las partes importantes.

—¿Qué dicen?

—Es una bestialidad. —Tiró el cigarrillo y lo pisó—. Obra de depravados, enfermos.

—Quiero saber los detalles.

—Los detalles son que a esa pobre muchacha la destrozaron.

—Los necesito para compararlo con otro caso.

—¿Con cuál?

—El de una chica desaparecida en Valle Viejo.

—¡Coño! —exclamó entonces el guardia—. ¿Quién te envía? —preguntó de repente tenso. Rut levantó los ojos. Miró fijamente al guardia de seguridad. Había estado conversando con un hombre alto de rostro adusto, labios carnosos y cabello negro. Tenía la mirada rebosante de oscuridad. De sus ojos manaban todos los vicios. Era fuerte, feroz.

—Tú eres el vigilante de seguridad —dijo Rut, señalándolo.

—Yo, no —dijo el guardia, escondiéndose tras la puerta.

—El que le contó a la Guardia Montada que había visto el cuerpo de Verginia Bezopasno en una nave industrial.

—Put a casualidad —dijo el guardia antes de cerrar la puerta en las narices de Rut.

—¡Emil Oren! ¡Emil! ¡Abre! ¡Tenemos que hablar!

No abrió. Aquel tipo no quería saber nada más del asunto. Como dato curioso cabe destacar que Emil Oren estaba trabajando en Canal 4 como guardia de seguridad. Llevaba la correspondiente uniformidad gris con la placa verde de metal ovalada y las siglas SG en rojo colgando de su chaleco. Pintaba que el «bueno» de Emil había dejado de ser vigilante por alguna circunstancia. Partiendo de que de guardia de seguridad se cobraba mucho menos, lo más lógico era pensar que su placa había echado a volar en algún juzgado.

Al poco, apareció la vidente. Fue como un punto de luz en la sombra. Bajó de un Citroën negro. Condujo sus diminutos pies, incrustados en unos zapatos lustrosos, por el paso cebra hasta el otro lado. Allí la esperaba Rut, de pie, pensativa, apoyada en la columna del cuatro.

Se bajó las gafas de sol, un poco. Lo hizo disimuladamente. Examinó atentamente la indumentaria que tenía delante; descuidada, de calle. A simple vista, llegó rápidamente a la conclusión de que Rut era una mujer cómoda, poco femenina. La ropa que llevaba la hacía parecer más joven, pero su rostro seco, de nula expresividad, decía todo lo contrario. Se la notaba rígida, apagada y consumida. Desde luego, aquella mujer de los vaqueros desgastados no pretendía gustar a los hombres.

En cambio, Rosa era una mujer elegante. Todo su cuerpo fino se ajustaba dentro de un vestido rojo a conjunto, desde un flamante sombrero redondo del mismo color, con el que se prodigaba con frecuencia en las horas de grabación, hasta unos finos guantes picarescos color violeta.

—Soy Rut —se presentó. Su voz sonó inocente, como la de una melosa virgen.

—Aquí no —respondió la vidente al paso, tajante—. Por aquí —le dijo—. Acompáñame.

La vidente no llamó a la puerta. Sacó las llaves y abrió. Rut la siguió de cerca. Inmediatamente, se toparon con una fría pared azulada. Apenas había espacio para las dos. La pared con maneras de gruta seguía solo hacia la izquierda. Fueron hasta el final. Rosa la guio. Salieron a un plató de informativos. No había nadie, los otros aún no habían llegado. Pasaron por detrás de las cámaras. Rut estaba pendiente por si veía al guardia de seguridad. Emil no estaba allí. Se había escondido. Continuaron hacia adelante sin intercambiar palabra. La nave industrial se apreciaba claramente vieja y desgastada por dentro. Parte de la pintura había comenzado a caerse.

Subieron las escaleras. El techo se sentía como si se fuera a venir abajo en cualquier momento. Salieron a un corto pasillo lúgubre, sin luz. Entonces la vidente aceleró el paso. Sacó otra pequeña llave del bolsillo, muy clásica, de latón. Abrió su camerino. Metió la mano y encendió la luz.

—Pasa —dijo.

Rut entró con agitación. Tanto misterio la ponía nerviosa. Observó a la vidente echar la llave de su camerino no sin antes asegurarse de que Emil no anduviera cerca.

La vidente se volvió, se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa. Empezó a abrir los cajones muy nerviosa, uno tras otro, del primero al último, buscando el paquete de Winston. Cuando lo encontró se puso a fumar frenéticamente delante de Rut. A Rut le entraron ganas de pedirle uno.

—Has tardado mucho —le dijo la vidente con tono de riña.

—Debía ordenar mi mente —contestó Rut con voz suave.

—Ya —dijo la vidente, incrédula. Consumió el cigarrillo y lo apagó en un cenicero de metal chapado en oro que había sobre la mesa—. He estado un año esperándote. Pensaba que ya no vendrías. —Se acomodó en la silla—. Encontraste el cuerpo.

—Lo encontré.

—En la misma zona donde dije. Me equivoqué en el lago.

—No importa, el lago estaba cerca.

—Malditos Lobos.

—¿Qué está pasando?

—Los Hijos del Sol —respondió la vidente. Temblaba.

—¿Quiénes son?

—Eres Rut Rand, hija de Robert Rand.

—Así es.

—¿Tu padre no te contó nada?

—No.

—Quería protegerte —aseguró, pensativa.

—¿De qué?

—Acudió a mí, igual que tú. Él mucho más temprano —le espetó—. Hicimos equipo, investigamos, fuimos tras los lobos.

—No tenía constancia de ello.

—Ya —dijo la vidente al tiempo que abría y cerraba el primer cajón—. Yo era joven, venía de colaborar estrechamente con la Policía Armada en el caso Mastrix, el de los tres niños desaparecidos. Hallamos a los tres mutilados. Dimos con ellos, uno tras otro, en el bosque —susurró esta parte última—. Estaba crecida —dijo, con obvia amargura—. Creí que podría cazarlos.

—¿Qué ocurrió?

—Todo se detuvo cuando dimos con un nombre, el conde Trav. Es el dueño y señor de todo el Macizo Central del condado de Santa Gloria; Mula, Mazarros, Labrador, Bañá... Fue un aristócrata que luchó en la guerra.

—Tenía entendido que la Comuna odia la aristocracia. En los libros de texto aparece cómo la Comuna victoriosa expulsa a los aristócratas hacia Benelux.

—El conde Trav regresó.

—¿Cómo es posible?

—Los Hijos del Sol —musitó la vidente. Hizo una pausa. Tomó aire profundamente. Volvió con una voz más clara—: el NORKV (Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales) es quien tiene más información. —suspiró—. Se iniciaron dando palizas a prostitutas por unas buenas sumas de dinero. Luego cambiaron a prostitutos. No pasaron de allí hasta que conocieron a Salomé. Esta mujer de cabello rojo los introdujo más tarde

en una secta de luciferinos. Pero los Hijos del Sol no se adaptaban, no tenían suficiente con los aquelarres y sacrificios de animales. Querían matar personas. Y no solo matarlas, sino también violarlas, torturarlas, mutilarlas. Para ellos, ese era el verdadero camino hacia Satanás. —Respiró—. Había uno entre los Hijos de la Luz, un aristócrata llamado John. John se erigió pronto de líder y comenzó a cuestionar las decisiones del sumo sacerdote de los luciferinos. Fueron todos expulsados. La mujer del cabello rojo, también. —Cogió otro cigarro—. Todo hubiera acabado ahí de no ser por John. —Lo encendió y le dio rápidamente una calada—. John conocía personalmente al psiquiatra de Doku, el doctor Hellmann's.

—¿El doctor Hellmann's?

El doctor Hellmann's era el médico de Foid.

—Sí, un hombre grueso con gafas, de cara redonda y cabello negro. ¿Lo conociste?

La descripción encajaba con la del Príncipe del Infierno. ¿Era el doctor Hellmann's el misterioso hombre arrepentido de aquella carta?

—Es el médico de Foid. Le administra la clorpromazina.

—Lo sé. —Pausa—. Se pegó un tiro hace tres meses.

—No lo sabía.

—No saldrá en las noticias. —Expulsó el humo del tabaco—. Cuentan que antes de suicidarse escribió una carta. Una carta que entregó a un cura.

—Ni idea —dijo Rut, guardando el secreto.

—La carta salió de Vera Cruz en manos de otro sacerdote. Los cachorros la están buscando.

—¿Quién?

—Los cachorros son criaturas altas, demacradas y pálidas. Vienen con la voz del hielo. Su apariencia es la del cadáver. Son intensos, letales, antinaturales. Obedecen a sus amos en todo y son fieles. Morirían por ellos. La carta es su obsesión.

—¿Por qué? ¿Qué contiene?

—Los nombres de los 42 asesinos. La carta es una confesión. Por eso la buscan sin descanso.

Rut sintió el espinazo. La carta del padre Camps venía arrastrando a los demonios de pelo blanco. Estaban todos en peligro.

—Los cachorros son una creación del doctor Hellmann's. —Echó la ceniza de su cigarrillo en el cenicero—. El doctor llevaba a práctica la teoría de que el paciente debía dar rienda suelta a su más oscuro instinto para acallar a los demonios. Una cruel manera de aceptarse así mismo. —Terminó el cigarrillo. Expulsó todo el humo—. John Trav fue su paciente. Así es como entró.

—¿Habrá más? —preguntó Rut, con el terror en la sangre.

—Cinco con cada pacto. —Se incorporó. Se bajó el vestido—. Ahora ya tienes tu información. Ve a cazarlos.

—Quiero saber quién mató a mi padre.

—Un demonio llamado Anaías.

—¿Anaías Raga?

—No lo sé. Solo sé lo que vi en mis sueños. Tu padre gritó su nombre antes de morir. Buena suerte —se despidió.

CAPÍTULO 34

La lluvia caía furiosa. El viento golpeaba en diferentes rachas, tan pronto caía del este como daba la vuelta. En el inmediato horizonte se materializaban las sombras de los otros vehículos. De pronto, Rut, tocó la bocina. Casi le da al de delante. Miró a la derecha. El centro comercial se veía borroso. Aparcó frente al burger. Abrió la guantera. Cogió unas monedas sueltas. Fue corriendo hacia la cabina telefónica del centro comercial. Entró empapada de agua. Encontró las páginas rojas debajo del pequeño mostrador. Buscó el nombre del motel. Llamó al Vespertina. Pidió que le pusieran con la habitación del padre Alameda. Por suerte, aún se encontraba allí.

—Tenía razón —empezó Rut.

—Los ha encontrado.

—Sí.

—¿Y ahora, qué?

—Voy a cazarlos.

—¿Quiere que le ayude?

—Sí.

—Tendré que quedarme en el pueblo una temporada. ¿Qué les decimos a los demás?

—La plaza del enterrador sigue libre. Está en Mula para enterrar a los muertos.

—Bien —dijo Alameda. Pensó en Anaías. Era mejor decírselo en persona.

—¿Trae ropa?

—De verano, sí.

—El invierno en Mula es duro. Necesitará ropa y mantas. A mí no me quedan. Bernardino se llevó las suyas. Pero hágame caso. Antes de venir recoja todo lo que pueda. Yo suelo dormir con el chaquetón del uniforme puesto, sobre todo en enero.

—De acuerdo.

—Nos veremos en el cementerio.

—Déjame todo tal y como estaba —se disculpó Alameda.

—Hasta pronto —dijo. Estaba sintiendo una profunda oleada de emoción. Colgó.

Marcó el número de Bernardino. Su voz sonó a kilómetros de distancia:

—¿Diga?

Se quedó un rato escuchando su respiración.

—¿Oiga? ¿Hay alguien al otro lado?

Alcanzó a oír el bullicio familiar.

—Rut, ¿eres tú?

Clavó el teléfono en el receptor y salió de la cabina. Afuera, todo estaba gris. Se dirigió a la zona de aparcamiento. Tenía el Lada Niva delante cuando un ruido la sobresaltó. Se trataba de una pisada. Alguien había arrastrado demasiado el zapato. Miró a su espalda. Apareció fugaz el rostro de un hombre terriblemente transmutado en una máscara diabólica y maligna. Rezumaba odio puro. Después, se tornó borrosa. Rut bajó la cabeza. El puño izquierdo del agresor aterrizó en el aire. En cambio la diestra salió del costado como un gruñido directo hacia las costillas. Cayó fulminada en el acto. Se quedó sobre un charco en posición fetal. Entonces, uno a uno, los albinos fueron saliendo de los coches y colocándose en derredor, estrechando el círculo. Comenzaron a patearla como si fuera un saco. Ella estiró el brazo. Intentó gritar. Notó como la sangre corría por debajo de su nariz.

Apartó la cabeza. Una bota se estrelló en el suelo. Otro par le raspó la oreja. Echó mano a la espalda inútilmente. Rozó el bolsillo del pantalón con los dedos. No tenía escapatoria. Se había dejado el arma. Subió los codos, exhalando un largo alarido de dolor, procurando proteger su cabeza. Se fue encogiéndose bajo las suelas de las botas que caían súbitamente a velocidad de aguijonazo. Finalmente, el aluvión de golpes se detuvo.

Rut abrió un ojo. Parecía estar dentro de una nebulosa. Vio descender lentamente una figura arcana con el cabello muy largo y liso. Le pareció un ángel de Dios.

—Ayúdame —le susurró.

El ángel arcano se quitó los guantes.

—Di mi nombre, Anaías —dijo, con voz suave, parsimoniosa.

—A-N-A-Í-A-S.

—Bien. —Suspiró—. Esto es una advertencia. La próxima vez te volaré la cabeza. —Se levantó aspirando la sangre.

Los albinos se dieron la vuelta y se marcharon uno tras otro, algunos con una sonrisa cosida de oreja a oreja. Anaías se quedó. Contempló a Rut. Aquella figura torcida, inerte, cubierta de sangre, al mismo tiempo tan familiar, semejante a un río desbordado, estaba a punto de serle totalmente insoportable. Estuvo aún un instante mirándola. Reinó el silencio. A continuación, sacó un diminuto pote de plástico e ingirió dos pastillas de clorpromazina. Él también la tomaba. Cerró el pote. Se lo volvió a guardar en el bolsillo interno de su americana y regresó con un movimiento eléctrico. Así era él. Todo lo hacía maquinalmente.

CAPÍTULO 35

María ha tenido un accidente. Alameda abrió los ojos por completo. Había soñado con su hermana. Estaba de espaldas junto a la antigua ventana del rellano en la casa de campo. La vio vestida de blanco, iluminada por un rayo de luz que se filtraba. Él bajaba corriendo la escalera, pero ella no lo vio.

Se levantó de la cama. Apartó la cortina. Descubrió la ventana del motel. Vio un panorama triste y gris. A través de la lluvia se percibía la débil luz de las farolas. Un relámpago cayó sobre el espacio. La carretera parpadeó.

Se sentó en el suelo y bebió de la oscuridad. Recordó a María tal y como era; una valiente niña rubia que iba siempre descalza. Su hermana mayor. Una obra de Dios. Le brotaron lágrimas silenciosas.

Miró la hora. Las seis. Se volvió a sentar. Quedaba un último autobús hacia Mula. Pasaba a las ocho y era puntual. La estación estaba algo lejos del motel. No tenía paraguas, pero la lluvia no iba a ser un impedimento. Además, tenía otras cosas en la cabeza. «Anaías», dijo con todo su corazón.

En ese momento, llamaron a la puerta. La abrió plenamente convencido de que el conserje venía a buscar la llave. Sin embargo, apareció un albino.

—Padre Alameda, al fin —dijo la voz del demonio mientras tendía su mano izquierda enfundada en un guante de cuero negro.

Alameda le cogió el guante. Estaba frío, igual que su alma.

—El conde Trav quiere verle —dijo el demonio blanco.

Anaías era un hombre maduro de metro noventa vestido de Armani. Su cabello blanco platino caía largo coronado desde la cabeza hasta una espalda maciza de joven fornido. Llevaba anteojos de época victoriana, guantes negros y un paraguas rojo cuyo puño le gustaba hacer sonar por las aceras a cada paso. Su estirado rostro, todo él, prominente, tenía una expresión vampírica. Su tez evidenciaba que nunca había visto el sol.

Se apartó, dejando entrever el morro de un Audi negro.

—Por aquí —dijo, a media sonrisa de verdugo.

Alameda cogió la maleta y de paso la llave del motel. Se detuvo frente a él y lo miró con semblante duro:

—Tengo que darle la llave al conserje.

—Ya se las daré yo —dijo Anaías, sonriendo con aire malicioso.

Recogió la llave de manos del sacerdote, levantó el brazo y la arrojó al desagüe.

—La maleta. No le servirá —dijo el demonio, ensanchando aún más su sonrisa.

—Se viene conmigo —contestó fríamente Alameda.

Movió la cabeza al oír un portazo. Vio a un segundo albino; calvo, gordo, de ojos y labios rojos como la sangre. Llevaba un traje a medida con un desgarrón en la muñeca izquierda. Le abrió la puerta trasera.

—Adelante —dijo el demonio, impaciente.

Alameda entró y se sentó en alerta. Echó un vistazo a su alrededor. El interior del coche estaba impoluto. La tapicería brillaba como el sol en la mañana. Ni una sola gota de polvo. Olía a ambientador de pino con un toque perfumado de canela. Levantó la vista. Vio al albino calvo instalarse tras el volante.

Anaías cerró de un golpe seco. El seguro retumbó en las cuatro puertas. Comprobó las dos puertas traseras. Tiró de la maneta varias veces para asegurarse. El sacerdote no podía escapar. Imposible que saltara del vehículo estando en marcha. Entró, por el lado del acompañante. Hizo correr el cinturón de seguridad hacia la hebilla. Echó una mirada al padre a través del retrovisor.

El chófer presionó el botón de arranque. Accionó palanca. Hizo un giro de trescientos sesenta grados. Cuando la grava se convirtió en asfalto pisó el acelerador y circuló hacia el sur.

Alameda apenas respiraba. Parecía una estatua. Sujetaba la cartera con una fuerza sobrenatural. Empezó a sudar. La muerte atrajo su mirada hacia las montañas. Volvió a buscar el camino irregular del desierto.

—Kabul —pronunció. Después cerró los ojos.

Substitución de la cuarta víctima. Los testigos y las bienas: el Arquitecto, el Ojo que todo lo ve, la Sangre de Lafayette, el Merovingio, el Soberano Príncipe de Calzas, el Director, Caín dio la ascensión a Abel, el Médico que desaconseja el Señor, los Doce Espías del Canaán.

CAPÍTULO 36

—¡Oh, Dios mío! ¡Robert, ven!

Un obrero vestido con mono azul que salía en ese momento del burger acababa de encontrar a Rut. Más tarde, llegó la ambulancia. Eran algo más de las diez. Llevaba las luces de la capota encendidas. El conductor clavó los frenos. Las puertas traseras se abrieron. Bajaron de un salto dos jóvenes camilleros, tensos. Divisaron a Rut en el suelo, entre las luces de un Cadillac Fleetwood color granate. Rut veía moverse sombras a su alrededor. Tenía la boca torcida por el dolor y los ojos hinchados. Fue levantada del suelo entrelazando brazos y muslos. La depositaron en una camilla que había hecho correr el más corpulento. Necesitaron ayuda. Llamaron al conductor. Empujaron a Rut por la rampa y la introdujeron en la ambulancia. Cerraron puertas. Salieron a la carretera. Chirrió la sirena. Obligaba a circular despacio. Veían desplazarse a los vehículos que tenían delante hacia el carril derecho mientras alcanzaban el hospital de la Metropolitana.

—Treinta y dos con una urgencia.

El motor de la ambulancia rugía al lado de los coches. Pasó rápido. Tomó una salida. Subió la cuesta. A la derecha apareció un pequeño edificio de cristal incrustado:

URGENCIAS

Abrieron las puertas, la sacaron, la cambiaron de camilla. Siguió pasillo abajo a través de una cola de enfermos desparramados a ambos lados, en el descansillo. La metieron en un box médico. Actuaron todos muy deprisa. Le tomaron la tensión, el pulso, le quitaron con destreza el vendaje quirúrgico. Luego, le pusieron una vía. Cortaron con unas tijeras sus engorrosas ropas.

Llegó el médico, un hombrecillo agitado con manos de agricultor.

—¿Qué ha pasado? ¿Puede hablar?

—Unos hombres —balbuceó Rut.

Las ruedas del Audi rodaban a más de ciento treinta kilómetros por la estatal CV-500 dirección Mastrix, eran las cinco de la madrugada. Dentro, el silencio era total. Alameda y los dos albinos llevaban cuatro horas y media de carretera. Habían cubierto cuatrocientos cincuenta y tres kilómetros de interminable asfalto hacia el sur.

Alameda no conocía esa parte, nunca había estado tan cerca del canal. En la oscuridad de la noche, contemplaba el reflejo de la luna proyectado sobre las aguas negras. Parecía estar en trance. Mientras los albinos buscaban una nueva gasolinera para repostar, él veía resplandecer a lo lejos una ciudad volcada sobre el canal: *Scream Hill*.

La carta temblaba en su bolsillo. No se había dado cuenta hasta ahora. Pensaba que la había dejado en alguna parte a merced de los albinos. Pero no. Recordó haberla puesto en el bolsillo esa misma mañana. Se encontraba de pie frente a la ventana, solo, con el tejano puesto. Estaba pensando en María, en las cosas que decía, en cómo le gustaba ponerse aquel vestido rojo de tirantes. ¿Por qué? ¿Cómo era posible que llevara tantos años bajo tierra? Su padre, en vida, había sido incapaz de relatarle las circunstancias que rodearon a su muerte. La aceptó tal cual, ya que para él nunca hubo consuelo. Cuando Alameda insinuaba que a María no la habían atropellado sin más, sino que algo la había hecho salir huyendo desesperadamente de aquel parque, él lo miraba con sus grandes ojos azules empañados en lágrimas y en silencio se terminaba su copa de coñac.

Cogieron un bache. El vehículo dio una sacudida. Anaías miró inquisitivamente al padre a través del retrovisor. Bajó los ojos y los fijó en la maleta. Alameda la sacó de la visión del demonio colocándola entre las piernas. Aquel gesto no hizo más que fortalecer el sentimiento perturbador de la bestia. Lo puso nervioso. Alzó la mirada y encontró la súbita expresión del relámpago en el rostro del padre. Anaías sonrió, dejando entrever el colmillo blanco. En el instante, apartó la mirada del padre arrastrando una escalofriante sonrisa maligna y la enredó en el mar. Entonces, en la vidriosidad de sus ojos azules comenzó a vislumbrarse el mar negro contra la roca sesgada. Eso lo tranquilizó. Por un momento incluso parecía dominar la situación. Sin embargo, a medida que el vehículo tomaba la curva y, por consiguiente, se inclinaba más hacia el mar, el monstruo se iba mostrando cada vez más indispuesto. El recuerdo del río Tambre, donde estuvo a punto de ahogarse, sobrevino repentinamente, asaltándole en una especie de resplandor. De eso hacía ya treinta años. La risa se le cortó en seco. Bajó los ojos, tímido. Avergonzado como un niño, escondió la mirada en el salpicadero mientras el coche salía de la curva y enfilaba la recta. Alameda, cómo no, se dio cuenta. El diablo tenía miedo. Temblaba con cada ráfaga de espuma que impregnaba la carretera. «El mar es su cruz», le dijo a su pensamiento.

Alameda sintió aquello como una pequeña victoria. Sonrió aliviado. Con un codo en la repisa se puso a observar el paisaje fugaz. En la más absoluta calma contempló las nubes del cielo. Arriba, la tormenta recobraba un nuevo impulso. Se preparaba para atacar.

El albino calvo apretó el acelerador. Volvió a la máxima velocidad. Iban por la carretera como un cohete. Polvo y viento hacían sacudir los cristales. Volaban, a lo largo del estrecho, igual que una ambulancia, casi por el centro, devorando la línea a toda prisa. Entonces, en aquel escenario de miedo, a más de ciento cuarenta kilómetros por hora sobrevino un torrencial. El albino calvo, lejos de aminorar, se inclinó hacia adelante y

encendió la radio. Peter Robert Jones estaba cantando *Major Kovic*. Anaías la apagó bruscamente.

—Para —ordenó, con voz desagradable.

El vehículo se detuvo en el arcén, donde un estrecho desagüe descendía hacia el pantano. No se veía nada. El viento arrojaba la lluvia contra el techo, salpicaba la cara. Salió Anaías hecho una furia. Empapado, alcanzó la maneta del lado mar. El padre, que lo vio llegar por el espejo retrovisor, se alejó de la puerta. Pensó que venía a matarlo. Reculó, utilizando como defensa la maleta. Sin embargo, Anaías abrió la puerta, se arrojó sobre él y se la arrancó de las manos antes de que pudiera siquiera zarandearse.

—No le servirá —le dijo el demonio insistiendo en su idea. Llevaba todo el viaje dándole vueltas a la maleta.

La puso sobre el capó, la abrió, rebuscó entre la ropa. Allí no estaba. Lanzó la maleta por encima del desagüe. Regresó al coche. El albino calvo esperó a que Anaías entrara. Una vez dentro y a cubierto apretó el botón del cerrojo. Se hundieron los cuatro pestillos. Estiró la palanca. El vehículo fue recobrando el sentido. En poco tiempo encaró la recta.

Luego de recorrer tres kilómetros encontraron una gasolinera. El albino calvo saltó del coche. Abrió la cartera y sacó un buen fajo de billetes. Compró dos latas de diez litros mientras el muchacho imberbe llenaba el depósito.

Desde allí salieron para Covenant Hill. Se internaron en la mancha oscura de un bosquecillo. Los faros descubrieron un profundo camino ovillado perdido entre la mojada oscuridad. Atravesaron las ruinas de Covenant Hill, ciudad fantasma donde se decía que los muertos aún gritaban entre las columnas carbonizadas por los cazas Messerschmitt.

Las ruedas se aferraron a un tipo de tierra espesa y negra de direcciones opuestas. Siguieron descendiendo, rumbo al sur. Minutos después abandonaron Covenant y penetraron en los bajíos de un promontorio. Una vez aquí, llegados a este punto, ascendieron por una tortuosa vereda. La lluvia dejó de estrellarse contra el limpiaparabrisas, ahora caía fina.

Alameda detectó algo en la cordillera, como una pequeña mancha dentada velada por nubes negras.

El castillo del conde estaba a setecientos metros de altitud. Lo que desde abajo parecía una diminuta sombra incrustada en la cumbre, se hacía una portentosa fortificación medieval contra el cielo, una vez alcanzado el peñasco.

Alameda entrecerró los ojos. Se hundió para siempre en la oscuridad. Los aullidos sonaban cada vez más cerca. Los lobos se estaban reuniendo dentro de su cabeza. Sintió los baches, los bandazos. Los cuellos de los albinos oscilaban de un lado a otro; blancos en vena torcían flexibles. Sobre todo, hacia la izquierda. La melena blanca de Anaías brillaba como el laminar al sol. Cobraba vida con la azulada luz de la luna llena. Entonces, desde las lejanas montañas, llegó el poderoso aullido del lobo, el lobo de los lobos, el que afectó a Alameda y lo hizo sudar y temblar a medio camino de la cima; aquel que aglutinaba todos los gritos de las víctimas.

De pronto se detuvieron. Permanecieron parados un instante frente a una gran verja coronada por púas de hierro. Al otro lado, en lo alto, se apreciaba el relieve de una silenciosa torre alzada sobre una moldura.

El portalón se abrió. Una vez dentro, el vehículo avanzó despacio. Alameda se volvió. Por la luna trasera vio pasar otro albino; altísimo, deforme, con los brazos monstruosamente largos y la cabeza más grande de lo normal, excesivamente gruesa en proporción al cuerpo.

Vio como el monstruo deforme cerraba la verja detrás mientras el vehículo aumentaba la velocidad.

El tramo que vino a continuación resultó ser mucho más empinado y traicionero. Colearon todo el camino hasta que llegaron al foso. Tuvieron que parar. El camino terminaba forzosamente allí. Al otro lado, desde el vehículo, destacaba en aquel momento sobre el puntiagudo risco un inmenso castillo en parte ruinoso, de cuyo alto caía una densa niebla, envolviéndolo en jirones blanquecinos que parecían tentáculos. Alcanzaron a ver que el puente levadizo estaba subido. Una delgada luz muy intensa caía filtrada desde arriba. Tras su haz, se apreciaba el rastrillo de hierro con claridad.

El albino calvo salió del coche. Tenía los labios mojados. Silbó. Se oyó el silbido más allá del muro. Regresó él tan fríamente. Segundos después, tintinearón las pesadas cadenas. Bajó el puente al tiempo que izaba el rastrillo. Las ruedas delanteras del Audi pisaron madera. El puente era muy estrecho. El vehículo cabía justo. Avanzaron poco a poco. Alameda se agachó y contempló el foso desde la ventanilla. La oscuridad que se desplegaba bajo el puente finalizaba con la luz de la luna iluminando las puntas metálicas de las picas incrustadas en el fondo. Respiró hondo. Se quitó el sudor de la cara con las manos. Cuando las bajó comprobó que, en efecto, aquel agujero albergaba brillo en su fondo. Exhaló un suspiro. Inclínó su cuerpo y al levantar los ojos se fijó en la antigua caseta del guardabarrera. En el instante, volvió María. La veía ahora persiguiendo saltamontes por el campo. Iba descalza, como una salvaje. El sol bañaba su cabello flotante, las ramas acariciaban su vestido rojo. «María, qué hermosa eres».

Cruzaron el puente. Salieron a un patio de armas que estaba siendo devorado por la hiedra. El vehículo dio un par de rodeos por el patio y se metió en la caballeriza. Los pestillos saltaron. El albino calvo apagó los faros y el motor. Después, se apeó del vehículo. Echó a andar hacia los claustros. Anaías se quedó dentro, con el padre Alameda. Esperaron hasta que la luz de la torre parpadeó. No fue hasta entonces que Anaías abandonó su mutismo y se volvió hacia el padre:

—Fuera —le dijo.

Alameda salió por su propio pie. Los albinos lo escoltaron hasta la torre destacada, más alta que cualquier muralla.

La torre, con la puerta cerrada, se encontraba sólida, iluminada por lámparas, sobre una edificación cuadrada en la parte oriental, incrustada en un ángulo de aproximadamente un metro de grosor.

En cuanto llegaron se oyeron correr cerrojos. La pesada llave giró hacia la izquierda y la inmensa puerta se abrió hacia adentro. Apareció la sombra de un tercer hombre, ya viejo, de metro ochenta y tez pálida, con los ojos azules, vestido de impoluto frac ajustado al cuello. Saludó, ladeando la cabeza descubierta, espléndidamente coronada por unos rubios cabellos, los cuales caían lisos por detrás de su espalda.

Alameda examinó a este albino, observó de primeras su enorme nariz hundida en la carne. Luego sus ojos, ardientes, con brillo azul. Se detuvo en la boca. Había algo raro en esos labios. Puede que fuera el maquillaje. Iba muy maquillado, desde luego. Pero había algo más oculto en aquella cara de muerto viviente. Llevaba envuelto en la mano un antiguo rosario de nácar con la cruz de Caravaca.

—Bienvenido, padre Alameda —dijo el mayordomo saludándolo con la cabeza—. El conde Trav le está esperando —habló. Tenía un deje inglés.

Alameda traspuso el umbral y siguió al mayordomo a lo largo del corredor, en dirección hacia unas grandes escaleras de caracol.

—Yo soy su mayordomo —iba diciendo de espaldas—. Estará cansado. Necesitará comer y descansar.

Subieron la escalera de caracol. La torre era larga. Los balcones se hallaban muy hacia arriba. La luz en ese tramo se hizo nítida. Llegaron a un portón de madera. El mayordomo empujó la pesada puerta. Esta se abrió. Alameda lo siguió sin pronunciar palabra. Penetraron en una galería oscura. Las antorchas estaban apagadas. A izquierda y derecha había muchas puertas, todas cerradas. Se intuía que eran los dormitorios. Abrió otra que daba a un pequeño cuarto. Oprimió el interruptor, a la derecha. Se hizo la luz. Había allí una pequeña cocina octogonal bien alumbrada.

—Por favor, entre libremente —le dijo el mayordomo. Se colgó la cruz de Caravaca del cuello y pasó dentro. Cerró la puerta.

Alameda encontró una chimenea de piedra incrustada en el rincón. El olor a leña quemada evocó su hambre. Paseó la mirada por la cocina. No tendría más de seis pasos; baja de techo, polvorienta, amueblada, con la brasa encendida. Vio al mayordomo de espaldas, sujetando un leño fresco.

—Por favor, tome asiento —le dijo el mayordomo—. ¿Vino? —preguntó.

—Sí —respondió.

Alameda se sentó a la mesa, en un banco de madera. Sin apartar los ojos del mayordomo, esperó, con expresión de desconfianza. Lo vio llegar con una botella de Dom Pérignon, 1921. La estaba sujetando por el cuello, como si la ahogara.

Se produjo una extraña conversación:

—El mundo ha cambiado —dijo, sirviendo la copa—. La gente quiere ser protagonista. Antes les daba igual un rey que un presidente. No seguían los debates por televisión. Aquello de darles algo para entretenerse se ha quedado obsoleto. El sistema también. Decimos que toda época pasada fue mejor para cargarle nuestros errores al presente. Pero lo cierto es que el pasado es solo un niño, ¿no cree?

—¿El conde vive aquí? —repuso Alameda.

El mayordomo le dio la espalda. Se puso el delantal. Guardó silencio.

—Mis amos fueron adalides de la mejor desinformación. El exceso mantiene bloqueados los sentidos. Cada palabra se convierte en un muro. Cuando la palabra se transforme en un poderoso Gran Hermano todo nuestro sistema terminará de derrumbarse. —Cerró la botella y la depositó en la vinoteca—. ¿Ha oído hablar de Internet?

—No. —Aspiró el vino de su copa antes de dar un trago.

—Hace unos años la agencia Apartheid logró establecer una conexión directa entre las universidades de Eresma y Buhaya —contaba el mayordomo mientras abría la nevera—. Salió en las noticias.

—Lo siento, no puedo decirle —contestó abstraído. Buscaba en su pensamiento el sentido de la conversación.

—En marzo de 1992 la agencia estableció un árbol troncal.

—No sé lo que es.

El mayordomo preparó la sartén. Sacó dos huevos y unas lonchas de beicon.

—Imagine una gran red absoluta —contaba de espaldas, con una poderosa atracción—, firme, donde cada palabra se convierte en una fuente de información, en un objeto de

mercado. Intente pensar en este virus. Por mucha artillería mediática que se tenga si a la red se la alimenta con una realidad contraria, la matriz, por medio de la animadversión de los ejecutores, reproducirá toneladas de basura imposible de tapar. No habrá alfombra que pueda esconder semejante cantidad de basura. ¿Comprende? —Exhaló un suspiro. Respiró como en un matadero, de un modo irregular, con la boca abierta y la lengua agitada. Se dio la vuelta—. Internet es nuestra muerte —sentenció.

—¿Por qué? ¿Qué tiene?

—Porque ya nada será lo mismo. —Movi6 el beicon—. Habrá ojos en todas partes.

—¿Ojos humanos?

—Mirando, a través de cámaras.

—Usted se refiere a secuestrar.

—Así es.

—¿Qué cambia?

—No se imagina lo que está por llegar.

—Cuénteme.

—Se aproxima la máquina más mortífera de todas. El sistema perfecto. —Abrió el mueble y cogió un plato—. Estaremos dentro de una gran computadora.

—Controlados —medio afirmó Alameda. Olfateó el beicon.

—Más que eso. —Se volvió con el plato en la mano. Asomaban el beicon y los huevos—. Esta vez no habrá chantaje. No habrá bomba que pueda con el sistema. —Respiró por la boca—. Mis amos fueron engañados, pero aprendieron la lección. —Dejó el plato en la mesa.

—¿Qué lección? —preguntó. Alameda contempló su plato. Aspiró todo el vapor. Aquello olía a las mil maravillas.

—El Estado siempre vence, padre Alameda —respondió el mayordomo con cierto tonillo sarcástico.

Cantó el gallo.

—Me va a disculpar, pero, lamentablemente, tendrá que comer con las manos. Por la seguridad de este castillo no disponemos aquí de nada punzante que pudiera ser utilizado como un arma.

—Comprendo.

Alameda se puso a comer. El mayordomo se sentó en una silla ante la chimenea. Habló en un tono apesadumbrado:

—Un estudio de 1984 dice que el principal problema sanitario de los ricos es el alcohol —contó—. Esta cifra se vio incrementada dos años más tarde, en 1986. A principios de ese mismo año el doctor Hellmann's elaboró una tesis para sofocar el número de bebedores en nuestro país. —Tomó aire y prosiguió. Se ahogaba—. La tesis del doctor Hellmann's dice que el estrés empuja a los hombres a beber alcohol y más tarde a alcoholizarse. Su método consiste en que, para volver a equilibrar la vida profesional, económica y social de un alcohólico, es necesario despojarlo del estrés que lo empuja desesperadamente al alcoholismo. Según él, toda esa adrenalina acumulada por las presiones desaparece cuando el paciente se libera de las ataduras del sistema haciendo cosas que jamás hubiera hecho. Cosas que no están en el imaginario del colectivo corriente.

El padre hundi6 los dientes en el beicon.

—No conozco al doctor Hellmann's. Háblame de él —dijo con la boca llena.

—Fue un notable miembro de la orden, de los primeros. Un hombre tan inocente como apasionado, psiquiatra del presidente hasta 1986. Pasaba en un segundo de la sensualidad a la animalidad de su instinto. Alguien exquisito sobre la mesa. El Médico que desaconseja el Señor —sonrió, nostálgico— cerró el acto en el Templo del Arcano y se hundió para siempre —dijo misteriosamente.

—*El libro de Defiance*. Usted también lo ha leído.

—El Arquitecto, el Ojo que todo lo ve, la Sangre de Lafayette, el Merovingio, el Soberano Príncipe de Calzas, el Director, Caín dio la ascensión a Abel, el Médico que desaconseja el Señor, los doce espías del Canaán —recitó de carrerilla—. Una estupenda fábula literaria.

—Fue miembro de su orden.

—No —corrigió tras una pausa—, tan solo iniciado.

—Pero murió.

—Sí, así es. Conoció a una mujer que lo llevó a otro lugar. Se le cruzó una camioneta. Cosas que pasan.

—En el libro no se menciona ningún templo arcano.

—Defiance es como usted, no saben nada.

—¿Qué ocurre en ese templo?

El mayordomo sacó la mirada de las cenizas y la depositó sobre Alameda.

—La escenificación del Pandemónium —dijo avergonzado.

—La tesis del doctor Hellmann's.

—Así es.

—¿Cuándo fue la última vez?

El mayordomo asintió con una sonrisa. Sabía que Alameda buscaba la fecha clave. Accedió a dársela.

—Durante el eclipse.

Alameda aflojó los dedos. Dejó de comer.

—¿Qué eclipse?

—9 de diciembre de 1992.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque espero que venza. —Tocó la cruz. Se levantó de pronto—. Estaba ella tan retorcida de dolor que solo pude arrancarme la cruz y depositarla sobre su cuerpo antes de envolver la moqueta. —Su mirada estaba ahora vacía—. Dios no puede permitir algo así, solo nosotros. Me impactó.

—No sería la primera vez.

—No.

—Difícil de creer entonces.

—Creyó la carta —contestó rápidamente el mayordomo.

—Es la confesión de un hombre arrepentido.

—¿Dios perdona a los que se arrepienten?

—Por supuesto.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Entonces el doctor está en el cielo. —El mayordomo no levantaba la mirada del suelo.

—¿Lo mató por esa carta?

—¿La tiene?

—Me la dejé en el motel.
—No, allí no está.
—¿Cómo puedo vencer al demonio?
—Le está esperando.
—Dígamelo.
—¿Tiene la carta?
—La carta no dice nada. Es una confesión sin nombres.
—Es importante.
—¿Por qué?
—Despierta la curiosidad.
—No tanto.
—La despertó en la mujer policía.
—Ella no sabe nada.
—Sabrá. Entréguelamela.
—El conde me está esperando. Se la entregaré a él.
—Es su billete hacia el infierno —dijo—. No podrá pasar —añadió, tenso.

Alameda miró al mayordomo. En la oscuridad del silencio se dio cuenta de que tenía parte del rostro descarnado, como si se lo hubieran comido. Trataba de disimular la verdadera causa mediante un tipo de maquillaje de plomo. Sus cejas eran finas y arqueadas, ligeramente redondeadas, inexistentes a la luz. Parecían pintadas.

—Debemos darnos prisa, el conde dormirá pronto —dijo.

El padre levantó la vista hacia el mayordomo. Podía leer en su pensamiento todo lo ocurrido hasta entonces. Aquel hombre alto y pálido, vacío como un agujero, no podía seguir soportando la imagen de la niña empapada de sangre. Tenía que ponerle fin.

—Estaba durmiendo bajo las ruedas, en una noche de azul oscuro. Su mirada indefinible hacia el asfalto veía como la luz se apagaba. Se le cerraron los ojos. Me incliné sobre ella. Aspiré su precioso cabello rubio. María abrió los ojos. «Las nueve», dijo. —Alameda contuvo el aire—. Es solo un sueño.

No hubo respuesta.

Sacó la carta del bolsillo, despacio. El mayordomo corrió a buscarla nada más verla. Se la quitó de las manos antes de que pudiera arrepentirse. Comprobó que aquella, en efecto, fuera la original. Después, se la dio de comer a la brasa.

—No la ha leído.

—No me hace falta.

La carta empezó a marchitarse.

—Sin nombres no vale nada —dijo Alameda, que era de naturaleza fría.

—¿Tiene copias?

—No.

—La Soberana Orden no es una broma. Por más de quinientos años ha sobrevivido a reyes, papas y señores de la guerra. Si existen copias, las encontrarán.

—No hice copias. La carta no pretende desenmascarar a los asesinos, sino dar paz a una familia.

Sonó el reloj.

—Las siete —dijo el mayordomo—. Sígame.

Alameda siguió al mayordomo. Lo vio bajar por unas escaleras de piedra; luego entró él; un pasillo largo, iluminado por lámparas, llevaba hasta el portal de Auguste Rodin, la reproducción era exacta, los batientes se abrieron, Alameda se encontró en un amplio y umbrío vestíbulo. Lo recibió una larga moqueta de color rojo; a izquierda y derecha solo había oscuridad, delante, un tablero de ajedrez con las piezas colocadas en posición horizontal.

Inició los pasos. Comenzó a vislumbrarse una figura humana en penumbra. A medida que se acercaba pudo apreciarla con más claridad. Satanás estaba sentado en una de las sillas esperando contrincante. Era terriblemente hosco y viejo. Tenía el rostro arrugado y torcido, como la corteza de un árbol. Respiraba a través de una mascarilla conectada a una bombona de oxígeno.

El padre movió los ojos de un lado a otro; echó un vistazo rápido en derredor; fuera del círculo, entre treinta y cuarenta personas vestidas en modo eclesiástico de seda negra miraban suavemente a través de sus máscaras. Acercó la vista cuidadosamente a la inmensa cortina de color rojo que se hallaba en el rincón. Vio a cuatro personas desnudas observándole. Llevaban la cabeza cubierta con un casco de lobo profano, probablemente vikingo. Apartaron la mirada. Un aroma sacro, ceremonioso, el cual parecía descender de las alturas, lo rodeaba. Se dirigió hacia el tablero. Vio una silla vacía; de cadera, estilo español siglos XVI–XVII. Resplandecía con la luz cegadora ante todas aquellas máscaras inmóviles. Cuando llegó se quedó mirándola.

—¡SIÉNTATE! —tronó una voz del cielo; una voz cascada, a la vez lastimera y dolente.

Alameda miró el cielo. Había un contorno borroso ubicado en el palco del proscenio. No se apreciaba bien, pero sus ojos erraban sedientos de carne y sangre. Corrió la silla dando un sonoro golpe. Satanás alzó el rostro. La intensa iluminación que caía del techo le confería un aire terrorífico, incómodo y amenazador. Se incorporó, tieso como un palo, hacia adelante, de la mitad del tronco hacia arriba, armonizado en un solo cuerpo, en una sola voz. Se quitó la mascarilla, la dejó colgando sobre el manómetro.

—Te conozco —le dijo Alameda con el pensamiento—. Has estado presente en nuestras vidas hablando distendidamente sobre ciencia, política y arte. Recuerdo cierta ocasión en que entré por casualidad en un bar y te vi dialogando orgulloso en televisión, en un debate, allá por 1980. Estás protegido por la ley, demonio, incluso en el foco del delito. Sé que gozas de total impunidad. Tienes tanto poder, eres tan influyente en nuestra sociedad, que hasta el más miserable de los pobres pondría su cuello en la horca en favor del tuyo.

El conde Trav era un hombre alto y seco. Tendría unos noventa años. Se hallaba en la decrepitud. Su piel era de un color amarillo sucio. El cabello gris le crecía desde las sienes cayendo profusamente hasta la espalda. Movía los labios, de un rojo fino, como los de un tigre. Su nariz era angosta. Sus orejas contraídas estaban llenas de pelos blancos. En cuanto a sus ojos, el conde poseía la mirada fiera del lobo; eran, pues, brillantes, gélidos en el fulgor azul. Acercando los ojos, viéndolo más cerca, Alameda pudo apreciar la ictericia derramándose sobre su calva pigmentada. Aunque en ese momento fuera imposible de creer, el conde, en su juventud, había sido un hombre hermoso, devoto de Dios. Desde 1991 padecía de canibalismo. Llevaba encima un albornoz negro y rojo, bordado con el símbolo de la orden: una cruz dorada encerrada en un óculo de 42 signos.

El padre Alameda tomó asiento. Fijó su vista en el tablero. Estaba viejo y desgastado, carcomido por los lados. Las piezas eran de madera, muy antiguas. Se le había dado mucho

uso. Llevaba blancas. Subió los ojos. Encontró la repentina mirada del vengativo y horripilante conde Trav. Una sombra tenebrosa de espantoso silencio acompasada de la respiración jadeante del conde se adueñó del salón. Emergió la tensión. Todos los allí presentes guardaban silencio. Parecían estar solo en calidad de observadores. El conde deslizó la pierna hacia el tablero. El albornoz osciló un poco. Se le vieron las partes. No llevaba nada debajo. Alameda respondió al gesto mirando para otro lado. Trató de reconocer algún rostro, como para tranquilizarse. Abrió la boca sin sentido. Por absurdo que pareciera, se frotó los ojos. Estaba completamente despierto. Respiró hondo, dejó caer los brazos y se santiguó en presencia de los demonios.

Jugaría por su vida.

Desplazó el peón hacia adelante (**e4**). El conde movió el peón negro una casilla (**d6**). Alameda acompañó al peón blanco (**d4**). El conde respondió sacando el caballo (**Nf6**). Alameda también sacó el caballo, pero el de la reina (**Nc3**). El conde aprovechó para darle un impulso al peón de la torre diestra (**g6**). Alameda puso el alfil de la reina frente a su rey (**Be3**), a lo que el conde gruñó. Después movió el alfil negro de la reina, ubicándolo en el lateral de la torre (**Bg7**). Silencio. Había expectación. Los cuarenta se mantenían alejados del foco, apretados contra los muros. A veces se oía algún que otro murmullo pérfido. Alameda sacó la reina (**Qd2**). El conde no se inmutó. Era evidente que aquella era una apertura de categoría. Puede que hubiera subestimado a su rival. Movié el peón de la primera línea acompañando al de la reina (**c6**). Alameda hizo lo propio (**f3**). El conde ya tenía preparado el peón negro entre los dedos para situarlo dos casillas por delante del caballo (**b5**), se la sabía de memoria. Ahora sí, caballo blanco por delante del rey protegiendo al otro caballo (**Nge2**). Idéntica jugada por parte de negras (**Nbd7**). Alameda soltó un quejido. Había aparecido en aquel instante la memoria del ángel salvador. Recordó esa misma partida. La había jugado muchas veces con el padre Mork. Era su apertura favorita. Llevó el alfil blanco hasta la esquina en un movimiento. Un alfil contra otro alfil (**Bh6**). El conde no dudó. Se lo quitó de en medio. Alfil por Alfil (**Qh6**). El conde, indiferente, con su habitual rapidez, movió el alfil de la reina sobre el ala de la torre (**Bb7**). Alameda se quedó de nuevo absorto. La rapidez del conde desconcertaba. Daba la impresión de que se sabía la partida de memoria. Avanzó el peón blanco de la torre (**a3**). Ahora, intentaba hacer presión hacia adelante. El conde probó otro intercambio desplazando el peón del rey (**e5**). Alameda procedió sin reflexionar al enroque (**O-O-O**). A continuación, reina negra frente a rey negro golpeando contra el tablero (**Qe7**). Alameda separó el rey de la torre (**Kb1**) y después miró al conde. Le hizo un reconocimiento minucioso. Chorreaba de sudor. Tenía los ojos ribeteados en rojo. El conde respondió a su mirada con una actitud desafiante. Levantó los ojos y arrastró el peón de la torre negra muy lentamente (**a6**). Alameda meditó unos segundos. Luego, comenzó a hacer su jugada ubicando al caballo entre la torre y el rey blanco (**Nc1**). El conde la vio enseguida, enroque (**O-O-O**). Otro movimiento rápido, sin pensar, demasiado pronto. Alameda contuvo la respiración. Titubeó un poco, pero finalmente logró mantener el rostro en su habitual rigidez. Soltó el aire. Todas las miradas fijas estaban puestas en él. Movié. Caballo blanco junto a caballo blanco (**Nb3**). El conde hizo una breve parada porque necesitaba oxígeno. Alameda levantó la vista hacia el proscenio. La máscara de aquel hombre se hizo más viva que todas las demás. ¿Quién era? Sus ojos llameaban bajo una bauta del siglo XVIII. Llevaba también su característica capa negra, el tabardo. Era alto y delgado, se percibía muy

viejo, ¿acaso era el Arquitecto? El Arquitecto era la figura más importante en el *Libro de Defiance*. Le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo. Alameda asintió. Cuando bajó los ojos vio que su caballo estaba siendo amenazado (**ed4**). Se quedó parado. No entendía ese movimiento. El conde estaba regalando un peón. Se lo comió con la torre (**Rd4**). Amenazó enseguida a la torre blanca con otro (**c5**). Alameda tuvo que retirarla. El conde entró tirando de caballo (**Nb6**). Se preparaba para atacar. Alameda lo notó nervioso. Parecía estar también bajo presión, consciente de su responsabilidad. Desde luego, estaba jugando otra partida. Comprendió que era mejor empezar a minar su campo de concentración. Ese era el propósito. Arrastró el peón blanco como un imán (**g3**) y esperó. Él alejó el rey de la torre oscura (**Nb8**). Le faltó tiempo para hacer saltar el caballo y entrar en los dominios del conde (**Na5**). ¿Y ahora qué? ¿Cómo alejar ese caballo? El conde se sintió claramente desprotegido. No estaba acostumbrado. Sus dedos temblaron sobre la cabeza del peón. Sus yemas acariciaron la caída ovoidea, pero no se decidió. Optó por retirar el alfil de la casilla del caballo (**Ba8**). Temía el intercambio. («el alfil no!>). Alameda levantó la cabeza como si hubiera asistido a un inminente milagro. Tuvo un *flash*: «El alfil de la reina dirigía los ataques». Tal y como indicaba el *Libro de Defiance*, «el conde es el Director». Sacó el alfil visiblemente excitado. Lo desplazó hacia el lateral, adelantando al peón de la torre (**Bh3**). Comenzaba a desarrollarse algo. El conde ya no pensaba. Movía rápido y terco, de un modo hostil. Tocó el peón y formó una línea de tres (**d5**). El rey quedó descubierto. Alameda vio la oportunidad (**Bh3**), jaque: Frío en el amplio salón. Miró a todos lados. Llevó los ojos arriba. El Arquitecto ya no estaba entre ellos. Había ahora en su lugar una sospechosa mujer de cabello rojo. Alameda dejó ir un profundo suspiro, ¿qué hacía allí? Mientras, el conde reconoció la amenaza. Desplazó el rey hacia el lateral sin poder reprimir la tensión (**Ka7**). Alameda miró de nuevo hacia el proscenio. Daba la impresión de ser alguien importante. Prosiguió el juego. Efectuó el siguiente movimiento. Juntó las torres (**Rhe1**). El conde, con la mirada fija en el vacío, atacó al caballo blanco con el peón (**d4**). Después murmuró algo. Volvió a necesitar oxígeno. Parecía estar hundiéndose en alguna extraña forma, la cual podría manifestar de un momento a otro cualquier tipo de violencia. Observó con los ojos apagados como el caballo saltaba por encima de su agresor y se situaba detrás, amenazando además a su reina (**Nd5**). No había opción, caballo por caballo (**Nbd5–ed5**). Alameda buscó enseguida en lo alto la aprobación de la mujer del cabello rojo. La mujer, iluminada por un aura sangrienta, dejó caer la cabeza a un lado. El cabello rojo ingobernable se derramó, cubriéndole uno de sus hombros desnudos. Su máscara de larva relucía pálida. Sus ojos oscuros, semicerrados, brillaban ardientes bajo las cuencas mortuorias. Era de labios carnosos, muy rojos; el labio superior un poco levantado. ¿Quién era esa hermosa mujer? Rondaría los cincuenta. ¿Por qué el Arquitecto la había dejado sola? Volvió a mirarla. La Salomé del libro de Defiance era más joven. Tenían en común el cabello rojo. Pero Defiance, en su libro, describía a Salomé como «una joven bruja de ojos azules y expresión maliciosa y el cabello rojo, como de fuego». ¿Podría ser Salomé? ¿*La Sangre de Lafayette*?

El conde interpuso la reina (**Qd6**). Alameda adelantó la torre tres escaques. Se comió el peón (**Rd4**).

—¡Sí! —gritó el conde exultante sin poder reprimirse. Alameda acababa de entregarle la torre (**cd4**).

Se puso a temblar, pálido. La mujer de cabello rojo le había distraído. Volvió a mirarla. Ella se mantenía serena, gélida en su compostura noble, irrevocable. El corazón se le paralizó. Estaba perdiendo la batalla. Con todo, tuvo la «ocurrencia» de desplazar instintivamente la torre hasta la segunda línea del conde. Jaque al rey (**Re7**). En el instante descubrió que había entregado la torre de la reina blanca. Otro suicidio, mucho peor. Dejó caer las manos. Una sensación interna de vacío lo tumbó.

Todas las miradas se centraron en el tablero. Los curiosos esperaban la jugada definitiva del conde. Solo tenía que hacer retroceder la reina de manera lateral y ocupar el puesto de la torre. Pero el conde parecía gozar de su victoria. En su faz se apreciaba un aura evidente de satisfacción y burla. Inclinado sobre el tablero, bajó la mano. Sin embargo, ocurrió lo que ninguno de los allí presentes podía esperar. Inexplicablemente, el conde subió el rey negro a la altura de la reina y en vez de comerse la torre blanca amenazó al caballo (**Kb6**).

En el reloj de la torre dieron las **nueve**.

Alameda había vuelto a nacer. Un rayo de luz victorioso le atravesó el cerebro. Movié la reina (**Qd4**).

—Jaque —dijo.

El conde rabió. Se dio cuenta de la oportunidad perdida. Buscó con la mirada a la sacerdotisa. Alameda siguió ese gesto. Movié los ojos sobre el palco. La mujer del cabello rojo se había ido.

El conde empalideció su rostro. Volviendo los ojos hacia el padre, movié el rey. Se quitó de en medio al caballo (**Ka5**).

—La partida es suya —agregó, haciendo una reverencia con la cabeza.

Alameda no hizo caso. El halago tan pronto podría ser una trampa. Subió dos escaques el peón (**b4**), ignorando el comentario del conde.

—Jaque.

El conde, pendiente de esa torre, avanzó el rey (**Ka4**). Alameda tuvo la creciente sensación de que el conde sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Esperaba su error. Bajó la reina a la tercera línea para preparar el jaque (**Qc3**). Hiciera lo que hiciera la torre estaba muerta. No valía la pena perder un movimiento para salvarla. Sin embargo, el conde, sabiendo que la torre blanca era cadáver, comió el peón de Alameda con la reina (**Qd5**) con la clara intención de ejecutar un «casi» definitivo jaque en la siguiente jugada.

De pronto, oyeron un ruido detrás. El conde no se volvió. Alameda sí lo hizo. Vio a la mujer del cabello rojo, de pie, muy cerca de él. Mientras, el Arquitecto hacía lo propio tras el conde. Ambos se habían posicionado uno tras otro para algo. El conde mantuvo la mirada fija en la mujer. Tenía los brazos separados del cuerpo. Eso le inquietó.

—Mueva rápido —le dijo.

Alameda salvó la torre, desplazándola hacia el lateral (**Ra7**). El conde subió el alfil negro, antes ubicado tras la torre blanca y lo puso a la par de la misma a fin de proteger el peón que pretendía comerle Alameda (**Bb7**). Alameda se comió el alfil (**Rb7**). La torre blanca volvía a las puertas de la muerte. Una vez más, el conde solo tenía que conducir la reina hasta su casilla y sacarla de un sonoro golpe. Pero la torre del padre, aquella torre blanca, parecía inmortal. No había manera de que el conde la viera. Tiró la reina negra hacia adelante a merced del intercambio (**Qc4**). ¿Por qué? ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso la mano de María estaba sobre la del conde? ¿Acaso su luz lo estaba cegando? ¿Cómo explicar aquello? La cara, los gestos, las impresiones... El conde no se estaba dejando ganar, es más,

temía por su vida. Se jugaba para eso, para decidir quién vivía y quién moría. Una vez desprotegido el caballo negro, Alameda procedió a comérselo (**Qf6**). El conde movió nervioso, llevándose un peón por delante (**Ka3**), tirando de rey hasta el siguiente escaque, buscando el jaque mate. Pero la torre inmortal le hacía tanto daño, que Alameda solo tuvo que empujar la reina para provocar el colapso. Sacó al peón de su lugar y colocó la reina en el flanco izquierdo (**Qa6**). Jaque. El rey negro solo podía retroceder, comerse el peón blanco y esperar bajo la protección de la reina (**Kb4**). Así hizo.

Alameda subió un peón (**c3**). De nuevo, jaque. El conde desvió el rey hacia el flanco opuesto. Había ahí un solo peón blanco, protegido por el rey. Lo sacó del tablero (**Kc3**). Enseguida, buscó el gesto de la sacerdotisa. No lo halló. Agachó la cabeza preocupado, buscando el modo de salvarse. Entretanto, Alameda efectuó el siguiente movimiento de avance. Llevó la reina hasta el extremo con un ritmo letal: **Qa1**, jaque. Inmediatamente, miró al arquitecto. De repente, lo vio desaparecer en la oscuridad. Se preguntó en el primer momento si había ocurrido lo mismo con la mujer del cabello rojo. Giró un poco el cuello para verla. La supuesta Salomé no se había movido. Continuaba rígida. Alameda creyó ver cómo su máscara, toda en sí, sonreía.

El conde titubeó, luego tocó el rey en diagonal. Lo situó en las inmediaciones del otro rey (**Kd2**). Alameda fue a buscarlo. Subió la reina a la segunda línea para volver a amenazarlo (**Qb2**). Jaque. Pero el conde no quería ver a su rey abandonando la franja. Lo dejó caer a propósito en la trinchera del enemigo (**Kd1**). Otra vez el rostro de María. Alameda levantó los ojos, su mirada encontró la del conde. En ese momento, tenía la jugada definitiva en la cabeza. Bajó el alfil por la diagonal blanca (**Bf1**) y a un solo escaque del rey señaló a la reina. El tablero quedó de la siguiente manera: los dos reyes y el alfil blanco en la primera línea, a escasos centímetros de los codos de Alameda; una franja por delante, la reina blanca tapando a su rey; los dos peones blancos situados a la par en la tercera línea; la cuarta en dirección al conde, solo para la reina negra. Penúltima y última para las tres torres; la inmortal, a punto de comerse el peón y, finalmente, las dos torres negras.

Y el conde cayó en la trampa. Cambió de mano para hacer bajar la torre a **Rd2**, interponiéndola entre la nada y su rey. Alameda hizo correr la torre por el pasillo hasta **Rd7**. Ahora, la torre blanca bloqueaba a la torre negra con el añadido de que el alfil blanco apuntaba directamente a la reina negra. El conde no podía sacar su torre al hallarse en jaque de torre blanca. Veía a la reina blanca a su lado sin poder hacer nada. Tampoco podía comerse el alfil con la reina. Si hacía lo segundo, Alameda solo tenía que empujar su reina hacia la derecha y devorar la torre para jaque mate. Hiciera lo que hiciera, la reina negra no tenía escapatoria. Forzosamente, subió la torre negra y se comió la inmortal de Alameda (**Rd7**).

Alameda sujetó el alfil con los dedos. Entonces, cuando se disponía a sacar a la reina negra del tablero, apareció el Arquitecto por detrás del conde con una 9 mm en la mano y le voló la tapa de los sesos. Literal. Fin de la partida. Alameda había ganado. Hizo un gesto instintivo de victoria en el aire. No pudo evitarlo. La sangre del conde corría en largos riachuelos por todo su cuerpo. Había trozos de cerebro en el suelo, en la sotana, por todo el tablero. Pero ya no importaba. Había sobrevivido.

CAPÍTULO 38

A Rut le dieron el alta un lunes por la tarde. Volvió a Mula en autobús. Se encontraba sola en la última fila, mirando a través de la ventana, tratando de observar qué había fuera. El cielo estaba sereno, velado por nubes negras. El viento silbaba fuerte a su alrededor. El paisaje corría inmerso en una especie de claridad pálida. Sintió como disminuían la velocidad, primero cincuenta, después treinta. Fueron descendiendo en un prolongado declive hasta Mula. El autobús entró en el pueblo. Había árboles a derecha e izquierda. A esa hora las luces de las farolas parpadeaban mortecinas. Hacía poco que estaban encendidas. Siguió en línea recta. Apareció de pronto la larga con su marido. En ese momento doblaban la esquina del cementerio. Rut giró la cara rápidamente. Se sintió avergonzada. No quería que el pueblo la viera con el rostro hecho un mapa. A buen seguro comenzarían a indagar y a hacer preguntas.

El autobús paró en la puerta del cementerio. Rut se bajó rápido. Desde allí, se puso a caminar con las manos en los bolsillos hacia su casa. Tenía el cabello seco, su ropa estaba cubierta de manchas. Anduvo deprisa, un tanto febril. Veinte minutos después alcanzó la casa. Sacó las llaves del bolsillo, le temblaban las manos. Abrió la puerta nerviosa, entró. Inmediatamente encendió las luces. Recorrió todo el pasillo, hasta el final. Se metió en el trastero. Empezó a sacar cosas (panel de corcho, bolsa con vectores dentro, martillo, clavos, hilo rojo, la caja de bombas, el dossier). Se lo llevó todo a la habitación de matrimonio. Retiró la cama de la pared, las sillas, el armario... Vacío el cuarto. Clavó el panel. Empezó a sacar fotografías, a distribuirlas por todo el marco. En ese momento llamaron a la puerta. Fue a abrir. Era Adán. Tenía el rostro chupado, estaba serio. Permitió que entrara. Se lo llevó directo al dormitorio. Allí dentro, juntos, comenzaron a trazar un mapa, el mapa de los crímenes.

Al término, se retiraron. Una constelación de hilo rojo partía de Mula. Iniciaba su camino en Anna Fejes y de ahí producía un estallido que salpicaba a todos los demás pueblos y regiones. El caso de Anna Fejes se había convertido en un portal, en una puerta del infierno.

Rut y Adán tomaron café.

—¿Cómo estás?

—Mal.

—¿Te han dado algo?

—Unas pastillas de mierda.

—¿Pudiste verlos?

—Vi algo, pero da igual, me duele la cabeza.

—¿Cuántos eran?

—No lo sé, de verdad.

—¿Quieres mejor que me vaya?

—Quiero coger a esos hijos de puta.

—Lo haremos, juntos.

—Necesito que seas sincero conmigo.

—No sé a qué te refieres.

Rut miró hacia otro lado. Adán la observó en silencio por espacio de un minuto. Habitaba en ella una profunda sensibilidad dolorosa.

—Creía que se había quemado con la casa —se sinceró—. El hombre que aparece en el cuadro es mi abuelo Anaías. Participó en la peor batalla de todas, en la más sangrienta, la de Münch. Se trajo algo de allí, algo demoníaco, siniestro, un pacto con Satanás. Mi padre decía que sin ese pacto los Raga jamás hubiéramos podido establecernos en Mula. Al principio los teníamos merodeando por casa, luego desaparecieron. Recuerdo alguna cara; la mujer del cabello rojo. Había otro hombre con voz potente.

—¿Qué querían?

—Llevarme con ellos.

—¿Adónde?

—No lo sé. Mi padre se opuso rotundamente. El abuelo Anaías trató de convencerle, pero afortunadamente para mí no hubo manera. Yo era su hijo, me quería, a su modo, pero me quería.

—¿Qué pasó después?

—Llegaron los problemas. Esa gente no acepta un no por respuesta. Una mañana mi tío Juan se encontró a los animales colgados de un árbol. La siguiente fue la casa. Recuerdo a mi padre despertándome en mitad de la noche; al becerro en brazos de mi tío. Las llamas devoraban parcialmente la casa. —Volvió la cabeza hacia Rut para mirarla—. Culparon a mi abuelo de haber traído el mal. Mi padre lo echó de casa. No hemos vuelto a saber de él.

—¿Y después?

—Nada. De repente, todo se desvaneció, como un sueño. No volvimos a verlos nunca más.

—¿Se fueron?

—Sí.

—Pero ¿se te dio una explicación?

—No. Mi padre no volvió a hablar de ellos.

—La mujer del cabello rojo es Salomé.

—¿Cómo lo sabes?

—He estado investigando por mi cuenta.

—Ya. Ahora entiendo. Ten cuidado, Rut. Esa gente no se anda con rodeos.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Hay cosas que es mejor dejar atrás. Fueron unos años terribles. La mujer del cabello rojo no paraba de provocarme. Siempre que me veía se quitaba la ropa. Recuerdo su imagen completamente desnuda en el bosque, haciendo el amor con los animales. —Sopló, al borde de la ansiedad—. ¡Dios mío! —dijo, muy emocionado.

Acaeció un pesado y oscuro silencio.

—No sé si estás preparado para lo que voy a contarte —dijo Rut.

—Dispara.

—Tu tío, Anaías, no se ahogó con el cordón umbilical. Sobrevivió al parto.

—Eso es imposible. Nunca llegué a verle. En cambio, vi su tumba.

—¿Dónde está enterrado?

—En la casa del bosque, detrás. Mi abuelo cavó allí su fosa.

—No, créeme, está vivo.

—¿Le viste?

—Me obligó a pronunciar su nombre para que no olvidara la paliza que acababan de darme.

—No sé qué decir, Rut. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Adán.

—Por Simón Fejes, por el principio.

Centro penitenciario de Santa Gloria, a cuarenta kilómetros de Mula. Famoso por su dejadez y el lamentable estado de sus muros. Es *vox populi* que el gobierno de Philippe Foss no invierte en infraestructuras. La red telefónica es un desastre, las líneas ferroviarias se hallan en manos de la delincuencia. El abandono de las escuelas es, cuando menos, frustrante.

Las doce y dos minutos de la mañana. Rut y Adán salieron del Nissan y abandonaron el *parking* situado en la parte de atrás del edificio penitenciario. Rut llevaba puesto un arrugado suéter de lana blanco. Adán, su habitual indumentaria de pana. Ambos de calle. Llegaron a la puerta. Había allí un vigilante de seguridad bien plantado.

—Yo soy Rut, él es Adán Raga, venimos de parte de Calderón —se adelantó Rut. Había telefoneado a Calderón a primera hora de la mañana. Calderón atendió la llamada en su despacho mientras los otros se hallaban en el descanso. Quedaron en verse a las ocho, ya que era indispensable que Rut le devolviera el dossier. Luego de conversar un poco y preguntarle cómo estaba, Calderón accedió a la petición de Rut de entrevistarse con Simón Fejes. Bastó con una llamada.

—Credenciales, por favor —solicitó el vigilante.

Rut y Adán se identificaron como policías. El vigilante de seguridad los dejó pasar. Otro vigilante los condujo hasta el locutorio. No había nadie. Se quedaron allí solos esperando, entre cuatro paredes verdes, en un ambiente elevado de paz. De pronto, sirena y luz roja. La puerta de acero corrió a la derecha. Dos nuevos guardias de seguridad trajeron a Simón Fejes esposado con las manos atrás. Lo metieron en la «jaula». Lo sentaron en la silla de visitas. Uno de los vigilantes cerró la puerta de atrás. El otro amorrió a Simón Fejes contra el vidrio y después le quitó las esposas. Rut se sentó al otro lado. Adán se quedó de pie.

Rut descolgó el teléfono.

—Simón— lo llamó Rut.

Simón Fejes tenía la mirada completamente enloquecida. Llevaba desde abril en prisión, apenas tres meses encerrado. Se notaban claramente los efectos devastadores en él; la piel desconchada y marchita en arrugas; los ojos desvanecidos en un horizonte hostil; la boca fruncida, haciendo memoria. El guardia de seguridad que le había quitado las esposas lo cogió por los hombros y lo clavó en la silla.

Simón descolgó el teléfono y se lo puso a la oreja.

—Aún no he podido ir al cementerio. Quise aferrarme a la idea de que estaba viva, tú lo sabes. Pero ni siquiera ahora sé qué pasó. ¿Por qué se fue? ¿Qué destino se la llevó? Lo peor es no haberle podido decir adiós.

—Hicimos todo lo que pudimos para encontrarla —dijo Rut, muy emocionada.

—Me faltó vida. ¿Qué podía hacer?

—¿Sigues pensando que fue Foid?

—La cárcel te cambia. Pero sí, lo pienso. Lo miré directamente a los ojos y allí pude verlo. Estoy seguro. La violó y la metió dentro de la iglesia creyendo que jamás la encontrarían. Perdóname. Cuando apareciste había que moverse y lo hiciste.

—Hay personas que todavía ponen en duda que fuera Foid.

—Eso es lo que dice la periodista, pero yo no la creí nunca.

—¿Creerías en la palabra de un sacerdote?

—Si quieres que te diga la verdad, no. El retrasado mató a mi hija, nadie me hará creer otra cosa.

—Háblame de ella.

—¿Qué quieres que te cuente? Tengo pesadillas con ella. Me sacaron de aquí solo para ver su cadáver. Grité al verla. Hubiese sido mejor pegarme un tiro. No recuerdo quién se me acercó para decirme que tenía que firmar algo, pero no tenía cuerpo para nada.

—¿Papeles de defunción?

—Creo que sí. Su habitación sigue igual. Los muebles, los pósteres, su gato en la cama... Maldita sea, no le he puesto de comer.

—Se meterá en cualquier casa.

—Va mucho al huerto.

—Alguna vez lo he visto merodeando por allí.

—A los Mathinson no les gusta, dicen que se caga. Anna tenía que ir siempre a sacarlo. Sobre todo, por la mañana. Esa mañana estaba muy cansando. Lo hubiera ido a buscar yo. Por eso se fue más pronto. A lo mejor si se hubiera quedado, quién sabe, podría haberla visto un poco más. Fue un regalo de Mariska. Se lo trajo cuando murió su madre. Para que le hiciera compañía. Yo también tenía un gato, ¿lo sabías?

—No.

—Claro, eras una niña. Le puse Zipi porque era muy rubio, como el gemelo de los dibujos. Me seguía a todas partes. Lo llevaba al cementerio, a la iglesia... ¡Ay, la iglesia! Un día, saliendo de la comunión de Anna, lo encontré debajo del altar. Creí que se había quedado dormido. Estaba muerto. A los forasteros les gustaba pararse en la iglesia. El día que estábamos toda la pandilla reunida en la puerta vino uno de fuera montado en un lujoso coche negro y me dijo: «Muchacho, ven». Escondí el pitillo y me acerqué. «Joven, ¿dónde se oculta el matadero?». «Ahí abajo», le señalé, sacó la mano, y pensando yo que me iba a dar dinero, pues no, va y me da una puñetera ficha de ajedrez. ¿Puedes creerlo? Se la di a Anna, pero no sé qué hizo con ella. Tampoco recuerdo la ficha. Me estoy volviendo loco.

—¿Veías muchos? —preguntó Rut.

—Hasta el Año Negro. Luego vinieron algunas familias de la capital por aquello de la curiosidad, y finalmente putas y maricones.

—¿Putas y maricones? ¿Cómo que putas y maricones? ¿Eso cuándo?

Ahí estaba la clave, el agujero negro, «el gancho». Rut lo vio claro desde el principio. Adán, a su espalda, arqueó las cejas.

—Hace unos años vino una yonqui preguntando por la iglesia.

—¿Cómo era?

—No la recuerdo. Conducía un coche pequeño, de color blanco. Había un mozo con ella, moreno, con pinta de maricón. Preguntó por la iglesia.

—¿Qué le dijiste?

—Nada, yo a lo mío.

—¿No les dijiste nada?

—No.

—¿Cómo se lo tomaron?

—Se fueron.

—¿No te insultaron? ¿Pusieron mala cara?...

—No. Buscaban droga.

—¿Cómo lo sabes?

—Por las pintas. Ella estaba muy nerviosa, sudaba mucho.

No había yonqui en Santa Gloria que no supiera buscar heroína, y esta se encontraba en los arrabales de Fraternidad. Lo sabían todos, incluso la policía. No tenía sentido que estuviera allí, mucho menos que «jugaran» a perderse. «Habría que preguntar», pensó Rut.

Sirena acompañada de luz roja.

—¡Se acabó el tiempo!

Rut colgó el teléfono y se levantó de la silla. Se despidió de Simón con un gesto alejado hacia el vidrio. Por supuesto, no le mencionó la carta, ni la teoría de la conspiración. Simón Fejes seguía plenamente convencido de que la noche del 10 de enero de 1993 había cosido a balazos al asesino de su única hija, Anna.

Adán dejó a Rut en casa. Rut se metió corriendo en la cama. No tenía ganas de comer. Se despertó a las cuatro de la tarde. Había quedado con Calderón a las seis, en el Bar Amada. Se levantó y empezó a ir y venir por el pasillo, pensando, dándole vueltas a todo. Telefoneó al motel, aún recordaba el número, preguntó por el padre Alameda, por si estaba allí. La respuesta fue demoledora: «Se fue ayer. Le acompañaban dos hombres, uno de cabello blanco», contó la mujer del vestíbulo. Ahí se acabó la conversación. Anaías se había adelantado. Ya no valía la pena pensar más en ello. Alameda nunca hubiera podido acudir a la cita del cementerio. Lo único que se podía hacer era rezar en silencio, pensar que nada malo le había ocurrido, creer que Dios estaba con él.

Rut se puso el uniforme. Permaneció todavía tres minutos frente al panel antes de salir. Puso la mirada en cada una de las fotografías. Una sonrisa lastimosa le crispó el rostro. Recogió el dossier de la mesa (el de Verginia Bezopasno). Salió a la calle. Una ráfaga de viento estremeció su cuerpo. El tiempo había cambiado, septiembre estaba a la vuelta de la esquina. Cogió el vehículo. Manejó el Nissan hasta el puesto de policía. Iba a esperar un poco allí, por aquello de hacer tiempo. Pero al entrar, inmediatamente se encontró con el teléfono. Llevaba rato sonando.

—¿Diga?

Por la voz, era Clara, la Larga.

—He visto a un forastero pasar por delante de mi casa.

—¿Cuándo?

—Hace un rato.

—¿Qué aspecto tenía?

—Así alto, delgado.

—¿Pudiste verle la cara?

—Llevaba pasamontañas.

—¿Recuerdas cómo iba vestido?

—Me parece que llevaba un chubasquero verde, como esos que usan los pescadores.

—Está bien, voy a ver.

No se lo pensó dos veces.

Dirigió los pies hacia el pasillo. Acabó abajo, en la pequeña e improvisada armería. Fue directamente al armario empotrado. Tenía llave del candado. Lo abrió, sacó el revólver treinta y ocho, cuatro pulgadas. Comprobó primero que estuviera descargado. Luego, buscó las balas. Estaban dentro de un pote de Nesquik. Volcó seis en la palma. Salió a toda prisa. Cerró el puesto con llave y se montó en el vehículo. La noche se abalanzaba en una continua pesadilla. Arrancó en mitad de la niebla. Tiró marcha atrás. El Nissan se vio envuelto de repente en una gran nube de polvo. El dossier de Verginia temblaba en el asiento del acompañante. La gente permanecía en sus casas. Las calles estaban en silencio. El velo de niebla cubría todo el pueblo; rodeaba el pazo; se dejaba caer hasta la carretera. Rut tenía una corazonada. «El transeúnte se dirigía al pazo». Puso el vehículo mirando hacia la cuesta mal asfaltada. Lo dejó caer hacia el solar. Terminó en la farola. Se bajó del coche. Permaneció unos segundos detenida bajo su luz mortecina. Trató de enfocar el camino. Empezó a caminar mientras veía escenas ardientes retorciéndose entre la niebla. Iban, pues, en aumento, elevándose débilmente en un aspecto húmedo, de tinieblas. No muy lejos se

oía un ruido, como el de una tabla escupida contra el viento. De pronto, la niebla corrió el velo. Apareció el pazo. Rut se clavó frente a la fachada. Subió los ojos. Había una sombra atisbando por la ventana. Estalló nerviosa. Se llevó la mano a la espalda. Esta vez el treinta y ocho se encontraba en su lugar, donde tenía que estar. Desenfundó con gesto enérgico. Sujetó el arma con las dos manos. Se fue acercando a la puerta con paso corto y zigzagueante, alternando un pie tras otro. Seguía habiendo allí una tabla. La desplazó con el pie, sin hacer uso en ningún momento de las manos. Se adentró en la oscuridad manteniendo la respiración. No veía nada. Buscó la pared en el lado izquierdo. Apoyó una mano y siguió su camino, lanzando miradas furtivas en todas direcciones. Notó el papel descolgándose, la piedra fría en aquel rincón prolongado, en cuyo final se distinguía un ángulo. De súbito la muñeca se le quedó colgando. Volvió a depositar la mano en el arma, empuñándola con las dos manos. Entró en el salón. Estaba inundado de luz azul. Miró la escalera. En esto, acudió a su mente el recuerdo de Erika. No pudo evitarlo. Se apoderó de ella un inmenso terror. Se deslizó con los brazos estirados por el flanco derecho de la barandilla. Amaneció sobre el primer escalón haciendo presión en el gatillo. «No mires la escalera». Comenzó a ascender hacia el altillo. El corazón le latía violentamente. Levantó la cabeza y miró. Desde allí divisaba el rellano. Tomó aliento. «Niña —escuchó—, no mires arriba».

—¡Cállate! —susurró.

Alcanzó la cima, protegiéndose con la pared más próxima. La luz azul desapareció, regresando así la oscuridad. Miró a ambos lados. Resultaba imposible ver en aquella oscuridad completa. El corredor se le hizo ilimitado. Tiró de instinto. Recorrió todo el pasillo sin despegarse de la pared. Avanzó hacia la habitación de Erika. La puerta estaba abierta, parecía dar a las tinieblas. Introdujo el cañón primero. «Puedes hacerlo». Un minúsculo paso la situó dentro. En un rápido proceso vertiginoso notó como se multiplicaba el espacio. Oyó un ruido cerca. Extendió la mano. Colocó la pistola al nivel de la cabeza. Vio algo. Había una cosa blanca justo debajo del cañón. Allí, una forma humana se levantó. Cabeza, cuello y brazos giraron a la vez. «Erika». Rut abrió fuego contra su demonio. Las balas silbaron en todas direcciones. Golpeó una pistola brutalmente contra el suelo. Una luz encendida salió rodando. A media vuelta descubrió un cuerpo boca arriba. Estaba cubierto de sangre. ¿Quién era ese tipo? Los oídos aún le pitaban. Dio una última bocanada antes de morir. Rut le había abierto un agujero en el pecho.

La linterna dejó de dar vueltas. Fijó su luz en el rostro del enemigo. Anaías se había asfixiado en un burbujeo de sangre. Rut avanzó con mucho cuidado. Se aseguró de que fuera él. Vio su cabello blanco encharcado. Sus ojos se habían apagado. Respiró aliviada. Entonces sintió algo. Se llevó la mano al costado izquierdo. Floreció la sangre. Buscó con los ojos la pistola de Anaías. Distinguió el humo saliendo del cañón. El demonio había efectuado dos disparos, uno contra el vientre de Rut.

Soltó el arma y se dirigió corriendo al pasillo, dejando un reguero de sangre. Ella intentó aferrarse a la pared con las uñas, pero finalmente cayó, quedando boca arriba, con las manos enlazadas sobre el estómago. «No tengas miedo», sonó la voz de Erika en su pensamiento. La vio de pie junto a la ventana. Era una hermosa joven esbelta de tez sonrosada. Su figura irradiaba juventud y belleza. Quería mostrarle algo.

Viernes 13 de noviembre de 1992. La única noticia en todo el día había sido el pequeño altercado que se había producido con el señor Delvaux a las 15:00 en el Bar Amada. A esa misma hora, Bernardino estaba inflando la rueda de un Ford Escort en la gasolinera. Por la carretera general vio pasar una furgoneta verde con los cristales tintados a toda velocidad.

El señor Delvaux no se fiaba de su cliente. Pensaba que le estaba tomando el pelo. Se notaba en él cierto nerviosismo. A medida que pasaba el tiempo iba perdiendo la moral. Además de disecar animales, era un auténtico maestro en recrear aparatos de la Inquisición. Pero se había empeñado en que, como eran muchos aparatos, podían estar moviéndose algo gordo. Quizá los iban a utilizar para transportar droga, pensó, al volante de su furgoneta. Una teoría que no era para nada descabellada dada la identidad de su cliente, el conde Trav. Esto encajaba con lo que él sabía de las élites y sus retorcidos gustos por las jovencitas. El hecho de que estuvieran montando una nueva fiesta sin dejarle participar le sentó como un tiro. Al fin y al cabo, él era quien construía los aparatos para que los políticos se divirtieran. Desde luego, si no hubiera tenido la repercusión que tuvo la desaparición de Anna Fejes, el señor Delvaux no se hubiera movido.

A las ocho de la tarde, en el instante en que se encendía el alumbrado público, un coche blanco, modelo Simca, con matrícula del condado de Mastrix, esperaba en el cruce de caminos, a un kilómetro de la gasolinera, con el motor en marcha y las luces apagadas. La mujer sentada al volante, una yonqui de veintipocos años, vio aparecer a las niñas a la hora acordada: las 20:30 de la noche.

Sin embargo, cuando las niñas alcanzaron este punto, se separaron. Abigail le dijo a Anna que se encontraba mal. Foid Floden, escondido tras un árbol, pudo escuchar la voz de Anna recriminando a Abigail por no querer acompañarla.

Hasta las 20:40 horas la mujer gancho estuvo esperando dentro del coche a que las niñas se decidieran. Se viene a la memoria el caso de los tres niños desaparecidos en el condado de Mastrix en 1978; una cría y dos críos que siempre iban juntos fueron vistos por última vez a ocho kilómetros de una casa de labranza abandonada. Tras tres meses de exhaustiva búsqueda, la Guardia Montada cerró el caso considerándolo irrelevante, dando por hecho que los tres menores se habían fugado de casa. Las pesquisas de los investigadores dieron con un hombre (del que se descubrió más tarde que tenía conducta homosexual) que residía en la capital y que había estado saliendo con una de las niñas hasta hacía poco. El hombre, de treinta años de edad, también había desaparecido. Se especuló mucho con que este hombre hubiera servido de «gancho» para los secuestradores.

Pero esa noche, en la que Zoé, la prima del alcalde, durmió muy mal, el coche blanco, flanqueando el cementerio municipal, salió a la carretera general con Anna Fejes, sola, dentro, y recorrió varios kilómetros hacia el noroeste dirección Bañá. Si al final de toda esta historia la chiquilla hubiera aparecido viva, el señor Delvaux no hubiera viajado tan lejos, ni se hubiera jugado la vida. Pero en todos estos casos ocurre que si a algún involucrado se le rompe el esquema, este tiende a dar esperanza a su ambición e ir de caza; y mientras buscaban a Anna Fejes, viva, al mismo tiempo, el señor Delvaux la buscaba, muerta.

No era normal lo que estaba ocurriendo. La yonqui le había prometido a las niñas que las llevaría a través de la carretera hasta un campo oculto repleto de marihuana. Pasadas unas horas, no había aparecido campo alguno y la mujer seguía conduciendo. Hasta que de

pronto dio un volantazo. El coche empezó de repente a dar tumbos. Estaban pasando por un camino abrupto de tierra y ramaje. Probablemente, a Anna Fejes le entraron ganas de gritar porque en ese paraje en concreto la oscuridad, a medianoche, se advierte profundamente negra y amenazadora.

El vehículo se detuvo. Anna miró en torno. Se encontraba en mitad de una inmensa llanura de naranjales. Más allá de las cañas había una caseta, a tres kilómetros de un río.

Permanecieron varios minutos sentadas (fumando) sobre el capó. A Anna le entraron ganas de orinar, así que buscó un lugar entre los matorrales y se bajó las bragas. Al término, advirtió la inminente llegada de otro coche blanco. La mujer gancho lo reconoció enseguida; un Dodginho Avenger blanco del 76, el vehículo de los secuestradores. Habían quedado allí, en los naranjales.

Anna echó a correr en cuanto vio aparecer a los secuestradores. La yonqui la observó hasta perderla de vista. Anna se elevó por encima de los naranjales para terminar aflorando sobre los matorrales. Desde detrás, le llegaban los jadeantes alaridos de los secuestradores. Uno de ellos se abalanzó sobre ella y le dio un puñetazo. Después, el mismo ordenó a los otros dos que la subieran (para sorpresa de la yonqui) al Simca blanco. La pusieron en el asiento trasero. Mientras uno de los secuestradores le abrochaba el cinturón, el otro, sin cortarse un pelo, sacó una 9 mm y le pegó dos tiros en la cabeza a la mujer gancho. La metieron en el maletero del Dodginho Avenger.

Los secuestradores se subieron a los coches y se los llevaron. Salieron de los naranjales dirección Bañá portando en el maletero del Avenger el cadáver de la mujer gancho, que era prostituta. Mientras, en el otro, uno de ellos vigilaba a Anna, que seguía en el asiento de atrás, implorándole que la dejara marchar. Pasaron treinta minutos de carretera. Después transcurrieron más o menos como unas dos horas. Los vehículos abandonan el asfalto y avanzan traqueteando por un terreno abrupto de vid y labranza. Han pasado tres horas desde que se abordó el secuestro de Anna Fejes. Había luna llena. El señor Delvaux emprende el macabro viaje hacia el pueblo fronterizo de Covenant. Se ha traído el pico y la pala. Adormilado, conduce a toda velocidad por una carretera mojada. Con las primeras gotas de lluvia, alcanza la capital. Aún es de noche. A sesenta kilómetros de la capital hacia el sur, los secuestradores alcanzan el lugar elegido. Desde allí, fueron primero a la casa abandonada, donde dejaron el cadáver de la mujer gancho, y después a una vieja granja, también abandonada, donde esperaba el segundo grupo de secuestradores.

Entonces se quedan pensando en qué hacer. Si se enfrentan al segundo grupo de secuestradores pueden tener problemas con el Gobierno. Finalmente, deciden entregar a Anna y cobrar. Mientras se produce el pago, Anna es llevada por los secuestradores del segundo grupo a la granja. Dentro, le administran pentotal sódico y fenobarbital. Los secuestradores del primer grupo hunden los vehículos en un pantano ubicado en el enclave de la granja, a cuarenta kilómetros de la carretera.

El señor Delvaux se presentó en el hotel de la capital a eso de las cinco de la mañana. El taxidermista, con una gran maleta de color marrón, se acercó al guardia de seguridad y le dijo que le pagaría un extra si le dejaba hablar con el conserje. El guardia de seguridad accedió al chantaje. El señor Delvaux se instaló en el hotel. A la mañana siguiente, se levantó temprano y pidió un vodka con Coca-Cola. Tenía que quedarse todo el día y esperar hasta el siguiente para buscar de forma apropiada a un cliente.

Cuando el drama se convierte en serie de televisión, la noche del 25 de noviembre, el señor Delvaux abandona el hotel y se cita en el parque de Santa Antonia con un conocido banquero de la capital, que le revela cuándo y dónde se va a producir el siguiente baño de sangre.

CAPÍTULO 42

Se produjo un solemne silencio cuando el heredero entró en el castillo. Nadie alcanzó a distinguir su rostro bajo la máscara. Los criados albinos permanecieron contra la pared, inmóviles sobre una alfombra azul ducados, observando el paso del monarca en dirección a una escalera que llevaba al vestíbulo.

El iniciado era alto y apuesto; un tipo verdaderamente elegante de metro noventa vestido de impoluto frac negro. Tenía la edad de Cristo, treinta y tres, y un pañuelo rojo, persa, enrollado al cuello. Hacía resonar el mármol de la escalera bajo sus pies. Este hombre perteneciente a la antigua realeza iba a participar en un deleite ceremonial inimaginable.

En el vestíbulo se había formado una pequeña fiesta. Frente a una chimenea blanca los Lobos chocaban copas y se repartían exquisitos canapés. La puerta principal se abrió. El heredero fue presentado. Los Príncipes del Infierno recibieron al heredero vestidos de caballeros rojos.

El Cardenal Rojo (Caín dio la ascensión a Abel), levantó la cabeza nada más verlo entrar. Se había quedado gran parte del tiempo solo, contemplando las llamas atónito, sentado en el sofá, con la boca abierta durmiente, como la de una serpiente. De pronto, cambió de expresión a exultante y se dirigió al heredero con los brazos abiertos:

—¡Buenas noches, amado mío, mi más inminente Soberano Príncipe!

—Buenas noches, amado Caín —dijo el heredero, aproximándose. Se fundieron en un abrazo.

Los Doce Espías del Canaán se acercaron hasta el joven príncipe con paso de féretro. Luego, lo tomaron uno tras otro por los hombros y lo besaron con labios de porcelana.

—¿Y ahora qué? —preguntó el heredero, príncipe soberano de Caldas.

—Amado —le respondió el Gran Maestre, «el Ojo que todo lo ve»—. Logramos lo que era impensable hace unos años. Ellos hilaban, reían y cantaban sobre nuestras cabezas. Y míralos ahora, obedientes, sumisos y sin ninguna condición.

—Su ojo está lleno de sapiencia —dijo el peor y más sanguinario de todos los príncipes, el Merovingio.

—¡Vamos a hacer historia! —gritó el Gran Ojo, alzando la copa.

Todos los príncipes se unieron.

—¡Bien! ¡Vamos! —dijo la Sangre de Lafayette, a la cual se le iban acumulando los vicios. Ella y el Director se cogieron las manos. Salomé le susurró al oído:

—Pequeño ángel.

Él se rio.

La puerta estaba abierta. El órgano retumbaba en todo el corredor. Los ideólogos abandonaron el vestíbulo y descendieron por una escalera hacia un lugar todavía más profundo. Penetraron en una cámara subterránea y fueron recibidos por los sonidos del armonio. Anduvieron en línea recta hasta el portal, el cual se abrió desde dentro nada más oírlos llegar. Se encontraron con otras dieciocho personas en una sala completamente blanca y mortuoria, «los testigos». A derecha e izquierda no había nada. En el centro, una solitaria camilla. Junto a la misma camilla, de pie, vestido de fiesta, «el Médico que desaconseja el Señor», el doctor Hellmann's. Estaba tomando la temperatura de la víctima. Anna Fejes se encontraba en esa camilla, atada de pies y manos, y envuelta en cinchas de lona.

Un minuto después, los 42 desaparecieron tras la puerta. Entraron en un nuevo corredor de bajo techo en la penumbra. Recorrieron un pedazo de tierra de un kilómetro de circuito donde descansan los muertos que abrieron las catacumbas. En un abrir y cerrar los ojos, los Príncipes del Infierno pasaron de la luz a las tinieblas. Subieron por una pequeña pendiente y después tomaron a la derecha. Tras haber doblado la esquina de la horrible galería subterránea, la cortina de niebla descubrió la puerta del infierno.

Un criado les abrió la puerta desde dentro. Los 42 aparecieron con él, de manera fugaz y alucinógena, en una sala hipóstila poderosamente iluminada, en la mismísima cripta. El lugar olía a incienso y hierbas aromáticas. Las paredes estaban revestidas con largas cortinas de seda oscura. El órgano sonaba siniestro en un rincón. Se habían unido a él algunas voces, tanto masculinas como femeninas. El heredero miró a su alrededor. Se dio cuenta de que era el único que llevaba la máscara de lobo. El Gran Maestre se ubicó en el centro de la sala. Con un toque de mandoble incorporó al colectivo entorno a su figura.

—*Mecivni sitagilid sov te tu sov ixelid tucis mecivni sitagilid tu sibov od muvon mutadnam* —dijo el Gran Maestre.

El órgano pasó del sacramento a la profanación. El canto críptico de los infiernos se elevó a los cielos. Las voces profanas retumbaron en los cubículos. Los criados corrieron hacia la puerta. Agolpados, la aporrearon macilentos, aterrados, desde el subsuelo, en una pura representación de los condenados en el infierno.

Los labios del heredero estaban sedientos de sangre. Sus ojos erraron por la cripta. Se preguntó en silencio cómo sería la joven.

Salomé empezó a desnudarse. Al verla, todos hicieron lo mismo. El heredero fue desvestido por los doce. Mientras, el Gran Maestre, dejaba caer otro mandoble:

—*Mecivni sitagilid sov te tu sov ixelid tucis mecivni sitagilid tu sibov od muvon mutadnam*.

Las puertas del infierno volvieron a abrirse de par en par. Los verdugos trajeron a la víctima debidamente amarrada a la camilla. Para entonces los 42 ya estaban completamente desnudos, esperándola. Todas las miradas se posaron en ella.

Los criados regresaron con seis vasos canopos (vasijas egipcias). Debidamente alineados ofrecieron a los príncipes toda clase de drogas. Los 42 se hundieron en la cocaína y después desfilaron frente a la víctima, acompañando sus gestos de caricias íntimas a fin de despertar el deseo, la libido.

Pasado el tránsito, los verdugos alzaron la camilla. La joven se encontraba ahora de pie, con la cara a un palmo de su asesino.

El heredero cayó desnudo a pies del Gran Maestre:

—¡Príncipes, he aquí ante nosotros, otro que quiere jurarnos lealtad! —gritó el Gran Maestre. Su miembro colgaba a escasos centímetros del rostro del joven.

—¡Gran Maestre! ¡Ruego me reciba en esta orden! —clamó el heredero.

—¡Esto que estás pidiendo es demasiado! Pertenece a un linaje antiguo. Crees que no es obstáculo porque tienes sangre pura, pero he de considerarte digno —le replicó—. Aunque lo que pides te será concedido si juras enterrar todo lo que vas a oír, tocar y ver.

—¡Juro! —gritó el muchacho—. Con toda mi fe en esta orden protegeré todo cuanto me sea revelado.

—En consecuencia —prosiguió el Gran Maestre—, si abandonas tu fe serás expuesto a la mayor desgracia y a los peores castigos.

—¡Juro!

—¡Jura que entregarás tu vida a la orden!

—¡Juro!

—He visto tu fe y tu deseo. Por el amor y el haz, por todos los que ofenden a nuestro dios y a nuestra orden.

El heredero notó la punta del mandoble sobre su pecho.

—¿Sabes qué arde en tu pecho? —le preguntó el Gran Maestre.

—¡El cetro!

—Levántate.

El heredero se puso en pie. El armonio se transformó en un solo clamor de voces al unísono.

—Si no cumples con tu promesa, si cuentas lo que vas a ver, oír y tocar en esta hora, el cetro se hundirá en tu carne y te arrebatará la vida. ¿Aún quieres pertenecer a nuestra orden, iniciado?

—Sí.

—Repite conmigo antes de iniciar el viaje: «Ante los presentes hermanos me encuentro, ante mí, Dios, el Arquitecto, frente a las dos piedras y la marca del lobo. Frente al ojo que todo lo ve».

Repitió el iniciado.

—¡Jura que no revelarás los secretos de esta orden ni hablarás con nadie de la misma!

—¡Juro!

—¡Jura que obedecerás a tus hermanos superiores y que jamás rechazarás participar en una llamada nuestra!

—¡Juro!

—Que os sean entonces otorgadas todas las herramientas de nuestra orden. Id a hacer vuestro viaje.

El príncipe heredero de Caldas regresó con su manada.

—¡Sea aceptado el príncipe en nuestra orden! ¡Sea sumergido el heredero en la oscuridad y que no revele nunca lo que va a ver y escuchar! —gritó el Gran Maestre, dirigiéndose a los testigos.

Terminada la ceremonia, se alzó el heredero. Se vio de repente solo ante la joven. Anduvo después hacia ella; hacia el lugar de honor donde aguardaba la víctima, mientras los verdugos, que eran hombres comunes pintados de grotesco blanco exhibiendo protuberantes sonrisas malvadas y dementes, preparaban a la muchacha. Luego de taparle los ojos y soltarla, la joven, ya liberada de las correas, se abalanzó sobre el príncipe, no sin antes tambalearse, como si estuviera borracha. El príncipe heredero abrazó a la víctima y la besó apasionadamente en los labios, instintivamente, en su inocente deseo de penetrarla antes del calvario. Anna sujetó las manos del príncipe y le pidió perdón. En ese súbito ruego amaneció una aria, cantada por una hermosa voz de mujer.

A las doce y cuarto llegó el aspa. Los verdugos ataron a la víctima a una cruz invertida. Los Lobos la rodearon. Empezaron a sonar bofetadas. La víctima agachaba la cabeza, como para protegerse. Entonces Salomé la señaló con el dedo y los doce corrieron como la sangre sobre su cuerpo, imprecisos, estorbándose los unos a los otros en el ansia de prolongar la sensación del dulce sabor en la lengua. Le arrancaron la túnica a mordiscos y después la hundieron entre gritos de dolor y placer.

La ceremonia alcanzó su segunda fase. Mientras los oscuros se precipitaban sobre los muslos, los pechos y las caderas de la víctima, los criados albinos aparecieron por detrás empujando dos carros de hierro; romanos, de guerra. Los dejaron junto a los verdugos. Estos comenzaron a meter las manos dentro, y a recoger cuantos instrumentos de la inquisición había: palos, tijeras, hierros, tenazas...

Los 42 disfrutaban con el hedor de la sangre y heces. Ahora ya, ordenadamente, comenzaron a violar a la víctima, que fue desgarrada anal y vaginalmente, la pusieron de cara, mirando hacia el Gran Maestro, y con unas tijeras de cocodrilo el Merovingio le cortó la lengua, en un caos de roces y codazos dónde pudo oírse el grito de: «Jódete, puta ramera».

No había pasión sin horror. En el infierno de las catacumbas, la cripta era un carrusel de sangre. Cuando el Gran Maestro ordenó a los verdugos que trajeran «la pera», el heredero se volvió despacio y contempló extasiado las bocas negras de todos, brillando a través de la luz, como en un festín de criaturas de la noche. Sintió de repente una fuerte palmada en el hombro. Era el Merovingio. «Dale, es toda tuya», le gritó. Él continuó sodomizándola con ayuda de un palo, ignorando que estaba siendo grabado.

A la una de la madrugada la ceremonia alcanzó su última fase. Entonces, el cardenal rojo, encarnando a Belcebú, recogió las tenazas de mano del verdugo y se abrió paso entre la carne con toda la sangre corriéndole por la coronilla. Acomodado frente a la víctima, le extirpó un pezón, concluyendo así la ceremonia con un doloroso aullido salvaje que retumbó en los muros de la cripta.

ECLIPSE

Y ya no se veían figuras humanas, como si todos los huéspedes del festín se hubieran ahogado en su propia sangre, cada uno en una proyección diáfana de sí mismo; la muchacha, un trozo de carne; el heredero, un coágulo; el doctor, contemplando ahora el resultado final de aquella masacre; el cuerpo torturado, mutilado, desollado, colgando con todos sus pliegues y cicatrices; intangible en su total destrucción.

Pero de golpe entró el Gran Maestro como un auténtico demonio alado, estrujando el mandoble y lanzando eructos. Se dio primero un atracón de vulva, y después, cual diablo que olía peor que el azufre, se sacó de en medio al doctor con un manotazo y cortó la mano derecha de la muchacha. La víctima dio un último alarido mientras la sangre le caía a raudales.

Salieron los lobos a buscar al cordero. Sus manos se aferraban a la carne como si fuera luz. Coronada en sangre, con el beneplácito del órgano, el cual entonaba un cántico de infinita gratitud y alabanza, contemplaba el cielo que la arrastraba hacia el septentrión. Gritó: «¡No me abandones!».

Sintió la mano de Salomé y se arrodilló en el perdón. El Director cargó a su espalda una 9 mm de llama corta. Señaló al occipital. Disparó. El impacto la lanzó contra el heredero. Él contempló la sangre sobre su frente. Resultó ser el más bello diamante que jamás había visto. Acarició sus partes íntimas y la penetró con la tercera trompeta de la muerte.

CAPÍTULO 43

Había luna llena sobre un paraje clásico acogedor, muy verde, con mucha escarcha. Al otro lado del río, la furgoneta verde del señor Delvaux detenida bajo la copa de un árbol, con el señor Delvaux dentro. Es una noche de diciembre.

El señor Delvaux saca los prismáticos nocturnos y observa. Lleva toda la noche esperando. Son las cinco de la mañana y tiene frío. Se ha resguardado los hombros bajo una manta, pero, aun así, de vez en cuando, todavía le tiemblan las piernas. Le ha costado mucho encontrar ese lugar. La información de su cliente no ha sido del todo precisa. Ha tenido que tirar de conocimientos para llegar a la conclusión de que los albinos se deshacían de los cadáveres echándolos al río. Aquel paraje que tenía delante era lo más cercano al castillo. Así que no avanzó. Abrió la puerta y preparó la cámara para grabar situándola en el salpicadero.

A las 05:32 comienza a entreverse una pequeña cola formada por hombres y mujeres portando «algo» en dirección al río. Rápidamente, el señor Delvaux coloca la cámara para grabar a los albinos en procesión portando el cadáver envuelto de Anna Fejes. La idea para el chantaje es excelente; el señor Delvaux graba primero a los criados y después cambia el cadáver de lugar para ponerlos a todos muy nerviosos.

A pesar del frío de la noche, el señor Delvaux se dirige al río y bordea la orilla, encontrándose con una gruesa moqueta de color azul saliente rodeada de remolinos. Así que extrae la moqueta, con el cadáver envuelto y se la lleva a su vehículo. La incógnita estaba en saber en qué lugar iba a depositar el cuerpo. Entonces tuvo un *flash*. En una conversación distendida el año pasado con los hermanos Harald por motivo de unos arreglos en la casa, el pequeño de los hermanos, Gabriel, le habló entre risas de la «presa» que tenían montada en la iglesia del Mar para sobrevivir al General Invierno. Es evidente que se le fue la lengua y que podrían haberse metido en problemas si el señor Delvaux llevaba esta información a las autoridades. Pero el señor Delvaux, paciente él, prefirió guardársela por si algún día necesitaba echar mano de la iglesia.

CAPÍTULO 44

Los rayos del sol cabalgaban entusiastas sobre la parda desnuda. Por esa tierra andaba el padre Alameda de buena mañana; aún de capa caída, perdido en sus pensamientos, con la cabeza embotada por culpa de la situación que acababa de vivir, en la cual había peligrado seriamente su vida.

El encuentro con los Lobos le había hecho reflexionar. Generaciones enteras vivirán en el submundo de las élites. «Ya debe de haber empezado el desfile en su enésima generación y nada va a impedir que reciban una vez más el poder del cielo para llenar la tierra de escombros».

Sintió una mano sobre su hombro y se volvió. No había nadie. Se rascó el bolsillo. Tocó algo. Metió la mano. Sacó una cruz de Caravaca. Contempló las grandes nubes que invadían la meseta. Alguien la había puesto allí.

42 LOBOS



